

EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*





Dirija sus solicitudes a:

En Cuba, enviar giro postal por valor de \$7.00 MN, a:
Jorge Ulloa Hung
Casa del Caribe
Calle 13 No. 154 esq. a 8, Reparto Vista Alegre
CP. 90400, Santiago de Cuba
Teléfono: (53) (226) 42285, Fax: (53) (226) 42387
E-mail: caribe@cultstgo.cult.cu

Los suscriptores extranjeros soliciten informes en:
E-mail: caribe@cultstgo.cult.cu
El valor de cada ejemplar es de 12.00 USD para individuos
y de 18.00 USD para instituciones.

El anuario donde la
arqueología del área
caribeña tiene espacio
protagónico. Publicado por la
Casa del Caribe, como
extensión de la revista
Del Caribe, con el apoyo
de Taraxacum S. A.



EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*

4 / 2000

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Marcio Veloz Maggiolo
MSc. Jorge Ulloa Hung
Dra. Betty Meggers
Dra. María Nelsa Trincado
MSc. Roberto Valcárcel Rojas

CONSEJO ASESOR

Dr. Mario Sanoja (Venezuela)
Dra. Iraida Vargas (Venezuela)
Dr. Carlos Angulo (Colombia)
Dr. Oscar Fonseca (Costa Rica)
Dr. A. Gus Pantel (Puerto Rico)
Dr. M. Rivero de la Calle (Cuba)
Dr. José M. Guarch (Cuba)
Dr. José Alcina Franch (España)

Correspondencia a:

☐ Casa del Caribe
Calle 13 No. 154 esq. a 8
Reparto Vista Alegre
Santiago de Cuba, 90400
CUBA. Tlf. (53) (226) 42285
Fax (53) (226) 42387
E-mail: caribe@cultstgo.cult.cu

☐ Marcio Veloz Maggiolo
Apartado 642
Santo Domingo
República Dominicana

☐ Betty Meggers
Taraxacum S. A.
MNH-112
Anthropology 20560
Washington D. C. USA

IRAIDA VARGAS ARENAS VIRGINIA VIVAS	2	Modo de vida, espacio social y vida cotidiana en Caracas
JORGE ULLOA HUNG	14	Migraciones en el Caribe precolombino
ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS	20	Seres de barro. Un espacio simbólico femenino
IRINA JOURAVLEVA NOEMI GONZÁLEZ	35	Las variaciones climáticas y la reutilización del espacio habitacional a través de la alfarería aborígen
LEONEL DELGADO CEBALLOS SILVIA ANGERELLO IZQUIERDO SANTIAGO SILVA GARCÍA	40	Primer reporte de semillas quemadas de mani en el residuario Birama
RACSO FERNÁNDEZ ORTEGA JOSÉ B. GONZÁLEZ TENDERO	45	Los petroglifos de la cueva de Patana, Maisí, Guantánamo
MILTON PINO RODRÍGUEZ ALFONSO CARDOVA MEDINA	53	Actividades subsistenciales de los aborígenes de Cueva del Muerto, Cifuentes, Villa Clara
ÁNGEL CHECA GONZÁLEZ NIURKA PÉREZ PÉREZ	59	Representaciones plásticas de afecciones osteoarticulares en el arte taíno
ANGELA PEÑA OBREGÓN CARIDAD RODRÍGUEZ CULLE	64	Taguabo y Maicabó: un testimonio en torno al elemento aborígen en el sincretismo religioso cubano
MIRIAM CELAYA GONZÁLEZ PEDRO PABLO GODO TORRES	70	LLora-lluvia: Expresiones mítico-artísticas en la alfarería aborígen
LOURDES PÉREZ IGLESIAS ELENA GUARCH RODRÍGUEZ	85	Las plantas alucinógenas y las comunidades indígenas americanas. Ritos y costumbres
CASAR A. RODRÍGUEZ ARCE	94	Apuntes sobre la figura del murciélago en la iconografía prehispánica de Cuba
MARÍA NELSA TRINCADO	100	El aborígen, la historiografía y la nacionalidad cubanas
MANUEL RIVERO DE LA CALLE	106	Henri J. Dumont: Precursor de los estudios antropológicos en Cuba
	114	Noticias de la arqueología cubana en 1999
	118	El pie de oro de El Paraíso

Director:

Joel James Figarola

Editores:

Jorge Luis Hernández
León Estrada

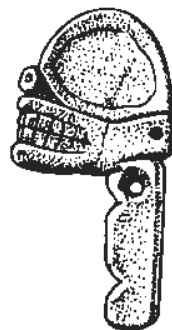
Del caribe, publicación de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba / Cada trabajo expresa la opinión de su autor / No se devuelven originales no solicitados / Inscripta en la administración de Correos, zona postal 4, Santiago de Cuba, bajo el No. 81620/168, acogida a la tarifa de impresos periódicos / ISSN-0864-1331.

Este número ha sido publicado con financiamiento de Taraxacum S. A.



MODO DE VIDA, ESPACIO SOCIAL Y VIDA COTIDIANA EN CARACAS

**IRAIDA VARGAS ARENAS
VIRGINIA VIVAS**



INTRODUCCIÓN

Cuando comenzamos nuestras investigaciones arqueológicas en el marco del Proyecto de Arqueología Urbana, iniciado en 1987 (Sanoja y Vargas 1992a, 1992b; Bencomo 1993; Vargas *et al.* 1995; Vargas 1995, 1998), nos vimos en la necesidad de estudiar, con mayor profundidad que en proyectos anteriores, el espacio social, el ordenamiento espacial, vale decir, la sociedad como sujeto socio-espacial. En la búsqueda y consulta de la bibliografía nos tropezamos con un hecho curioso: pareciera existir un cierto patrón en el abordaje de los temas de investigación científica arqueológica, debido a que hay sujetos de estudio que se ponen “de moda”. Este es el caso del espacio.

Aunque en la sociología urbana y en la geografía neo-marxista ha existido un continuo interés en este tema, sobre todo después de los trabajos seminales de Lefebvre en los años setenta (1978; 1994) y los de sus seguidores en los ochenta y comienzos de los noventa (Acosta y Briceño 1987; Bate 1998; Gili 1995; Castro y González 1989; Barceló 1998; Kent 1987, entre otros).

Esta renovación se debe, pensamos, a que en la investigación arqueológica la posibilidad de aprehender los datos se basa en la dimensión espacial que es donde se concretan esos datos; el espacio le permite al arqueólogo captar la estructura y la dinámica de los sitios: por un lado puede medir el tiempo y el desarrollo social para cada momento histórico, y por el otro, puede establecer en cada contexto arqueológico las relaciones asociativas que presentan los distintos elementos arqueológicos. En la arqueología, el análisis de la dimensión espacial de la sociedad parte de las formas espaciales, expresadas bajo formas culturales que constituyen singularidades de la esencialidad social (Bate 1978; Vargas 1990: 33-35).

No obstante lo anterior, los marcos teóricos de las investigaciones arqueológicas dedicadas al estudio de los procesos histórico-sociales se han caracterizado hasta hoy, generalmente, por una

exclusión del espacio como hecho social, mientras que en su análisis el fenómeno espacial individual aparece recurrentemente. En tal sentido, los mayores desarrollos se observan en el estudio del uso del espacio y de las áreas de actividad. La práctica común ha sido, en dependencia de la posición teórica, la de establecer la correlación entre las sociedades humanas y los cambios ecológicos, la adaptación a los ambientes naturales, las formas y tipos en el uso del espacio, la reducción del espacio a la noción de paisaje, el territorio concebido solamente como repositorio de recursos naturales, el estudio de las construcciones como subproductos de factores externos como el clima o la ecología, o los espacios como proyecciones externas de los procesos mentales.

Esta exclusión se debe, en gran medida a nuestro juicio, a la inexistencia de una teoría social sistemática sobre el espacio. No obstante, existen varios intentos recientes, no sólo en la arqueología sino en las ciencias sociales en general y en la geografía en particular, para desarrollar una teoría que explique coherentemente la relación entre espacio y sociedad.

En este trabajo nos interesa utilizar la concepción que se ha desarrollado, dentro de la teoría materialista de la historia, sobre la producción de espacio en la sociedad capitalista, para explicar la dinámica social pasada de la sociedad venezolana. Utilizando las categorías y conceptos del materialismo histórico y los desarrollados dentro de la llamada Arqueología Social Latinoamericana (Vargas 1990; Vargas y Sanoja 1995; Bale 1998), intentaremos analizar los datos obtenidos por nosotros, así como los de otros colegas, en las investigaciones realizadas en la ciudad de Caracas.

Pretendemos explicar la función que desempeñó el espacio en la estructuración social y la forma en que intervino en la reproducción de las relaciones sociales. Para ello y para entender los cambios que se observan en la sociedad capitalista venezolana, desde el momento en que se conforma como un modo de vida colonial hasta el momento en que lo hace como un modo de vida nacional, cuando Venezuela se perfila como un Estado Nacional, la categoría fundamental que utilizaremos será la de modo de vida. Nuestro interés se centra, así mismo, en una comprensión más coherente de la vida cotidiana caraqueña en cada uno de estos modos de vida, ya que según nuestro punto de vista, es en la vida cotidiana donde se da la concreción de la vida material. En tal sentido, consideramos la vida cotidiana el centro del acontecer social, vale decir, el de la producción y reproducción de las formas de existencia.

EL ESPACIO SOCIAL

Las sociedades humanas son fenómenos socio-espaciales, no solamente porque la sociedad existe en el espacio, sino fundamentalmente porque la vida crea y modifica el espacio. Ello quiere decir que este no constituye un recipiente que contiene las formas sociales; es, por el contrario, y como dice Santos "[...] un hecho social, un fenómeno concreto que se impone a todos los miembros de la sociedad sin imponerse a la sociedad misma" (1990: 160).

El análisis de los procesos históricos debe incluir el estudio del proceso de creación de espacio social ya que tal producción es parte integrante y esencial de esos procesos sociales. El espacio social es producido, reproducido o cambiado por las relaciones, por lo cual los cambios que se observan en el medio espacial en las distintas formaciones sociales, a lo largo de la historia, no deben ser vistos como un subproducto de los cambios sociales, sino como parte intrínseca de ellos; el espacio no acompaña los cambios ni se adecua a las nuevas condiciones que estos crean, sino es —en sí mismo— una dimensión activa de las sociedades.

Al estudiar la producción de espacio social en los procesos históricos estamos, pues tratamos de establecer, por un lado, las relaciones causales materiales —las de producción— y cómo se produce el espacio en ellas, vale decir, la relación que existe dentro del sujeto socio-espacial; por otro, cómo son construidas las relaciones sociales en el espacio. Considerar la sociedad y el espacio como entidades separadas, constituye un error que conlleva, como dicen Hillier y Hanson, a desocializar el espacio y a desespacializar la sociedad (1984: 9).

Para Santos, el espacio posee un papel específico como estructura de la sociedad. Según el autor, las formas espaciales, como forma material, no disponen de una autonomía de comportamiento, aunque sí tienen una autonomía de existencia. El espacio, para Santos, posee "[...] una diferencia específica, una situación particular dentro del sistema [...] y una autonomía relativa de su propio desarrollo, así como una especificidad en su propia existencia histórica" (1990: 164-165).

Desde un punto de vista materialista el espacio no es absoluto, como planteaba Newton, sino relacional (Gili 1997; Barceló 1998; Vivas 1998). Al ser consustancial con la materia no puede concebirse al margen e independientemente de los procesos materiales existentes. No es tampoco un contenedor de formas materiales ordenadas; como tal, el espacio no existe. Deriva entonces su exis-



Palacio Legislativo de Caracas, construido por Guzmán Blanco

tencia de las relaciones que se establecen en la materialidad social y es, asimismo, materialidad social. En este sentido disentimos de Werlen, cuando afirma tanto la "inmaterialidad del componente social" como la "inexistencia del espacio como un objeto material" (1993: 1-2), lo que utiliza luego para aseverar que las relaciones sociales de producción "[...] no pueden ser espaciales [...] no pueden producir nada [...] porque no son materiales" (1993: 4). De lo anterior se deduce, claramente, que para Werlen materialidad es equivalente a corporeidad.

La sociedad hace algo más que existir en el espacio; no obstante, a través de su realización en él podemos reconocer que existe. Y lo hacemos pues el ordenamiento social del espacio constituye una creación humana, que sucede a un mundo natural preexistente. Ese espacio es el resultado de una conducta social precedente; ya es un espacio que ha sido creado para propósitos sociales (Hillier 1984: 9). Soja conceptualiza este proceso con la noción de espacialidad (1985). Por otro lado, no existen espacios vacíos o absolutos; por el contrario, las formas espaciales se constituyen en "territorios de la materialidad social" (Gili 1995: 5).

El espacio social contiene, así mismo, elementos subjetivos, relacionados con la manera en que los agentes sociales conceptualizan la localización espacial de los elementos naturales y sociales, lo cual constituye imágenes subjetivas del espacio. Como

señalaba Lefebvre (1995), el espacio además de producido es, simultáneamente, representado socialmente, y espacio de representaciones, lo cual quiere decir que es un espacio vivido que también expresa significados sociales a través de su apariencia, pero no es reducible a ellos.

Y no lo es por cuanto, aunque el espacio está "cargado de significaciones e intenciones sociales [...] dadas por la cultura" (Ontiveros 1995: 51), no creemos que "los modelos mentales espaciales, simbólicos y cargados de significados" puedan explicar por sí solos, de manera plena, la compleja dinámica de la producción de espacio.

Como ya hemos señalado en otro lugar (Vargas 1996; 1998) las percepciones condicionan las formas de producción y reproducción de cualquier grupo, pero es la estructura social la que atribuye significado social al espacio (Gili 1995).

Al mismo tiempo, no estamos de acuerdo con una definición de la cultura que la reduce sólo a lo simbólico y lo intencional. Aunque para la arqueología tradicional culturológica existe un "universo ideacional donde se fraguan los actos concretos" (Lull y Micó 1998: 16), no creemos que ello tenga la misma jerarquía causal que poseen los procesos materiales para explicar el origen y desarrollo de la vida social en su conjunto. Por otra parte, la teoría weberiana de la acción social, la cual basa la explicación del otorgamiento de significados al espacio, fundamentalmente, en la intencionalidad del sujeto, no toma en cuenta los factores que intervienen en la estructuración del poder y cómo este modela, condiciona y determina ese proceso. En esta teoría, el agente social es concebido como si fuese verdaderamente libre para hacer lo que quiera, y como si sus selecciones estuviesen también libres de la influencia del poder (Werlen 1993).

El orden espacial

Para analizar las concreciones del proceso de cesión histórica del espacio social, utilizaremos el concepto de espacialidad de Soja (1985: 5), vale decir, cada espacio histórico socialmente producido, el cual constituye un orden en sí mismo.

Como ya hemos señalado, el espacio físico, los ambientes, adquieren su forma y su orden como resultado de los procesos sociales, lo que equivale a decir que el orden en el espacio se origina en la vida social. Tanto el ordenamiento de la gente en el espacio como el ordenamiento del espacio mismo, ambos son pro-

ductos de cómo trabaja la sociedad y se reproduce a sí misma (Hillier y Hanson 1984). El espacio ordena a la gente en él y la ubica en relación una con otra. Por otro lado, ordena al espacio mismo por medio de edificaciones, fronteras, caminos, etc. (Hillier y Hanson 1984). El orden espacial, el espacio organizado, es entonces un resultado objetivo de la interacción de múltiples variables a través de la historia (Santos 1990: 164).

Reconocemos la sociedad según la manera en que las edificaciones, como formas espaciales —ya sea individual o colectivamente— son creadas y ordenan el espacio.

LA COTIDIANIDAD Y LA PRODUCCIÓN-REPRODUCCIÓN DE LA VIDA MATERIAL

Hemos planteado que en la vida cotidiana se produce y reproduce la vida social. Por vida cotidiana no nos referimos a los aspectos más triviales y anecdóticos de la vida diaria —aunque también están presentes en la cotidianidad— sino al ámbito donde se dan la producción y reproducción sociales: las interacciones diarias entre los agentes sociales, las formas cotidianas de producción y reproducción de la vida material, incluido el espacio social, el trabajo constante expresado en las acciones y prácticas sociales, la creación cultural y su reproducción vía la reiteración, donde se crean las tradiciones, en fin, las experiencias compartidas en el trabajo y en las relaciones sociales (Lefebvre 1978; Veloz Maggiolo 1988; Vargas 1990).

Marx y Engels se refieren a lo cotidiano como “[...] aspectos básicos de la actividad social [...] los hombres renuevan diariamente su propia vida [...] y crean a otros hombres [...]” (1973: 27).

Entonces, y siguiendo a Heller (1985), lo cotidiano es el ámbito de concreción del todo social en sus hechos diarios: el trabajo y sus herramientas, las relaciones cara a cara, las creencias, las valoraciones... Como bien señala Lefebvre: “[...] el significado de la vida de un ser concreto no se puede encontrar sino en la vida misma, y su vida es la vida cotidiana” (1991: 144).

La vida cotidiana expresa la temporalidad y el movimiento de las actividades y significaciones de la vida diaria, que parten de la praxis individual-específica hacia la praxis colectiva-individual, en tanto que el individuo es resultado de las relaciones sociales en su forma de integración con otros individuos (Heller 1985: 45). El conocimiento sobre la vida social, por tanto, pasa metódicamente de la escala individual a la colectiva. Cada conjunto de acciones y

prácticas cotidianas es un momento de la totalidad social; por ejemplo, el trabajo cotidiano, las herramientas, el modo de usarlas son elementos —decíamos momentos— de la totalidad del trabajo (Lefebvre 1991: 134).

En la vida cotidiana, la experiencia de las formaciones espaciales constituye una dimensión intrínseca, aunque inconsciente, en la manera en que experimentamos a la sociedad misma. Lo cotidiano es, en palabras de Lefebvre “[...] un sector privilegiado de la práctica [...] la substancia del hombre [...] lo que le permite vivir [...] su tiempo y su espacio, sus espacios” (1978: 86). Vale decir, lo cotidiano público y lo cotidiano privado (Vargas y Sanoja 1993).

LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO SOCIAL CAPITALISTA

El capitalismo, desde sus orígenes y durante su desarrollo, creó su espacio, puesto que cada formación social requiere y produce un orden espacial característico (Vivas 1998; Hillier y Hanson 1984). Como han señalado Calabi e Indovina (citados por Santos 1990: 164), la organización del territorio no es solamente una variable sino, hasta cierto punto, un dato del propio proceso capitalista.

La implantación y extensión del capitalismo, necesitó crear las condiciones para la expansión del comercio. El exceso de producción y de capitales requería de una dimensión espacial propia que trascendiera las fronteras territoriales de los centros industriales. Las materias primas para la producción y los alimentos se localizaban en las tierras conquistadas, las cuales se reestructuraban espacial y económicamente en función de los grandes centros de consumo. Desde entonces, los países pobres se convirtieron en productores de insumos para la gran industria, al tiempo que garantes del consumo de bienes para satisfacer las nuevas necesidades creadas.

Mientras el espacio capitalista se extendía, la vieja espacialidad se atomizaba, disolviéndose o integrándose en un nuevo orden espacial, asegurando así su discontinuidad. En esta transformación desempeñó un papel importante la geografía “[...] ocultando el papel del estado así como el de las clases en la organización del espacio y la sociedad” (Santos 1990: 32).

Ciertamente, la práctica de una geografía positivista durante los años sesenta, neutral, aséptica y sobre todo matemática y tecnológica, llevó a desconocer un hecho fundamental: las jerarquías sociales poseen una forma espacial, pues lo social y lo espacial están estrechamente relacionado (Massey 1985).



El Panteón Nacional de Caracas hacia 1880

Según Santos, dentro del mismo espacio capitalista los segmentos o clases sociales creados o reforzados por las relaciones establecidas entre los países o regiones desarrolladas y las subdesarrolladas, se comportan de diferente manera ante la realidad económica y social. Los avances en la industria del transporte y las comunicaciones y la expansión de una economía internacional "mundializada" —en términos actuales, globalizada— (Wallerstein 1995: 239; Gills 1995: 136; Gunder Frank 1995: 163), redefinen desde la geografía el concepto clásico de región: "Una región, ya no es una realidad viva dotada de coherencia interna: deja de existir en sí misma, para definirse hacia el exterior, y sus límites cambian de acuerdo a diversos criterios" (Santos 1990: 42-43).

El ordenamiento espacial inicial del capitalismo fue tanto conflictivo como transformador de la vida social existente; fue posible gracias a la desaparición de las relaciones de producción feudales y a la creación de una fuerza de trabajo liberada de las tradicionales formas de trabajo. El desarraigo producido por la transformación de las zonas rurales para que se pudiera dar la concentración de la fuerza de trabajo, necesaria para la producción industrial en los centros urbanos, era indispensable para la desintegración, así como para la incorporación de las formas espaciales precedentes. Ello implicó la destrucción y reestructuración diferenciada de lugares de trabajo y residencia, así como la imposición de patrones

para el uso de la tierra urbana y de las formas espaciales edificadas. Asimismo, la existencia o ausencia de lo que Massey denomina "oportunidades locacionales espacialmente organizadas" (1985: 13), para referirse a la distribución de los recursos —naturales y humanos— en determinados espacios, tiene a su vez un impacto importante en la producción material en el capitalismo.

La característica fundamental de este proceso es la que se refiere al cambio en las relaciones sociales de producción que trae consigo el capitalismo. Esas relaciones orientan un proceso ininterrumpido de constante transformación, con distintas modalidades de manifestación. Las nuevas relaciones sociales de producción generan una multiplicidad de espacios sociales, con formas espaciales también múltiples.

La producción de las formas espaciales construidas en el capitalismo (Vivas 1998) se refiere a una determinada rama de la producción: el proceso de producción de formas espaciales como edificaciones y obras civiles (Marx 1987: 55-56). Como en todo proceso de trabajo, el de creación de formas espaciales construidas lleva impresas las relaciones sociales de producción que lo hicieron posible, determinan y regulan la producción misma, la circulación, el cambio y sobre todo el consumo de esos bienes materiales. Las formas espaciales construidas, así definidas, además de ser productos, son distribuidas y consumidas de manera diferencial dentro de la estructura de acuerdo con el régimen de propiedad vigente. Así, entonces, la estructura clasista y la división social del trabajo capitalistas regulan el consumo de esas formas culturales, como de hecho sucede con todas las demás.

En el capitalismo, las formas espaciales construidas adquieren valor de uso y valor de cambio en la distribución y el consumo y se expresan como mercancía en el proceso de intercambio de bienes materiales. Esas formas espaciales —formas fenoménicas de las relaciones sociales de producción, es decir, culturales— son resultado de procesos de trabajo y son consumidos en la vida cotidiana dentro de los procesos de reproducción de la vida social.

Al hablar de las distintas edificaciones en el capitalismo no sólo hablamos de objetos, sino de sistemas de relaciones espaciales. Las edificaciones, dentro de ese espacio, son objetos sociales; no son solamente símbolos visuales de esa sociedad. Sin embargo, todas las formas espaciales son percibidas diferencialmente en un sistema de significados condicionados, a su vez, por el sistema de relaciones sociales.

VIDA COTIDIANA EN LA TRANSICIÓN DE UN MODO DE VIDA COLONIAL A UNO NACIONAL: CARACAS, UN CASO DE ESTUDIO

El modo de vida colonial venezolano

El modo de vida colonial venezolano constituye la expresión de una línea de desarrollo social que se distingue dentro de la totalidad de la formación social capitalista, durante la fase mercantil de su modo de producción, como una particularidad de dicha sociedad. Esa particularidad se expresa en una dinámica social, política y económica distintivas dentro de la formación social, y depende no sólo de las características generales de la sociedad capitalista, sino también de las particulares referidas a la formación social tribal donde se inserta (Cueva 1988: 11; Vargas 1996: 16 y ss.).

Así pues, el colonialismo —fea palabra que denota el dominio de unos y el sometimiento de otros, complejo juego de coerción y hegemonía, explotación económica y control cultural— se inició en América en el siglo xv y floreció en todo el mundo en el siglo xviii. La condición colonial supuso, para América en general y para Venezuela en particular, la desintegración de las tribus nativas, fundamentalmente a través del régimen de encomiendas, pueblos de indios o resguardos y los pueblos de misión, diseñados para desarticular las estructuras sociales tribales y propiciar el cambio hacia la propiedad privada. La condición colonial rompe la hasta entonces existente estructura laboral indígena, lo que permite la inserción de la población aborígen dentro de un nuevo régimen de relaciones sociales de producción (Vargas 1996).

Aunque no tenemos una visión idílica de la vida de los indígenas antes de la conquista, pues esta podía resultar azarosa, reconocemos que la colonia los sometió, como señala Thompson (1995: 206), desde la juventud hasta la muerte, a una disciplina laboral extraña. Al mismo tiempo, el régimen colonial negó a los indígenas los derechos mínimos que constituían la base para el desarrollo de una sociedad civil. Para dicho régimen era necesario sojuzgar la tierra, lo que implicó sojuzgar también a los indios que la habían poseído hasta entonces, y convertirlos en los pobres que la trabajarán para él. Quizá las razones anteriores permitan explicar por qué la sociedad venezolana posee una actual sociedad civil débil y desestructurada.

De manera muy general podemos caracterizar el sistema de relaciones sociales de producción de la sociedad colonial en Vene-

zuela como integrado por la existencia de un régimen basado en la propiedad privada de la tierra por parte de los europeos, integrantes de la burguesía local, en coexistencia, en algunas regiones, con formas de propiedad comunitarias, y las relaciones esclavistas y serviles —el segundo servaje— de las clases dominadas (Roseberry 1977; Brito Figueroa 1979; Braudel 1992; Vargas 1996; Sanoja 1996).

El espacio colonial, el de las nuevas relaciones sociales de producción, tiene una expresión particular para cada fase histórica de la colonización europea en Venezuela. Podemos entonces hablar de un espacio de la conquista, fuertemente determinado por las relaciones sociales tribales, estructuradas a partir del reconocimiento y apropiación del territorio tribal. Ello significa que el régimen de propiedad colectiva de la sociedad tribal venezolana en su conjunto, vale decir, el de sus modos de vida, condicionó una modalidad en la producción del espacio de la conquista que podemos reconocer como el orden espacial del modo de vida colonial venezolano. Con posterioridad, las relaciones sociales de producción de explotación, capitalistas, producen un nuevo espacio, dominado, apropiado e influido por el que, para ese momento, produce el naciente mercado capitalista mundial.

Mediante la imposición de relaciones clasistas de producción, se intentó consolidar un territorio colonial homogéneo. Fue sobre esta nueva territorialidad, estructurada con criterio capitalista, donde se delimitaron las provincias que se integraron a la Capitanía General de Venezuela en el siglo xviii, provincias que luego derivaron en las regiones administrativas del espacio nacional a finales del siglo xix. No obstante, la influencia de la espacialidad precedente siguió gravitando durante este proceso de producción de un nuevo espacio social, ya que los territorios de las provincias coloniales primero, y nacionales más tarde, se conforman con las mismas regiones históricas, producto de la dinámica histórica precedente: la cazadora-recolectora y la tribal (Sanoja y Vargas 1992b).

Los mecanismos de creación de un espacio colonial, estructurado sobre la base de una unidad de lengua y territorio, implantado sobre las territorialidades creadas en los modos de vida tribales preexistentes, se reglamentaron bajo un régimen de propiedad de la tierra orientado hacia la producción de materias primas para la exportación.

Vitale señala como una característica de las ciudades coloniales, el paso del binomio ciudad-fuerte, como apoyo para la avanza-



Una calle colonial de Caracas hacia fines del siglo XIX

da de la conquista, al binomio ciudad-puerto en función de la economía de exportación (1983: 73-74). Alrededor de las ciudades se crearon los pueblos de indios con el objeto de controlar y garantizar la mano de obra necesaria para la producción y reproducción del espacio social.

En torno a una economía agropecuaria y de extracción, los enclaves mineros, las haciendas, plantaciones y los pueblos de misión conformaron un espacio social que pasó por distintas formas de relación, como la encomienda y el latifundio, estructuradas primero sobre la base de relaciones esclavistas y serviles de la mano de obra indígena, transformada posteriormente en la población mestiza, en el asalariado, la aparcería, el inquilinaje y la medianería, formas orientadas hacia el aumento de la producción para el abastecimiento del mercado capitalista industrial en formación (Vitale 1983: 68).

En general, en toda América, el proceso fundacional de las ciudades de un modo de vida colonial, se constituyó en el instrumento legal para la consolidación de las relaciones sociales impuestas. En la mayoría de los casos, como ya hemos señalado, la ciudad fundacional se sitúa como continuidad histórica sobre los pobla-

dos indígenas existentes, aunque no constituye un desarrollo del espacio social tribal, sino su transformación o disolución.

Las formas espaciales resultantes de esta nueva relación se construyeron y distribuyeron de acuerdo con una lógica colonial de producción del espacio que incluía normativas y reglamentaciones estipuladas en las Leyes de Indias, aún cuando en cada caso estas disposiciones tuvieron que adecuarse a la realidad socio-espacial local, lo que determinó particulares formas en el espacio social colonial (Weiss 1979; Gasparini 1965).

Las distintas formas espaciales edificadas, respondieron a la necesidad de reproducir y consolidar las funciones dominantes del poder, representado por la Iglesia y la monarquía, y tuvieron su expresión, tanto en las capitales como en el resto de cada una de las provincias para cada momento del proceso de colonización.

La institución religiosa definió las formas espaciales construidas que predominaron en el modo de vida colonial venezolano, contribuyendo al afianzamiento del sistema institucional urbano e influyendo, decisivamente, en la vida cotidiana de la ciudad colonial (Gasparini 1959, 1965).

Las formas espaciales que caracterizaron los primeros siglos de la colonia fueron restringidas y polifuncionales, con excepción de las relacionadas con la vida eclesiástica (iglesias, ermitas, conventos) que, como se dijo, adquirieron mayor significación, al ser las primeras en transformar la espacialidad existente (Espagnol 1993: 66).

En el proceso de producción de las formas espaciales coloniales se construyeron, bajo los mismos criterios de diferenciación funcional, los puertos, los caminos, las fortificaciones, las cárceles y los hospitales; el resto de las funciones públicas, administrativas, comerciales, productivas y de habitación, se desenvolvían en casas de uno o dos pisos, presentaban variaciones tanto en su tamaño como en las técnicas constructivas utilizadas, de acuerdo con el uso y estrato social al que estuviesen destinadas. De igual manera, se crearon otros espacios relacionales como las plazas, el mercado, la calle, las fuentes públicas, etc., y se constituyeron en la "ciudad colonial".

Modo de vida nacional venezolano

El siglo XIX es testigo de una importante transformación de la formación social capitalista en su conjunto: la creación de los estados nacionales a nivel mundial (Cueva 1988, Bambirria 1975;

Hinkelammert 1970; Gunder Frank 1969). Y lo es, asimismo, del surgimiento de sociedades de "segundo orden": las capitalistas "perifericas", suertes de clones imperfectos de las "sociedades originales", las llamadas occidentales. Y decimos creación porque los estados nacionales del llamado hoy día Tercer Mundo, Venezuela en particular, no aparecen como resultado de procesos autogestados de cambio de las sociedades históricamente precedentes; por el contrario, son manifestaciones de la expansión capitalista, concretada inicialmente en los proyectos coloniales. Como señala Dirks (1992: 15), la aparición de los estados nacionales en las colonias constituye la mayor demostración del poder colonial para reproducirse a sí mismo.

El desarrollo de una burguesía capitalista en Europa contribuyó a la consolidación de los estados nacionales de la región, al mismo tiempo que permitió la extensión de su control sobre grandes áreas del mundo. En ese sentido, los proyectos coloniales fueron necesarios para incrementar el poder y la riqueza de los nacientes estados europeos.

Así las cosas, podemos considerar que el modo de vida nacional venezolano constituye otra línea de desarrollo particular que se distingue dentro de la totalidad de la formación social capitalista. Tuvo como antecedente histórico en Venezuela, como en otras partes del mundo, un modo de vida colonial de la misma formación. Decimos que lo nacional se conforma como nuevo modo de vida, pues es posible reconocer con él los cambios cuantitativos de la calidad, vale decir, la reproducción en escala ampliada de las relaciones sociales de producción capitalistas que, aunadas al contexto histórico local precedente y al nuevo contexto internacional, configuran cada estado nacional como un ritmo particular diferenciado de desarrollo dentro de la formación capitalista total.

Las sociedades nacionales reflejan, así mismo, la aparición de nuevas contradicciones sociales específicas, de relaciones jurídico-políticas distintas a las coloniales, nuevas maneras de insertarse en el plano mundial, condicionadas todas ellas —precisamente— tanto por el proceso histórico que dio origen a cada sociedad colonial, como por la fase vigente del modo de producción capitalista: la industrial.

El modo de vida nacional venezolano, entonces, comprende por un lado el proceso de conformación del estado nacional, que inicia con la independencia política de la condición colonial, lo que se manifiesta formalmente en 1810 con la declaración de la repú-

blica como forma de gobierno, y por otro, el proceso de su consolidación, hacia finales del siglo XIX, momentos en el cual la formación social capitalista se encuentra en su fase industrial-imperial.

Con la ruptura del nexo colonial comienza el proceso de estructuración de un proyecto de nación soberana y políticamente independiente. Desde la segunda mitad del siglo XIX hasta 1870 aproximadamente, lo que podría ser considerado como el territorio nacional se encontraba desintegrado por las guerras ocasionadas por el caudillismo regional de la Federación, el tormentoso camino que nuestras formaciones sociales tuvieron que recorrer hasta constituir sus estados nacionales (Cueva 1988: 41).

Es a partir de 1870 cuando comienza a unificarse el territorio nacional, bajo la administración de Guzmán Blanco, quien propicia el surgimiento de nuevas condiciones para una articulación más coherente de Venezuela con el capitalismo industrial mundial, liderado y hegemonizado por Inglaterra, Alemania y Francia.

Como es de esperar, la producción del espacio social en el modo de vida nacional venezolano expresó esos cambios cuantitativos de la calidad. Durante el período entre 1810 y 1870, que denominamos de transición entre el modo de vida colonial y el nacional, el espacio territorial nacional reflejó la inestabilidad política existente.

En las últimas tres décadas del siglo XIX, con la oferta del capital extranjero y nacional, se inicia la transformación radical del espacio colonial de la nación. Se desarrolló el transporte y la comunicación mediante la construcción de una red ferroviaria y de carreteras. En Caracas, con la construcción de puentes y la dotación de transporte interno, fue posible comunicar tanto la ciudad con el interior del país, como facilitar las comunicaciones dentro de la ciudad misma. La fabricación de un nuevo acueducto, de la red de cloacas y drenajes, la instalación del servicio eléctrico y las telecomunicaciones, van creando una infraestructura que estimula la industrialización manufacturera y facilita el comercio interno y externo. Es esto último lo que propicia un cambio significativo en la producción de las formas espaciales construidas en la ciudad, ya que permite la utilización de nuevas técnicas y materiales de construcción importados que se combinan con las formas tradicionales, y traen como consecuencia la necesidad de especializar la mano de obra para la puesta en práctica de los nuevos proyectos arquitectónicos, elaborados por el arquitecto del gobierno de turno.

La política urbanística de Guzmán Blanco transformó cualitativamente las formas espaciales tradicionales existentes, dentro de



Una calle de Caracas hacia la década del 50 del siglo XX

los límites de la ciudad colonial, y creó las condiciones materiales para su desarrollo metropolitano (Vivas 1998: 124; Carrera 1967: 74). Bajo su mandato se modernizaron las estructuras administrativas tradicionales, enfatizando dentro del sistema federal el concepto funcional y simbólico de la ciudad Capital (Caraballo 1983: 12).

Guzmán organizó la Hacienda, creó el Ministerio de Obras Públicas, hizo obligatoria la instrucción pública y generó estrategias para encontrar nuevas soluciones a las dificultades financieras del Estado, abriendo una forma de colaboración institucional entre los

capitales locales y el gobierno (González 1991: 22). Estas alianzas le permitieron invertir grandes sumas de dinero en la modernización de la ciudad con lo cual cambió cualitativamente la imagen de la misma a la manera de las capitales europeas. Se valorizaron los espacios públicos, al construir alamedas y plazas, espacios relacionados con las otras formas espaciales edificadas que albergaban las funciones públicas. Las nuevas funciones administrativas generaron nuevas formas espaciales que tuvieron como referencia las proyectadas por arquitectos de la Ilustración.

En el lapso comprendido entre 1899 y 1936, Castro y Gómez centralizaron el poder y se consolidó definitivamente el estado nacional venezolano. Este se articula definitivamente en el capitalismo mundial como una forma de capitalismo periférico, superado el capitalismo periférico inmaduro que caracterizó el modo de vida colonial (Maza Zabala 1968: 69; Malavé Mata 1974: 59).

La distribución y uso de la energía eléctrica en la ciudad de Caracas a partir de 1897, a la par que transformó el alumbrado público, contribuyó al inicio de un proceso de industrialización y desarrollo comercial que se reflejó en los cambios ocurridos en la morfología urbana de la ciudad para este período (Carrera 1967: 79-81).

El cambio iniciado por Guzmán adquirió una particular expresión durante el período de gobierno de Gómez (1908-1936), en el cual comienza el proceso expansivo de la ciudad, trascendiendo los límites del núcleo original de la ciudad colonial.

En el nuevo orden mundial que se establece luego de la Segunda Guerra Mundial, el centro hegemónico de poder se desplaza de Europa hacia Estados Unidos de Norteamérica. Con ello, en Venezuela, se consolida al proceso de explotación industrial del petróleo, con inversión de capital extranjero, fundamentalmente norteamericano. Esta situación va a determinar un nuevo cambio en la estructura de clases y, en consecuencia, en la producción del espacio. A partir de 1936, bajo la administración de Medina Angarita (1941-1945) y Pérez Jiménez (1952-1958) surge Caracas como ciudad metropolitana, organizada espacialmente bajo los criterios de producción de esta fase del modo de producción.

Al fortalecerse la economía nacional, luego de la implantación del negocio petrolero, aumentó sustancialmente la participación del capital privado que fue invertido en el desarrollo y expansión de la trama urbana. En este período se elaboraron los fundamentos urbanísticos sobre los cuales se iniciaron cambios en el plano

urbano a partir de los años cincuenta, que culminaron en la metropolización de la ciudad.

En este período se introdujeron los nuevos sistemas de comunicación y de transporte, los tranvías y vehículos automotores, con sus estaciones, trazados y necesidades viales, que determinaron transformaciones en el espacio urbano y en la significación de lo cotidiano público (Posani 1965: 112).

COTIDIANIDAD Y COLONIA EN CARACAS

La vida cotidiana en la Caracas colonial era, parafraseando a Thompson (1995: 19), una palestra de elementos conflictivos. Las relaciones sociales características de los agentes sociales en Caracas entre los siglos XVI y XVIII eran de explotación, conformando así una cotidianidad de dominación y resistencia.

Caracas sufrió intensamente los cambios que trajo consigo el naciente capitalismo industrial. Esto supuso la aparición de una nueva economía política, la cual redujo las reciprocidades humanas a un nexo salarial.

La producción industrial del siglo XIX asimiló a sus procesos de manufactura gran cantidad de invenciones ocurridas en el campo de la química, la metalurgia, la mecánica, la tecnología de alimentos, etc., así como una evidente mejoría en los medios de distribución y estimulación del consumo que pusieron los bienes manufacturados al alcance de casi todos los pueblos del planeta. La transición a la sociedad industrial supuso una severa reestructuración de los hábitos de trabajo de los venezolanos. Con el advenimiento de la sociedad industrial en el siglo XIX, se observa una paradoja: por un lado, los procesos de trabajo que habían sido hasta entonces mayormente artesanales, devinieron más diferenciados y especializados; por el otro, se universaliza el consumo de los bienes producidos. A la mayor parte de los trabajadores se le asignó rutinas específicas de trabajo, ejecutando cada uno de ellos solo una pequeña parte de la operación total de la manufactura. Esta segmentación de los procesos de trabajo se basó en la introducción de una filosofía del individualismo que definía no sólo el papel de cada persona, sino también el de cada clase social en su totalidad. El carácter segmentario de la producción capitalista industrial en su conjunto se refleja de igual manera en la producción de espacios. Las acciones vitales que se llevan a cabo dentro de lo cotidiano público y lo privado, constituyen la representación de las

relaciones sociales desiguales, de las relaciones de poder y de las ideologías de clase (Vargas y Sanoja 1993).

El mundo colonial caraqueño era un mundo caracterizado por la existencia de bienes de origen europeo: alimentos, vestidos, enseres domésticos, estructuras de las viviendas, los cuales adquieren nuevos significados en el orden social colonial. El mercado interno era, como bien señala Cueva, una prolongación del mercado metropolitano (1988: 89). En Caracas, hasta el siglo XVIII, las vajillas cerámicas utilizadas en las actividades culinarias, el consumo de alimentos de mesa, los frascos, botellas y viales para el vino, el agua, los jarabes y los elixires medicinales y los perfumes constituían un sector importante obtenido dentro del intercambio comercial mundial. Sin embargo, eran producciones básicamente artesanales, con lo cual ningún objeto era copia exacta de los otros. El número de objetos artesanales era muy reducido, no sólo por la lentitud de los procesos manuales de fabricación sino también por lo restringido del mercado de consumidores.

La producción artesanal, donde se reunían en un mismo proceso el productor y su producto final, da paso, en el siglo XIX, a la importación de bienes de consumo producidos de manera masificada, vía la mecanización. Esto tuvo como consecuencia, para mediados-finales de siglo, un cambio en los hábitos alimentarios y las costumbres de mesa de los caraqueños, gracias a la introducción de las nuevas formas de etiqueta gastronómica importadas de Europa, así como la gestación de nuevos hábitos alcohólicos (Sanoja y Vargas 1997). Todos estos cambios se concretaron en la vida cotidiana de los caraqueños, como se refleja en los distintos registros arqueológicos excavados en la ciudad.

A partir de 1870, a nivel local, en Caracas sobre todo, la nueva producción social del espacio alteró, modificó y transformó el espacio social colonial, creándose así un nuevo sistema de significaciones de la vida cotidiana, un nuevo espacio representado y de representaciones.

En los años cincuenta, la fuerte matriz institucional del Estado (Pérez Jiménez) se dirigió hacia la creación de una monumentalidad cultural, orientada a vender la ciudad a los inversores extranjeros y a la afluencia de inmigrantes (Davis 1992: 22).

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, M. y R. Briceño (1987). *Ciudad y capitalismo*. Caracas, Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.

- Barral, V. (1974): *El capitalismo dependiente latinoamericano*. México, Siglo XXI.
- Barral, J. A. (1988): "Beyond GIS. The Archaeology of Social Spaces" en *Archeologia e Calcolatori* Barcelona, No. 9.
- Bata, L. F. (1978): *Sociedad, formación económico social y cultura*. México, Ediciones Cultura Popular.
- _____. (1998): *El proceso de investigación en arqueología*. Barcelona, Editorial Crítica.
- Boncomio, C. (1993): "Las clases sociales en la colonia". Caracas, Universidad Central de Venezuela, Trabajo de Grado, Escuela de Antropología.
- Braudel, F. (1992). *The wheels of commerce*. Los Angeles, University of California Press.
- Brito Figueroa, F. (1979): *Historia económica y social de Venezuela*. Caracas, Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.
- Castro, P. y P. González Marcén (1989): "El concepto de frontera: Implicaciones teóricas de la noción de territorio político" en *Fronteras*. Teruel, No. 13.
- Caraballo, C. (1983): "Obras públicas en la Venezuela del centenario del natalicio del Libertador" en *Venezuela 1883*. Caracas, Ediciones Conmemorativas del Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar, Congreso de la República.
- Carrera, G. (1967): "Principales momentos del desarrollo histórico de Caracas" en *Estudio de Caracas*. Caracas, Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, Volumen II, Tomo I.
- Cueva, A. (1988): *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México, Siglo XXI.
- Davis, M. (1992): *City of quartz*. Nueva York, Vintage Books.
- Dirks, N. (1992): "Introduction" en Ann Arbor: *Colonialism and Culture*. The University of Michigan Press.
- Espagnol, M. Comp. (1993): *La pintoresca Caracas. Descripciones de viajeros*. Caracas, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela.
- Gasparini, G. (1959): *Templos coloniales de Venezuela*. Caracas, Ediciones Armitano.
- _____. (1965): *La arquitectura colonial de Venezuela*. Caracas, Ediciones Armitano.
- Gili, S. (s/f): "Territorialidades de la prehistoria reciente mallorquina". Bella Terra, Universidad Autónoma de Barcelona, tesis doctoral.
- Gills, B. (1995): "Capital and Power in the Processes of World History" en *Civilizations and world systems*. Londres, Altamira Press.
- González, M. (1991): *Negocios y vida pública en tiempos de Guzmán Blanco*. Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Gregory, D. y J. Urry Eds. (1985): *Social relations and spatial structures*. Londres, Mac Millan.
- Gunder Frank, A. (1969): *Capitalism and underdevelopment in Latin America*. Nueva York, Monthly Review Press.
- _____. (1995): "The Modern World System Revisited: Rereading Braudel and Wallerstein" en *Civilizations and world systems*. Londres, Altamira Press.
- Heller, A. (1985): *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*. México, Grijalbo.
- Hillier, B. y J. Hanson (1984): *The social logic of space*. Londres, Cambridge University Press.
- Hinkelammert, F. (1970): *Dialéctica del desarrollo desigual*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Kent, S. (1987): "Understanding the Use of Space: An Ethnoarchaeological Approach" en *Method and Theory for Activity Area Research. An Ethnohistorical Approach*. Nueva York, Columbia University Press.
- Lefebvre, H. (1994): *The production of space*. Londres, Cambridge, Blackwell Publishers Inc.
- _____. (1991): *Critique of everyday*. Londres, Editorial Verso.
- _____. (1978): *De lo rural a lo urbano*. Barcelona, Ed. Península.
- Lull, V. y R. Micó (1998): "Los enfoques tradicionales: las arqueologías evolucionistas e histórico-rurales" en *Revista de Arqueología de Ponent*.
- Malavé Mata, H. (1974): *Formación del antidesarrollo en Venezuela*. Caracas, Ediciones Rocinante, Fondo Editorial Salvador de la Plaza.
- Marx, C. (1987): *Introducción general a la crítica de la economía política*. México, Siglo XXI.
- Marx, C. y F. Engels (1982): *La ideología alemana*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación.
- Massey, D. (1985): "New Directions in Space" en *Social relations and spatial structures*. Londres, The Mac Millan Press.
- Maza Zabala, D. (1968): *La obra pía de Chuao*. Caracas, FACES, Universidad Central de Venezuela.
- Ontiveros, T. (1995): "Memoria espacial y hábitat popular urbano. Docu experiencias familiares en torno a la casa de barrio". FACES, Universidad Central de Venezuela, Trabajo de ascenso.
- Posani, J. (1965): "Notas para un esquema crítico para el desarrollo de Caracas" en *Revista SVA*, No.19.
- Roseberry, W. (1977): "Social class and social process in the Venezuelan Andes". Universidad de Connecticut. University Microfilms International, Tesis doctoral.
- Sanoja, M. (1985): "La inferencia en la arqueología social" en *Boletín de Antropología Americana*. No. 10.

- _____ (1996): "Misiones capuchinas catalanas de Guayana. Submodo de vida minero del modo de vida colonial". La Rábida, Ponencia presentada en el Congreso de Arqueología Social Iberoamericana, Universidad de Sevilla.
- _____ (1992): "El proceso urbano en las provincias de Caracas y Guayana, siglos XVI y XIX" en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Caracas.
- _____ (1993): *Historia, Identidad y Poder*. Caracas, Fondo Editorial Tropykos.
- Sanoja, M. et al. (1998): *Historia arqueológica de Caracas. Investigaciones arqueológicas en la escuela José Angel Lamas*. Caracas, Academia Nacional de la Historia de Venezuela, Serie Estudios, Monografías y Ensayos.
- Santos, Milton (1990): *Por una geografía nueva*. Madrid, Editorial Espasa.
- Soja, E. (1985): "The Spatiality of Social Life: Towards a Transformative Rethorisation" en *Social relations and spatial structures*. Londres, The Mac Millan Press.
- Thompson, E. P. (1995): *Costumbres en común*. Barcelona, Ed. Crítica.
- Vargas Arenas, I. (1990): *Arqueología, ciencia y sociedad*. Caracas, Editorial Abre Brecha.
- _____ (1996): "Modo de vida y modo de trabajo; conceptos centrales de la arqueología social. Su aplicación en el estudio de algunos procesos de la historia de Venezuela". La Rábida, Ponencia presentada en el Congreso de Arqueología Social Iberoamericana, Universidad de Sevilla.
- _____ (1997): "Historia arqueológica de Caracas" en *Actas del Primer Simposio de Arqueología del Caribe*. Santo Domingo, Altos de Chavón.
- _____ (1998): *La historia como futuro*. Caracas, Fondo Editorial Tropykos.
- Vargas, I. y M. Sanoja (1995): "La arqueología social y su expresión en América Latina" en *Revista de Arqueología Americana*. No. 9.
- Vargas, I. et al. (1998): *Arqueología de San Pablo*. Caracas, Academia Nacional de la Historia de Venezuela, Serie Estudios, Monografías y Ensayos.
- Vitale, L. (1983): *Hacia una historia del ambiente en América Latina*. México, Editores Nueva Imagen.
- Vivas, V. (1998): "La producción del espacio social en la cuadra de San Jacinto: Transición entre el modo de vida colonial y el modo de vida nacional". Universidad Central de Venezuela, Escuela de Antropología, Trabajo Final de Grado.
- Veloz Maggiolo, M. (1988): "Arqueología de vida cotidiana. Matices y diferencias" en *Hacia una arqueología social; actas del Primer Simposio de Arqueología del Caribe*. San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Wallerstein, I. (1995): "Hold the Triller Firm: on Method and the Unit of Analysis" en *Civilizations and world systems*. Londres, Altamira Press.
- Weiss, J. (1979): *La arquitectura colonial cubana*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- Werlen, Benno (1993): *Society, Action and Space*. Londres, Routledge.



MIGRACIONES EN EL CARIBE PRECOLOMBINO

JORGE ULLOA HUNG



El tema de las migraciones desde el Caribe o hacia el Caribe es uno de los más recurrentes en los estudios contemporáneos de la área. Este interés ha sido motivado en buena medida por la importancia que se concede en la actualidad a las migraciones como mecanismos económicos de supervivencia o para el equilibrio de muchas sociedades de la región, así como a la valoración de sus impactos en la cultura de los emigrantes y de las sociedades receptoras.

La aproximación a los procesos migratorios ocurridos en el Caribe precolombino puede parecer una curiosidad trasnochada o la repetición de cuestiones supuestamente archiconocidas que sólo adquieren alguna trascendencia para explicar el contacto y la posterior emigración europea.

En realidad el interés por el Caribe precolombino, que ha sido constante desde el pasado siglo, ha traído aparejado la búsqueda y perfeccionamiento de los medios y formas para su mejor comprensión, al punto de haberse logrado cierta especialización en los aspectos de la vida de este periodo además de la transformación de muchos patrones históricos y arqueológicos tradicionales.

La nueva visión de esta etapa pretende ir más allá de las simples consideraciones sobre una mal llamada prehistoria, cuyas huellas sólo pueden rastrearse en supervivencias materiales muy evidentes o repetidas en la toponimia. Se trata de comprender e hilvanar con sentido analítico el comportamiento socioeconómico de las distintas comunidades que precedieron la llegada del europeo, para entender mejor los propios procesos ocurridos en la conquista y después de ella. Se trata de conocer cómo se constituyó el soporte humano y cultural destruido en buena medida por los conquistadores, para entender mejor esa destrucción. Es decir, se trata de entender la génesis de las culturas caribeñas y su diversidad desde su expresión más original y prístina en un proceso de continuidad histórica que no fragmenta la historia en "antes de" y "después de".

Dentro de la amalgama de conocimientos renovados, los referidos a los procesos migratorios y de difusión han evolucionado desde enfoques puramente etnográficos y etnológicos, extrapolados de los reductos de población aborígen suramericana para explicar el desarrollo y los movimientos de las comunidades precolombinas, o netamente historicistas que sólo validan las crónicas del contacto, hacia enfoques materialistas interpretativos en los que las investigaciones arqueológicas desempeñan una función primordial.

Las concepciones del llamado particularismo histórico norteamericano fueron durante mucho tiempo las bases para el estudio de las migraciones precolombinas hacia el Caribe y sobre todo hacia las Antillas. En el centro de estas interpretaciones había criterios pre-establecidos de una marcada tendencia en el hombre a la imitación y muy escasa a la creación independiente, lo cual hacía esenciales las explicaciones difusionistas para entender este proceso y al mismo tiempo la explicación para la aparición de muchos rasgos y procesos culturales cuyo origen siempre se buscaba en lo externo.

Como resultado de estas concepciones, las migraciones fueron el fundamento esencial para explicar el desarrollo cultural precolombino y el motor de la evolución y el desarrollo de los grupos humanos, sobre todo en las Antillas; así, por ejemplo, la irrupción de las comunidades aruacas agricultoras procedentes del norte de Sudamérica representaban la difusión de la etapa neolítica hacia las islas y la superación de una etapa primitiva inferior conocida como ciboney. En este sentido, el término migración siempre se equiparaba con el de difusión y si se quiere con el de colonización, además de manejarse dentro de los marcos de hipótesis que casi siempre relacionaban un área con una edad y esta última sólo con términos de tiempo o cronología.

La utilización del concepto difusión con el sentido de "aculturación", o en el mejor de los casos como "transculturación" ha ampliado el horizonte interpretativo de las migraciones precolombinas y sus implicaciones, sobre todo a partir de nuevos datos aportados por los registros arqueológicos. Desde esos puntos de vista, la difusión no niega o descarta la posibilidad de evolución local en el marco caribeño y viceversa, sino que más bien ambos factores operan de manera estrecha y compleja para promover o contribuir al cambio cultural (Meggers 1997).

Desde el punto de vista arqueológico se ha comenzado a tener claro que la difusión de un rasgo es significativa sólo en la medida

que ofrece un diagnóstico y permite inferir la real asimilación del resto del complejo del que forma parte, por lo cual la valoración extrema de la difusión no permitiría justificar el desarrollo de las culturas aborígenes existentes en el momento de la irrupción europea; un proceso de este tipo no pudo ocurrir a pesar de tratarse de migraciones, hasta cierto punto organizadas, de núcleos de población, pues sobre esas migraciones funcionaron los procesos de readaptación a un medio diferente del originario y en muchos casos en contacto e interacción con poblaciones precedentes que tenían una experiencia cultural distinta. Todo esto contribuyó a crear un complejo cultural original que surgió de la modificación y rediseño, en no pocos aspectos, de la base cultural emigrante.

Estos presupuestos parecen ser una de las claves para entender mejor los procesos migratorios de este periodo de difusión cultural hacia las Antillas. Estos procesos migratorios no pueden observarse petrificados, como si los nuevos inmigrantes no sufrieran transformaciones o recibieran otras influencias —esto afirman algunos estudiosos e historiadores al limitar la cultura de grupos como los caribes o los taínos a sus bases suramericanas— con rasgos siempre prefigurados e invariables, sin sopesar los procesos de simbiosis cultural y económica ocurridos en el marco isleño.

Es imposible negar las bases de la cultura taína y canbe en los grupos de selva tropical suramericana, o poner en duda la evidencia de su ruta migratoria probada por la arqueología y otras disciplinas, pero también es posible seguir la transformación de sus culturas de origen en las Antillas, no sólo por la nueva visión del entorno, sino también por los choques con una población predecesora que tenía más de 500 años de habitar las islas y que había logrado —sobre todo en algunas regiones de las grandes Antillas— niveles de desarrollo e identificación que podían definirla casi con un carácter étnico o de nueva tradición cultural. Desde ese punto de vista podemos afirmar, siguiendo al arqueólogo dominicano Marcio Veloz (1991), que la llamada cultura taína es una expresión genuina antillana, sin desconocer que una parte esencial de la materia prima se encuentra en la zona continental y otra en los grupos recolectores que ya poblaban las islas. Es decir, desde el 5000 ANE, fecha alrededor de la cual penetraron los primeros pobladores de las antillas hasta 1492, hay un lapso que permite percibir el nacimiento de las primeras culturas antillanas.

De todos estos planteamientos se desprende que la vida precolombina en las Antillas se desarrolló a partir de formas que guar-

dan estrecha relación con las características y particularidades de las comunidades que habitaron en distintos momentos las costas del Caribe ribereño o continental, pero no sólo en una relación unívoca con una de ellas.

Cuando se habla de los primeros habitantes antillanos son muchos los que insisten en conocer cuáles fueron los motivos de los movimientos de población hacia esta región. Otra pregunta que salta de inmediato es la referida al momento en que los hombres de ciertas zonas del continente decidieron arriesgarse en este tránsito peligroso y hacia una ruta hasta cierto punto desconocida; sin embargo, es justo pensar que ningún grupo humano decidido a cambiar de hábitat lo hace al azar, y he ahí uno de los primeros puntos a considerar.

Los primeros grupos referidos salieron desde las costas continentales, conocían la existencia de espacios donde la ecología era parecida o similar a la de origen. Ello se explica en primer lugar porque —sobre todo en esta etapa— para lograr la explotación de un medio distinto se necesitan también mecanismos sociales y productivos distintos, por tanto las sociedades en sus desplaza-

mientos escogerán ambientes para los que poseen medios de explotación; en otras palabras, aquellos para los cuales están preparados, de ahí las recurrencias, en cuanto a la organización de la habitación, que la arqueología ha denominado "patrones de asentamiento".

Ejemplos elocuentes de esta situación son las tres primeras grandes oleadas, casi todas alrededor de un mismo período (4000 ANE), las cuales parecen corresponderse con expresiones culturales diferentes del modo de vida recolector, entre las cuales, por demás, se observan variaciones en cuanto a los puntos de origen. Para los investigadores estas migraciones son consecuencia de cambios climáticos, en sus zonas de procedencia, pues sólo esto explicaría cómo de manera simultánea y desde puntos distantes, grupos que estaban adaptados a determinados entornos decidirán abandonar una relativa estabilidad para acometer una aventura marinera.

La entrada en el llamado período holoceno parece haber provocado cambios en el nivel del mar que afectaron notoriamente el hábitat en muchas partes del continente, esto limitó las posibilidades de regeneración al salinizar grandes zonas y afectar sistemas ecológicos estables y con permanencia milenaria. Una situación de este tipo parece haberse producido en el norte de Sur y Centroamérica; sin embargo, este proceso natural de elevación del mar no parece haber sido tan violento en las islas donde los nichos ecológicos fueron permanentes y explotables.

Los estudios de los grupos con esta naturaleza han permitido comprobar que las bandas se mueven con parte de su menaje y dejan otros instrumentos de explotación del medio en lugares a los que se suponen regresan para nuevas incursiones. Por tanto, para ellos es fundamental la materia prima para el instrumental de trabajo y la garantía de que la misma exista en el nuevo sitio al cual se han de integrar. En otras palabras, los elementos físicos como los cambios climáticos y sus derivaciones, y los elementos culturales como la búsqueda de recursos similares a los de origen, son dos de los puntos básicos para explicar las primeras migraciones precolombinas, puesto que los nuevos lugares permitirían seguir usando los mismos métodos de supervivencia, con poca variación en el instrumental de producción y los sistemas tradicionales, los cuales eran más difíciles de cambiar que el medio mismo.

La observación de esas poblaciones recolectoras ha demostrado que en varios lugares de las costas del Caribe existían sufi-



cientes condiciones y conocimientos de navegación para enfrentar el movimiento o traslado organizado hacia las islas, además de reflejar cómo muchos de los puntos donde estas sociedades alcanzaron mayor auge son áreas cuyas condiciones geográficas facilitaban ese objetivo. Este panorama, develado por la arqueología de las últimas décadas, ha modificado la apreciación —para muchos, aún válida a fuerza de repetirla— de un origen único y una vía de acceso única para las primeras poblaciones antillanas. La historia más temprana de nuestras islas no es el resultado de una migración unilateral desde un punto específico del continente, sino de varias líneas de ocupación y movimientos migratorios que al parecer también reflejan la existencia de varias tradiciones técnicas y económicas orientadas hacia un propósito común: la pre-dación.

La diversidad de culturas que hoy observamos en el Caribe, y en especial en las islas, es algo que caracterizó el espacio desde sus propios inicios como región histórica. En este comienzo desempeñó un papel esencial la dispersión casi coetánea hacia estas, lo que facilitó la interacción entre sociedades con un nivel de desarrollo similar al explotar un mismo espacio.

Las primeras comunidades de este tipo en las Antillas parecen estar emparentadas con grupos que para esa fecha ocupaban buena parte de Centroamérica, en especial las zonas cercanas a las costas de Belice. Esta primera migración se complementó posteriormente con comunidades cuyos modelos de adaptación y rasgos culturales las hacen afines con las poblaciones ubicadas en la costa oriental de Venezuela y Trinidad respectivamente, cuya presencia en el arco antillano, sobre todo en las grandes Antillas, se constata para los 3000 y 2500 años ANE (Veloz 1996).

De lo anterior se desprende que los primeros grupos que cubrieron el arco antillano e impusieron en él sus modelos de adaptación originarios no deben ser tratados dentro de un tipo humano único reconocido como ciboney —recreado por las crónicas— con un modo de vida estático o dividido en dos aspectos vistos en sucesión; en realidad, se trata del resultado de una diversidad de culturas, de su coexistencia e interacción.

Por otra parte, a las migraciones tradicionales reconocidas para los grupos agricultores parece haber antecedido, e incluso coexistido con ellas, algunas oleadas de inmigrantes cuyo nivel de desarrollo socioeconómico se hallaba en el tránsito hacia la producción de alimentos. En la década del setenta comenzó en Cuba un re-

conocimiento a fondo de comunidades con estas características —definidas como protoagrícolas por la arqueología cubana—, a las cuales se les atribuyen procedencias que van desde el origen autóctono en las grandes Antillas, hasta vínculos estrechos con regiones continentales; entre estas últimas, el área de Barlovento en Colombia, el Orinoco medio en Venezuela y la zona del valle del Mississippi en el sur de los Estados Unidos.

Un panorama distinto ofrece la migración aruaca con base en la zona oriental de Venezuela. Su irrupción en el arco antillano está reportada para el siglo II ANE y su ocupación fue la característica esencial de lo que pudiéramos llamar la historia media del Caribe. Sin dudas, ocurrió una fusión entre los nuevos habitantes y el sustrato de población anterior y no la sustitución o el desplazamiento totales; esto lo evidencia el uso de artefactos del período precerámico por parte de los agricultores así como la supervivencia entre ellos de tecnologías propias de los grupos previos.

Los grupos agricultores parecen haber penetrado en las Antillas en un proceso migratorio caracterizado entre otras cosas por la presión de sociedades “segmentarias” o de “linaje” sobre un amplio sector selvático. Sus primeras manifestaciones isleñas se encuentran en la isla de Trinidad, muy cercana a las costas de Venezuela, pero también se observa una plaza fuerte en islas como Antigua, Guadalupe y San Martín, donde se produjo una importante transformación de su sistema económico, fundamentado sobre bases más aplicables al continente.

La adaptación isleña de estos inmigrantes precolombinos está bien definida para el espacio comprendido entre la isla de Trinidad y el oriente de Puerto Rico; en esta última, estudios realizados en su parte norte revelaron en detalle el proceso de transformación de los grupos selváticos que ya hacia el siglo IV AC habían logrado afianzar patrones de vida muy estables y comenzaban el tránsito hacia una expresión local de desarrollo.

Es evidente que los primeros grupos agricultores insulares desarrollaron nuevas expresiones culturales en cada isla, y que a su vez el intercambio entre estas fue intenso. En este caso, las expresiones alfareras, que son las evidencias más seguras para seguir las huellas étnicas de estas sociedades, revelan que en las Antillas Mayores los desarrollos locales fueron una constante. Por otro lado, los contactos fluidos entre las islas y la zona continental están verificados en espacios como la costa sur de la isla de Puerto Rico donde, hacia el siglo IV DNE, aparecen alfarerías muy simila-

res a las del yacimiento venezolano conocido como El Cuartel y restos de fauna propia de esa zona continental (Veloz 1991).

En resumen, podemos referirnos a Puerto Rico como un importante centro experimental en este período de la historia antillana, pues hasta el momento es el área donde se aprecia con mayor nitidez la génesis de expresiones locales que más tarde estarán presentes en Santo Domingo y Cuba. En el espacio puertorriqueño las huellas estilísticas iniciales de la cerámica sufren cambios que se aparejan a cambios económicos que van desde una agricultura extensa hasta una intensidad productiva asentada sobre otros métodos.

A partir de ese momento los aruacos antillanos iniciaron un proceso claro de distribución de espacios; hacia el siglo VIII y IX DNE aparecen plazas ceremoniales bien descritas en el caso de los taínos por la crónica conquistadora. Esta capacidad de extensión es además palpada por la rápida dispersión interisleña del nuevo modo de vida, reconocido por la arqueología como representativo de las llamadas sociedades ostionoides.

En el aspecto social, las características de las comunidades de selva tropical en las cuales no existen rasgos cacicales o de jefatura, sino rangos variables en relación con habilidades propias y personales, se transformaron hacia una presencia de jefaturas o poderes más comunes en las sociedades en tránsito hacia estamentos

Ilustración: J. Martínez



de poder. Los poblados se ampliaron y las huellas alfareras indican el comienzo o la base de los estilos conocidos como Boca Chica y Meillac, representantes de las llamadas culturas taína y macorix.

Evidencias de la derivación de estas dos últimas expresiones culturales de los habitantes locales ostionoides han sido bien comprobadas en yacimientos de la isla de Santo Domingo, donde además se observa un desarrollo simultáneo a partir de la coexistencia de estos tres tipos de sociedades. En el caso de Cuba, aunque no es clara la secuencia ostionoides sí se observa la coexistencia entre taínos y macoriges –estos últimos denominados subtaínos en algunas clasificaciones arqueológicas.

Los taínos en realidad aprovecharon y resumieron los avances de grupos anteriores, perfeccionaron las técnicas del montículo agrícola, usaron el maíz como elemento de subsistencia sin abandonar la yuca y constituyeron una sociedad ceremonializada que a partir del siglo XII se dispersó desde La Española para alcanzar Jamaica, Cuba y Puerto Rico y así conformar una región cultural bastante homogénea a la llegada del conquistador.

La migración de los llamados caribes parece haber sido la última reconocida antes de la migración europea. Procedentes de las costas orientales y centrales de Venezuela, de donde habían desplazado a las poblaciones aruacas continentales, los caribes parecen haber llegado a las islas en grandes razzias, por lo que su dominio de la navegación en el marco de las Antillas fue de suma importancia para su propia supervivencia.

La mezcla de la población caribe con los aruacos insulares está refrendada por las fuentes etnográficas que describen a los llamados ciguayos, cuyas características físicas y atuendo coincide con las descritas para los caribes; sin embargo, la alfarería recuperada en sus asentamientos por la arqueología tiene las particularidades de la alfarería taína. La explicación de este fenómeno, según varios estudiosos del tema, se encuentra en el rapto de las mujeres taínas por parte de los caribes y en la precisión de que en este tipo de sociedades son las mujeres quienes realizan las labores de alfarería. Aunque lo más importante de esta situación es que muestra la existencia de mecanismos culturales que, por diferentes vías propiciaron la mezcla de las poblaciones aborígenes que habitaron el Caribe en diferentes momentos de su más temprana historia.

A manera de resumen podemos indicar lo siguiente:

- a) Buena parte de la historia más antigua del Caribe se resume a partir de sucesivos procesos migratorios y la dispersión de so-

ciudades representativas de expresiones culturales distintas. El paso de estos núcleos de población de manera sucesiva no sólo elimina las posibilidades de un proceso migratorio al albur, sino que también es muestra del reacondicionamiento de las sociedades emigrantes, a partir del contacto con otros núcleos poblacionales de similar o distinta orientación cultural y nivel de desarrollo.

- b) El hecho de que los vínculos interisleños se mantuvieran de manera estable hasta períodos avanzados, como el siglo XVI, puede señalar la existencia de vínculos parentales y políticos entre los territorios que ayudaban a perfilar una visión muy general y universal de las culturas precolombinas en el momento del contacto. Es de suponer que esta misma integración es la señal de una redefinición de las culturas primarias para el surgimiento de una cultura propiamente antillana cuya expresión más señalada es la llamada cultura taína.
- c) La definición de cultura taína va más allá de una cultura fría o estática cuyas esencias son iguales a las del momento migratorio. Muchos de esos rasgos habían cambiado su función y otros elementos nuevos se añadieron al reproducirse tanto física como socialmente en un nuevo entorno.
- d) Las Antillas se perfilaron desde la etapa precolombina como un espacio cultural que mantuvo vínculos y de intercambio con algunas partes del continente, como muestran objetos colectados en algunos yacimientos, sin embargo el fortalecimiento e integración como unidad cultural y étnica de esta región ya en los tiempos cercanos a la conquista, la hizo más fuerte ante las posibles influencias y difusiones desde otras áreas e, incluso, más resistente ante el empuje de otros movimientos migratorios como el de los caribes.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcina Franch, José (1989): *Arqueología antropológica*. Madrid, Ediciones Akal, S. A.
- Meggers, Betty (1987): "Oscilación climática y cronología cultural en el Caribe" en *Actas del tercer Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe*. Washington, DC., editado por Mario Sanoja Obediente.
- _____ (1997): "Enfoque teórico para la evaluación de los restos arqueológicos" en *El Caribe Arqueológico*. Santiago de Cuba, Casa del Caribe, No. 2.
- _____ (1998): *Evolución y difusión cultural. Enfoques teóricos para la investigación arqueológica*. Quito, Ediciones Abya-Yala.
- Rouse, Irving (1961): *Arqueología cronológica de Venezuela*. Washington DC, Unión Panamericana, Vol 1.
- Sanoja, Mario e Irida Vargas (1995): *Gente de la canoa*. Caracas, Fondo Editorial Tropykos, comisión de Estudios de Postgrado FACES-UCV.
- Veloz, Marcio (1991): *Panorama histórico del Caribe precolombino*. Santo Domingo, Banco Central de la República.
- _____ (1996): *Barril sin fondo; Antropología para curiosos*. Santo Domingo, Editora de Colores, S. A.



SERES DE BARRO. UN ESPACIO SIMBÓLICO FEMENINO

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS

Ilustraciones: Juan Guarch Rodríguez



La expresión estética de los grupos agricultores de raíz etnoindígena aruaca asentados en Cuba no se limita, en el caso de los trabajos en barro, a las decoraciones de las asas de vasijas o a las ornamentaciones incisas o aplicadas sobre las paredes de estas o grabadas en la superficie de algunos brenes. Hay todo un sector cerámico con proyecciones escultóricas y peculiaridades de significación muy específicas, ajeno al relativo sentido utilitario de recipientes y brenes, cuyos logros formales y probable funcionalidad lo distinguen dentro del material arqueológico de tales comunidades.

Estas piezas, pequeñas figuras moldeadas en barro, representan animales de diversas especies y, en número mucho mayor, seres humanos cuyo sexo casi siempre es femenino. Los estudios de tales objetos, esencialmente, se han basado en proposiciones interpretativas que coinciden en asignarles un sentido mágico-religioso asociado con un probable uso en ritos de fertilidad — en el caso del modelado femenino —, y el hipotético carácter mitológico de las imágenes que asumen las distintas figuras.

Los ejemplares femeninos, estilísticamente cercanos a figuraciones en barro del área venezolana (Delgado 1989) o incluso mesoamericana y de amplias regiones suramericanas (Guarch *et al.* 1985) parecen relacionarse con cultos a la fecundidad imbricados en ritos agrarios (Dacal 1972: 90); en el plano de la identificación mitológica, se los supone la representación de un ser protector de la maternidad que para algunos autores es la diosa Atabay (Coe-

Provincia de Holguín. Sitios arqueológicos con reportes de figuras oxentas moldeadas en barro

1. Punta de Pulpo, 2. Chorro de Malta, 3. Cayo Baray, 4. Loma Carbon, 5. Aguas Gordas, 6. El Mango, 7. Cuereito I, 8. Humo, 9. Loma de Hant, 10. Varala III, 11. Esterilo, 12. Los Mates, 13. Barajagua II, 14. Barajagua, 15. Mucagua, 16. Ochillo, 17. El Panquezo.

culluela y Cosculluela 1947: 39; Guarch y Querejeta 1992: 28; Fariñas 1995) y para otros la deidad Itiba Cahubaba (Rodríguez 1990), entes ambos del complejo mitológico aruaco insular (Pané 1990).

Las figuras zoomorfas, igualmente próximas a piezas de culturas prehispánicas vecinas (Morbán 1980), se manejan como imágenes de distintos animales míticos, con historias e importancia diversas (Martínez y Castellanos 1978; Guarch y Querejeta 1992).

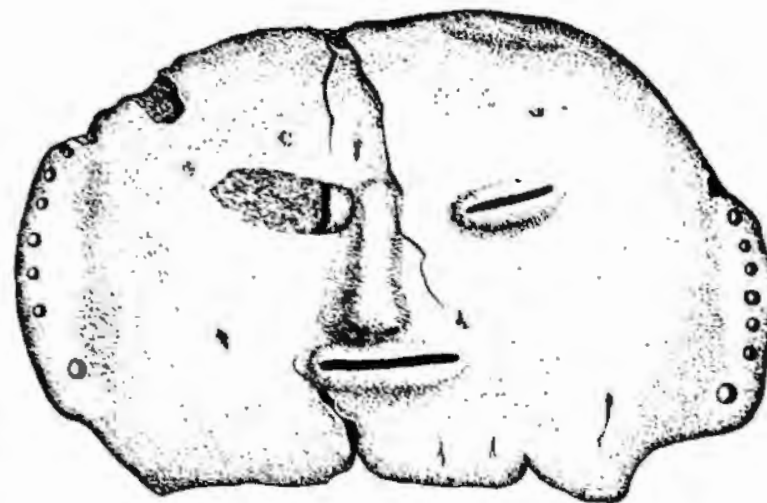
Aunque hay reportes de modelados exentos hacia el centro de la isla (Domínguez 1991: 21), de manera tradicional se ha considerado, especialmente en lo que respecta a la figuración femenina (Dacal y Rivero 1994: 151), a la región oriental de Cuba como zona típica de dispersión de esta parte de la producción cerámica aborigen. Tales datos de localización la ubican hasta ahora en áreas de las provincias Guantánamo, Holguín y Santiago de Cuba (Dacal 1972; Rodríguez 1990).

La revisión cronológica de este material (Rodríguez 1990), propone para las piezas femeninas un margen temporal que abarca casi toda la estancia de los grupos agricultores en Cuba. Algunos autores (Martínez y Castellanos 1978) no obstante, al considerar las peculiaridades estilísticas del resto de la cerámica a la que se asocian, sugieren una presencia más restringida y muy tardía, a partir del siglo XIV, relacionada con los momentos de mayor desarrollo socioeconómico de tales comunidades. En ciertos sitios de este periodo, la riqueza decorativa y el hallazgo de figurinas femeninas, han sido considerados indicios de especialización artesanal (Castellanos 1991: 481).

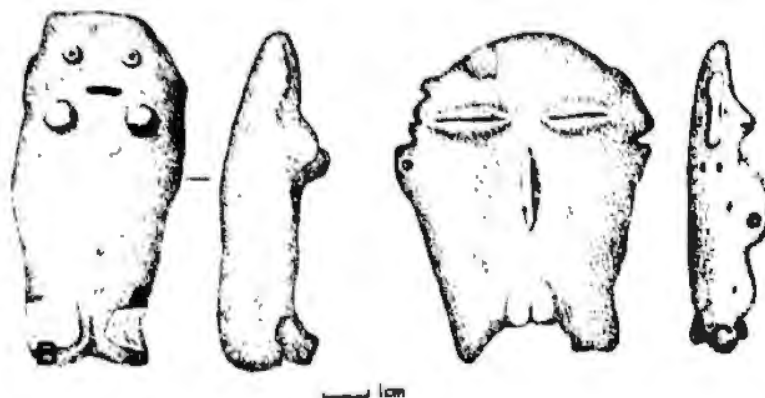
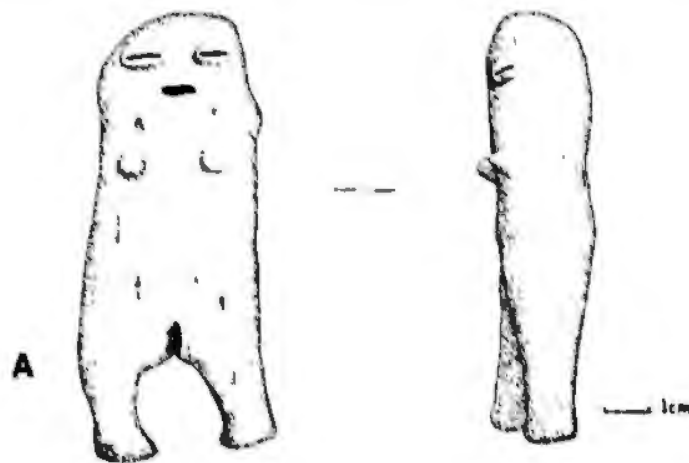
LA FIGURACIÓN MODELADA EN HOLGUÍN

La provincia de Holguín reporta hasta el momento, según la información disponible (Dacal 1972), la mayor cantidad de figuras femeninas encontradas en el país. Los restantes modelados antropomorfos y zoomorfos también parecen ser muy abundantes.

La revisión de la bibliografía que trata residuarios agricultores de la provincia o material de estos sitios conservado en museos, así como el trabajo con colecciones del Museo Indocubano Bani, del Museo Municipal de Báguano y del Museo Provincial de Holguín, permitió reunir información sobre 62 figuras completas o sus fragmentos provenientes de 17 residuarios arqueológicos y de zonas no definidas de los municipios Banes, Báguano y Holguín. De los yacimientos con ubicación precisa, 11 se sitúan al norte de la provincia, en áreas de Banes (Guerrero I, Bruno, El Mango, Aguas



Piezas tabulares
Lámina No. 1 Municipio Banes,
Museo Bani, N. C. 4-165



Piezas tabulares

Lámina 2. A. Sitio Aguas Gordas, Museo Baní 4-125; B. Sitio Chorro de Maíta, Museo Baní, N. C. 4-120; C. Sitio Aguas Gordas, Museo Baní, N. C. 4-121

Gordas, Varela 3, Chorro de Maíta, Loma Carbón, Loma Baní, Esterito y Punta de Pulpo) y del municipio Rafael Freyre (Cayo Bariay II); tres se localizan al centro, en el municipio Holguín (La Macagua, Ochilo, El Pesquero) donde también se tiene un reporte de zona arqueológica y no de sitio, que es el caso del Río Pazón, uno al centro-este, en el municipio Báguano (Loma de los Mates) y dos en el centro-sur de la provincia, municipio Cueto (Barajagua y Barajagua II) (Tabla 1).

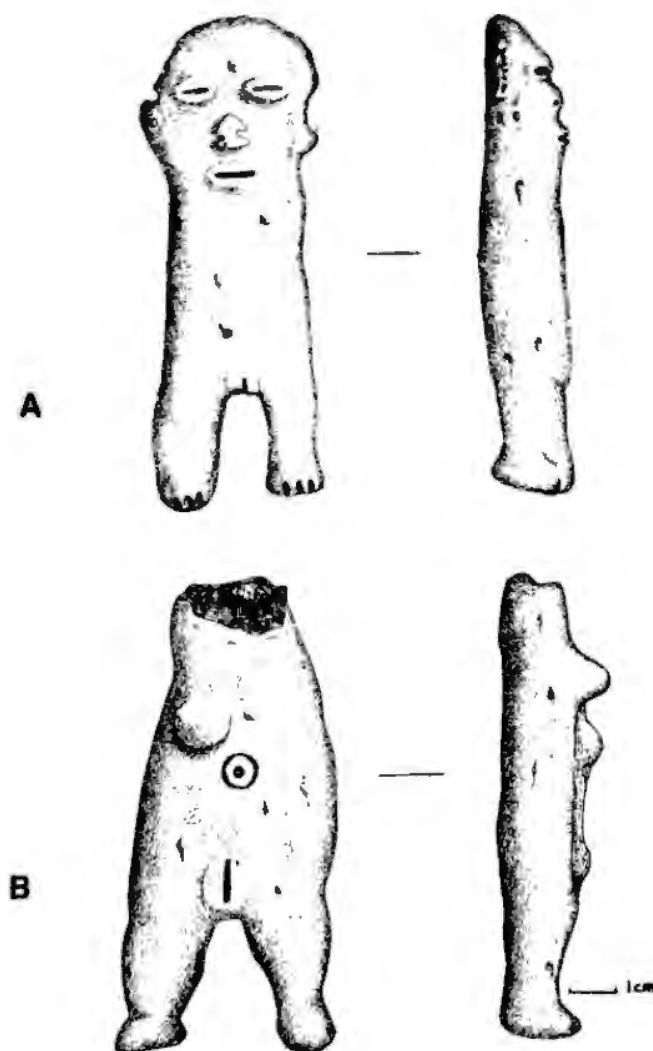
De las piezas en estudio (Tabla 2) 61,29% son imágenes femeninas, 4,83% sigue patrones masculinos y 17,74% patrones zoomorfos. El 16,12% restante adopta imágenes antropomorfas de sexo no definible debido a la falta de representación del elemento genital o a un estado de deterioro que imposibilita saber si presentaba este rasgo y cuál era su carácter.

De Banes proviene la mayor parte del material 78,94% de las figuras femeninas, 66,66% de las masculinas, 40% de las antropomorfas y 63,63% de las zoomorfas (Tabla 2); se alcanzan, también en esta área, los principales índices de frecuencia a nivel de residuario. Este parámetro se comporta de manera baja en la mayoría de los yacimientos estudiados; sin embargo, en El Mango, Aguas Gordas y Loma Carbón, registra un sensible incremento que pudiera responder a un especial estado de complejidad superestructural en tales sitios. El hecho de que Aguas Gordas y Loma Carbón estén muy cerca, en un área relativamente alejada de otros conjuntos de residuarios, ha dado pie a planteamientos sobre cierta especialización en la producción de estas imágenes y quizás el predominio allí de aspectos ideológicos zonales (Valcárcel 1990: 91).

El reporte mayoritario de los modelados exentos en Banes no debe responder a diferencias significativas en la expresión cultural de las áreas consideradas en los distintos municipios. Probablemente esto sea un indicio de la fuerza alcanzada por la expresión superestructural en la zona, reflejo a su vez del desarrollo más potente localizado en todo el territorio de Holguín.

La dispersión de las figuras, pese a lo pobre de su frecuencia en sitio, es relativamente amplia y coincide con las concentraciones de asentamientos agricultores de la provincia y con los enclaves de mayor desarrollo socioeconómico. La falta de una adecuada referencia estratigráfica y de vínculos con restos arqueológicos fechados impide una aproximación temporal para estas piezas, máxime cuando aparecen en yacimientos con largos periodos de

TABLA No. 1. UBICACIÓN. REFERENCIAS LOCALIZATIVAS						
Sitio arqueológico	Femenina	Masculina	Antropomorfa	Zoomorfa	Total	o ubicación actual
Banes	Guerrero 1		1		1	(Rouse 1942)
	Bruno	1			1	(Rouse 1942)
	El Mango	3	1		4	(Rouse 1942); Museo Baní
	Aguas Gordas (R. Seco 14)	13	2	1	18	(Rouse 1942); Museo Baní; (Castellanos y Pino 1986)
	Varela 3	1			1	(Rouse 1942); Museo Baní
	Chorro de Maíta	1		1	2	(Rouse 1942)
	Loma Carbón	2	1		3	Museo Baní
	Loma Baní	2			2	Museo Baní
	Esterito	1			1	(Pariente 1980)
	Punta Pulpo		1		1	(Guarch Delmonte, 1986)
	Municipio Banes	6		3	9	Museo Montané; (Dacal 1972) Museo Baní
Rafael Freyre	Cayo Bariay II		1		1	Dpto. Centro Oriental de Arqueología, Holguín
Holguín	La Macagua	1			1	(Rouse 1942)
	El Pesquero	1	1	1	3	(García Castañeda 1940); (Rouse 1942); Museo Provincial de Holguín
	Ochile		1	2	3	(García Castañeda 1939); Museo Prov. de Holguín
	Río Pazón		1		1	(Morales Patiño 1948)
	Municipio Holguín			1	1	Museo Prov. de Holguín
Báguano	Loma de los Mates	2		1	3	(Martínez Castellanos 1978); (Castellanos y Pino 1986)
	Municipio Báguano	2	2		4	Museo de Báguano
Cueto	Barajagua	1			1	(Guarch Delmonte <i>et al.</i> 1985)
	Barajagua II	1			1	(Guarch Delmonte <i>et al.</i> 1993)
Totales		38	3	10	11	62



Piezas tabulares

Lámina 3. A. Municipio Banes, Museo Baní, N.C.4-124; B. Municipio Banes, Museo Baní, N.C. 4-126.

TABLA No. 2. TIPOS Y ÁREAS					
Áreas	Femeninas	Masculinas	Antropomorfas	Zoomorfas	Total (% total)
Banes % tipo	30 78,94%	2 66,66%	4 40%	7 63,63%	43 (69,35%)
R. Freyre % tipo			1 10%		1 (1,61%)
Holguín % tipo	2 5,26%	1 33,33%	3 30%	3 27,27%	7 (14,51%)
Báguano % tipo	4 10,52%		2 20%	1 9,09%	7 (11,29%)
Total por tipo (% gral.)	38 (61,29%)	3 (4,83%)	10 (16,12%)	11 (17,74%)	62

ocupación, como Aguas Gordas, El Mango y Ochile, y claras variaciones estilísticas en su material cerámico.

Es peculiar la tendencia a un reporte mucho menor de modelados femeninos en el área de Holguín, si se compara esta con Banes o Báguano. Tal cambio parece compensarse con un aumento de las piezas zoomorfas y con el desarrollo de una expresión antropomorfa que tiende a salirse de los marcos de la figuración modelada típica, para asumir códigos de objetos trabajados en otros materiales (Lámina 11, Figuras A y B; Lámina 12, Figura B).

PECULIARIDADES TIPOLOGICAS

El estudio² de los rasgos formales de las figuras permitió definir con claridad varias tendencias representativas dentro de las grandes divisiones antes señaladas. Estas tendencias responden al nivel de complejidad del modelado y a las peculiaridades que adopta al asumir ciertos tipos de imágenes.

Hay dos grandes grupos de figuras según la proyección tabular o volumétrica desarrollada por su modelado. En el primer caso se encuentran piezas de superficies frontales y dorsales muy planas, con un empleo mínimo de las aplicaciones, punteados e incisiones. Este grupo se caracteriza por la notable similitud de sus ejemplares que temática y formalmente acuden a códigos comunes. En las figuras volumétricas esta unidad desaparece para desarrollar niveles representativos diversos que van desde un cuerpo en bulto, con empleo muy pobre de la incisión, las aplicaciones y el punteado, hasta piezas donde las posibilidades de estos recursos se

explotan ampliamente, para asumir incluso peculiaridades y temas del trabajo escultórico en otros materiales.

PIEZAS TABULARES

Lámina 1-3

Son las más abundantes; 37,09% del total general (Tabla 3). Adoptan sólo imágenes femeninas muy estilizadas, estructuradas frontalmente y con poco detalle en sus partes, excepto las sexuales; son poco proporcionadas y todo el cuerpo resulta una unidad base, con órganos genitales exagerados y cabeza prominente. El modelado es muy pobre y se utiliza para resaltar senos y sexo y dar forma a los contornos y extremidades inferiores. Los brazos aparecen en muy pocos casos.

Los rasgos faciales se realizan mediante punteados e incisiones; se acude también de forma muy usual, a aplicaciones del tipo "grano de café" (Lámina 1) o a una combinación de estos recursos. Pese a la apariencia monolítica del cuerpo hay figuras donde lo entreabierto de las piernas, y el adelantamiento de un pie, sugiere movimiento (Lámina 2, Figuras B y C).

El único elemento de probable sentido decorativo que usan son perforaciones en las orejas. Se elaboran según la técnica cerámica común en estos grupos y emplean en su terminación un alisado simple y nunca pinturas o engobes. Sus dimensiones oscilan entre 7 y 12 cm de alto.

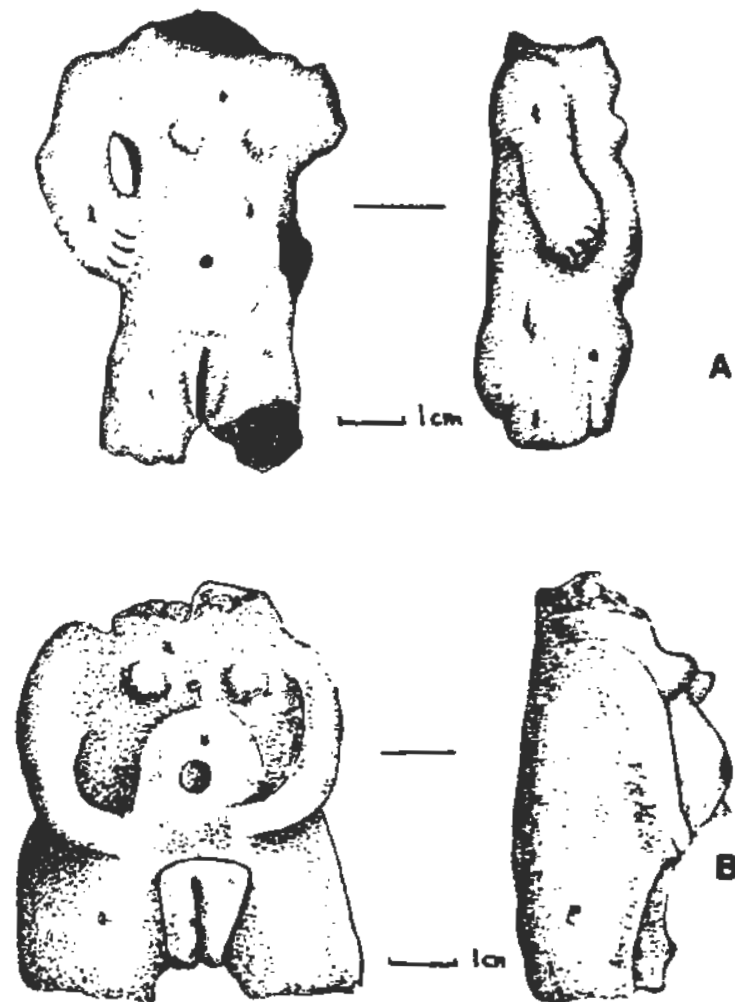
PIEZAS VOLUMÉTRICAS

Proyección volumétrica simple

Láminas 4-9

Se reporta con menor frecuencia (30,64%; Tabla 3) que los modelados tabulares, aunque consigue mayor diversidad temática y formal que estos. Cuando asume formas femeninas denota un indudable vínculo con las piezas tabulares en el sentido de resaltar los elementos sexuales. Aporta en este orden un vientre abultado, brazos apoyados en las caderas o el vientre y senos más definidos que junto a las piernas entreabiertas de las figuras tabulares, inducen a inferir vínculos con la maternidad (Lámina 4, Figuras A y B; Lámina 7).

Aunque muchas figuras conservan la apariencia simple y excesivamente estilizada de las piezas tabulares, otras ganan en calidad plástica al mostrar mayor nivel de detalle y cuidado en la ter-



Piezas volumétricas. Proyección simple.
Lámina 4. A. Sitio Aguas Gordas, Museo Baní, N. C. 4-130; B. Sitio El Mango, Museo Baní, N.C. 4-127.

Tabla No. 3. Tipología según Imagen y modelado Leyenda: F: femeninas, M: masculinas, A: antropomorfas, Z: Zoomorfas												
Sitio arqueológico	Tabular femenina	Volumétricas simples				Volumétricas complejas				No definidas		Tot
		F	M	A	Z	F	M	A	Z	F	A	
Bruto										1		1
El Mango		1			1					2		4
Aguas Gordas (Río Seco 14)	8	4	1		2		1	1		1		18
Estero	1											1
Varela 3		1										1
Chorro de Maíta	1				1							2
Loma de Carbón	2										1	3
Guerrero 1											1	1
Loma de Bani	1					1						2
Punta de Pulpo											1	1
Municipio Banes	5	1			3							9
% Total del Tipo	18 (78,26)	7 (100)	1(50)		7(70)	1(100)	1(100)	1 (25)		4(57,14)	3(50)	
Cayo Bariay II											1	1
% total del tipo											1(16,66)	
El Pesquero			1					1		1		3
La Macagua										1		1
Ochile					2			1				3
Río Pazón								1				1
Municipio Holguín					1							1
%Total del tipo			1(50)		3(30)			3 (75)		2(28,75)		
Loma de los Mates	2								1			3
Municipio Báguano	2										2	4
% total del tipo	4 (17,39)								1(100)		2(33,33)	
Barajagua	1											1
Barajagua II										1		1
% Total del tipo	1(4,34)									1(14,28)		
TOTAL	23	7	2		10	1	1	4	1	7	6	62
% Total general	37,09	11,29	3,22		16,12	1,61	1,61	6,45	1,61	11,29	9,67	
		19(30,64%)				7(11,29%)						

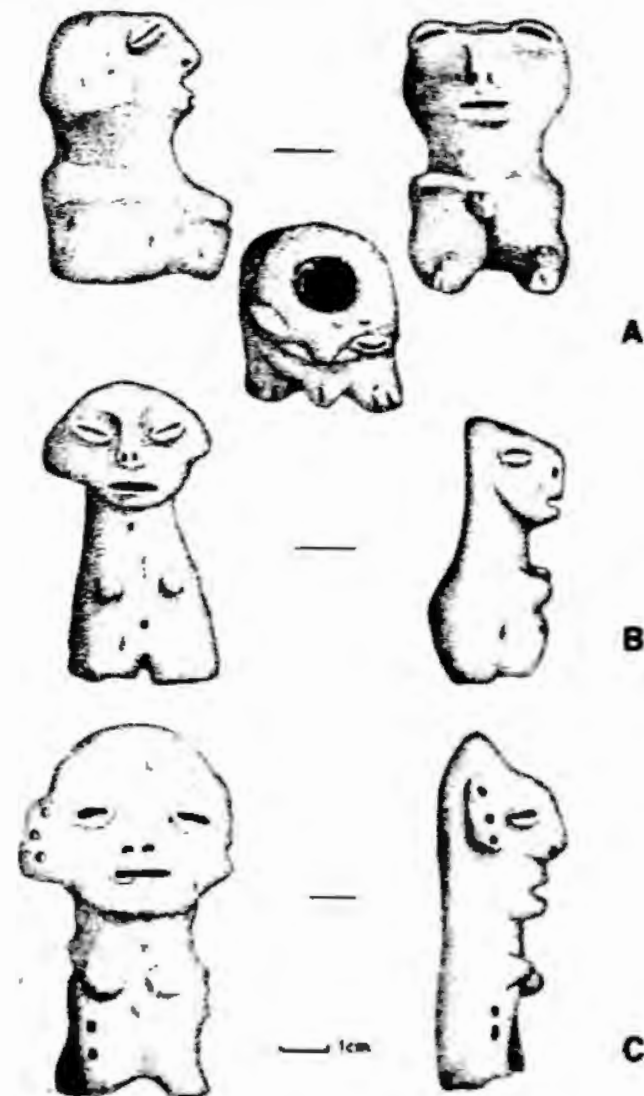
minación. En estos casos el tratamiento de las proporciones mejora y disminuye el tamaño de los genitales, haciéndose más armónica y clara la imagen de las partes restantes con excepción de la cabeza. El modelado es el recurso empleado para lograr estas características; el uso de la incisión y el punteado resulta pobre. La aplicación mantiene cierta importancia en el desarrollo de los rasgos faciales y se conserva la estructuración frontal y la apariencia de rigidez.

En el conjunto de la proyección volumétrica simple se destaca una figura de tamaño notable, 17 cm de largo, que pese a mantener un modelado sencillo incorpora elementos decorativos inusuales como es el caso de una tiara extendida sobre los hombros y la cabeza, marcada por una línea de puntos, y dos incisiones oblicuas unidas en uno de sus extremos que se trazan bajo los senos (Lámina 7). Imágenes semejantes han sido colectadas en el residuario Ventas de Casanova, en Contramaestre, Santiago de Cuba.

De las figuras masculinas reportadas, una (Lámina 5, Figura A) posee un horadamiento vertical bastante profundo y de cierta amplitud, que pudiera darle el carácter de vasija efígie. La otra sigue un estilo muy simple, aunque gana en movimiento y proporcionalidad corporal (Lámina 6), e impone una apariencia sencilla pero muy natural que será propia también de las figuras zoomorfas.

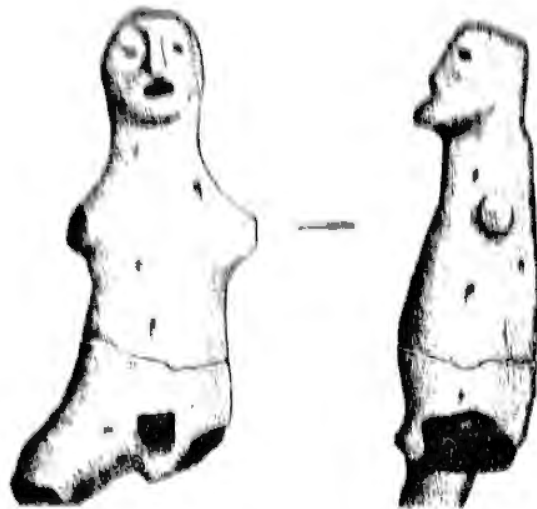
Las piezas con imágenes de animales representan predominantemente especímenes de cuadrúpedos, al parecer perros (Lámina 8, Figura A) o jutías (Lámina 8, Figura C). En el resto de las figuras se muestra un pez, pudiera ser un tiburón (Lámina 8, Figura B), una cotorra (Lámina 9, Figura A) y un animal sin extremidades superiores que parece volar y recuerda al murciélago (Lámina 9, Figura B). En estas figurillas el empleo de la aplicación, el punteado y la incisión se hace aún más escaso que en los tipos anteriores. Las imágenes dependen totalmente del modelado. Su apariencia es estilizada pero con una asombrosa sensación de vitalidad y movimiento. El nivel de detalle de estas representaciones es significativo e indica un excelente conocimiento de la anatomía animal.

Las figuras de proyección volumétrica simple, con excepción de la imagen antes vista (Lámina 7), sólo emplean como probable decoración, las perforaciones en las orejas de algunas imágenes humanas. Sus peculiaridades de elaboración y terminado son similares a las del material tabular. Presentan dimensiones promedio que oscilan entre 5 y 10 cm de largo.

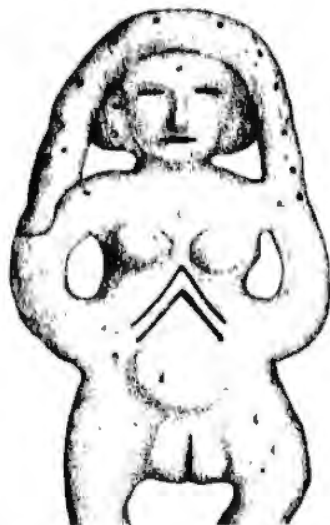


Piezas volumétricas. Proyección simple

Lámina 5. A. Sitio Aguas Gordas, Museo Baní, N.C. 4-123; B. Sitio Varela III, Museo Baní, N.C. 4-118; C. Sitio Aguas Gordas, Museo Baní, N.C. 4-139.



Piezas volumétricas. Proyección simple
Lámina 6. Sitio El Pesquero, Museo Provincial Holguín,
N.C. 2532.



Piezas volumétricas. Proyección simple
Lámina 7. Municipio Banes, Museo Baní.

Proyección volumétrica compleja

Láminas 10-13

Son las menos frecuentes, 11,29% del total general (Tabla 3). Las piezas asimilan imágenes donde la intención representativa se sale del marco figurativo elemental hasta ahora visto para adquirir elementos decorativos, soluciones formales y códigos estilísticos provenientes de la escultura aborigen realizada en madera, piedra, concha o hueso.

En unos casos se recurre a copiar el formato de los colgantes tabulares de concha (Lámina 11, Figura B) e incluso de artefactos ceremoniales como los majaderos efigies de piedra (Lámina 11, Figura A); en otros, se asimilan recursos decorativos no usuales en el material cerámico, como dentaduras, liras, engrosamientos de miembros, rolletes decorativos en los brazos, y definición de costillas y columna vertebral (Lámina 10).

Aunque es visible en determinadas figuras la calidad alcanzada por el modelado, este depende en mayor medida de la incisión como elemento definidor de las partes.

Sus imágenes son difíciles de agrupar en grupos temáticos específicos pues ofrecen rasgos muy variados y el elemento sexual no tiene la importancia que en los tipos anteriores. Aún así es posible distinguir representaciones masculinas, zoomorfas y varias piezas de carácter antropomorfo. De ocho piezas reportadas sólo una es femenina.

La técnica cerámica en estas piezas tiene las peculiaridades de los materiales ya descritos.

ALGUNOS ELEMENTOS EXPLICATIVOS. EL ESPACIO SIMBÓLICO FEMENINO

La mayoritaria presencia femenina demuestra una importante especialización tipológica, en el sentido de su tabularidad (37,09% del material revisado), y una evidente intención de representación diferencial de los órganos sexuales. Este objetivo no se abandona, aunque se produzcan cambios formales al aumentar el empleo del modelado, algo que evidencia su importancia simbólica, sino que se desarrolla mediante estrategias alternativas, al incorporarse el valor connotativo del vientre, los senos y los glúteos. Se hace más claro un mensaje vinculado con la maternidad ya presente en las formas más simples de tipo tabular.

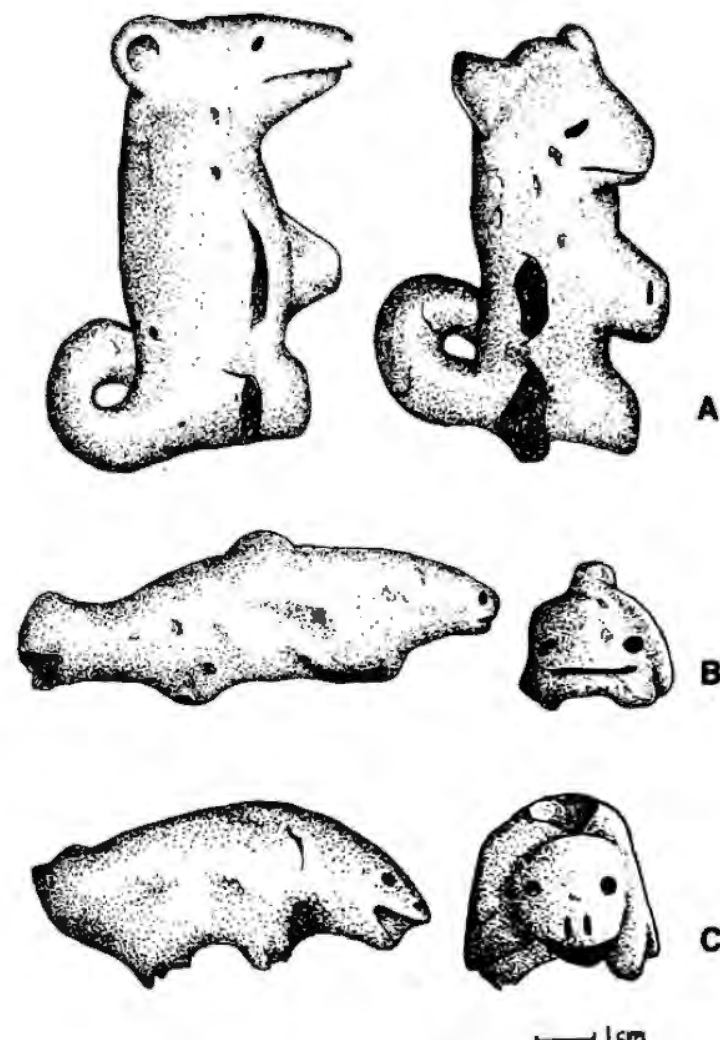
El simbolismo de estas imágenes es eminentemente sexual pues son esos elementos el tema esencial de la representación. Pro-

TABLA No. 4. MATERIALES FIGURATIVOS DE BANES						
	Femenino	Masculino	Antropomorfo	Zoomorfo	Antropo-zoomorfo	TOTAL
CONCHA HUESO PIEDRA	2	4	78	41	25	150 77,72%
% total material	1,33	2,66	52	27,33	16,66	
% total tipo	6,25	66,66	63,41	85,41	100	
BARRO	30	2	4	7		43 22,27%
% total material	78,94	66,66	40	63,63		
% total tipo	93,75	33,33	4,87	14,58		
TOTAL	32	6	82	48	25	193
% total general	93,75	33,33	4,87	14,58	12,95	

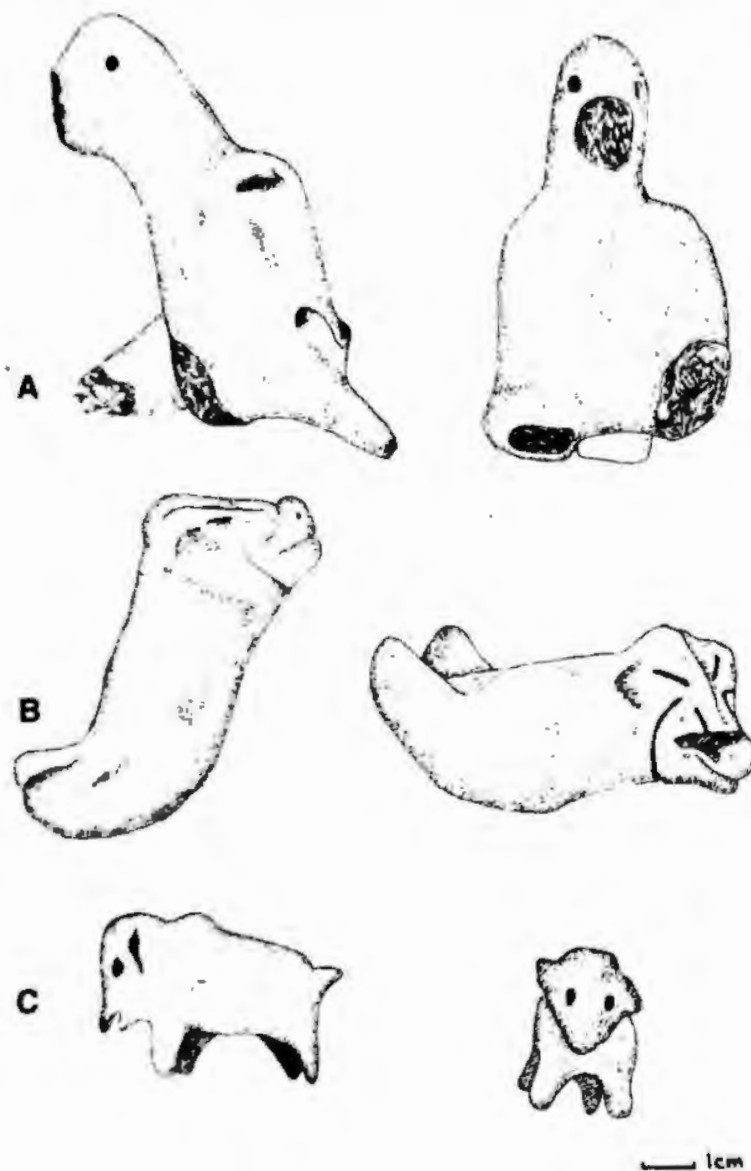
yectados en algunos casos al plano de la maternidad, definen un mensaje unificador de los principios femeninos de creación y reproducción. Los genitales, receptores del impulso germinador y camino de la nueva vida, monopolizan la imagen convirtiéndola en un espacio de enorme fuerza simbólica. Es difícil establecer con exactitud el uso de estas figuras aunque es evidente su inserción en el plano del propiciamiento de la fertilidad; no excluimos tampoco las connotaciones míticas inicialmente consideradas.

Las piezas tabulares, siempre femeninas, son las más ampliamente reportadas, con la excepción del área de Holguín, y las de mayor frecuencia a nivel de sitio. Los ejemplares de proyección volumétrica, más diversos formalmente, presentan una dispersión espacial irregular y muestran una frecuencia significativa sólo en las piezas femeninas simples y en las figuras zoomorfas. Estas últimas, importantes por su presencia numérica, son las más abundantes dentro de su grupo y se destacan también por lo homogéneo de sus peculiaridades estilísticas.

Se distingue una intención representativa muy diferente entre imágenes zoomorfas e imágenes femeninas, tanto tabulares como



Piezas volumétricas. Proyección simple
Lámina 8. A. Sitio Ochile, Museo Provincial Holguín, N. C. 2565;
 B. Sitio Ochile, Museo Provincial Holguín, N.C. 2569; C. Sitio
 Aguas Gordas, Museo Baní, N.C. 4-138.



Piezas volumétricas. Proyección simple
Lámina 9. A. Sitio Aguas Gordas, Museo Baní, N.C. 4-134; B. Sitio El Mango, Museo Baní, N.C. 4-132; C. Municipio Holguín, Museo Provincial Holguín, N.C. 3947.

volumétricas. Las figuras de mujeres priorizan el simbolismo sexual, algo que trasciende de forma notable en las piezas tabulares. En este caso hay una fuerte convencionalización de la imagen que sugiere, a nuestro entender, valores mágico-religiosos de gran importancia, quizás enmarcados en situaciones y acciones ceremoniales muy concretas y altamente normadas. La elaboración zoomorfa parece más libre y apegada a una intención naturalista que pudieran mostrar, incluso, cierto nivel de soluciones personales.

Resulta interesante el significativo desbalance que presenta el conjunto tratado en cuanto a niveles de reporte de rasgos femeninos y masculinos; los primeros aparecen en el 61,29% de la muestra mientras los segundos solo alcanzan el 4,83%, muy por debajo del 17,74% de elementos zoomorfos (Tabla 2). La comparación de estos índices con los aportados por una colección de material no cerámico del área de Banes, de donde también proviene el grueso de las figuras de barro, valorada en la perspectiva general del arte de los grupos aruacos de Cuba, sugiere la posibilidad de una especialización simbólica de los materiales, asociada con las representaciones de carácter sexual.

La colección proveniente de Banes,³ formada por 150 piezas de piedra, concha y hueso, muestra 95,99% de objetos sin definición sexual, 1,33% de figuras femeninas y 2,66% de imágenes masculinas (Tabla 4). Aunque el predominio masculino aquí no tiene la fuerza vista en los objetos de barro para el aspecto femenino creemos que resulta un indicio valioso, máxime si se considera el enorme número de imágenes asexuadas.

En muchas de estas imágenes hay una impresión de masculinidad sugerida por la robustez del pecho y los hombros. También es notable la posición acucillada, muy común en el arte aruaco de las Antillas y sobre todo en su expresión taína, no señalada en los modelados femeninos de barro y entendida por muchos investigadores como alusiva a la postura del rito de la cohoba, ceremonia exclusivamente masculina (Veloz 1972).

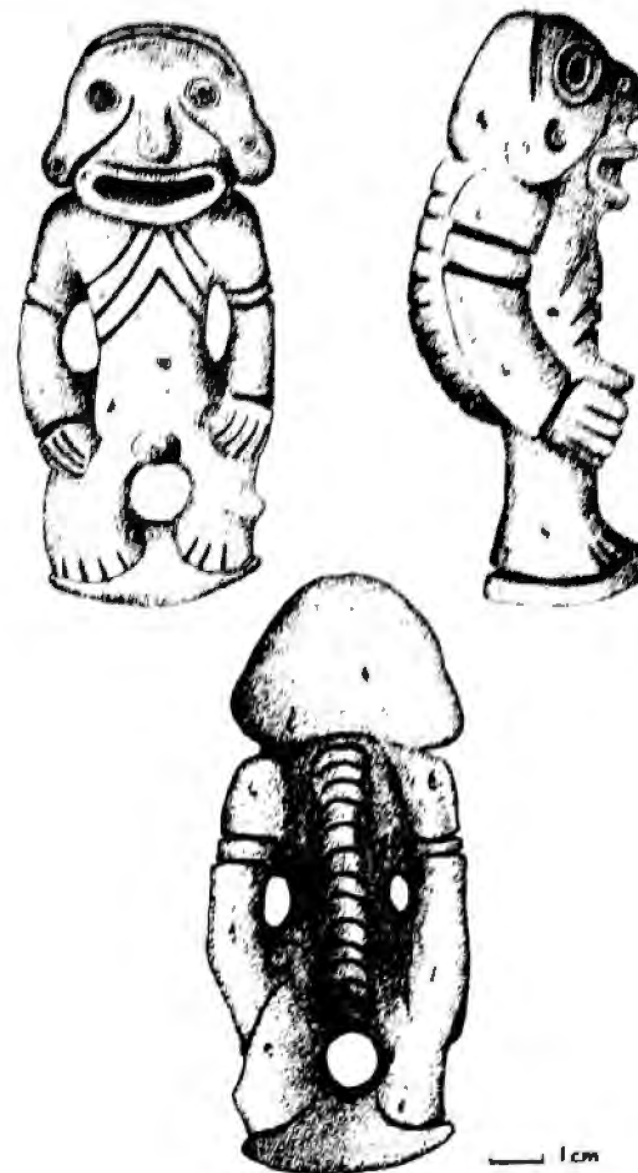
Es probable también una relación entre la tipología de las piezas y la no definición de genitales. El conjunto de Banes está formado esencialmente por pendientes de diverso tipo y artefactos rituales de tamaño pequeño o mediano. La información aportada por las pocas referencias disponibles sobre material cubano, muestra generalmente la representación de tales rasgos en piezas no cerámicas de cierta talla; sobre todo de piedra y madera. En la mayoría de estos casos el sexo reportado es masculino.

En este esquema de análisis, el barro vendría a ser una zona básica del simbolismo femenino mientras que el elemento masculino tendría a su disposición el resto de los materiales. Nótese incluso, que en las figuraciones de barro de proyección volumétrica compleja la asimilación de elementos típicos de objetos escultóricos de otros materiales se dirige de forma prioritaria a figuras asexuadas o masculinas, no a piezas femeninas. Esto sugiere que se trata de acercamientos circunstanciales carentes del arraigo de la figura femenina o animal, que no cuestionan el control femenino sobre este espacio simbólico.⁴

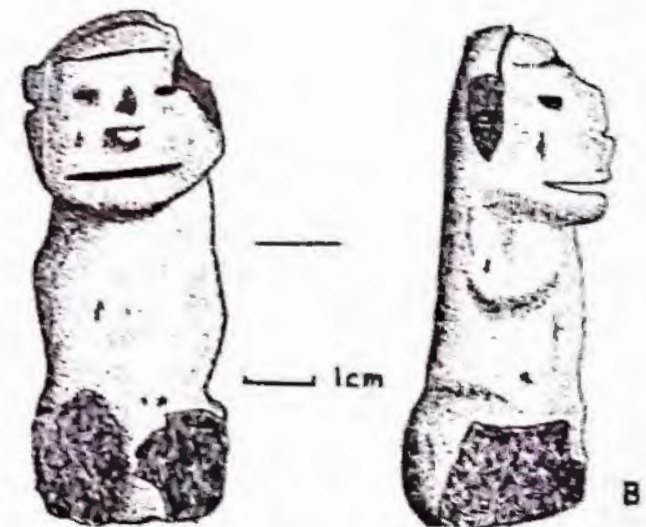
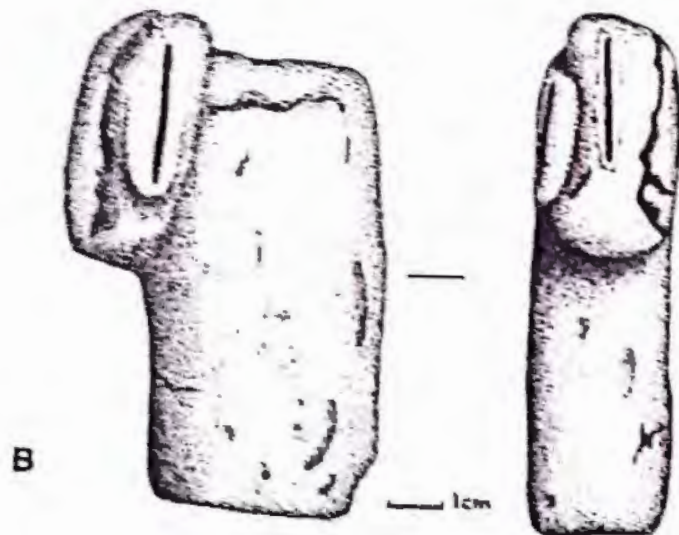
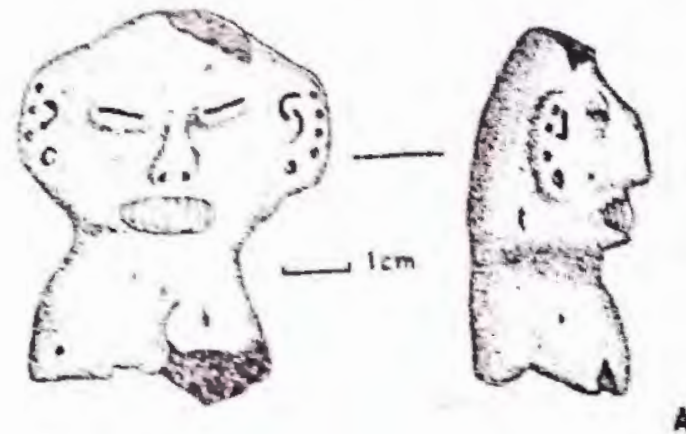
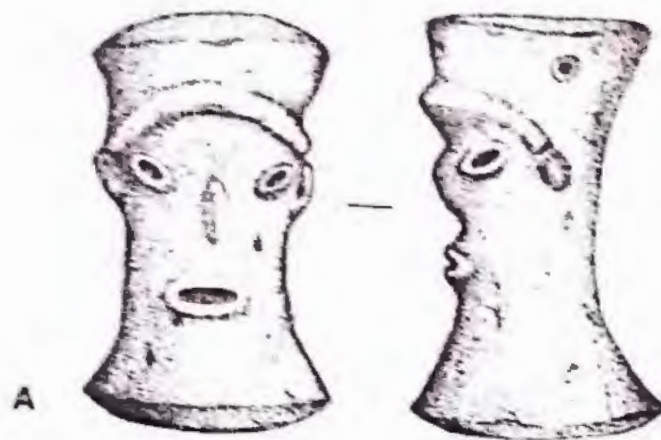
Otro elemento que apoya la relación "barro-imagen femenina" aparece en la perspectiva comparativa desarrollada al analizar la colección banense, una vez incluida en ella la figuración cerámica de esa área (Tabla 4). En este caso, el barro sirve de soporte para el 93,75% de todas las imágenes femeninas reportadas en Banes.

Además de ser base del simbolismo sexual femenino, la figuración en barro pudo constituir también un medio de expresión de posturas femeninas en la religiosidad de estas comunidades. Las figuras femeninas muestran en su mayoría códigos de representación y preparación muy similares a los de asas de vasijas bastante simples. Esto no puede explicarse sólo por las peculiaridades del material, pues como se ve en el caso de las figuras volumétricas complejas, algo que también se nota en los vasos efígies y potizas, la cerámica tiene muchas otras posibilidades de expresión. Creemos encontrar aquí la huella de una factura asociada con la producción cerámica general, al manejo común del barro que ha sido elevado, en rasgos de sencillez y ausencia de decoraciones, a convención representativa. Si nos remontamos a la división sexual del trabajo en estas comunidades, donde la mujer se especializa en la labor alfarera (Domínguez *et al.* 1994: 47), tendremos un motivo para considerar la posibilidad de que estas imágenes sean obra femenina y en alguna medida expresión de espacios religiosos femeninos.

Se argumenta que la elaboración de los objetos de connotación mágico-religiosa en estas comunidades era tarea de los hombres (Domínguez *et al.* 1994: 47), se plantea la idea de un trabajo de este tipo realizado en parte por los propios behiques y por artesanos especializados (Cassá 1992: 135). Marcio Veloz (1972: 226) extiende esta consideración incluso, a la cerámica ceremonial taína. Esto no excluye sin embargo, que al menos en Cuba, carente del nivel de los grandes desarrollos sociopolíticos y ceremoniales de

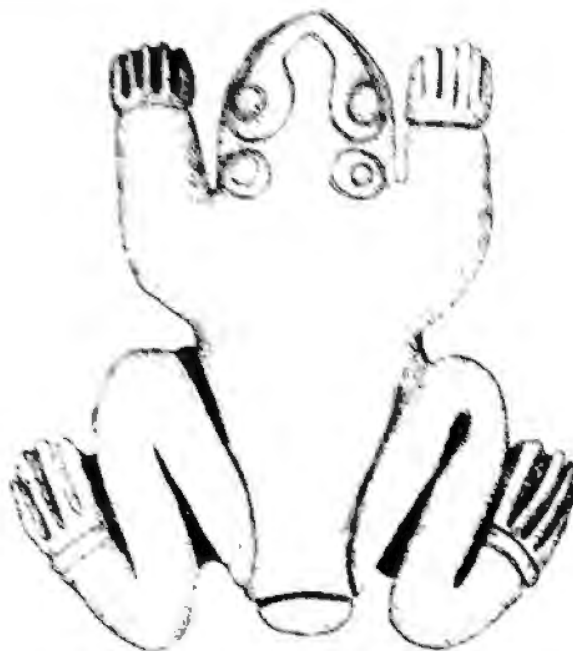


Piezas volumétricas. Proyección compleja
Lámina 10. Sitio Aguas Gordas, Museo Baní.



Piezas volumétricas. Proyección compleja
Lámina 11. A. Zona de Río Pazón; B. Sitio El Pesquero, Museo
Provincial Holguín, N.C. 2533.

Piezas volumétricas. Proyección compleja
Lámina 12. A. Sitio Aguas Gordas, Museo Bani, N.C. 4-114; B.
Sitio Ochile, Museo Provincial Holguín,
N.C. 2568.



Plazas volumétricas. Proyección compleja
Lámina 13. Loma de los Mates.

La Española y Puerto Rico, la mujer tuviese posibilidades propias de proyección religiosa. De hecho, la mujer tenía acceso a cierto control político dada la sucesión matrilineal en la dirección caciquil. Hay referencias de la época para el noroeste de la provincia de Holguín sobre la probable existencia de instituciones asociativas, sin acceso masculino, que agrupaban a las mujeres (Domínguez *et al.* 1994: 47). Banes, por su parte, reporta evidencias arqueológicas de mujeres vinculadas a un *status* superior y quizás relacionadas con los grupos jerárquicos principales de su comunidad (Valcárcel 1999: 92). Si la mujer tenía estas prerrogativas en el plano político e incluso en espacios concretos de agrupación comunitaria, entonces también es probable que dispusiera de ciertos derechos en lo referente a la religión. El barro vendría a ser, en estas figuras, un reducto del simbolismo femenino y de la proyección social y espiritual de la mujer.

OTRAS CONSIDERACIONES

Resulta significativa la existencia de precedentes muy claros en el norte de Suramérica para la figuración femenina en barro; sin embargo, esta no se localiza en el resto de las Antillas (Cassá 1992: 139), o muestra en ellas una presencia tan reducida que no trasciende en la información disponible. El resto de la artefactería de adorno corporal y uso ceremonial, tan amplia y compleja en la región, sobre todo entre los taínos de La Española y Puerto Rico, muestra por el contrario una expresión bastante pobre en las comunidades orinoco-amazónicas que le dan origen (Herrera 1964; Veloz 1972).

Esto parece evidenciar una fuerte variabilidad en los procesos de recepción e integración de los elementos continentales y sobre todo, una diversidad bastante ignorada tras la supuesta unidad taína, en el ámbito icónico antillano. Tal diversidad es consecuencia, sobre todo, de desarrollos locales; no excluimos el papel de algunas influencias externas, generadoras de una perspectiva particular en la formulación simbólica de las grandes líneas mágico-religiosas de las Antillas. La imagen femenina florece entonces en Cuba, al menos para su porción oriental, como un desarrollo de viejos esquemas continentales que consiguen establecer un espacio propio asociado con los espacios sociales de la mujer.

La importancia mostrada por esta formulación icónica en el simbolismo de los agricultores aruacos asentados en Cuba se descubre en su número y en una proyección monopolizadora de la

imagen femenina que convierte estas figuras en piezas temas, tan prominentes como las de carácter cefalomorfo o las de cuerpo acuchillado. Tal validación es en esencia un reflejo de la posición de los factores espirituales que le dan sentido y de un esquema donde lo femenino se mueve a nivel de posturas sociales y de principios mágico-religiosos de amplio reconocimiento comunitario.

NOTAS

¹Nunca son huecas o con acción de sonajero, como muchas piezas del área venezolana.

²Para facilitar el estudio se preparó un catálogo de imágenes.

³Este material figurativo forma parte de una muestra mayor analizada en una investigación sobre Banes (Valcárcel 1999). En la nota número 3 del referido trabajo se dan referencias sobre la preparación de la muestra y sus características.

⁴Debe aclararse, sin embargo, que esta asociación del barro y el simbolismo sexual femenino parece constreñirse al modelado exento, específicamente a las imágenes aquí manejadas pues en el resto del trabajo cerámico, vasijas y burenes no resulta importante este tipo de alusión.

BIBLIOGRAFÍA

- Cassá, R. (1992): *Los indios de las Antillas*. Madrid, Editado por MAPFRE, S.A.
- Castellanos, N. (1991): "La cerámica aborigen del sitio Ventas de Casanova" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Centro de Antropología, Editorial Academia.
- Castellanos, N. y M. Pino (1986): "Arqueología del norte de las provincias de Holguín y Las Tunas, Cuba" (monografía inédita). La Habana, Centro de Antropología.
- Coscuelluela, J. A. y M. E. Coscuelluela (1947): *Prehistoria documentada de Cuba y Haití*. La Habana, Editorial Lex.
- Dacal Moure, R. (1972): "Notas sobre las figurinas aruacas de la prehistoria cubana" en *Revista Universidad de la Habana*. No. 196-197.
- Dacal Moure, R. y M. Rivero de la Calle (1984): *Arqueología aborigen de Cuba*. La Habana, Editorial Gente Nueva.
- Delgado, R. L. (1989): *Seis ensayos sobre estética prehispánica en Venezuela*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- Domínguez González, L. (1991): *Arqueología del centro-sur de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- Domínguez, L., J. Febles, y A. Rives (1994): "Las comunidades aborígenes de Cuba" en *La Colonia, evolución socioeconómica y formación nacional*. La Habana, Instituto de Historia de Cuba, Editora Política.
- Fariñas Gutiérrez, D. (1995): *Religión en las Antillas*. La Habana, Editorial Academia.
- García Castañeda, J. A. (1939): "Asiento de Ochile" en *Revista de Arqueología*. La Habana, No. 1- 3.
- _____ (1940): "Asiento Pasquero". En *Revista de Arqueología*. La Habana, No. 2-4.
- Guarch, J. M., P. J. Pérez, C. Rodríguez y J. Guarch (1985): "Economía y Cultura material en los agroalfareros de Cuba. Cuatro sitios en estudio" (monografía inédita). Holguín, Departamento Centro-Oriental de Arqueología.
- Guarch, J. M. (1986): "Investigación del contexto arqueológico del sitio Punta del Pulpo, Banes, Provincia de Holguín" (manuscrito inédito). Holguín, Departamento Centro-Oriental de Arqueología.
- Guarch, J. M. y A. Querejeta (1992): *Mitología aborigen de Cuba. Deidades y personajes*. La Habana, Publicigraf.
- Guarch Rodríguez, E., P. Cruz y M. Martínez (1993): "Resultados preliminares de la excavación del sitio arqueológico Barajagua II, Cueto, Holguín" (manuscrito inédito). Departamento Centro-Oriental de Arqueología.
- Herrera Fritot, R. (1964): *Estudio de las hachas antillanas*. La Habana, Comisión Nacional de la A.C.C.
- Martínez Arango, F. y N. Castellanos (1978): "La cerámica de la Loma de los Mates" (inédito). Santiago de Cuba, Universidad de Oriente.
- Morales Patiño, O. (1948): *Ejemplares únicos y ejemplares escasos de la arqueología indocubana en el Museo Guamá*. La Habana, Editorial Lex.
- Morbán Laucer, F. (1980): "Los figurines de arcilla en la prehistoria" en *Boletín del Museo del hombre Dominicano*, Santo Domingo, No. 13.
- Pariante Pérez, M. O. (1980): "Estudio especial del montículo III del sitio Esterito, provincia de Holguín" (manuscrito inédito). La Habana, Centro de Antropología.
- Pané, Ramón (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los Indios*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Rodríguez Arce, C. (1990): "Las imágenes femeninas de barro en la Arqueología de Cuba" (manuscrito inédito). Holguín, Departamento Centro-Oriental de Arqueología.
- Rouse, I. (1942): *Archaeology of the Maniabon Hills, Cuba*. New Haven, Yale University Publications in Anthropology, No. 26.
- Valcárcel Rojas, R. (1990): "Banes precolombino. Jerarquía y sociedad" en *El Caribe Arqueológico*. Santiago de Cuba, Casa del Caribe, No. 3.
- Veloz Maggiolo, Marcio (1972): *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*. Singapur, Mc. Graw-Hill Far Eastern Publishers (s) Ltd.

LAS VARIACIONES CLIMÁTICAS Y LA REUTILIZACIÓN DEL ESPACIO HABITACIONAL A TRAVÉS DE LA ALFARERÍA ABORIGEN

**IRINA JOURAVLEVA
NOEMÍ GONZÁLEZ**



Recientemente, en Cuba se dio a conocer un trabajo dedicado al estudio tecnológico y mineralógico de burenes (discos de barro que usaron las comunidades aborígenes de América para preparar pan de yuca, *Manihot esculenta*) procedentes de 33 sitios arqueológicos de la Isla. Los autores, Jouravleva y La Rosa (1998) destacaron la gran variabilidad observada en el régimen de cocción, la composición del desgrasante y otros parámetros, como el grosor, labores de la superficie y el tamaño de granos del desgrasante en estos artefactos. Se comprobó que en el territorio insular no existen áreas definidas por manufacturas uniformes de este útil, y que en un mismo sitio se pueden encontrar muestras de burenes de diferente calidad. Sobre esta base nos pareció necesario el estudio de los factores que provocan tales cambios en la manufactura de este artefacto en un mismo sitio.

El seleccionado fue Esterito de Banes, dada la abundancia de burenes en él, que se encuentra situado a orillas de la bahía de Banes, región Oriental de Cuba, entre los ríos Flores y Cacao.

La determinación de los fechados arrojó dos momentos en la ocupación del lugar, uno a la profundidad de 0,45 m con la fecha de 1450 DNE y otro a 1,25 m con 1400 DNE.

Los estudios realizados indicaron la presencia en el lugar de grupos aborígenes de filiación agroalfarera, que practicaron la agricultura de la yuca, así como la caza, la pesca, la recolección marina y la captura en los ríos, el mar y los manglares (Pariente 1980).

En las excavaciones se ha exhumado un gran número de fragmentos de vasijas de cerámica así como de burenes. En las decoraciones de cerámica estuvo presente la línea de puntos incisa, así como la aplicación de asas que registraron una cierta influencia chicoide (Pariente 1980). En el año 1995, Ortega estudió los estilos artísticos de la cerámica hallada en este sitio y consideró que la misma tenía los rasgos de la cerámica matlacoides con influencia del estilo chicoide. Los fragmentos de burenes se encontraron en todas las capas y en ningún caso se observaron

marcas ni decoraciones. Sin embargo, la calidad de preparación de los mismos y su grosor resultaron muy variados.

Debido a la importancia de este sitio arqueológico y el gran número de fragmentos de burenes encontrados, nos propusimos el estudio detallado de la técnica utilizada en su preparación, conjuntamente con el estudio de los ácidos grasos extraídos, relacionado esto con la dieta utilizada por estos pobladores.

Inicialmente se analizó un lote de 50 fragmentos de burenes, los que se agruparon según la profundidad de su aparición. Dentro de estos grupos se hicieron observaciones de algunas características visibles, como color, grosor y labores de la superficie. De esta forma, se seleccionaron 10 muestras más representativas de cada capa estratigráfica, lo que sumó un total de 50 muestras en las que se determinaron los siguientes parámetros: grosor, calidad de la cocción, tamaño y calidad de granos de desgrasante, labores de la superficie, depósitos de carbón y su grosor. Se prepararon láminas delgadas de corte transversal de cada fragmento, las que posteriormente se observaron con el microscopio de luz polarizada y lupa binocular.

Los ácidos grasos se analizaron por cromatografía gaseosa, extraídos con ésteres metílicos, empleando una columna de 1,8 m de longitud y 4 mm de diámetro. La identificación se realizó comparando los tiempos de retención de los picos obtenidos en los cromatogramas de las muestras con los obtenidos para la mezcla de patrones utilizados que consiste en una solución de ácidos grasos metilados con la siguiente composición: butírico (4:0), cáprico (6:0), caprílico (8:0), caproico (10:0), láurico (12:0), mirístico (14:0), palmítico (16:0), esteárico (18:0), oleico (18:1), linoléico (18:2), linolénico (18:3), araquidónico (20:4), behénico (22:0) y lignolénico (24:0).

Los picos que aparecen en los cromatogramas de las muestras y que no coinciden con los patrones empleados se identificaron a partir de la representación gráfica de la función que relaciona los logaritmos de los tiempos de retención con el número de átomos de carbono de cada ácido; para los términos de una misma serie homóloga esta función es lineal y pudo realizarse la identificación por interpolación.

Los resultados obtenidos acerca de la manufactura de burenes arrojó lo siguiente. En las capas más profundas, de 75 a 100 cm y de 100 a 125 cm, los burenes fueron elaborados según la misma tecnología. El grosor de los fragmentos oscila entre 26 y 36 mm, la

cocción es incompleta, prácticamente todos los fragmentos son de una calidad similar a la terracota, o sea, cocidos a bajas temperaturas. Las labores aplicadas en la superficie superior son burdas y en algunos casos presentan un alisamiento de baja calidad. A pesar de la cocción insuficiente la pasta contiene muchos granos de desgrasante (60-70%) de tamaño mediano a fino, por rocas trituradas con predominio de minerales como plagioclasa, cuarzo, piroxenos y anfíboles. En un solo fragmento fue encontrada la calcita como temperante, la misma pieza tiene la superficie burda y el carbón está ausente en la pasta, lo que indica su uso fuera del fuego. En algunos casos el buren se elaboró con dos ó tres capas finas unidas entre sí; este método permite el mejor amasamiento de la pasta, pero generalmente la misma resultó mal mezclada, dada la distribución heterogénea de los granos del desgrasante.

Generalmente los burenes gruesos son propios de los pobladores tempranos de un área y aunque el fechado de este sitio es muy tardío, los pobladores a quienes correspondía la ocupación inicial del lugar utilizaron esta técnica de elaboración la que resulta ser algo arcaica. En Cuba, los burenes elaborados por capas se encuentran en todo el territorio, y en muchas ocasiones en la unión entre las capas se observan restos de materia orgánica no calcinada, tallos y palillos finos, que pueden ser confundidos con el desgrasante orgánico. Los depósitos de carbón que se forman por contacto con el fuego ocupan en la mayoría de los fragmentos dos tercios del grosor del buren, lo que indica uso intensivo.

A partir de la profundidad de 0,75 m hacia la superficie, cambia bruscamente la manufactura de los burenes, son más finos, el grosor varía de 12 a 27 mm, y muestran una perfecta cocción. Debido a este grosor ya no se aplica el método de elaboración por capas y la pasta está bien mezclada. Las labores de la superficie de la parte superior de los burenes son buenas y en algunos casos dejan la pieza pulida o bien alisada. Se encontraron algunos fragmentos con presencia de una capa de color blanco, de arcilla lavada, sin carbonato. Estos fragmentos no muestran depósitos de carbón.

El tamaño de los granos de desgrasante es mayor que en los burenes de las capas inferiores, pero su composición mineralógica es semejante; también aumenta considerablemente el número de fragmentos sin depósitos de carbón, por lo que pudiera pensarse que fueron utilizados con fines ceremoniales. Podría considerarse que los pobladores más tardíos, a quienes corresponde la ocupación de esta área, prestaban mayor importancia a estos ntos. Sin

marcas ni decoraciones. Sin embargo, la calidad de preparación de los mismos y su grosor resultaron muy variados.

Debido a la importancia de este sitio arqueológico y el gran número de fragmentos de burenes encontrados, nos propusimos el estudio detallado de la técnica utilizada en su preparación, conjuntamente con el estudio de los ácidos grasos extraídos, relacionado esto con la dieta utilizada por estos pobladores.

Inicialmente se analizó un lote de 90 fragmentos de burenes, los que se agruparon según la profundidad de su aparición. Dentro de estos grupos se hicieron observaciones de algunas características visibles, como color, grosor y labores de la superficie. De esta forma, se seleccionaron 10 muestras más representativas de cada capa estratigráfica, lo que sumó un total de 50 muestras en las que se determinaron los siguientes parámetros: grosor, calidad de la cocción, tamaño y calidad de granos de desgrasante, labores de la superficie, depósitos de carbón y su grosor. Se prepararon láminas delgadas de corte transversal de cada fragmento, las que posteriormente se observaron con el microscopio de luz polarizada y lupa binocular.

Los ácidos grasos se analizaron por cromatografía gaseosa, extraídos con ésteres metílicos, empleando una columna de 1,8 m de longitud y 4 mm de diámetro. La identificación se realizó comparando los tiempos de retención de los picos obtenidos en los cromatogramas de las muestras con los obtenidos para la mezcla de patrones utilizados que consiste en una solución de ácidos grasos metilados con la siguiente composición: butírico (4:0), cáprico (6:0), caprílico (8:0), caproico (10:0), láurico (12:0), mirístico (14:0), palmitico (16:0), esteárico (18:0), oleico (18:1), linoléico (18:2), linolénico (18:3), araquidónico (20:4), behénico (22:0) y lignocérico (24:0).

Los picos que aparecen en los cromatogramas de las muestras y que no coinciden con los patrones empleados se identificaron a partir de la representación gráfica de la función que relaciona los logaritmos de los tiempos de retención con el número de átomos de carbono de cada ácido; para los términos de una misma serie homóloga esta función es lineal y pudo realizarse la identificación por interpolación.

Los resultados obtenidos acerca de la manufactura de burenes arrojó lo siguiente. En las capas mas profundas, de 75 a 100 cm y de 100 a 125 cm, los burenes fueron elaborados según la misma tecnología. El grosor de los fragmentos oscila entre 26 y 36 mm, la

cocción es incompleta, prácticamente todos los fragmentos son de una calidad similar a la terracota, o sea, cocidos a bajas temperaturas. Las labores aplicadas en la superficie superior son burdas y en algunos casos presentan un alisamiento de baja calidad. A pesar de la cocción insuficiente la pasta contiene muchos granos de desgrasante (60-70%) de tamaño mediano a fino, por rocas trituradas con predominio de minerales como plagioclasa, cuarzo, piroxenos y anfíboles. En un solo fragmento fue encontrada la calcita como temperante, la misma pieza tiene la superficie burda y el carbón está ausente en la pasta, lo que indica su uso fuera del fuego. En algunos casos el buren se elaboró con dos ó tres capas finas unidas entre si; este método permite el mejor amasamiento de la pasta, pero generalmente la misma resultó mal mezclada, dada la distribución heterogénea de los granos del desgrasante.

Generalmente los burenes gruesos son propios de los pobladores tempranos de un área y aunque el fechado de este sitio es muy tardío, los pobladores a quienes correspondía la ocupación inicial del lugar utilizaron esta técnica de elaboración la que resulta ser algo arcaica. En Cuba, los burenes elaborados por capas se encuentran en todo el territorio, y en muchas ocasiones en la unión entre las capas se observan restos de materia orgánica no calcinada, tallos y palillos finos, que pueden ser confundidos con el desgrasante orgánico. Los depósitos de carbón que se forman por contacto con el fuego ocupan en la mayoría de los fragmentos dos tercios del grosor del burén, lo que indica uso intensivo.

A partir de la profundidad de 0,75 m hacia la superficie, cambia bruscamente la manufactura de los burenes; son mas finos, el grosor varía de 12 a 27 mm, y muestran una perfecta cocción. Debido a este grosor ya no se aplica el método de elaboración por capas y la pasta esta bien mezclada. Las labores de la superficie de la parte superior de los burenes son buenas y en algunos casos dejan la pieza pulida o bien alisada. Se encontraron algunos fragmentos con presencia de una capa de color blanco, de arcilla lavada, sin carbonato. Estos fragmentos no muestran depósitos de carbón.

El tamaño de los granos de desgrasante es mayor que en los burenes de las capas inferiores, pero su composición mineralógica es semejante; también aumenta considerablemente el número de fragmentos sin depósitos de carbón, por lo que pudiera pensarse que fueron utilizados con fines ceremoniales. Podría considerarse que los pobladores más tardíos, a quienes corresponde la ocupación de esta área, prestaban mayor importancia a estos ritos. Sin

TABLA No. 1 SITIO ESTERITO DE BANES			
Profundidad (metros)	Número de fragmentos de cerámica (N1)	Número de fragmentos de burenes (N2)	Relación N1/N2
0,00-0,25	3706	301	12,3
0,25-0,50	3553	265	14,4
0,50-0,75	2807	174	16,1
0,75-1,00	3576	119	30,0
1,00-1,25	1515	41	36,9

embargo, entre los materiales de la última excavación, no se encontraron fragmentos de burenes decorados ni marcados, los cuales, habitualmente, se le atribuyen características de objetos rituales (Guarch 1972; Godo y Celaya 1988).

Otro asunto de interés es la variación en el número de fragmentos de cerámica por cada capa, relacionado con el número de fragmentos de los burenes (Tabla 1). En el sitio en cuestión se observa un cambio brusco a la profundidad de 0,75 m ya que en las capas superiores la relación entre el número de fragmentos de cerámica y de burenes aumenta el doble o más, lo que puede indicar dos ocupaciones diferentes. Con los datos de dieta del informe de excavación (Pariente 1980) se confeccionó la Tabla No. 2.

El número total de los fragmentos de cerámica en cada capa se puede utilizar como un índice que refleja el número aproximado de pobladores pertenecientes a cada etapa temporal, por las siguientes razones: Primero, según los fechados, este sitio es tardío y desde su arribo a este lugar la comunidad ya manejaba las técnicas de alfarería, lo que excluye la posibilidad de la inventiva local con su consecuente variabilidad de tiestos por capas. Segundo, los artefactos hallados caracterizan al mismo grupo aruaco con los mismos hábitos alimenticios. Por consiguiente, el aumento de los fragmentos de cerámica pudiera tomarse como reflejo del aumento del número de pobladores y su disminución indicaría el traslado de los habitantes hacia otros lugares.

En este caso una disminución brusca de la población corresponde al nivel 0,50 a 0,75 m, precisamente es aquí donde fueron producidos los cambios de técnica y cuantitativos en los fragmentos de burenes. Junto a esto se observa la disminución en los hallazgos de restos dietarios. En las capas superiores, vuelve a aumentar el número total de evidencias dietarias, sin embargo, cam-

TABLA No. 2 SITIO ESTERITO DE BANES				
Profundidad (metros)	Número de fragmentos de cerámica	Recolección terrestre	Recolección marina	Pesca
0,00-0,25	3706	71	439	91
0,25-0,50	3553	39	262	137
0,50-0,75	2807	5	37	32
0,75-1,00	3576	2	41	65
1,00-1,25	1515	8	21	31

bia su composición. Si en las capas más tempranas el peso mayor en la alimentación lo tuvo la pesca, en las capas superiores este lugar lo ocupa la recolección marina.

Sandweiss y Rodríguez (1991), mediante estudios etnográficos, indican que la aparición o desaparición de una especie en una secuencia arqueológica, puede ser resultado de causas naturales.

En nuestro estudio, el aumento de restos de recolección marina aumenta diez veces en las capas superficiales. Al parecer, se produjo un cambio ambiental que favoreció el desarrollo en la fauna marina. Las evidencias que indican los cambios climáticos en Cuba para esta época fueron obtenidos por Rives *et al.* (1997), mediante el análisis de trazas en muestras de concha encontradas en la zona occidental de Cuba, a las cuales se había supuesto un fechado cercano al 700 AP; los resultados presentaron indicios de un cambio climático hacia un régimen de sequía, fenómeno que ha sido detectado en la costa norte como consecuencia de tormentas tropicales en años de gran afectación del fenómeno El Niño, que puede dar lugar a transformaciones significativas.

Recientemente se han escrito numerosos trabajos donde se relacionan los impactos de los eventos cíclicos climáticos, severos o moderados, en el desarrollo de los pobladores tempranos (Anderson 1995 y Meggers 1996). Los moluscos marinos de los sitios arqueológicos ofrecen amplia información, pues pueden evidenciar cuándo el fenómeno de El Niño afectó a sitios costeros (Richardson 1983 y Sandweiss y Rodríguez 1991).

El análisis de ácidos grasos brinda información complementaria a esta problemática. En términos generales los valores de ácido cáprico fueron muy elevados (Tabla 3), pues no existe ninguna grasa que la contenga en esa proporción. Este tipo de grasa se encuentra en el coco y alcanza valores entre 6 y 7%. También los

Tabla 3. Composición de ácidos grasos en los burenes (% p/p)					
Profundidad a	0-0,25	0,25-0,50	0,50-0,75	0,75-1,00	1,00-1,25
a Ácidos grasos					
6:1	0,14	0,39	0,47	T	0,07
6:2	0,28	0,13	0,18	T	0,20
7:1	0,35	0,35	0,45	0,05	T
8:0	2,77	6,79	5,92	1,94	2,76
8:1	0,66	T	0,30	0,14	0,09
8:2	4,30	7,37	9,76	3,92	4,09
9:0	17,37	6,80	9,19	3,66	5,24
No identif.	T	3,18	1,93	1,31	1,55
10:0	30,88	43,23	36,20	6,31	58,15
10:1	0,66	0,29	T	0,16	0,52
11:0	6,95	8,33	7,76	7,54	7,29
11:1	5,57	1,69	5,50	2,52	2,56
No identif	0,63	0,33	0,49	-	0,72
12:0	4,31	6,16	7,35	17,11	4,24
12:1	0,18	2,00	0,72	31,94	0,90
12:2	0,47	-	T	0,85	0,75
13:0	0,42	1,04	0,61	0,74	0,61
No identif.	0,54	1,08	0,91	0,17	-
14:0	1,30	1,16	1,43	3,67	0,79
No identif	T	0,22	0,08	0,11	0,34
15:1	0,23	0,47	0,15	1,95	0,33
16:0	3,00	1,08	1,20	2,46	1,77
16:1	1,86	1,09	0,61	-	0,12
17:0	8,97	1,01	0,95	0,70	2,37
No identif	0,53	0,61	0,57	-	0,12
18:0	1,37	0,54	1,57	3,89	0,30
18:1	3,87	2,03	2,77	4,40	0,85
18:2	1,78	0,91	2,09	1,61	0,97
18:3	-	T	0,22	-	0,26
20:0	T	T	0,27	0,46	0,22
22:0	0,64	0,76	0,46	0,86	0,10
24:0	-	-	-	-	-

ácidos láurico y mirístico, son casi exclusivos del coco. El contenido elevado de esas grasas encontradas en los burenes pueden ser explicados de dos formas, primero, alto consumo de frutos de palmáceas, elaborados previamente en el fuego o segundo, el uso del buren para la extracción de la grasa de palmáceas para su uso posterior. Sin embargo, llama la atención el aumento considerable de esas grasas en la capa de 0,75 a 1,00 m, con una disminución simultánea de otros tipos de ácidos grasos. Es probable que con las sequías prolongadas disminuyeran muchas especies, y que las palmáceas costeras pudieran brindar resistencia a esas condiciones y convertirse en alimento principal de los pobladores.

En los niveles superiores se observa una brusca disminución en el número de fragmentos de cerámica, lo que puede estar relacionado con los movimientos migratorios, cuando los pobladores –al no encontrar las condiciones adecuadas para su subsistencia– abandonan estos lugares.

Otra característica notable en el contenido de ácidos grasos de los burenes que se encuentran en la misma profundidad, es su mayor proporción de cadena larga, de 20 y 22 átomos de carbonos. Estos ácidos se encuentran en los peces o en grasas vegetales de maní. En las muestras restantes de los fragmentos de burenes, su contenido es bajo o sólo aparecen trazas. Sin embargo, los restos dietarios de pescado se distribuyen por todas las profundidades y aumentan en la superficie.

Esta anomalía pudiera explicarla el modo de preparación de estos alimentos. Los primeros europeos llegados a América mencionan la preparación del pescado sobre empalizadas de madera en el fuego. Preparado de esta forma, el pescado se conserva tiempo prolongado. Quizás, los pobladores más tempranos usaran el burén con tales fines, lo cual puede explicar la presencia de estos ácidos grasos. En trabajos anteriores (González *et al.* 1998) se indica la existencia de ácidos grasos pertenecientes a especies marinas en los fragmentos de burén, mayormente en sitios costeros. Sin embargo, se debe tener en cuenta que los mismos ácidos se encuentran en el maní, el cual se ha reportado como un componente en la dieta de los pobladores tempranos.

Los niveles bajos de los ácidos oleico y linoleico (18:1 y 18:2) confirman la hipótesis de la degradación con el tiempo ya que son abundantes o mayoritarios en prácticamente todas las grasas. La presencia de ácidos grasos atípicos, de cadena media, hace pensar que con el tiempo tienen lugar transformaciones que incluyen

la fragmentación de la cadena carbonada. Esto resulta ostensible con los ácidos (9:0 y 11:0) prácticamente ausentes en todas las grasas conocidas y que en las muestras analizadas se encuentran en niveles elevados.

La relación entre eventos de aridez y ocupaciones humanas de caza y recolección, sería fundamental para entender los patrones de expansión y concentración de población, en relación con los recursos y ambientes más dinámicos.

En Europa, la historia del hombre temprano se relaciona con los movimientos de los glaciares y los consecuentes cambios climáticos. En América, el período clásico marca una etapa muy seca; cuando desaparece y viene el colapso de la civilización maya, con la construcción de templos y producción de cerámica policroma (Brenner *et al.* 1998). Los mismos autores sugieren describir los cambios en términos climáticos y realizar correlaciones de clima con culturas que florecieron y decayeron antes de la llegada de los europeos.

Los últimos trabajos realizados en Cuba plantean que es necesario considerar los factores climáticos, ocurridos en la época de la conquista, pues se señala un Mega-Niño en el 400 AP (Rives *et al.* 1997). El mismo autor considera que las comunidades agroalfareras del occidente de Cuba realizan amplios movimientos provocados por un evento climático severo alrededor del 700 AP, que afectó las partes central y centro-occidental de Cuba. Esta situación, al parecer, se prolongó hasta el siglo xv.

Al analizar los resultados obtenidos en este estudio queda claro que estamos en presencia de un sitio arqueológico donde aparecen diferencias sustanciales en la técnica de elaboración de los burenes, en la composición de ácidos grasos extraídos de los mismos fragmentos y en restos dietarios, y que a su vez estos cambios mencionados coinciden con la variación climática hacia la época más árida y fría que se produjo en la fecha cercana a la época de la ocupación de esta área.

La variación en el contenido de ácidos grasos pudiera ser explicada como adaptación de los hábitos alimentarios a nuevas condiciones ambientales; sin embargo, no tiene lógica el cambio cuantitativo brusco de recolección marina sin que se muestre el aumento paulatino que correspondiera a una adaptación, tampoco tienen lógica los cambios técnicos en la alfarería.

De esta forma no queda otra alternativa que considerar un posible abandono de este sitio y su reocupación posterior por otros

grupos de pobladores del mismo origen cultural, pero con un dominio más avanzado en las labores de la alfarería. También queda la posibilidad de reocupación por los mismos grupos que regresan a su hábitat anterior, con nuevas experiencias acumuladas.

En el sitio que estudiamos la ocupación se prolongó algo más de cincuenta años, según los fechados, por consiguiente dado el breve tiempo de abandono, el grosor de la capa estéril debería ser muy limitado, si la misma se hubiese formado.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, D., D. Sthale y M. Cleavel (1995): "Paleoclimate Societies: A Case Study from the Savannah River Valley", en *American Antiquity*, No. 60.
- Brenner, M., D. Hodell, B. Leyden, J. Curtis, M. Binford, A. Kolafa y M. Abboff (1998): "Environmental Determinism Revisited", en *Paleoclimate of the America*. Mérida. U.S. National Science Foundation.
- Godo, P. y M. Celaya (1988): "Expresiones mitológicas en las burenes de Cuba", en *Anuario de Arqueología*. La Habana, Centro de Arqueología y Etnología.
- Gonzalez, N., G. Llabre y Z. Vidaud (1998): "Los ácidos grasos como indicadores de la paleodietaria de la Región Oriental", en *Resúmenes de IV Taller Internacional, Antropología 98*. La Habana.
- Guarch, J. (1972): *Excavaciones en el extremo oriental de Cuba*. La Habana, A.C.C., Serie Arqueológica.
- Jouravleva I. y G. La Rosa (1998): "Tecnología de burenes y preparación del casabe", en *Resúmenes de IV Taller Internacional, Antropología 98*. La Habana.
- Meggors, B. (1996): "Impact of Mega-Niño Events on Pre-Columbian Populations in the Caribbean Area" en *I Seminario de Arqueología del Caribe*. República Dominicana, Museo Arqueológico Nacional Altos de Chavón.
- Ortega, O. (1995): "El complejo sincrético cultural neolítico de Cuba. Las formas artísticas". (Tesis). La Habana, CITMA.
- Pariente, M. (1980): "Estudio especial del montículo III del sitio Esterito, Provincia Holguín". La Habana, Instituto de Ciencias Sociales, A.C.C., (inédito).
- Richardson, J. (1983): "The Chira beach Ridges, sea level change, and the origins of maritime economics on the Peruvian coast", en *Annals of Carnegie Museum*. Pittsburgh, Vol. 52, No. 11.
- Rives, A., A. García y G. Izquierdo (1997): "Investigación sobre sitios ceramistas del occidente de Cuba". La Habana, Centro de Antropología, CITMA, (inédito).
- Sandweiss V. y C. Rodríguez (1991): "Moluscos marinos en la prehistoria peruana" en *Boletín de Lima*, No 79.



PRIMER REPORTE DE SEMILLAS QUEMADAS DE MANÍ EN EL RESIDUARIO BIRAMA

LEONEL DELGADO CEBALLOS
SILVIA ANGELBELLO IZQUIERDO
SANTIAGO SILVA GARCÍA



INTRODUCCIÓN

En 1992, bajo la dirección de Alfredo Rankín Santander, se practicaron las primeras prospecciones arqueológicas en el sitio Birama, en donde se encontraron restos materiales que atestiguan la presencia del aborigen con evidencias que presentan características diferentes a las del resto de los sitios ya localizados en la región.

En marzo de 1997 los integrantes del grupo de arqueología Guamuhaya realizaron excavaciones con el objetivo de obtener mayor información sobre la filiación cultural del grupo humano que habitó en este sitio de la región centro sur de Cuba, donde se encontraron por primera vez restos de semillas quemadas, identificadas posteriormente como maní (*Arachis hypogaea*, L.). En marzo de 1999 se practica una nueva excavación.

UBICACIÓN GEOGRÁFICA Y CARACTERÍSTICAS GENERALES

El residuario se encuentra en el centro del Valle de los Ingenios, municipio de Trinidad, provincia de Sancti Spiritus, a 1 Km al noroeste del poblado de La Paloma, en el tercer nivel de terraza aluvial, que se levanta a 13 m sobre el nivel medio del mar y a 100 m de distancia de la margen este del río Agabama. El sitio ocupa un área de 50 x 50 m². La distancia al mar oscila entre 15 y 18 Km. Al este del residuario se levantan unas pequeñas alturas, hoy desprovistas de vegetación, que fueron utilizadas hace algunos años como canteras. El río Agabama, de gran importancia en la región, fue navegable hasta finales del siglo XIX, y rico en especies fluviales, con una extensa área de vegetación de manglar en su curso inferior. Las precipitaciones en el período lluvioso promedian 1 300 mm y en el período seco 250 mm. La temperatura promedio es de 26,5°C.

Los suelos son calizos rojos, vinculados con estratos geológicos del oligoceno, con afloramiento de rocas calizas, margas, areniscas, arcillas, argilitos y lignitos. En la actualidad, la vegetación es

de cultivos pero en la antigüedad se correspondía con la sabana de gramíneas y árboles planifolios

La industria de la piedra en volumen está representada fundamentalmente por colecta de superficie; se destacan los percutores, majadores, manos de morteros campaniformes, morteros, lajas molederas y herramientas polifuncionales afines; también la integran tres hachas petaloideas, dos puntas y dos palas de estas. Esta industria presenta perfecta simetría bilateral y acabado, obtenidos por la técnica del picoleado y pulido, aplicada tanto en los artefactos utilitarios, en dos majadores cónicos o campaniformes de dimensiones y pesos considerables, como en los destinados a fines rituales. En el material lítico de Birama observamos un fenómeno de hibridación donde dagas, bolas líticas, material de concha y piedra tallada (característicos del preagroalfarero mesolítico —ciboney Cayo Redondo—), se entremezclan con evidencias agroalfareras de tradición neolítica (agroalfareros-subtainos), entre los que son comunes las hachas petaloideas, con los majadores campaniformes asociados con los llamados sitios protoagrícolas.

La industria de la piedra tallada, hasta el presente, aparece como una industria microlítica de lascas, con escasos representantes de medianas dimensiones y con una baja frecuencia laminar microlítica. Se aprecian porciones de láminas de medianas dimensiones, varias herramientas presumiblemente incorporadas, o importadas, de ajuares de piedra tallada procedente de colectividades aborígenes con tradiciones más tempranas y ejemplares excepcionales con presencia de pátina.

Se encuentran los artefactos superestructurales representados por una daga lítica de considerables dimensiones y peso, así como la empuñadura de otra; una esferolita en construcción, material tintóreo de hematita y limonita —ambos con huellas de desgaste por fricción—, cuentas líticas y de conchas para collares. El empleo de conchas como materia prima tiene una amplia representación en el sitio: cucharas, martillos, picos de mano, puntas, gubias y un hacha petaloide.

La cerámica presenta en la superficie colores que oscilan entre los tonos pardo claro y oscuro, las superficies externas muestran mayor regularidad que las internas, el grado de compactación es relativamente alto en relación con los fragmentos granulosos y lisos. Los tiestos presentan irregularidades y defectos; la fragmentación es regular, ocurre en un alto porcentaje por la unión del enrollado, en correspondencia con el tipo de manufactura empleada



HERBARIO ACADEMIA DE CIENCIAS DE CUBA (HAC)

Instituto de Ecología y Sistemática

Carrilero de Varona km 3½, Capientia, Bayamo

A.P. 6020, C.P. 10500, Ciudad de la Habana, Cuba

Teléfono (57) 37-6260, 37-2010. Fax: (57) 24-5031, 37-6260

e-mail: Ecolog@cica.hn.vnet.net

Ciudad de la Habana, 19 de febrero de 1999

A. Rolando Crespo Díaz
Cabinete de Arqueología
Oficina del Historiador de la Ciudad

Las semillas que nos entregó para su identificación fueron procesadas y este resultado le comunicamos que se trata de la especie *Arachis hypogaea* L. (Maní) perteneciente a la familia Fabaceae. Dicha especie, originada en el sur del actual Brasil, es considerada una arqueofita, es decir, introducida en nuestro país por los asentamientos antes del siglo XVI.

Sin otro particular,

Cordialmente,


MSc Laura Baró Oriedo
Herbario HAC


Vto Bueno: Lic. Sonia Machado
Subdirectora
División Botánica, IES

De manera general, la cocción resulta irregular. Los bordes invertidos de vasijas son los más frecuentes, con una mayor utilización del tope acuminado, aunque aparecen todas las combinaciones. Hasta el presente las formas de las vasijas son esferoidales o de bol. Resultan comunes las ollas y cuencos, y no hay evidencias de vasijas naviculares ni aquilladas.

El número de fragmentos decorados es insignificante y no presenta una gran variedad de motivos; aparecen líneas incisas finas y punteados, paralelos al borde de la vasija. El modelado se pone de manifiesto solamente en las asas en forma de gaza o "D".

La dieta resulta ser muy amplia y variada, acciones de explotación de recursos terrestres, marinos y fluviales con tendencia a la especialización terrestre, que hasta el presente es lo que con más frecuencia aparece en el sitio. En relación con la explotación del recurso terrestre, debemos señalar manifestaciones tempranas de aprovechamiento del suelo relacionadas con el posible cultivo de algunas plantas, hecho evidenciado por el hallazgo de semillas quemadas de maní (L. Delgado *et al*, 1997).

RESULTADO Y DISCUSIÓN

En el pozo No. 2, ubicado en el extremo noreste del sitio se reporta el hallazgo de restos de semillas quemadas unidas a partículas de carbón vegetal procedentes del nivel estratigráfico convencional 0,50–0,60 m de la capa antropogénica, asociados con un fogón y un conjunto de restos alimenticios diversos: quelonios marinos y fluviales, moluscos, vertebras de peces, abundantes hemimandíbulas y fragmentos óseos de jutías, pinzas o muelas de crustáceos y una hemimandíbula de almiquí.

En el nivel 0,80–0,90 m se repite el hallazgo de semillas quemadas en contexto similar de restos dietarios a los del nivel 0,50–0,60 m; este nuevo hallazgo se corresponde con la etapa más temprana de ocupación del sitio.

Las semillas quemadas colectadas fueron enviadas al Centro Nacional de Ecología y Sistemática, de La Habana, para su identificación y clasificación; la misma fue realizada por Isora Baró Oviedo, con el visto bueno de Sonia Machado, subdirectora de la división de botánica del Instituto de Ecología y Sistemática, quienes llegaron a la conclusión de que las semillas quemadas pertenecían a la planta *Arachis hypogaea*, L.

Por la importancia del hallazgo, y por las dudas surgidas en varios colegas a quienes comunicamos la noticia, decidimos volver al sitio en estudio y practicar nuevas excavaciones, para verificar si la presencia de semillas quemadas había sido casual en aquella área del sitio donde se había practicado la excavación. Decidimos realizar una nueva unidad de excavación en la porción noroeste del sitio a 18 m de distancia de la anterior prospección. El pozo excavado fue de 2x2 m² y se obtuvieron los objetivos propuestos: en los niveles estratigráficos artificiales 0,30–0,40 m, 0,40–0,50 m y 0,50–0,60 m se obtuvieron muestras de semillas quemadas unidas con restos dietarios similares a los obtenidos en la an-

terior excavación, asociados con fogones. Hasta el presente, este pozo es el más productivo en el hallazgo de semillas quemadas, las cuales fueron enviadas al laboratorio para su clasificación; el resultado fue el mismo de las enviadas anteriormente, pertenecen a la planta del maní.

La presencia del maní en las tres etapas de ocupación que hemos establecido convencionalmente para este sitio (temprana, correspondiente a los niveles 0,80 a 1,20 m; medios, 0,40–0,80 m y tardía, 0,20–0,40 m) denotan la práctica agrícola de este cultivo, que al ser utilizado como alimento, resulta un elemento de importancia en la diversificación dietética, y complementario –al menos inicialmente– de las actividades de apropiación del grupo.

El cultivo y cosecha de esta leguminosa presupone la necesidad de recipientes adecuados para su almacenamiento, lo cual puede explicar la presencia mayoritaria de vasijas esteroidales, y el notable incremento del número de tiestos en las etapas medias y tardías de ocupación del sitio, testimonio, además, de un considerable aumento de la población. La presencia de semillas quemadas de maní en residuarios aborígenes, hasta donde conocemos, no aparece reportada en el país ni en el área caribeña, por lo que este hallazgo es el primero para la arqueología de la región.

Sabemos que no está bien definida cuál es la región de origen del cacahuete. Pirón dice que de la costa occidental de África fue transportada al Brasil, desde donde según supone Browne, fue llevada a las Antillas. Algunos autores afirman que el cacahuete cultivado en Guatemala es oriundo del Asia Oriental, y que luego, desde allí, fue extendiéndose a los diferentes puntos de América.

Sin embargo, parece que su verdadera cuna es Brasil donde crecen espontáneamente las seis especies restantes que constituyen el género, y sea quizás una variedad de una ellas, la *Arachis prostrata*, Bruth, cultivada desde muy antiguo. Otros autores la consideran procedente de América.

Le llaman “cacahuete” (del mejicano *acacuatl*). Parece, por la forma ser diminutivo de cacao): m. Planta procedente de América, que se cría en varias provincias meridionales de España [...] Se conoce con el nombre de cacahuete en la América septentrional, con éste y el de cacahuete en España; en la América meridional con el de maní, palabra que según Humboldt, pertenece a la antigua lengua haitiana [...] (*Diccionario enciclopédico hispanoamericano* (s/f): T. IV, p. 75)

Tabío considera el maní uno de los cultígenos comestibles utilizados por los agroalfareros antillanos, aunque exprese que:

[...] algunos investigadores ponen en duda si la planta existía en Las Antillas antes del contacto europeo. Respecto a la dilucidación de este asunto debemos apuntar que Oviedo, quién vivió muchos años en La Española, fue el primero en describir esta planta en el siglo XVI; dice expresadamente que el maní es nombre indígena "una fructa tienen los indios de esta isla Española, que llaman Maní, la cual ellos siembran o cojen o les mui ordinaria planta en sus huertos y heredades, y es tamaño como piñones con cáscara, tiénenla ellos por sana: los chripstianos poco caso hacen della, si no son algunos hombres baxos, o muchachos, i esclavos, o jente que no perdona su gusto a cosa alguna. Es de mediocre sabor o de poca substancia e mui ordinaria (Oviedo 1851, vol. I p. 274)." Acerca del indudable origen Americano de este cultivo podemos señalar que en la costa peruana, el maní aparece desde hace unos 4000 años de acuerdo con evidencias arqueológicas directas (Tabío, 1989: 22).

Por su parte, Guarch, aunque reconoce la existencia de dudas sobre si el maní o cacahuete fue cultivado por los aborígenes aruacos en Cuba, y sobre la existencia de la planta en nuestro territorio durante la época precolombina, estima "que de existir en el país debió ser cultivada pues no se encuentra en estado silvestre, ya que su cultivo requiere cierta atención" (1978: 143).

Respecto al sitio de Birama, no ponemos en duda su uso como fuente de alimentación ya que las semillas encontradas se conservaron precisamente en las zonas de fogones y no en otras áreas del sitio. Es de señalar que en estas áreas se encuentra siempre una cantidad considerable de arena azul o de río, a modo de lenticula, en la estratigrafía del pozo. La presencia de arena y cenizas sobre los fogones es explicable como modo de preservar el fuego al cubrirlo con estos materiales, recurso que contribuyó a la conservación de las semillas de maní.

El maní desde el punto de vista de las necesidades humanas, tiene un alto porcentaje de proteínas y un elevado valor de sustancias nitrogenadas, lo que hace a los vegetarianos denominarle "carne vegetal". Contiene: agua, 9,2%; proteínas, 25,8%; grasa, 38,5%, hidratos de carbono, 24,4% y desarrolla 2 825 calorías (Peña, 1947).



Semillas quemadas de maní del residuario Birama, pozo A, N: 0,50-0,60, comparadas con semillas actuales.

Como alimento, es interesante comparar las almendras de maní con el carnero, el lomo de vaca y los huevos, con respecto a los cuales el valor relativo alimenticio del maní es de 62 a 26, 24 y 18 respectivamente (Zouza-Novelo 1950).

El maní es de fácil cultivo y resistente a plagas de la agricultura, por lo que ha podido ser cultivado en amplias zonas mundiales (en Cuba se establecen dos épocas de siembra, la de la primavera o de agua y la de frío).

Esta planta requiere de suelos sueltos para su óptimo rendimiento, pero suficientemente consistente para evitar el descalce de la planta; sueltos no sólo en superficie, sino en las capas inferiores para favorecer el drenaje. El suelo ideal sería el arenoso, porque así hay gran facilidad para la penetración de los gineocóforos (clavos) en la tierra. El ciclo vegetativo se cumple entre 130 y 150 días, debe tener una temperatura media de 22°C para su óptimo desarrollo. Después de conocer todas estas características podemos valorar mejor el acierto de los habitantes de Birama al seleccionar el maní como cultígeno para este sitio. De fácil cultivo y abundantes frutos, resultaría una variante dietaria, así como elemento adicional a las actividades fundamentales del grupo —caza, pesca y recolección—, capaz de propiciar un incremento demográfico y un proceso de modificación de las relaciones sociales de producción, lo que será abordado en futuros trabajos.

CONCLUSIONES

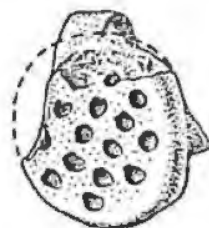
Este primer reporte del hallazgo de semillas quemadas de maní en un sitio arqueológico en Cuba y en el área del Caribe, nos permite aportar nuevos elementos para la discusión acerca de la existencia precolombina de este cultivo en la región antillana.

La práctica del cultivo del maní, como elemento de apoyo a la alimentación del grupo que habitó en el sitio Birama, influyó considerablemente en el aumento de su población durante los periodos equivalentes a los niveles medios a tardíos de ocupación del lugar, etapas en que estimamos existió un incremento en la práctica de este cultivo.

BIBLIOGRAFÍA

- Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano* (s/l): Editorial W. M Jackson, Inc.
- Diccionario enciclopédico UTEHA* (1953): México, Unión Tipográfica Editorial Hispanoamericana, T. VII.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, Barcelona, Hijos de Esposas Editores, S.A.
- Febles, Jorge (1988). *Manual para el estudio de la piedra tallada de los aborígenes de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- Godo, P. Pedro (1997): "El problema del protoagrícola de Cuba: discusión y perspectivas" en *El Caribe Arqueológico*. Santiago de Cuba, Casa del Caribe, No. 2.

- Guarch, J. M. (1978): *El taíno de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Oviedo, Fernández (1851): *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del mar océano*. Madrid, Editorial Real, Academia de la Historia.
- Novismo Diccionario Universal de Agricultura (1893). Barcelona, Editorial A. Eliás y Compañía.
- Paña Bermudes, M. (1947). *El girasol y el maní*. Buenos Aires, Editorial Allántida.
- Roig, T. Juan (1984). *Compendio de las obras*. La Habana, Editorial Científico Técnica.
- Souza-Nobelo, Narciso (1950): *Plantas alimenticias y plantas de condimento que viven en Yucatán*.
- Tabío, E. Ernesto (1989) *Arqueología; agricultura aborigen antillana*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Tabío, E. Ernesto. J. M. Guarch (1966): *Excavaciones en Arroyo del Palo*. La Habana, Academia de Ciencias.
- Williams, Denis (1992): "El Arcaico en el noreste de Guyana y los comienzos de la horticultura", en *Prehistoria sudamericana. Nuevas perspectivas*. Washington, D.C., Taraxacum.



LOS PETROGLIFOS DE LA CUEVA DE PATANA, MAISÍ, GUANTÁNAMO

RACSO FERNÁNDEZ ORTEGA
JOSÉ B. GONZÁLEZ TENDERO



INTRODUCCIÓN

La caverna de Patana es conocida en el mundo antropológico desde la segunda década del presente siglo. A partir de esta fecha y en sucesivas expediciones se han reportado nuevos descubrimientos de arte parietal. En la actualidad suman diez los petroglifos que se conocen en el contexto de la citada formación cársica, entre los que se encuentra un mural, además de otro pictográfico.

Las últimas informaciones al respecto han sido aportadas por nuestro colectivo (Proyecto Arqueológico Guatiao, Grupo Espeleológico "don Fernando Ortiz"), el cual dio cuenta en 1992 del estado de las grafías de la cueva. Cuatro años de trabajo en la zona nos han permitido extraer determinadas conclusiones de lo que la mano del aborigen dejara impreso en la piedra.

LA CAVERNA DE PATANA

En el extremo oriental de Cuba el clima es predominantemente semiárido, existen lugares donde no se reportan lluvias efectivas durante el año. El nivel de las precipitaciones es del orden de los 798 mm como promedio anual.

El relieve de esta región es típicamente cársico, predominan las terrazas marinas emergidas; hay una gran variedad de accidentes geográficos, como furnias, cuevas, cacimbas y otros.

En este agreste paisaje del municipio Maisí en la provincia de Guantánamo, se puede localizar aproximadamente a los 100 m sobre el nivel del mar, en la meseta que separa a la tercera de la cuarta terraza marina emergida, un pequeño asiento poblacional que recibe el nombre de Patana.

Es precisamente en este lejano y hermoso paraje de la geografía cubana donde podemos encontrar a la caverna de Patana, la que también es conocida en la zona bajo los nombres de Cueva de Los Bichos, del Cemí y del Agua.

La cueva posee tres niveles de desarrollo ordenados de forma ascendente como sigue: Cueva de Los Bichos, que se encuentra

al nivel del propio farallón que le da origen; El Jagüey, que se desarrolla a 10 m sobre la anterior y, finalmente, la Caverna Superior.

En las fuentes o poza que se han formado en el piso de las grutas habitualmente se acumula agua, con excepción de los largos periodos de seca, lo que la convierte en un importante centro de abastecimiento del líquido, no sólo para los habitantes del lugar sino también para aquellos que en camino hacia la costa, la visitan para avituallarse antes de iniciar sus faenas pesqueras.

Sin lugar a dudas esta especificidad, entre otras, convirtió a esta caverna en un centro ceremonial para nuestros primitivos pobladores. Ello es palpable por el conjunto de petroglifos que adornan sus formaciones secundarias, así como por las numerosas evidencias arqueológicas aparecidas en sus galerías y salones.

EL GRAN CENTRO CEREMONIAL

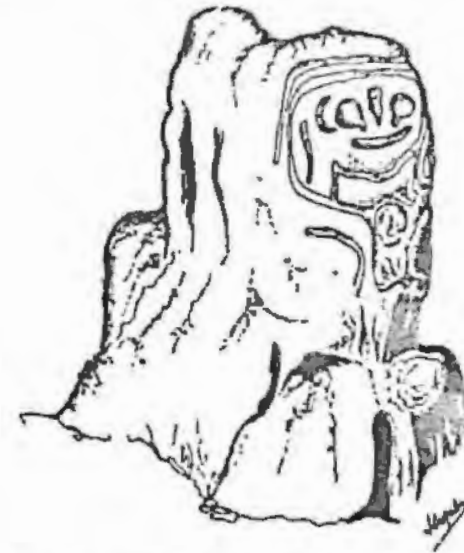
Como es ampliamente conocido, ya desde el paleolítico inferior los hombres se procuraron determinados espacios cavernarios donde poder realizar, con suficiente privacidad, sus ceremonias mágico-religiosas.



Dibujo I. Plano cartográfico del Salón del Gran Cemí y la galería de los Guardianes, Caverna de Patana.

En algunos casos, estos recintos conocidos como "santuarios profundos", eran cavidades angostas, oscuras, de difícil acceso y estaban ubicados en galerías laterales, prácticamente perpendiculares al desarrollo general de la espelunca. Entre las pocas que se pueden reconocer en nuestro país se pueden mencionar Cueva Plana y Florencio, en la llanura costera norte de la provincia de Matanzas (Fernández y González *et al.* 1990). Otras veces, según demuestran los estudios realizados, se localizan en lugares abiertos, espaciosos e iluminados, directa o indirectamente, por la luz solar; también en los salones de acceso a las grutas y, muy escasamente, en las galerías de tránsito. Locaciones de este tipo se encuentran en distintas regiones de nuestro país, las más representativas son la No. 1 de Punta del Este, Pluma, Ambrosio y Mural, la primera de ellas ubicada en la Isla de la Juventud, y las tres restantes en la llanura costera del norte de Matanzas.

Como todos los pueblos de la comunidad gentilicia, los aborígenes que poblaron a Cuba tenían sus centros de culto y adoración. Los hombres que se asentaron en el poblado indígena de Patana Abajo no constituyen, pues, una excepción. Para estos



Dibujo II. Vista frontal del petroglifo No. 3, que da nombre al recinto (Salón del Gran Cemí) de la Caverna de Patana, Maísi, Guantánamo; en la actualidad se localiza en el Museo del Indio Americano, en Nueva York.

aborígenes recién llegados de La Española, con una profunda y ancestral tradición, la caverna de Patana debió constituir un lugar sacro. Fue venerado, quizás, al compás del mayohuacán durante las ceremonias rituales del areíto, en las cálidas noches caribeñas iluminadas tan sólo por la complicitad de las estrellas y el fuego de la hoguera.

¿Donde rendir mejor culto a las deidades de su panteón mitológico, que no fuese en este enigmático aposento, allí donde la madre naturaleza hizo confluír las impresionantes dimensiones de la entrada cavernaria, lo intrincado del paraje donde está asentada y el hecho de constituir la única cavidad en toda la localidad, con abundantes y espléndidos estanques o gours, que habitualmente acumulan una cantidad considerable de agua?

Era entonces la región de Patana pródiga en vegetación de bosques húmedos donde además crecían abundantes los árboles de jobo (*Spondias lutea*), muy común en el Caribe y que aún hoy se aprecian, en buena medida, en estos parajes.

Quizá esta última peculiaridad les llevara a recordar los efectos y por tanto el poder de sus deidades. Como nos lo señala el

fraile Ramón Pané —el cual vivió varios años junto a los indios de la Española— así contaban el milagro de los jobos: “[...] dicen que otros, habiendo ido a pescar, fueron presos por el Sol, y se convirtieron en árboles que ellos llaman jobos [...]” (Arrom 1990: 24).

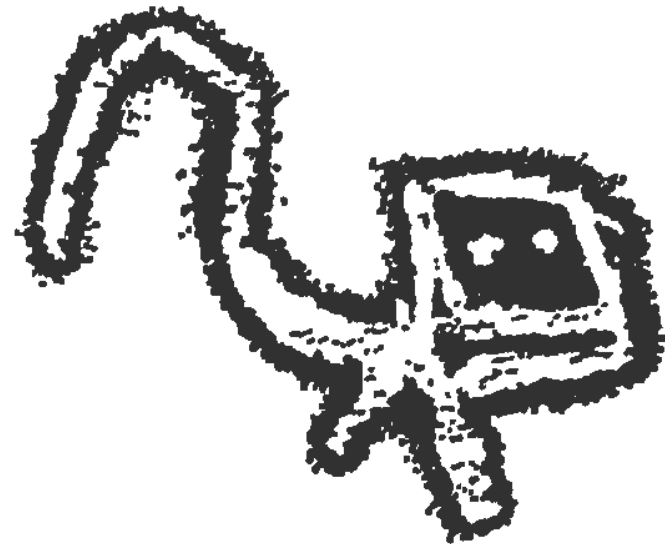
Sin lugar a dudas éste era el paraje idóneo para que el hábil artista-hechicero primitivo desplegara toda su imaginación y creara las imágenes que les amparaban y facilitaban las labores de la vida cotidiana de este grupo humano. La cueva era pues una casa espléndida para los cemíes y deidades objeto de culto.

En una de las cartas del Almirante Cristóbal Colón, fechada en 1496, reza lo siguiente:

[...] tienen una casa para cada uno de ellos (los caciques), separada de la población, en la cual no hay otra cosa sino imágenes de madera, labradas en relieve, que ellos llaman cemíes, ni en esa casa se trabaja para otro efecto o servicio sino para estos cemíes, con cierta ceremonia y oración, que van a hacer allí (Arrom 1990: 93).



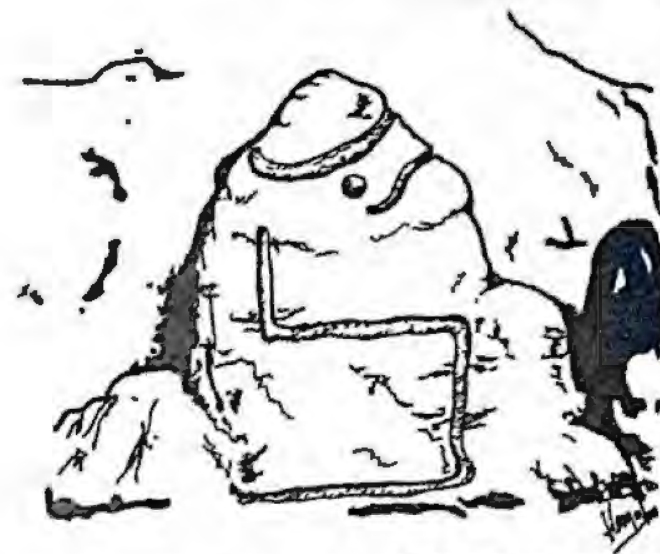
Dibujo III. Vista posterior, con orientación al N, del petroglifo No. 3; Salón del Gran Cemí, Caverna de Patana.



Dibujo IV. Petroglifo No. 1 del Salón del Gran Cemí, Caverna de Patana.



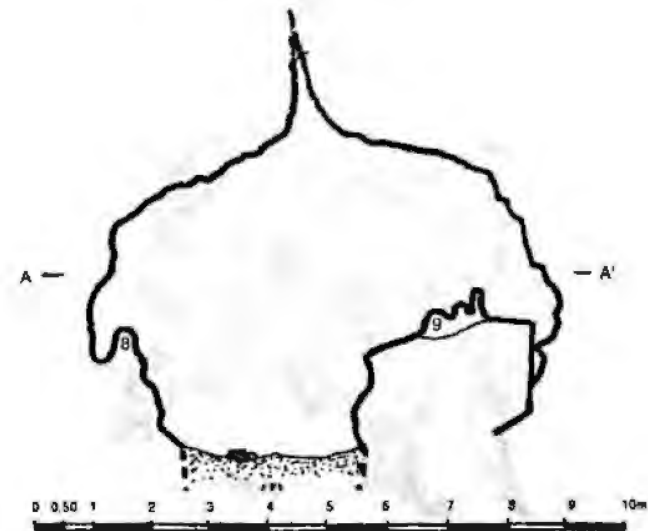
Dibujo V. Vista general del Gran Mural (No. 2) grabado en un manto estalagmítico del Salón del Gran Cemí.



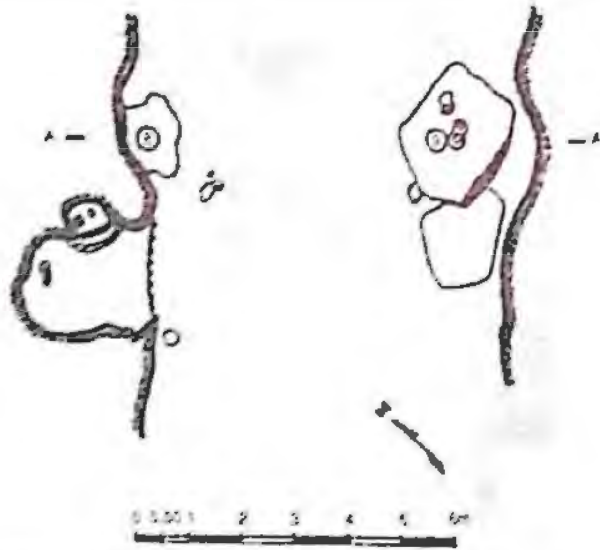
Dibujo VI. Petroglifo antropomorfo de contorno rectilíneo, No. 4, del Salón del Gran Cemí.



Dibujo VII. Representación del grabado No. 5 del Salón del Gran Cemí, Caverna de Patana.



Dibujo VIII. Corte o sección de la galería de acceso al Salón del Gran Cemí, donde se ubican los petroglifos 8 y 9 (Centinelas Pétreos).



Dibujo IX. Vista en planta de la ubicación de los petroglifos 8 y 9 (Centinelas Pétreos) en la galería de acceso al Salón del Gran Cemí.



Dibujo X. Detalle de la grafía número ocho de la galería de acceso al Salón del Gran Cemí, Caverna de Patana.



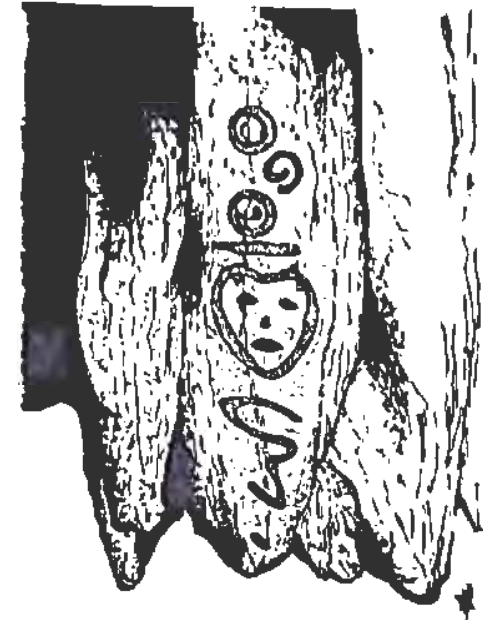
Dibujo XI. Representación del petroglifo nueve que con orientación ONO se localiza en la galería de acceso al Salón del Gran Cemí.



Dibujo XII. Rostro antropomorfo que constituye el Petroglifo 10 de la Caverna de Patana.



Dibujo XIII. Grabado número 6 de la caverna de Patana, ubicado a pocos metros de la entrada de la Cueva del Jagüey.



Dibujo XIV. Ilustración de la grafía 7 de la Caverna de Patana localizada en una estalactita de la Cueva del Jagüey.

Es muy probable que durante los días en que se hacía necesaria la súplica a sus dioses, le llevaran distintas ofrendas con que agasajarlos. Relata Pané: "Algún día solemne, en que llevan mucho de comer, pescado, carne, o pan, o cualquier otra cosa, ponen de todo en la casa del cemí" (Arrom 1990: 39).

Las citas anteriores constituyen un testimonio fehaciente de lo especial de estas prácticas: la combinación de magia y religión, pues mientras el rito de la cohoba es, en sí misma, una ceremonia puramente mágica, el hecho de realizar oraciones o colocar ofrendas a las deidades, le otorga al ritual connotación religiosa.

LOS PETROGLIFOS DE LA CAVERNA

Hasta el momento se conocen en total 9 petroglifos y el gran mural; en la cueva de Los Bichos hay siete y el gran mural y, en el Jagüey, dos. Todas las grafías se localizan en salones y galerías que son iluminados por la luz diurna. Lamentablemente, en la se-

gunda década del siglo xx, la cueva fue despojada de uno de sus petroglifos por Mark R. Harrington, que lo trasladó a los EE.UU. Era, al parecer, el más representativo e importante.

Es por ello que para la descripción del mismo nos apoyaremos, fundamentalmente, en lo descrito en la obra del citado investigador *Cuba antes de Colón*, así como en la foto parcial del ejemplar que aparece en la misma. También emplearemos el texto "El ídolo de la cueva" del propio autor, que incluyera el Dr. Antonio Núñez Jiménez en su relevante obra *Cuba: dibujos rupestres*.

Todas las obras parietales que aparecen actualmente en la caverna están elaboradas sobre la base de la misma técnica ejecutiva de rayar y percutir la poco deleznable roca de las formaciones secundarias de la caverna. Suponemos que tal hecho es extensivo a la obra extraída de la gruta.

Para hacer más fácil la descripción de los grabados que nos ocupan mantendremos un orden numérico en el cual el cemí an-

les mencionado recibirá la denominación de número 3, como punto de referencia para ubicar al resto de las grafías aparecidas en esta interesante espelunca.

Esta formación, de unos 1,22 m, se encontraba aproximadamente en el centro del salón, y presenta sus cuatro caras labradas (Dibujo I).

La imagen, que estaba orientada hacia el E, es la más elaborada y bien detallada. Esta deidad, in punctus, representa a un singular rostro antropomorfo coronado, aparentemente, por una diadema (Dibujo II). En la imagen se distinguen los ojos, en forma de dos círculos, de los cuales descienden unas líneas que se pierden en su rostro, la boca y la nariz. Las extremidades superiores, algo imprecisas, bajan suavemente por los bordes laterales de la estalagmita para unirse al frente y los órganos sexuales masculinos están sugeridos entre los dos miembros inferiores.

Con orientación N, se pueden apreciar varias enigmáticas incisiones de forma laberíntica, a continuación de las cuales se halla una faz contorneada por una línea semicircular que sólo muestra en su interior los ojos y la boca (Dibujo III).

En los frentes S y O de la estalagmita-cemí, trasladada a E.U.A., se localizan otros símbolos antropomorfos, similares al anteriormente descrito, e igualmente definidos por pequeñas hendiduras que conforman los ojos y boca pero, lamentablemente, no han sido publicadas sus ilustraciones.

La representación petroglífica que ha sido identificada con el No. 1 se localiza a 0,23 m del gran mural y a 4 metros de lo que fuera el Cemí. Esta enigmática figura presenta un rostro de contorno cuadrangular orientado al ENE en cuyo interior se aprecian dos ojos y una boca conformada por un segmento de recta (Dibujo IV).

El Gran Mural, enumerado como 2, es de una alta complejidad simbólica y lo conforman varias representaciones geométricas: cuadrados, rectángulos, semicírculos y otros (Dibujo V), amén de un evidente rostro antropomorfo que denota sus ojos y boca.

Este conjunto de 2 m de largo se ubica a 7,60 m de nuestro punto de referencia (el cemí cercenado) y sus extremos superiores alcanzan una altura desde el suelo de 0,53 m, el derecho, y de 0,38 m, el izquierdo.

Ahora pasaremos a describir el petroglifo No. 4 que se encuentra al N, y escasamente a 2,30 m de la efigie truncada, en una pequeña estalagmita de 0,55 m de altura. La enigmática y atracti-

va figura humana, de contorno rectilíneo, también está orientada, como el Gran Cemí, hacia el Este (Dibujo VI).

Escasamente a 0,40 m al NO de la representación anterior y a 2,70 m de nuestra referencia obligada, se distingue el glifo No. 5, integrado por varias líneas curvas que pudieran esquematizar un perfil antropomorfo con ojos, boca y algunas líneas que surcan su fisonomía de arriba hacia abajo. Posee un ancho de 0,38 m, la altura es de 0,42 m y la distancia hasta el suelo es de 0,35 m (Dibujo VII).

Este curioso templo posee dos entradas conocidas; la primera, alta y ancha, que da acceso al Salón del Gran Cemí se encuentra parcialmente bloqueada por los clastos que forman la dolina, por ella es casi imposible el tránsito; la segunda, baja y estrecha con relación con la anterior, permite llegar al recinto, ya mencionado, a través de un corredor.

Esta galería muestra a ambos lados varios conjuntos estalagmíticos, en dos de las cuales se distinguen los grabados enumerados con el 8 y el 9 (Dibujos VIII y IX).

El que denominamos como número 8 está orientado ESE; corresponde a una cara ancha muy bien delimitada por un trazo grueso, de unos 0,015 m, en el interior de la cual se aprecian nítidamente la nariz, la boca y los ojos conformados por pequeños hoyuelos, además de tener ilustrada, al menos, una oreja (Dibujo X).

Se encuentra a la altura aproximada de 0,80 m sobre el nivel del suelo y a unos cinco metros de distancia de su compañero que se localiza frente por frente a este y a su vez lo mira con detenimiento.

El número 9 está francamente orientado hacia el ONO y presenta al igual que el anterior su rostro muy bien delimitado por un trazo ancho de 0,015 m de forma ovalada; en su interior aparecen los ojos representados por dos segmentos de recta de unos 0,20 m en posición vertical. Su altura sobre el nivel del piso es de 0,90 m (Dibujo XI). Es preciso señalar que ambos se localizan a una distancia aproximada de 15 m del cemí cercenado.

El sexto y último petroglifo localizado hasta el momento en el Salón del Gran Cemí es el número 10 y podemos ubicarlo tan sólo a unos 15,3 m de nuestro punto de referencia habitual (Dibujo XII). Se encuentra a una altura de 2,85 m, orientado hacia el E, con apoyadura en un bello manto de calcita, coloreado de verde por el tiempo.

Este ejemplar representa una simpática figura humana con ojos, nariz y boca y posee además, dos líneas a ambos lados de la cara, que podrían simbolizar dos orejas de grandes dimensiones.

Concluido nuestro recorrido por el salón que da acceso a la Cueva de los Bichos, pasamos a describir el arte parietal del nivel superior de encavernamiento, el correspondiente a la cueva El Jagüey. Como ya dijimos al principio, en él hallaremos dos petroglifos que recibirán los números seis y siete respectivamente.

El primero o No. 6, ejecutado en una gran estalagmita, se ubica a escasos metros de la entrada de la cueva y mirando hacia ella con orientación SO. Consiste en un semblante de contorno ovalado en su porción baja y rectangular en la alta, en el cual se aprecian claramente los ojos, además de la nariz y la boca unidas en un mismo trazo. El alto de esta grafía es de 0,19 m y su ancho es 0,16 m (Dibujo XIII).

El No. 7 se encuentra a 14,18 m del anterior y a una altura sobre el suelo de 1,08 m. Este interesante petroglifo, con una altura de 0,58 m y un ancho de 0,14 m, muestra una cara antropomorfa

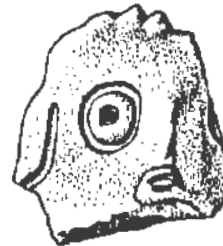
cuyos contornos definen un rostro acorazonado en el que se aprecian claramente los ojos, indicados por pequeñas líneas, y la boca.

En el mismo perfil de roca fueron labradas otras figuras, el rostro acorazonado es el centro del conjunto sobre el cual se hallan tres circunferencias casi perfectas, ordenadas una encima de la otra. La del medio muestra una línea, que la divide en dos, de arriba hacia abajo en forma de S, cuyos extremos forman parte de la circunferencia. Un segmento de recta, en posición horizontal separa a ambas grafías.

Hacia el extremo inferior, de la imagen antropomorfa ya descrita, se observa una figura zigzagueante (Dibujo XIV).

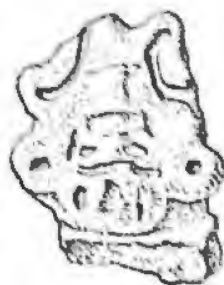
BIBLIOGRAFÍA

- Arrom, José J. (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Fray Ramón Panó. La Habana, Editorial Ciencias Sociales
- Moscoso, Francisco (1986): *Tribus y clases en el Caribe antiguo* San Pedro de Macorís, Univ. Central del Este, República Dominicana.
- Núñez Jiménez, Antonio (1975): *Cuba: Dibujos Rupestres*. Lima, Editorial Gráfica, Perú.



ACTIVIDADES SUBSISTENCIALES DE LOS ABORÍGENES DE CUEVA DEL MUERTO, CIFUENTES, VILLA CLARA

**MILTON PINO RODRÍGUEZ
ALFONSO CÓRDOVA MEDINA**



INTRODUCCIÓN

Esta cueva fue descubierta por el grupo espeleológico Maguaraya en la década de los 80. En diversas expediciones se detectaron evidencias arqueológicas lo que motivó que fuera reconocida como sitio arqueológico por el miembro de dicho grupo, Camilo Calzadilla, a quien se debe la iniciativa de practicar excavaciones allí. El trabajo de campo se llevó a cabo en tres etapas: la primera en febrero de 1990, la segunda en 1991 y la tercera entre el 26 de marzo y el 30 de mayo de 1996.

En la primera y segunda etapas participaron espeleólogos del comité de Villa Clara. En la tercera fue necesario solicitar colaboración a otras provincias, dada la envergadura de los trabajos. En estas últimas excavaciones participaron, además, grupos de aficionados de las provincias de Cienfuegos y Sancti Spiritus, así como Ricardo Sampedro Hernández y Gerardo Izquierdo Díaz, especialistas del Centro de Antropología del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA). Las excavaciones estuvieron a cargo de Luis Grande.

UBICACIÓN GEOGRÁFICA Y ENTORNO

Cueva del Muerto es localizable en la carta de Cuba a escala 1:50 000, en la hoja Encrucijada, coordenadas X: 60850 Y: 31350; 3 Km al sur corre el arroyo Tuinicú, ahora intermitente; se localizan otros pequeños arroyos junto al sitio. El Tuinicú desemboca poco más de 3 Km al sureste, en el mayor río de la zona, el Sagua la Chica. Unos 14 Km al norte corre el río Negrete, que desemboca en Estero Granadillo, área pantanosa al noreste, que es el lugar marítimo más próximo al sitio, con abundancia de manglares y lagunas. La espelunca se encuentra en las inmediaciones del poblado de Linares, al comienzo de las alturas cársicas, algo boscosas, con cuevas y elevaciones máximas de 164 metros sobre el nivel del mar, en el lugar conocido por Gerogugú. La cueva se abre a una altura aproximada de 20 metros sobre el nivel del mar.

FAUNA EXHUMADA EN LAS EXCAVACIONES		
Mamíferos	Reptiles	Aves
Rodedores (juntas)	<i>Epicrates angulifer</i> Bibron	<i>Molurus unicolor</i> (Lafresnaye)
<i>Capromys pilorides</i> (Say)	<i>Anolis aeneus</i> aeneus Merren	<i>Charadrius longirostris</i> Lam.
<i>Capromys prehensilis</i> Poeppig	<i>Cyclura nubila nubila</i> Gray	<i>Sturnus</i> sp.
<i>Geocapromys columbianus</i> Chapman*		<i>Molurus unicolor</i> (Lafresnaye)
<i>Geocapromys pleistocenicus</i> *	<i>Pseudemys decussata</i> Gray	<i>Zenaidura macroura</i> Fer.
<i>Capromys (Pigraeocapromys) minimus</i>		<i>Falconer's angula</i>
<i>Heterosomys affinis</i> Miller*	<i>Gecarcinus lateralis</i> Lin.	<i>Eurycampa dactylops</i>
<i>Heterosomys lani</i> Allen*	<i>Cardisoma guentheri</i> Latreille	<i>Ligustrum</i> sp.
		<i>Molurus unicolor</i> (Lafresnaye)
		<i>Merula punctilata</i>
		<i>Amazilia palmarum</i> Say
		<i>Colinus pectoratus</i> (Palmipede)
		<i>Phaethon rubricauda</i> Gmelin
*Especie extinta		

LAS EXCAVACIONES

Se hizo una extensa excavación que abarcó la casi totalidad del recinto cavernario, se usó la estratigrafía métrica en cuadrículas de 1x1 m. Fueron excavadas 232 cuadrículas en el primer salón de la cueva; algunos hasta una profundidad de un metro, y como promedio entre 0,60 y 0,80 m. En este trabajo se analizan sólo los materiales faunísticos de los 15 pozos de la sección A y 9 de la sección 1, correspondientes estos últimos al G-1 del cuadrante 4, un total de 46 niveles para los primeros y de 9 para los segundos.

EL TRABAJO DE LABORATORIO

La clasificación científica del material faunístico se llevó a cabo en el Museo Municipal Ramón Roa Garí, de Cifuentes, ante la imposibilidad de su traslado a nuestro centro debido a su volumen así como a la carencia de transportación. Para la clasificación y análisis de la fauna se empleó el método de M. Pino (1980) y Rodríguez y Pino (1990), el cual consiste en la determinación del número mínimo de individuos (NMI) por especie de animal en cada nivel estudiado.

CLASIFICACIÓN CIENTÍFICA DE LA FAUNA EXHUMADA EN LAS EXCAVACIONES

Es útil aclarar que no resultó posible la identificación como especie de cierto número de ejemplares de esa fauna, dado su estado de deterioro y carbonatación, pero sí su clase, es por ello que aparecen contemplados en las tablas.

Algo que no debe ser pasado por alto es la presencia de evidencias de enterramientos humanos aborígenes muy disgregados en varios niveles de las excavaciones los cuales seguramente produjeron cierta alteración en las capas antropogénicas. La relación de esas evidencias es:

Premolares	3	Falanges	2
Molares	10	Fragmento de sacro	1
Incisivos	15	Fragmento de astrágalo	1

Además fueron encontrados pequeños fragmentos de huesos del cráneo coloreados de rojo, así como un fragmento de mandíbula igualmente coloreada.

Igualmente denota alguna alteración en la cueva el hallazgo de fragmentos óseos y dentales, en varios niveles, de fauna de origen europeo, los que, luego de analizados, resultaron corresponder a las especies siguientes: *Equus caballus*, *Sus scrofa*, *Canis familiaris*, *Rattus rattus* (la rata negra, común en los campos).

Ubicación de los restos de fauna de origen europeo por niveles estratigráficos (las cantidades refieren únicamente piezas dentarias y fragmentos mandibulares)

Especie	0,30-0,40	0,40-0,50	0,50-0,60	0,60-0,70	0,70-0,80
<i>Sus scrofa</i>	2	10	4	2	1
<i>Rattus rattus</i>	10	6	5	2	-
<i>Canis familiaris</i>	-	1	1	-	1
<i>Equus caballus</i>	-	-	-	-	1

En la actividad subsistencial de la caza, le siguen en frecuencia a las jutías, los majaes (*Epicrates angulifer*), de cuyos restos óseos se logró aislar un total de 38 individuos, muchos de ellos adultos, de buen tamaño.

Con relación a la recolección terrestre, la actividad se cifró, fundamentalmente, en la obtención del cangrejo *Gecarcinus ruricola* (rojo), especie de la cual se contabilizaron en total 499 individuos.

Sumario total en NMI obtenido de los restos de jutías clasificados (en orden de frecuencia)

<i>Capromys pilorides</i>	344
<i>Capromys ylb</i> <i>Geocapromys</i>	89
<i>Capromys</i> (<i>Pigmæocapromys</i>)	80
<i>Geocapromys columbianus</i>	78
<i>Heteropsomys affelia</i>	67
<i>Geocapromys pleistocenicus</i>	12
<i>Heteropsomys torrei</i>	10
<i>Capromys prehensilis</i>	8

La recolección de moluscos resultó extremadamente pobre: sólo un total de 21 ejemplares en tres especies, de las cuales –y en pequeños fragmentos– fue más abundante la *Strombus* sp. (17 ejemplares). Entre los moluscos terrestres, igualmente muy pobres en frecuencia –26 individuos–, únicamente la *Zachrysia auricoma* alcanzó la cifra de 18.

Para finalizar la relación, y refiriéndonos a los moluscos fluviales, fueron clasificadas sólo dos especies, con un total de cuatro ejemplares, cuyos nombres científicos se dan a conocer; de ellos, tres corresponden a *Pomacea paludosa*.

INTERPRETACIÓN DE LOS GRÁFICOS 1 Y 2

Para la elaboración de los gráficos estadísticos se consideraron tres actividades económicas básicas: caza, recolección y pesca, de acuerdo con el análisis faunístico efectuado a los restos obtenidos de la sección A y la 9, correspondiente esta última al sector G-1 del cuadrante 4.

En la sección A, con relación a la caza, puede observarse que en los niveles tempranos es pobre, aumenta ligeramente y vuelve a deprimirse. A partir de los niveles 0,70 - 0,80 m se produce una mayor frecuencia de esta actividad, se nota a continuación un brusco crecimiento o "explosión" de evidencias dietarias que se mantiene hasta los 0,40 - 0,50 m. Luego decrece hacia los 0,30 - 0,40 m. De este nivel en adelante apenas existen restos óseos hacia la superficie. No fue posible continuar el análisis debido a la carencia de los materiales y datos que lo permitieran en los momentos más tardíos del sitio, ya que además no se poseían las notas de la excavación, lo cual causó varias dificultades en el estudio estratigráfico.

La recolección, segunda actividad económica en importancia de los aborígenes que habitaron la cueva, se comporta en el gráfico de forma algo parecida a la de la caza, sólo que la mayor frecuencia se produce algo más arriba, en el nivel 0,60 - 0,70 m.

En un análisis global del gráfico puede comprenderse que, por ejemplo, la caza comienza en los tiempos más tempranos; no ocurre igual con la recolección, fundamentalmente de cangrejos terrestres, que se inicia un poco después. Sin embargo, ambas actividades presentan en común el incremento intensivo entre los niveles medios a tardíos, decrece la actividad recolectora, dentro de la "explosión" de recursos, a partir de los 0,60 m, mientras la caza se mantiene estable.

CUEVA DEL MUERTO ACTIVIDADES SUBSISTENCIALES

Gráfico No. 1

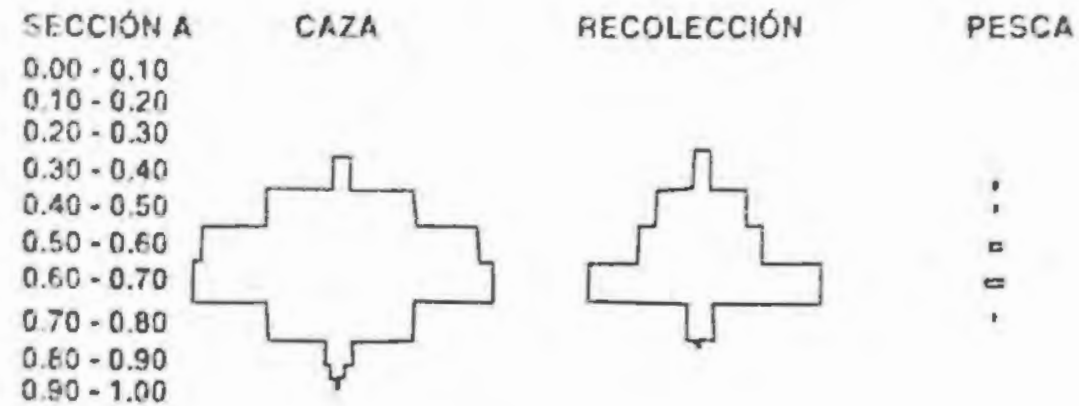


Gráfico No. 2. G-1 CUADRANTE 4. POZO A. SECCIÓN A



1 mm = 1 individuo

La proliferación de alimentos de origen animal en esos niveles probablemente se debiera a un crecimiento o auge demográfico de la comunidad que habitaba la cueva.

En el caso de la pesca, como se observa en el gráfico, esta es vestigial, con diminutos aumentos, precisamente en coincidencia con lo observado en las actividades subsistenciales de caza y recolección.

En el Gráfico No. 2 se visualiza una situación de saltos en las estadísticas de las actividades económicas debido, fundamentalmente, a la ausencia de los materiales correspondientes a esos niveles los cuales no pudieron ser localizados durante la investigación en Cifuentes.

Este gráfico muestra cómo la caza se inicia pobremente desde los niveles tempranos hasta los 0,60 - 0,70 m donde puede observarse un crecimiento paulatino hasta 0,40 - 0,50 m mientras se debilita en los niveles más tardíos. La recolección adquiere en este sector una mayor frecuencia que la caza, fundamentalmente en un auge notable entre los 0,60 - 0,70 m hacia el nivel superior, y culmina con bastante volumen en los tiempos más tardíos del sitio. La pesca es prácticamente inexistente, de acuerdo con los análisis efectuados.

Es útil informar que en la Cueva del Pozo, municipio de Camajuaní, provincia de Villa Clara, residuario mesolítico de idénticas características que Cueva del Muerto, el comportamiento de la caza y la recolección es muy semejante a lo valorado en este trabajo (Córdova y Rodríguez 1996).

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES DE LA PRIMERA ETAPA

Reseñaremos a continuación algunos aspectos importantes en lo relativo al análisis de las actividades subsistenciales de los aborígenes preagroalfareros que habitaron la cueva y que, además, enterraron allí a sus muertos, de cuyos restos aún no se conoce sexo, edad ni tampoco la cifra de los que fueran exhumados aunque sí que presentaban cierto grado de alteración. Por estas y otras razones es imposible por el momento verificar que algunas evidencias faunísticas descubiertas junto a ellos pudieran guardar determinada relación, práctica esta ya comprobada en otras locaciones con enterramientos.

Primero que todo, se trata de una comunidad con economía de apropiación, con costumbres, hábitos y actividades subsistenciales enmarcadas en un ámbito boscoso, de tierra adentro, alejado no

menos de 20 Km del litoral marino más próximo. Esto se ve reflejado muy claramente en la fauna estudiada. Aún en el caso de que los primitivos habitantes dispusieran de canoas monoxilas, los arroyos cercanos se localizan a unos 3 Km y en la actualidad no comunican con ríos que permitan una salida al mar sin mayores contratiempos. Las muy escasas evidencias de pesca en las excavaciones, hace pensar que hicieron vida de bosque y que sus incursiones a la costa fueron motivadas por la necesidad de obtención de materia prima conchífera para la elaboración de los diversos artefactos de este material que se localizan en el sitio, tales como gubias, fragmentos de vasijas, un botuto y pequeñas micropuntas de concha; todos con escasa presencia.

Esta comunidad aborígen dependió, por tanto, para su subsistencia, básicamente de la caza de jutías, en primer lugar y del consumo de la carne del majá de Santa María (*Epicrates angulifer*), y utilizó de forma mínima otros recursos alimentarios como, por ejemplo, las jicoteas (*Pseudemys*) y pequeños moluscos terrestres. La presencia de fragmentos óseos del peto de quelonios, dado el espesor de algunos de ellos, ha hecho pensar que pudieran haber dispuesto, en alguna oportunidad, de la carne de las especies marinas (*Caretta caretta*, *Chelonia mydas* o *Eretmochelis imbricata*, caguama, tortuga verde y carey, según sus nombres vulgares). De todas formas, los restos se muestran con gran escasez. Se ha pensado que pudieran pertenecer a ejemplares muy grandes de jicoteas, como la *Pseudemys decussata plana* Barb., cuyos individuos son algo mayores que *Pseudemys decussata* Gray, sobre todo los ejemplares machos.

Es importante considerar que los aborígenes que vivieron en la cueva dependían fundamentalmente, para su alimentación, de dos tipos de fauna terrestre: la estable y la cíclica. La primera estaba constituida por las numerosas especies de jutías, además del majá de Santa María, que vivían (aún viven) todo el año en bosques y madrigueras calcáreas, frecuentes en el entorno; mientras que en el segundo caso, muy frecuente en la excavación, los cangrejos de la especie *Gecarcinus ruricola*, únicamente asequibles durante unos tres meses al año, de abril a junio. Otro tanto pudiera decirse de numerosas especies de moluscos univalvos los que, de acuerdo con su ciclo reproductivo, únicamente se muestran con cierta frecuencia en la primavera.

Cuando nos referimos a los 89 individuos de *Capromys* y/o *Geocapromys*, en lugar de definir uno u otro género en particular

para su conteo, se hace necesario aclarar que ello ha sido tratado de esta forma dada la imposibilidad de distinguir los restos óseos de una especie como la *Capromys pilorides* de la *Geocapromys columbianus*, debido al estado de recubrimiento de carbonato presentado por las hemimandíbulas; no obstante, existen muchas posibilidades de que se trate de la primera de las especies mencionada, ya que su número fue el mayor en la excavación; se consideró, además, que la segunda especie muchas veces igualó en talla a la primera. De ambas sólo vive la *Capromys pilorides*, pues *Geocapromys columbianus* pasó a la lista de las extintas. Como se habrá podido comprobar en la relación que adjuntamos sobre estos roedores, de las siete especies clasificadas científicamente, solamente dos no se hallan extinguidas, *Capromys pilorides* y *Capromys prehensilis*.

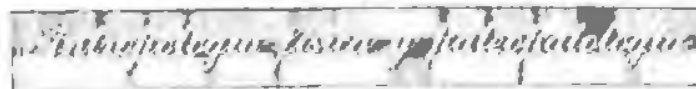
No resulta fácil explicar las razones de la extinción de estas especies, ya que los restos de algunas de ellas, en este sitio, llegan hasta niveles tardíos; lo cual ha sido observado en otros sitios arqueológicos de Cuba, es decir, que por lo que se ha comprobado, tales especies coexistieron con los aborígenes hasta su desaparición. Un razonamiento aceptable, que ha sido manejado por algunos autores, es que la extinción, sobre todo la de las más pequeñas, pudo deberse a la introducción en el país, durante la conquista y colonización, de una fauna depredadora como perros, gatos y cerdos, los cuales, en determinado período histórico, se hicieron cimarrones e invadieron los campos y lugares boscosos apartados, donde estos roedores vivían. Por otra parte, otro animal más peligroso para esta fauna, la rata, llega de Europa en las embarcaciones. Las jutias, así como otros pequeños animales tímidos y con escasas defensas para enfrentar a tales enemigos, pudieron sucumbir con el paso del tiempo.

Canet y Berovides (1984), al analizar las características de la carne de *Capromys pilorides*, llegan a la conclusión que posee un elevado porcentaje de proteínas, así como bajo contenido de grasa, y refieren que las jutias de más alto rendimiento son las de bosque, luego las de ciénaga y por último las que habitan los cayos. Agregan estos autores que la proteína contenida en la carne de esta especie es superior a la vacuna, la bovina y la porcina. Como se habrá podido observar en el estudio de la dieta de los aborígenes que vivieron en la Cueva del Muerto, la *Capromys pilorides* constituyó la de mayor consumo por la comunidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Aloyo, P. (1955): *Lista de los reptiles de Cuba*. Santiago de Cuba, Muz., Charles T. Ramsden.
- Calzadilla, R. C. (1997): "Comportamiento de evidencias del pozón 1 de la cueva del Muerto, Cifuentes, Villa Clara". Ponencia presentada en el Primer Encuentro Nacional de Espeleología y Arqueología, El Morrillo, Matanzas, 1997.
- Colectivo de autores de CEP, Villa Clara, CITMA (1997): "Tres etapas de excavación en la cueva del Muerto, Cifuentes, Villa Clara". Ponencia presentada en el Primer Encuentro Nacional de Espeleología y Arqueología, El Morrillo, Matanzas, 1997.
- Córdova, A. y J. Ricardo Rodríguez (1996): "La alimentación en la comunidad mesolítica de Cueva de Pozo, Camajuaní, Villa Clara". Ponencia presentada en el encuentro Antropología 96, Centro de Antropología, CITMA, La Habana.
- Martínez, A. (1990): *Cartilla No. 949 de Control de la Información Básica Censo Arqueológico de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- Pino, M. (1980): "Procedimientos cuantitativos en el estudio dietético de los aborígenes cubanos" en *Cuba Arqueológica II*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Rodríguez, C. y Milton Pino (1990): "Arqueozoología: un método para el estudio de fauna remanente en sitios arqueológicos de Cuba" (en prensa).
- Smith, C. R. y V. Berovides Álvarez (1984): *Ecomorfología y rendimiento de la jutía conga (Capromys pilorides Say)*. La Habana, Instituto de Zoología, Academia de Ciencias de Cuba.





REPRESENTACIONES PLÁSTICAS DE AFECCIONES OSTEOARTICULARES EN EL ARTE TAÍNO

ANGEL CHECA GONZÁLEZ
NIURKA PÉREZ PÉREZ

Dibujos: Alejandro Lazo



INTRODUCCIÓN

Estudios de restos óseos provenientes de los pueblos americanos de antes de la llegada de los conquistadores, han permitido conocer algunas de las diferentes enfermedades osteoarticulares sufridas por ellos. En Perú se han encontrado cráneos con lesiones osteolíticas características del mieloma múltiple, lesiones óseas en fémures compatibles con la enfermedad de Perthes, Osgood Schlatter y artritis séptica (Ortner y Putshar 1981).

Los estudios de Aceves-Avila y colaboradores (1996a: 2; 1996b: 74) en México, demostraron la presencia de osteoartrosis de la columna vertebral, artritis infecciosa y espondiloartropatía en una población indígena de la época colonial.

Rivero de la Calle (1990) reportó desórdenes metabólicos en restos óseos de niños aborígenes de Cuba. La osteoartrosis, osteomielitis y fracturas por aplastamientos en la columna vertebral, son otros de los hallazgos más frecuentes entre los pobladores de Cuba antes de Colón (Torres y Rivero 1972: 32, 12-26). Cuatro sacros juveniles con espina bífida fueron encontrados en el sitio arqueológico de Canimar Abajo. También en este sitio de la provincia de Matanzas, fueron hallados restos óseos aborígenes con lesiones que sugieren sífilis (Rivero y Vento 1990; Vento y García 1990).

Esculturas, cerámicas y pinturas ofrecen testimonios de las más variadas dolencias sufridas por el hombre, así como de diferentes formas de tratamiento. Sólo es posible detectar evidencias de enfermedades en restos humanos cuando dejan huellas sobre el hueso, o si se conservan tejidos blandos periarticulares (momificación), lo cual no ocurre frecuentemente, de aquí la importancia que tienen las artes visuales —producto humano biográfico— en el estudio de los padecimientos del hombre prehistórico.

Hay numerosos ejemplos de dolencias articulares en pinturas del Viejo Mundo, como el *Genu valgo* de la *Mujer monstruosa* de Carreño, las manos reumatoides en el *Retrato de la familia* de Jacob

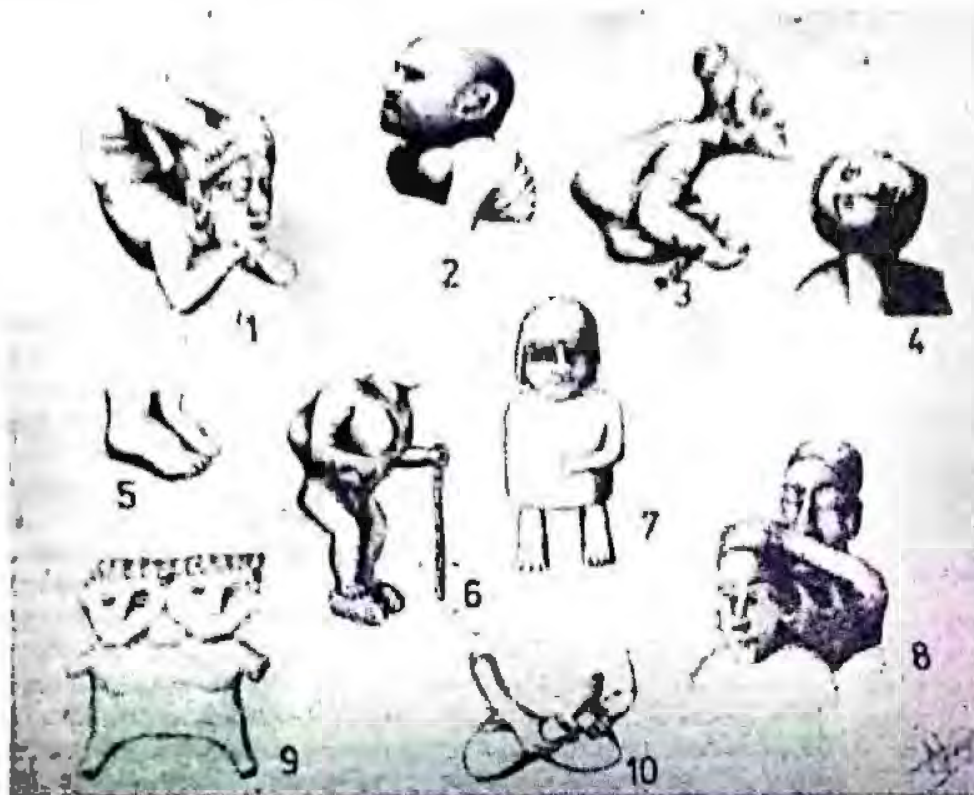


Fig. 1. Arte precolombino de México y Perú.

- 1.1 Cerámica olmeca (hiperlaxo). Museo Antropológico Nacional, México.
- 1.2 Talla en piedra azteca (jorobado).
- 1.3 Cerámica de Jalisco, período protoclásico (jorobado).
- 1.4 Talla en piedra azteca (tortícolis).
- 1.5 Cerámica cultura nayarit (pies cavus).
- 1.6 Cerámica de Colima, México (¿tuberculosis espinal?).
- 1.7 Cerámica mochica (amputación).
- 1.8 Cerámica de Jalisco (manipulador).
- 1.9 Cerámica período preclásico (cabezas y columna cervical dobles).
- 1.10 Cerámica mochica (prótesis).

Jordaens (Usquker 1991), las manos artrósicas del guitarrista de Watteau en su obra *Mezzotini*, nódulos de Heberden en *San Lucas y San Mateo Evangelista* de Frans Hals, los nódulos de Bouchard en el *Retrato de un joven*, de Bronzino o el *Hallux vulgaris* en *Fortaleza*, de Boticelli.

CULTURA INDIGENA Y REUMATISMO

Las jorobas y los abultamientos de figuras elaboradas en cerámica y tallas de diversos materiales del antiguo México y Venezuela pueden informar acerca de padecimientos como la tuberculosis espinal, pie cavus o hipermovilidad articular (Alarcón-Segovia y de la Fuente 1987: 39-48). Otras piezas han delatado deformidades en las rodillas y en las manos compatibles con osteoartritis (Schumaker y Alarcón Segovia 1980: 281-282); un fresco encontrado en las excavaciones de Teotihuacán en México, muestra un niño y un anciano con deformidades en los pies. Piezas del antiguo Perú (Urteaga-Ballon 1991) resaltan conductas terapéuticas como la amputación y el uso de aditamentos protésicos (Fig. 1).

REPRESENTACIONES DE DOLENCIAS OSTEOARTICULARES EN EL ARTE TAÍNO

Los pobladores taínos, entre los siglos X y XV DC, crearon un arte que hoy es considerado como una de las expresiones más antiguas y ricas del arte precolombino. Con una economía basada en la caza, la pesca, y la agricultura (sembraban yuca, maíz y algodón) como fuente principal para la subsistencia; se estima que su población en Cuba alcanzaba entre 100 000 y 150 000 habitantes a la llegada de los conquistadores.

La revisión de piezas taínas de Cuba (Museo Indocubano de Banes, Museo Montané y Sección de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana) y la apreciación de catálogos de importantes colecciones de los taínos de República Dominicana (Museo del Hombre Dominicano, Museo de Altos de Chavón y Fundación García Arévalo) nos aproximó al quehacer artístico de estos habitantes y nos permitió observar las posibles interpretaciones plásticas de algunas enfermedades.

Varias piezas de cerámica de los taínos de Santo Domingo muestran un perfecto conocimiento de la anatomía humana; qui-

zás la más representativa es un vaso efígie (Fig. 2.1), en el cual se ve con claridad la unión costovertebral en la columna dorsal; algunos autores han relacionado esto al estado de caquexia y malnutrición propio del ritual de la cohoba (Veloz 1972). Otra pieza de arcilla, también dominicana, presenta un cuerpo con dos cabezas y cuello doble (Fig. 2.2) que recuerda el esqueleto de un niño con doble columna cervical reportado por Ortner.

Un cemí de madera (Museo del Hombre Dominicano) presenta los miembros inferiores mutilados, lo que contrasta con unos superiores desproporcionadamente largos en relación con el tronco y una aproximación de sus hombros (Fig. 2.3), que nos hace pensar en una anomalía conocida como disostosis cleidocraneal.

El pequeño ídolo taíno de piedra, de Banes, que tiene una extremidad inferior solamente esbozada, muy rudimentaria (Fig. 2.4) y ausente la otra (esta última bien pudiera tratarse de una mutilación de la pieza) nos aproximó a una focomelia.

Un inhalador de hueso, una espátula vómica del mismo material y una espátula vómica de madera (Rep. Dominicana), objetos relacionados con el ritual de la cohoba, presentan la figura humana contorsionada (Fig. 2.5, 2.6, 2.7) con los pies cabalgando sobre la nuca, que atribuimos a una hiperlaxitud articular (Checa y Pérez 1988: 67-68).

En Chorro de Maita, en Banes, Cuba, se encontró un ídolo de hueso (Fig. 3), que hace notar también una incómoda posición, relacionada posiblemente con una hiperlaxitud articular. Andrés Poey en su libro *Cuban Antiquities* (1853) nos muestra un dibujo de una reliquia taína con similares características, cuyo destino se desconoce.

La Fig. 2.8 es un dibujo sobre un caracol (Rep. Dominicana), con los miembros inferiores distorsionados, que puede ser una representación del síndrome anteriormente descrito, de una osteogénesis imperfecta, o secuela de una osteomalacia. Otra reliquia taína de Cuba, conocida como ídolo de Taguabo (Fig. 2.9) presenta el tórax afilado que remeda la deformidad conocida como *Pectus gallinatum*, lo que unido a sus proporciones estilizadas nos hace relacionarlo con un hábito marfanoide.



Fig. 2. Piezas de origen taíno

- 2.1 Colección Lluberes. Rep. Dominicana
- 2.2 Rep. Dominicana
- 2.3 Rep. Dominicana
- 2.4 Museo Academia de Ciencias. La Habana
- 2.5 Colección García-Arévalo
- 2.6 Mide 50 cm
- 2.7 Colección. P. Domino. Rep. Dominicana
- 2.8 Museo del Hombre Dominicano
- 2.9 Mide 50 cm. Museo de Mayarí
- 2.10 Mide 13 cm. Laboratorio de Arqueología. Oficina del Historiador de La Habana
- 2.11 Mide 10 cm. Museo Indocubano de Banes
- 2.12 Museo de Antropología y Etnografía de Turín. Italia
- 2.13 Mide 4,8 cm. Museo Indocubano de Banes
- 2.14 Museum of the American Indian. Heye Foundation



Fig. 3. Mide 3 cm de longitud

En tres figurinas de arcilla del oriente cubano (Figuras 2.10 y 2.11) hemos visto deformidades angulares en las rodillas. En un cemí de algodón de Dominicana (Fig. 2.12) —pieza única hasta la fecha, pues según los cronistas, cientos de estos ídolos fueron quemados por los conquistadores por representar al diablo— y en un pendiente de oro de Cuba (Fig. 2.13) aparece un considerable aumento del tamaño de las rodillas, lo que tal vez esté relacionado también con algún padecimiento reumático.

Un vaso de arcilla de República Dominicana con forma humana y una protuberancia en la espalda (Fig. 2.14), posiblemente nos aproxime a una tuberculosis vertebral, o mal de Pott.

De acuerdo con la mitología antillana, Dominán Caracaracol, por intentar apropiarse de los bienes de un anciano, recibió de este un fuerte golpe en la espalda que le produjo una protuberancia. Sus hermanos tomaron un hacha de piedra y le abrieron la espalda de donde salió una tortuga hembra o caguama (Guarch y Querejeta 1993). En el Museo Montané de La Habana, existe una escultura tallada en roca coralina que Dacal y Rivero de la Calle (1984) han relacionado con la leyenda de Caracaracol, conocido en la mitología como "el sarnoso" por sufrir una enfermedad de la piel conocida como ictiosis. El material coralino ilustra muy bien el carácter escamoso de la ictiosis. A pesar de lo rudimentario de la escultura, que para otros pudiera ser una figura no antropomorfa, es posible represente una espondiloartropatía sorriásica por la joroba dorsal.

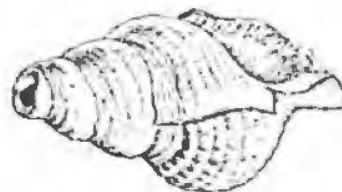
Onorio Montás y colaboradores (1985: 119) en su libro sobre arte taíno de Dominicana nos presentan un vaso efígie que según ellos tiene un saliente en la espalda ricamente decorado —probablemente parecido a la figura 2.14—; la pieza, sin embargo, aparece fotografiada únicamente de frente. Ortner y Utermohle (1981: 23-31) hallaron un esqueleto de Alaska precolombina con lesiones compatibles con una poliartritis crónica. En Cuba no se han reportado hallazgos de este tipo en restos óseos aborígenes y tampoco hemos encontrado evidencias en el arte taíno. Alarcón Segovia (1987) señala una pieza de cerámica (México) con una micrognatia y rodilla en flexión (contractura en flexión), que relacionó con una artritis reumatoide juvenil.

Es bien conocido que algunos pueblos prehistóricos tenían por costumbre enterrar figuras de arcilla, en las cuales representaban distintos males, con la esperanza de sobreponerse a ellos. Muchas de las piezas taínas, que a nuestro juicio representan afecciones osteoarticulares, han sido elaboradas como idolillos (uso ornamental y protector), ídolos (representantes de un dios, ser venerable), a los cuales pedían mejores cosechas, bienestar, o estaban vinculados estrechamente al ritual de la cohoba. Este último, con un sentido mágico-religioso y con la intervención del behíquo, como médico o hechicero.

Un estudio más profundo de las piezas taínas de diferentes colecciones, seguramente reafirmará el acercamiento del arte taíno y la medicina, como en otras civilizaciones antiguas en la que las ciencias médicas, el arte y la religión formaron un trío indisoluble.

BIBLIOGRAFIA

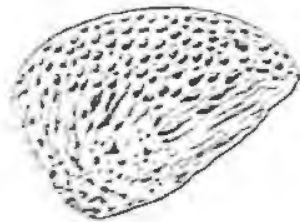
- Aceves-Avila, F. J., S. Báez-Molgado y A. Fraga (1996a): "Paleopatología osteoarticular en restos óseos del siglo XVI" en *Revista Mexicana de Reumatología* No. 11 (Supl. 1).
- Aceves-Avila, F. J., S. Báez-Molgado y A. Fraga (1996b): "Espondiloartritis en el México colonial: Descripción de un caso" en *Revista Mexicana de Reumatología* No. 11 (Supl. 1).
- Alarcón-Segovia, D. (1976): "Pre-columbian representation of Heberden's nodes. Arthritis" en *Rheumatology* No. 19.
- Alarcón-Segovia, D. y R. de la Fuente (1987): "Pre-Columbian representation of rheumatic diseases in Mesoamerica" en T. Appelboom: *Art, history and antiquity of rheumatic diseases*. Bruselas, Elsevier.
- Brites, N. (1994): "Estudio preliminar: Aproximación interpretativa al contexto de elaboración de las Venus de Tacarigua" en *Boletín Antropológico* No. 31.
- Dacal, M. R. y M. Rivero de la Calle (1984): *Arqueología aborigen de Cuba*. La Habana, Gente Nueva.
- Dequeker, J. (1991): "Paleopathology of rheumatism in paintings" en Ortner y Aufderheide: *Human pathology: Current Synthesis and future options*. Washington, Smithsonian Institution Press.
- Guarch, J. M. y A. Quejereta (1983): *Los cemíes olvidados*. La Habana, Publicigraf.
- Montas, O., J. P. Borrell y P. F. Moya (1985): *Arte taíno*. Banco Central de la República Dominicana.
- Ortner, D. y J. C. Utermohle (1981): "Polyarticular inflammatory arthritis in a pre-Columbian skeleton from Kodiak Island, Alaska, U.S.A" en *American Journal of Physical Anthropology* No. 56.
- Ortner, D. J. y W. G. Putshar (1981): *Identification of pathological conditions in human skeletal remain*. Washington, Smithsonian Institution Press.
- Poey, A. (1853): *Cuban antiquities*. New York, George Putnam.
- Rivero de la Calle, M. y C. E. Vento (1990): "Reporte de la presencia de espina bífida en sacro de los restos aborígenes del sitio de Canimar Abajo, Matanzas" en A. Núñez Jiménez: *Medio siglo explorando a Cuba*. La Habana, Imprenta Central de las FAR.
- Rivero de la Calle, M. (1990): "Evidencias de desórdenes metabólicos en restos óseos aborígenes de Cuba" en: *Para conocer al hombre*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Schumacher, R. H. y D. Alarcón-Segovia (1980): "Osteoarthritis knees in Pre-columbian ceramic figure" en *Journal of Rheumatology* No. 7.
- Torres, V. P. y M. Rivero de la Calle (1972): *Paleopatología de los aborígenes de Cuba*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, Serie Espeleológica y Carsológica.
- Urteaga-Ballon (1991): "Medical ceramic representation of nasal leiomyiasis and surgical amputation in ancient Peruvian civilization" en Ortner y Aufderheide: *Human pathology: Current synthesis and future options*. Washington, Smithsonian Institution Press.
- Veloz Maggiolo, M. (1972): *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*. Mc Graw-Hill.
- Vento, C. E. y M. A. García Arévalo (1990): "Diagnóstico de desnutrición en un cerámico de La Española" en A. Núñez Jiménez: *Medio siglo explorando a Cuba*. La Habana, Imprenta Central de las FAR.





TAGUABO Y MAICABÓ: UN TESTIMONIO EN TORNO AL ELEMENTO ABORIGEN EN EL SINCRETISMO RELIGIOSO CUBANO

**ANGELA PEÑA OBREGÓN
CARIDAD RODRÍGUEZ CULLEL**



INTRODUCCIÓN

Las imágenes denominadas Taguabo y Maicabó fueron encontradas por Alejandro Reyes Atencio en la cueva El Júcaro, municipio de Antilla, Holguín. La connotación que adquirió este hallazgo, efectuado en un antro cavernario por un hombre muy conocido, debido a las prácticas espiritistas que realizaba junto a su madre, así como la información que ambos difundieron acerca del proceso de su descubrimiento, provocaron, en el contexto de las peculiares condiciones climatológicas de la región, todo un movimiento popular de culto a las figuras consideradas personificación de dos dioses aborígenes. Estos fueron estimados como santos por los vecinos del municipio durante un período que se extiende aproximadamente entre los años 1928 a 1950.

Todo el contexto cultural en torno a Taguabo y Maicabó resulta de gran interés, por ser uno de los pocos casos en que la inserción de los elementos aborígenes en la espiritualidad de la población se realiza no sólo a partir de principios de la propia espiritualidad aborígen, sino de objetos generados por esta.

Presentamos el testimonio que en 1979 recogimos de Alejandro Reyes Atencio, conocido como Nando, acerca del hallazgo de las imágenes y la leyenda que "soñó" alrededor de las mismas. Esto se completa con datos aportados por el doctor José A. García Castañeda, arqueólogo y amigo de Nando, sobre los sucesos y referencias a la leyenda que al respecto elaboró el escritor Fernando García y Grave de Peralta, también arqueólogo y conocedor de la historia de los ídolos.

ANTILLA: RESEÑA HISTÓRICO-GEOGRÁFICA

El municipio Antilla está situado al norte de la provincia de Holguín, entre las bahías de Nipe y Banes. El nombre original del territorio fue Punta del Corojal. El poblado cabecera del municipio, de igual nombre, surgió a principios del siglo xx, cuando la Cuban Rail Road Co. comienza a construir el ramal ferroviario Alto Cedro-Antilla. Esta compañía controló posteriormente el transporte, el

puerto y los embarques de azúcar y otros productos, y ya para fines de la década del cincuenta, la United Fruit Company era la dueña de casi todas las tierras de la zona.

En su topografía se distingue como punto culminante la Loma del Júcaro, en la península del Ramón, elevación que pertenece al grupo orográfico Maniabón. El municipio no posee red hidrográfica y las precipitaciones son mínimas, con un acumulado de lluvias anual por debajo de 1000 milímetros, motivo por el cual el pueblo, desde su fundación, ha atravesado por largas temporadas de sequía, que han ocasionado el abastecimiento del agua por ferrocarril desde sitios distantes.

ALEJANDRO REYES ATENCIO Y EL CUERPO DE EXPLORADORES DE ANTILLA

Después de la visita de Mark R. Harrington, arqueólogo norteamericano que realizó exploraciones en varias regiones de Cuba, resumidas en la obra *Cuba before Columbus*, surgieron grupos de aficionados a la arqueología en Holguín, Banes y Antilla, dirigidos por jóvenes como Orencio Miguel, José A. García Castañeda y Alejandro Reyes, que en algunos casos continuaron las actividades de sus padres, dedicados desde años antes a labores de colecta de objetos aborígenes (Rouse 1942). Alejandro Reyes Atencio fundó, aproximadamente en 1925, un grupo de aficionados denominado Cuerpo de Exploradores de Antilla, constituido por algunos amigos y parientes, entre ellos sus hermanos.

Nando Reyes —fallecido poco después de la entrevista, realizada en 1979— nació en Bijarú, en el actual municipio de Báguano, el 3 de diciembre de 1887. Hijo de padres españoles, fue educado bajo la influencia de arraigadas creencias religiosas que practicaba su familia y que influyeron en su formación posterior.

Su infancia y primera juventud las vivió en Gibara, desde donde se trasladó a Antilla cuando ya había contraído matrimonio. Aquí trabajó como carpintero ebanista y como jefe de muelle de la United Fruit Company. En su taller de carpintería creó un pequeño museo donde exhibía su colección arqueológica y de otros objetos históricos y curiosos. Allí mismo Nando practicaba ritos religiosos con las figuras —fundamentalmente con la de Taguabo—, a las que identificaba como ídolos aborígenes. Según nos contó García Castañeda, cuando él u otro visitante llegaba hasta Antilla con el interés de ver el ídolo, Nando primero tenía que “consultarlo” y según lo que le manifestaran los espíritus, permitía verlo o no. Tenía tan

arraigadas las creencias espiritistas que sólo realizaba sus excursiones arqueológicas los domingos o días festivos.

Después del triunfo de la Revolución, los ídolos fueron escondidos por Nando debajo del piso de una casa, hasta que en 1978 los donó al gobierno del municipio para que fueran expuestos en el Museo Municipal, inaugurado en 1982, donde se conservan en la actualidad.

REFERENCIAS ACERCA DEL HALLAZGO DE LOS ÍDOLOS

El primero de los ídolos fue hallado por Nando y su Cuerpo de Exploradores el 8 de septiembre de 1928, y un año exactamente después el segundo, en una de las cuevas del denominado cerro de El Júcaro.

En la entrevista que Nando nos concedió el 3 de diciembre de 1979 nos relató las circunstancias de tan significativo descubrimiento. Nos contó que en el año 1928 Antilla atravesaba por una gran sequía y que el 8 de septiembre, día de la virgen de la Candad del Cobre, patrona de Cuba, encontrándose su madre en estado de “trance”, escuchó la voz de una india llamada Guaisabá que le manifestó que se dirigiera a la cueva de El Júcaro, donde encontraría al ídolo Taguabo, dios de la lluvia, y que este resolvería la situación de sequía que afectaba la zona.

Según Nando, se dirigieron inmediatamente al lugar y allí encontraron al ídolo, iluminado por una luz que provenía de una claraboya situada en lo alto de la caverna, encajado en un pequeño montículo de piedra. La base de la figura fue aserrada y se le trasladó a Antilla ese mismo día. Al entrar el ídolo al pueblo comenzó la lluvia, que duró tres días. Este hecho motivó la admiración general.

Un año más tarde, el 8 de septiembre de 1929 fue hallado el ídolo Maicabó, dios de la seca, luego de haber mediado otro estado de “trance” de la madre de Nando Reyes. En trabajos posteriores realizados por el grupo de exploradores en la misma cueva, extrajeron dos esqueletos de adultos, localizados debajo del lugar donde fue encontrado Taguabo, y a unos 20 metros, y cerca de donde apareció Maicabó, fue hallado el de una niña de 12 años que apareció junto a un collar de tres piedras de distintos tamaños.

REFERENCIAS ARQUEOLÓGICAS DEL ÁREA

La zona de la península del Ramón, donde se encuentra la loma del Júcaro, fue visitada frecuentemente por el Cuerpo de Exploradores.

Ídolo Taguabo, tallado en madera, visto de perfil.



radadores de Antilla, quienes trabajaron la zona desde 1925 hasta 1950. La actividad arqueológica realizada por ellos fue la de recolectar piezas de características excepcionales, sin que tomaran ni los más simples datos, conservando sólo en la memoria los lugares donde las encontraban.

En 1982, el grupo Cristal de aficionados a la arqueología en Holguín, exploró parcialmente la región de El Ramón con la finalidad de obtener piezas de superficie para el museo municipal, que se encontraba en vías de creación. Hallaron evidencias de grupos protoarcaicos, y una pictografía hecha con carbón vegetal en la cueva del Júcaro y ruinas de construcciones coloniales.

En esta década, investigadores del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de la Delegación de la Academia de Ciencias de Cuba en Holguín, excavaron el importante residuario de El Júcaro, ubicado en la elevación del mismo nombre y ya explorado por el grupo de Nando, Castañeda (1941) y Rouse (1942). Las excavaciones (Guarch Rodríguez 1990) mostraron áreas de gran fertilidad evidencial pertenecientes a un sitio de habitación de primera magnitud de una comunidad agricultora (subtafnos).

Dada la proximidad entre la cueva y este residuario, no se excluye la posibilidad de que la caverna fuera usada con fines ceremoniales por los aborígenes del asentamiento (Rouse 1941). Esto da una referencia para atribuir a estos hombres la elaboración de ambos ídolos, solución que se ve apoyada por las afinidades estilísticas que existen entre estas piezas y otras reportadas para los grupos agricultores.

LA LEYENDA DE TAGUABO Y MAICABÓ

Según nos manifestara Nando, la leyenda le fue transmitida en un sueño. Esta se desarrolla a través de tres personajes: Guaimará, hijo del cacique de Baní; Guaisabá, hija del cacique de Nipe, y Bitirí, hija del cacique de Birán. Contaba Nando que

los padres de Guaimará y Guaisabá, jefes de los cacicazgos de Baní y Nipe, decidieron casar a sus hijos con el propósito de que establecieran un cacicazgo en la loma de El Júcaro, altura desde la que se divisaban los lugares donde se encontraban sus respectivos poblados, y que sirviera además como punto de comunicación entre ellos.

A la boda de Guaimará y Guaisabá asistieron los caciques de Bijará, Baríay, Birán, Barajagua y otros. Todos llevaron presentes a los novios que consistían en ídolos, catoyas, pericos, caos, tortas de casabe, ollas de barro, etc. Todo lo necesario para establecer un nuevo cacicazgo. Cada uno de los novios contribuyó con un grupo de jóvenes de sus tribus para fomentar la nueva población.

Guaisabá resultó estéril y al poco tiempo de casada murió. La enterraron en una de las cuevas de El Júcaro, donde se había enterrado el cacicazgo y hasta su tumba acudía todos los días el cacique Guaimará a llorarla y recordarla. Los días de luna llena el cacique se trasladaba en compañía de su tribu hasta la cueva a llevarle ofrendas a la muerta.

Un día en que Guaimará estaba junto a la tumba de su esposa escuchó una voz, la de Guaisabá, que le decía que fuera hasta el cacicazgo de Birán y tomara a Bitirí, hija del cacique de dicho cacicazgo, por esposa.

Después que Guaimará consultó lo sucedido con su padre, este le señaló que el cumplimiento de esa orden traería la paz con esa tribu, pues estaban en pugna los cacicazgos de Birán y Baní; y se encaminó hacia ese lugar. Al día de camino y cerca del puente natural de Bitirí, Guaimará se encontró con la bella india que estaba allí bañándose; Bitirí lo injurió y le dijo que para casarse con ella tendría él que pelear con su tribu, a lo que Guaimará le respondió: "Cuanto caribes se me han enfrentado yo los he vencido".

De pronto, desde la montaña, se escuchó la voz de Guaisabá que decía: No sangre, debes ir al Júcaro con él. Si lo ordena el dios hay que cumplirlo, entonces soy tu esposa y vamos. Si las fuerzas te faltan yo te llevaré sobre mis hombros, pues soy una india fuerte, le dijo Bitirí. Al mismo tiempo los bohitos, espíritus, le comunicaron al cacique de Baní el regreso de su hijo y la aceptación de Bitirí, después de escuchar la voz de Guaisabá. A partir del encuentro de Bitirí y Guaimará el lugar fue conocido como río Bitirí. Se celebraron las bodas y a ella acudieron todos los caciques de las zonas circundantes llevando presentes, pero en esta ocasión no fue a los novios, sino a la muerta.

Durante la celebración de la boda se escuchó la voz de Guaisabá, la que en esta ocasión comunicó: Bitirí va a tener un niño que se llamará Cajímay. A los 18 años ese niño tiene que hacer tribu en Cajuaney, pueblo que adorará al dios del agua. Ve a la playa Yaguanal y a las orillas del mar hay un guayacán, que del lado que sale el sol tiene una raíz, córtala y dásela al behique para que haga el Dios de la lluvia, y delante del guayacán hay una piedra, cógela y llévala al behique y que con ella haga otro dios, que será el dios de la seca. La leyenda concluye con una última comunicación de Guaisabá en la cual anunciaba la llegada de los hombres blancos y la orden de que los indios tenían que coger sus ídolos y esconderlos. Así fue como los ídolos Taguabo y Maicabó fueron depositados a los pies de Guaisabá y Guaimará, que había sido enterrado junto a su primera esposa.

LA LEYENDA Y SU INSERCIÓN EN LA CULTURA POPULAR DE ANTILLA

Las condiciones que determinaron el descubrimiento arqueológico y la falta de aguadas en el territorio, son dos aspectos que permiten explicar la trascendencia cultural que han tenido estos ídolos en Antilla.

Estas dos situaciones reales y las creencias espiritistas de Nando, unidas a la impresión que recibió al encontrar al Taguabo iluminado por la claraboya y situado en un lugar dentro de la cueva donde no podía ser dañado ni por las lluvias ni por las filtraciones así como el hecho de que al ser trasladado a Antilla comenzara a llover, produjo en la población, incluidos los norteamericanos que en ella vivían, un gran respeto y admiración por el ídolo. Esto generó un proceso de sincretismo religioso al mezclarse la adoración del Taguabo, imagen que ellos reconocían como de un dios indio, con rezos de la liturgia católica, como es el Padre Nuestro, que se decían cuando lo sacaban en procesiones por la ciudad.

El descubrimiento de los esqueletos humanos le dan a Nando el asunto sobre el cual trata la leyenda, que según él, le fue manifestada en un sueño.

Creemos que estas revelaciones oníricas y la información que aportan los trances de la madre, pudieron conseguir una base de sugestión en las leyendas parecidas que, tradicionalmente, se contaban en la zona y en el ambiente de hallazgos de objetos y restos humanos aborígenes que tan común resultaba en esa zona del norte de Holguín.

Uno de los aspectos más interesantes de la leyenda es el que se basa en situaciones reales muy similares a las narradas por los cronistas de Indias. Debemos aclarar que la leyenda que nos relató Nando es mucho más sencilla que la versión escrita por Fernando García y Grave de Peralta, a quien él le mostró el Taguabo y le narró todo lo referente al hallazgo arqueológico.

Fernando García y Grave de Peralta, aficionado a la arqueología desde el siglo XIX, tuvo la oportunidad de visitar varios sitios arqueológicos y escuchar algunas leyendas en los campos insurrectos mientras estaba incorporado a la Guerra del 95. Muchos datos sobre la colección de piezas y visitas a sitios fueron publicados en la *Revista de arqueología*, entre los años 1938-40, con el título de "Excursiones arqueológicas" (García 1952). García, conocedor de los cronistas de Indias, basándose en lo narrado por Nando, estructuró la leyenda de forma literaria, mucho más rica en hechos que la que soñó Nando, y la incluyó en su obra inédita "Tradiciones cubanas".

Tanto en una como en la otra se muestra el modo de vida de los grupos aborígenes agricultores de raíz aruaca, costumbres y toda una serie de implicaciones etnológicas, entre las que se encuentran referencias a un régimen matriarcal; recuérdese que la india Bitirí dice que "ella cargará a Guaimará si las fuerzas le faltaran, porque ella es un india fuerte".

Los elementos de organización del grupo están dados, en el caso de García y Grave de Peralta, a través de las funciones de los personajes y acciones que describe en la leyenda: Guaimará era un maireni, cacique que tenía bajo su autoridad a otros caciques; hace referencia además al consejo de ancianos; al bonai, cacique subordinado al maireni; al behique, sacerdote y médico principal de una tribu; al boiteo, sacerdote y médico de categoría inferior al behique; al sibaguatje, maestro de cantos, tallador de cemies, y a otros personajes.



Ídolo Taguabo, visto de frente

Idolo Maicabó, tallado en piedra



En ambas leyendas se relatan también las fiestas, como las realizadas en las bodas, en las cuales danzan el areíto, juegan a los batos y efectuaron la ceremonia de la cohoba; también hacen referencia a las comidas (casabe, maíz, alimentos fundamentales de estos grupos), y a las bebidas (chicha de guane, miel; guaconaje, licor de hierbas curativas, entre otras).

Menciona además algunos dioses y entes mitológicos recogidos por la información histórica. Es el caso de Atabey, madre del ser supremo, u operí, de operito, muertos o espíritus vagabundos (Pané 1990). Introduce también nombres ficticios: lo, gran espíritu; Guanequina, dios superior

de los taínos; Tuira, espíritu del mal; Uyu, el sol; Marayo, la luna.

Otro de los aspectos interesantes de la leyenda es el uso de topónimos que se emplean hasta la actualidad, entre ellos Mayarí, Birán, Bitirí, Báguano, Sagua, Moa, Júcaro, Barajagua, Maisí; la denominación de plantas medicinales, frutales y maderables: zapote, piña, anón, ceiba, yagruma, guayacán, y de animales endémicos, que constituirían parte de su alimentación, como la jutía, el manatí, o de connotación simbólica como es la rana.

García y Grave de Peralta da una visión bastante amplia de la vida aborígen, refiere detalles de las vestimentas y adornos, instrumentos de trabajo, usos ceremoniales y también hace referencia a las casas. Menciona los materiales con los cuales fueron confeccionados los ídolos: el Taguabo de guayacán y el Maicabó de ciba, que quiere decir piedra.

La leyenda es el primer medio que dio a conocer la importancia del puente natural de Bitirí, único en Cuba y que fuera visitado por

el Grupo Humboldt, en su excursión No. 4, con objetivo de aclarar el nombre correcto de dicho puente (Archivo Provincial, sin año).

Otro de los hechos que recoge la leyenda es la llegada de los "hombres blancos", descubrimiento y conquista hispanas.

Por otra parte, los nombres de las personas que aparecen en la leyenda, así como los atributos y nombres de los ídolos no siempre constituyen elementos históricos, y aunque no conocemos sus etimologías no dudamos que puedan haber sido aborígenes.

Cuando García y Grave de Peralta hizo su leyenda sólo había sido encontrado Taguabo, y al final de la misma hace referencias "a que el Grande Espíritu disponga la aparición del Maicabó", que sería de ciba negra. El denominado más tarde con ese nombre no resultó de ese color, sino grisáceo.

El último párrafo de la leyenda escrita por Fernando García y Grave de Peralta (tomado de la copia de Cruz Bustillo, sin año), muestra el culto sincrético a que fueron sometidos los ídolos relacionados siempre con las condiciones naturales de la región sin que sus facultades divinas sirvieran para realizar otro tipo de milagro.

Y es fama que Taguabo, al oír los ruegos de la ancianita, madre de su guardador actual, hace que las fuentes del cielo se abran y que caiga el benéfico caudal de las lluvias sobre la comarca, cuando la sequía amenaza con el hambre, y los rigores del sol agrietan la madre tierra y matan las simientes dejadas en los surcos. Que a tanto llega la suprema bondad de los dioses de aquella raza incomprendida, calumniada, exterminada en sangre y fuego, que dejó en el corazón de la virgen América, el dulce néctar del perdón de sus opresores, y un reguero de luz que ha de penetrar en la historia, en el incesante correr de los siglos.

El "milagro de Taguabo" hizo que surgiera en Antilla un culto religioso que contó con muchos adeptos, los que según las necesidades de la población de provocar o paralizar las lluvias sacaban en procesión al ídolo que correspondiera, haciéndoles significativos rezos y ritos. Este culto surgió en 1928, a raíz del descubrimiento arqueológico, y perduró por unos veinte años, cuando ya habían fallecido algunos de sus adeptos. Después de 1959 Nando continuó haciéndole ritos a los ídolos, pero ya no los sacaba en procesiones. Los mantenía, como nos refirió García Castañeda, en su carpintería, donde sólo los mostraba a las personas que él considerara oportuno. En 1980 (publicada en 1988) el doctor José

Manuel Guarch escribió otra leyenda basándose en la narración de Nando Reyes.

CARACTERÍSTICAS DE AMBAS PIEZAS

El ídolo Taguabo, confeccionado de la raíz de un guayacán (*Guaicum officinale*, familia *Legotilacca*), árbol silvestre de madera dura, inmune a los insectos y resistente a la humedad, ha sido uno de los pocos objetos de madera que se conservaban en el país y uno de los dos ídolos de este material —el otro era el del tabaco—, hasta los hallazgos arqueológicos de Buchillonos, en Ciego de Avila (Calvera *et al.* 1996). Su diseño presenta similitud en cuanto al tratamiento morfológico con ídolos taínos de igual material encontrados en Haití y República Dominicana.

El Taguabo mide 815 milímetros de largo y 140 de ancho, y representa una figura humana, posiblemente masculina aunque no tiene sexo. Está de pie, con los brazos a los lados del cuerpo y las piernas algo separadas desde el muslo hasta los tobillos. La cabeza de frente representa la quinta parte del cuerpo, los ojos de cuencas vacías, la nariz triangular, poco modelada y la boca en óvalo.

Conservaba restos resinosos dentro de la boca y los ojos, de lo que se infiere que tuvo incrustaciones de conchas en estas partes. La cabeza se completa con una diadema encima de la frente que se prolonga hasta las orejas, decorada con una línea de puntos.

En la cintura se aprecia una banda decorada con cuatro líneas horizontales cruzadas por varias verticales. La banda aparece incompleta y consideramos que puede haber sido un cinturón o el dibujo de las manos sobre el vientre. En la espalda, al relieve, se observa la columna vertebral. La técnica que se utilizó en su confección fue por medio del corte, golpeado y desgaste.

Las formas de Maicabó son las de un majadero antropomorfo de arenisca, roca sedimentaria de color amarillo grisosa. Mide 195 milímetros de largo por 100 milímetros de ancho y 30 milímetros de grueso. La cabeza es de gran tamaño, representa la mitad de la figura, la que es algo acampanada sin señalar detalles del cuerpo.

Los ojos son dos círculos concéntricos, alrededor de cuencas poco profundas, con una línea incisa que los une recordando espejuelos. La boca es sólo una pequeña depresión. Posee una diadema ancha, al relieve, en lo alto de la cabeza. Presenta varias líneas incisas al nivel del cuello. Este tipo de majadero aparece en varios sitios de las comunidades agricultoras taínas y subtaínas.

ESTADO DE CONSERVACIÓN DE LOS ÍDOLOS

El Taguabo está algo erosionado por la humedad y el tiempo, se encuentra desgastado y ha perdido algunos fragmentos del pecho, caderas y brazos. Se aprecian las fibras de la madera y se hace confusa la observación de la diadema y las caderas.

Debido a que se encontraba dentro de una dolina debió ser afectado por las lluvias, e influye en su estado actual el tiempo en que Nando lo tuvo escondido debajo del piso de una casa.

Maicabó se conserva completo, con huellas de uso en su base, aunque también había sido taladrado y se le colocó una cabilla para mantenerlo en pie. Fue guardado junto a un objeto de hierro y se manchó de óxido en parte de su superficie.

Ambas piezas han sido restauradas por especialistas del Museo Provincial de Holguín, quitándoles los restos de materiales extraños que tenían, como polvo y guano de murciélago en el caso de Taguabo y cemento y hierro en el de Maicabó.

BIBLIOGRAFÍA

- Calvera, J.; E. Serrano; M. Rey; I. Pedroso e Y. Yparaguirre (1996): "El sitio arqueológico Los Buchillonos" en *El Caribe Arqueológico*. Santiago de Cuba, Casa del Caribe, No. 1.
- García y Grave de Peralta, Fernando (1952): "Excursiones arqueológicas" en *Revista de arqueología y etnología*. Año VII, época II, No. 15 y 16, enero-diciembre.
- García y Grave de Peralta, Fernando (sin año): "Taguabo", copia tomada del libro inédito "Tradiciones Cubanas", por el doctor Ulises Cruz Bustillo, Grupo Humboldt en la "Excursión No. 4, Puente natural del Bitir". Archivo Provincial de Holguín.
- García Castañeda, José A. (1941): "Asientos taínos localizados en el cacicato de Baní" en *Revista de Arqueología*. Año III, No. 5, octubre.
- Guarch del Monte, José Manuel (1988): "Leyenda de Taguabo y Maicabó" en *Revista Diéresis*. Holguín, Año II, No. 1, enero.
- Guarch Rodríguez, J. J. (1990): "El hombre y su influencia en los procesos de transformación de los recursos hidráulicos en la península del Ramón desde las etapas prehispánicas" en *Revista de Historia*. Holguín, No. 1.
- Pané, R. (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Rouse, Irving (1942): *Arqueología de las tumbas de Maniabón*. New Haven, Universidad de Yale.

LLORA-LLUVIA: EXPRESIONES MÍTICO-ARTÍSTICAS EN LA ALFAKEKÍA ABORIGEN

MIRIAM CELAYA GONZÁLEZ
PEDRO PABLO GODO TORRES

Dibujos: Raúl Rodríguez



[...] Y en dicha cueva había dos comías, hechos de piedra, pequeños, del tamaño de medio brazo, con las manos atadas, y parecía que sudaban, los cuales comías estimulaban mucho; y cuando no llovía dicen que entraban allí a visitarlos y en seguida llovía. Y de dichos comías, al uno le llaman Boinayel y al otro Márohu (Pané 1990: 33).

Este breve discurso constituye la primera referencia escrita deca finales del siglo xv por el fraile Ramón Pané quien nos presenta la imagen difusa de un personaje de la mitología aborigen de las Antillas –Boinayel– frecuentemente relacionado en la arqueología con una expresión antropomorfa y lacrimosa muy representada en objetos superestructurales de las comunidades aruacas agroalfareras y que se conoce entre los arqueólogos cubanos bajo la denominación genérica de llora-lluvia.

Muy poco se sabe, además de lo recogido en el texto de Pané acerca del enigmático Boinayel, salvo lo que nos ofrece el estudio etnolingüístico realizado por Arrom (1974: 70) donde establece la etimología del vocablo Boinayel (hijo de Boina, la serpiente parda), cuyo significado metafórico correspondería a las nubes cargadas de lluvia, en contraste con su hermano gemelo Márohu (sin nubes), asociado con la metaforización del tiempo despejado. Por consiguiente, de aceptarse lo apuntado por Arrom, la referencia mítica encierra la dialéctica de los contrarios que coexisten y se complementan.

Por otra parte, el sabio cubano Fernando Ortiz (1947: 526-527) fue el primero en acuñar el término llora-lluvia o cabezas lloronas al denominar las imágenes lacrimosas de la plástica aborigen. En su opinión, la interpretación de esas figuras como entes mitológicos productores de la lluvia parece razonable, pero en su texto no se hace alusión al comí Boinayel, sino al “dios de las lluvias”, como uno de los “camino”, “advocaciones” o “misterios” del Huracán, aunque no se atribuyeran directamente a este.

Guarch y Querejeta (1993) estiman que Boinayel tiene en Cuba un avatar en el personaje denominado Taguabo. El fundamento de esta declaración se debe a una leyenda recogida en la localidad de Antilla, en el norte de la provincia de Holguín, y que reseña la historia de dos posibles cemíes: Taguabo, espíritu de la lluvia y Maicabo, espíritu de la seca. En el contexto de la leyenda, existen dos piezas encontradas en 1925 en una cueva de la Loma del Júcaro: una de ellas, tallada en madera de guayacán, sería Taguabo y la otra, tallada en piedra, Maicabó. Fariñas (1995: 92) dice que los campesinos del lugar conservan a Taguabo en una lata y "[...] le hacen rogativas cuando no llueve, e incluso, algunos afirman que si lo sacan del agua, la casa donde viven se quema [...]"

En la actualidad, el criterio más extendido supone la relación entre el Boinayel mitológico y las piezas cefalomorfas con lágrimas, si bien se observan matices en las interpretaciones de los autores. Algunos parecen creer tan firmemente en dicha relación, que atribuyen a la imagen mítica las características formales de las piezas -lágrimas- y llegan incluso a una versión distinta del texto de Pané.

En otro texto, Guarch y Querejeta (1992: 31-32), al referirse a la metáforización de Boinayel, señalan que de sus ojos "se desprenden interminables hilillos de lluvia". Por demás, lo identifican en vasijas de cerámica y petroglifos, generalmente solos, como es el caso de los idolillos facetados y sin brazos "de cuyos ojos, muy oblicuos, contorneados por profundos canales en el rostro corren simbólicas lágrimas".

En la obra de Fariñas (1995) aparece una figura -número 13 de su texto- correspondiente a una vasija de cerámica procedente del sitio Nuevo Mundo, municipio de Pilón, Granma, donde se plantea que las imágenes lloronas son personificaciones de Boinayel (Fig. 1). No obstante, en el tratamiento del Boinayel mitológico, Fariñas (1995: 60) reconoce "lágrimas que parecen correr por el rostro de la imagen, en tanto que las manos atadas de Márohu -espíritu de la seca- pudo significar un procedimiento mágico para impedir que este último "obstaculizara la acción de las aguas". Sin embargo, la breve referencia de Pané es clara y no se presta a equívocos: los cemíes tenían "las manos atadas y parecía que sudaban". En el texto de Pané no se alude en ningún caso a lágrimas ni a un cemí atado y otro en libertad: ambos estaban atados.

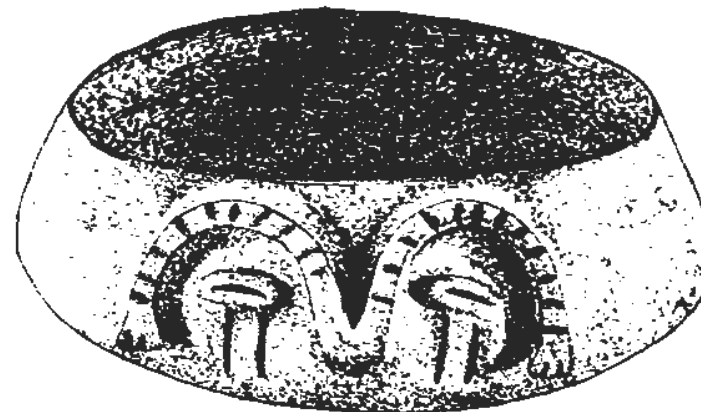


Fig. 1. Vasija de cerámica que representa al lora-lluvia procedente de la cueva Nuevo Mundo, provincia de Granma. Dibujo a partir de la ilustración publicada por Fariñas (1995).

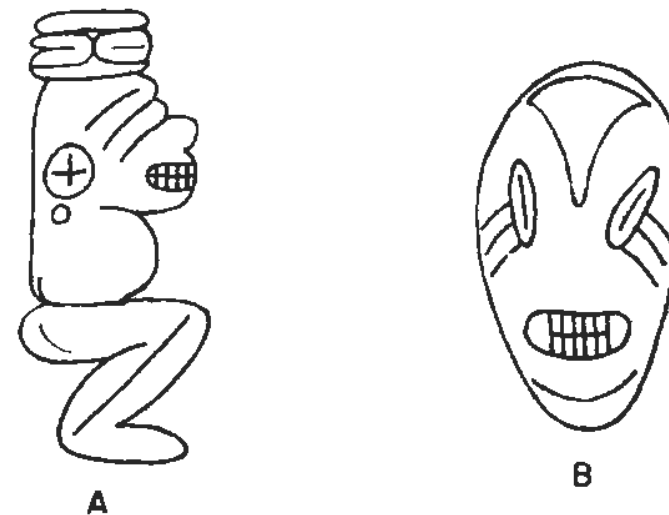


Fig. 2A. Idolillo colgante antropomorfo en posición acucillada, sin ojos ni brazos y con el rostro surcado por líneas paralelas (¿lágrimas?). 2B. Objeto lítico hallado en la Bahía de Nipe, provincia de Holguín (Fawkes 1922).

DISTRIBUCIÓN ESPACIAL DEL LLORA-LLUVIA EN LOS SITIOS ESTUDIADOS Y FORMAS DE EXPRESIÓN EN ASAS APLICADAS EN PANEL Y MODELADAS



Fig. 3. Distribución espacial del llora-lluvia en los sitios estudiados y formas de expresión en asas aplicadas en panel y modeladas.

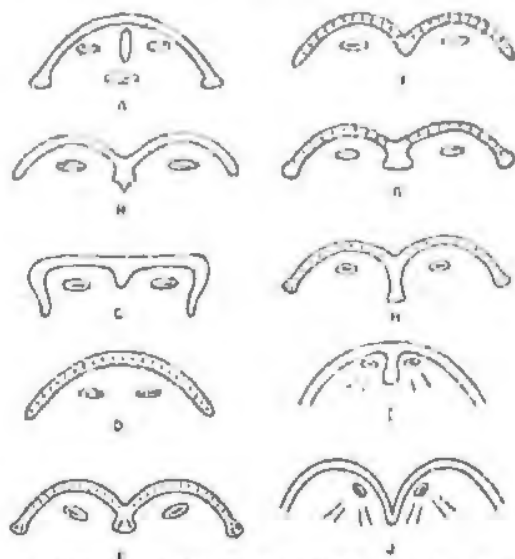


Fig. 4. Diseños antropomorfos del llora-lluvia con todos los rasgos atribuibles al símbolo. Decoraciones cerámicas del sitio Loma del Indio, provincia de Granma.

Otros investigadores sólo asocian a Boinayel con los rostros llorones, como es el caso de Domínguez (1984, 1991) en sus estudios sobre la cerámica del sitio El Yayal, Holguín, y de la región centro-sur de Cuba. Y no faltan posiciones más cautelosas que se limitan a reportar hallazgos del llora-lluvia, pero sin relacionarlo con expresión mítica alguna (Castellanos 1991).

Calvera y Funes (1991: 84), al referirse a las asas antropomorfas con lágrimas pertenecientes al sitio Saimí I, ubicado en el norte de la provincia de Camagüey, declaran que estas deben tener bastante relación con la "deidad" taíno denominada Boinayel que es representativa de la lluvia. Duda o énfasis, al afirmar las comillas en la palabra deidad dan pie a la crítica sobre la concepción de dioses o deidades correspondiente a una etapa de desarrollo sociorreligioso que evidentemente no habían alcanzado los taínos, aspecto en el cual coincidimos con Cassá (1974) y Fariñas (1995).

Lo cierto es que con Boinayel se vincula una iconografía bastante heterogénea en las Antillas; por ejemplo, Arrom (1975) reproduce en su texto ídolos lacrimosos tallados en madera, procedentes de Jamaica, así como amuletos de gemelos unidos y pequeños colgantes líticos de República Dominicana. En Cuba se reportan algunas piezas exentas como un objeto lítico que se ilustra en la obra de Fewkes (1922) hallado en la Bahía de Nipe, cuya cara convexa ofrece un rostro trabajado mediante esgrafiado: ojos en grano de café y en disposición oblicua, de los que parten tres líneas paralelas a modo de lágrimas; boca con la típica dentadura sin labios, con un trazo elemental de líneas rectas (Fig. 2B). Igualmente se reporta un ídolo sedente o acucillado, también antropomorfo (Guarch y Querejeta 1992), pequeño colgante lítico sin ojos ni brazos, cuyo rostro aparece surcado por líneas paralelas —¿lágrimas?— y que también muestra la conocida dentadura tan común en este tipo de representaciones antropomorfas (2A).

Sin embargo, los ejemplos antes descritos, al menos en Cuba, no pasan de ser casos aislados de representaciones asociables supuestamente al mítico Boinayel. En realidad, es en la cerámica donde se observa con más claridad el despliegue sincrético del personaje en cuestión, que para más comodidad en lo adelante denominaremos Llora-lluvia.

La distribución espacial del llora-lluvia se extiende indistintamente por varias regiones de Cuba, como parte del ajuar de las comunidades agroalfareras aruacas. Se ha aislado en sitios tan

distantes entre sí como Loma del Indio (provincia de Granma), El Yayal (provincia de Holguín), Salmí I (provincia de Camagüey), Ojo de Agua y Cayo Ocampo (provincia de Cienfuegos) y otros. No obstante, es necesario señalar que existen marcadas diferencias en el registro arqueológico. En algunos sitios es tema fundamental en las decoraciones, y en otros es secundario o aparece transfigurado por un proceso de síntesis artística. También se observan diferencias entre las expresiones del llora-lluvia que parecen reflejarse no sólo en el aspecto estilístico o formal, sino que alcanzan lo conceptual. En la Fig. 3 se muestra un mapa que resume las expresiones del llora-lluvia en las colecciones de los sitios estudiados.

En esta dirección se orienta el presente trabajo. Una indagación en las formas artísticas nos permitirá identificar al personaje incluso cuando desaparecen sus rasgos figurativos. De la síntesis emerge un peculiar sinécdoque donde una parte sustituye al todo. En otro orden, la evaluación de sus características formales —sobre todo en las asas modeladas— revela una mayor complejidad de la esencia y funciones del personaje, sea el supuesto Boinayel, cerni propiciador de la lluvia u otro ente sobrenatural desconocido, como debatiremos en las páginas siguientes.

El análisis de las decoraciones cerámicas hasta ahora nos permite aislar dos expresiones formales del llora-lluvia:

1. Una expresión más popular que muestra un rostro antropomorfo bajo un arco o un doble arco aplicado, que erróneamente se consigna en la literatura arqueológica como asa de barbotina. En su representación figurativa esta expresión emerge del panel del cerámico con ojos, boca y nariz realizados a base de pastillaje aplicado y con uso de incisiones o punteado que refuerzan la imagen. El arco simple o doble sugiere las extremidades.
2. Una segunda expresión que se presenta en asas modeladas que aparecen en menor número, algunas de factura muy simple, que sólo evocan la presencia del personaje lacrimoso con los rasgos más elementales del rostro. En otros casos se refuerza el modelado con ciertos atributos formales de zootemas que tienden a complejizar el fenómeno mítico-artístico.

EL LLORA-LLUVIA EN APLICACIONES EN PANEL

La cerámica de la región de Guacanayabo, provincia de Granma, fue caracterizada en términos tipológicos por Guarch (1990),

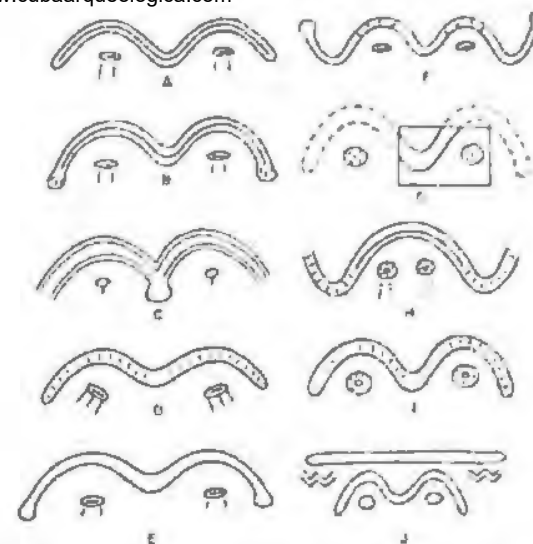


Fig. 5. Diseños antropomorfos del llora-lluvia con todos los rasgos atribuibles al símbolo. Decoraciones cerámicas del sitio Loma del Indio, provincia de Granma.

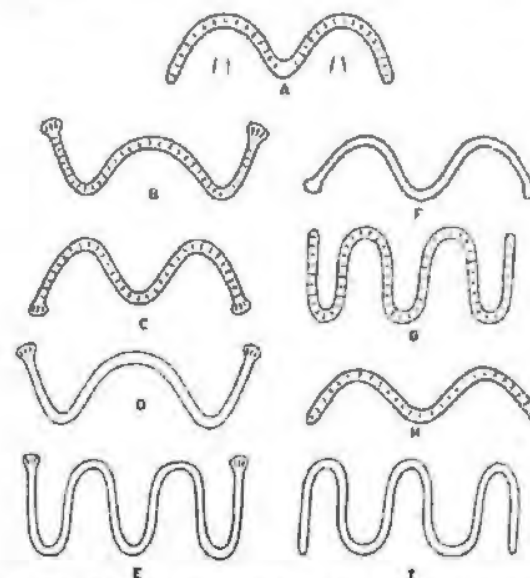


Fig. 6. Diseños del llora-lluvia en los que se observa la pérdida de los elementos figurativos. Decoraciones del sitio Loma del Indio.

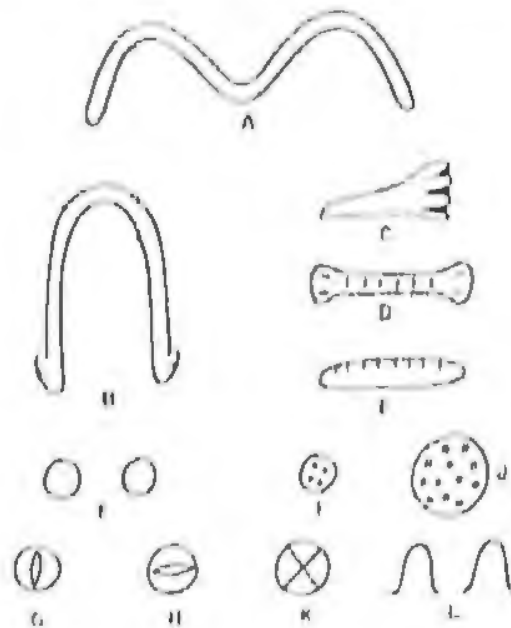


Fig. 7. Síntesis del llora-lluvia. Decoraciones del sitio Loma del Indio.

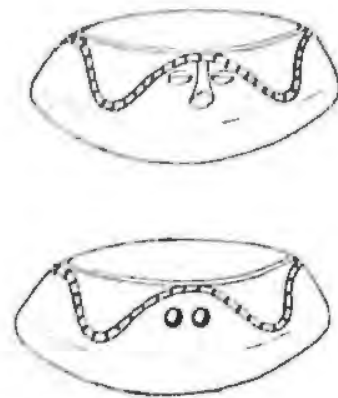


Fig. 8. Vasija de Cabo Cruz.

Gutiérrez (1996) y Rodríguez Arco (Inédito). Puede afirmarse que el elemento más significativo del estilo local es precisamente la expresión del llora-lluvia en una variación cualitativa difícil de encontrar en cualquier otra región de Cuba. Además de dicho elemento son muy comunes las aplicaciones en cintas de barro en tanto que el trabajo en incisiones de líneas y puntos en paneles es minoritario.

Loma del Indio es uno de los sitios más importantes de la región y cuenta con un registro cerámico amplio y complejo en la representación de temas, entre los que se destacan también la tortuga, el murciélago y ciertos entes antropomorfos de difícil identificación. Para exponer las características del llora-lluvia en su primera expresión vamos a tomar la colección de este sitio ya estudiada por nosotros en otra ocasión (Celaya y Godo 1998) y que resumiremos aquí. El tema se presenta con todas las variantes, desde la más figurativa hasta el esquematismo que simplifica la imagen para llegar a la síntesis extrema.

Ante todo es evidente su expresión antropomorfa con todos o con algunos de sus atributos. Del mismo modo se observarán evocaciones del llora-lluvia a manera de simplificaciones del símbolo que tienen sus equivalentes en otras expresiones plásticas (asas tabulares, cintas sinusoidales y tetones).

El tema fue analizado mediante agrupaciones arbitrarias que siguen una lógica observacional en la que a partir de la apreciación de conjunto donde se distinguen todos los elementos –o partes constitutivas de un todo–, será mucho más fácil identificar la parte o elemento cuando se presenta de forma aislada o fragmentada, pero con idéntica significación simbólica. De esta forma se pudo discriminar en la muestra un conjunto que ofrece unas 30 variaciones del tema llora-lluvia. Fue imposible reconstruir otras en más de un total de 200 fragmentos con cintillos de arcos simples o con incisiones transversales, pero ello a su vez certifica la popularidad del tema en ese sitio.

Así, en este orden, se puede contrastar la imagen desde su representación más figurativa (4A) donde se observa un rostro antropomorfo bajo un arco simple con los ojos, nariz, boca y extremidades claramente identificables, hasta sus variaciones abstractas cuyo vínculo con esta a veces se reduce a la encarnación de uno de sus rasgos en sustitución de la imagen completa.

Una primera agrupación (Fig. 4-5) presenta todos los rasgos o partes atribuibles al símbolo total y es evidente el antropomorfismo

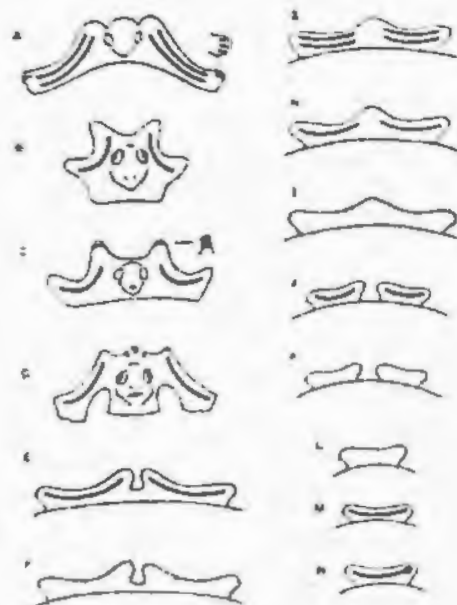


Fig. 11. Decoraciones de la tortuga en asas de sitios arqueológicos de Cuba. Ejemplares figurativos y esquemáticos (Godo 1985).

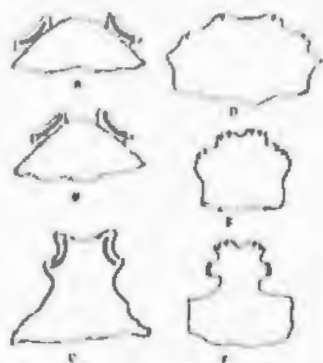


Fig. 12. Formas esquemáticas del asa modelada que representa el tema llora-lluvia/tortuga. A, B, D, E Aplicaciones en los bordes y paredes de la vasija. C, F Asas modeladas. Ejemplares de los sitios Loma del Indio y Ventas de Casanova.

tremo (7C), una aplicación tabular con incisiones transversales y miembros a ambos lados (7D) o simplemente la aplicación con sus incisiones (7E).

Con alguna reserva hemos incluido el tetón como una posible manifestación de la síntesis extrema del símbolo (7F-L), por encontrarse frecuentemente vinculado con su expresión figurativa. En este último caso puede citarse el ejemplo de una vasija encontrada en una cueva funeraria de Cabo Cruz, provincia de Granma (Fig. 8) y reportada por Almaguer (1965). En ella se observa claramente en una cara del panel la representación del llora lluvia: arco sinusoidal con incisiones transversales, ojos en grano de café y nariz; mientras en la cara opuesta de la misma vasija se presenta sólo el arco o senoide con sus incisiones y bajo este dos pequeños tetones de tope plano. Otros ejemplos en los que el tetón aparece asociado con esta imagen han sido mencionados más arriba y son aquellos en que se sustituye los ojos en grano de café, tal como se aprecia en la figura de referencia.

Por consiguiente, la inclusión o no del tetón como exponente de la síntesis del llora lluvia dependerá en última instancia del análisis contextual de la cerámica del sitio o región correspondiente. Dado el carácter polisémantico y plurifuncional de los símbolos, para nosotros el contexto supone la evaluación de la cerámica de un sitio y de su variante local, la identificación de los temas representados y el análisis de sus formas artísticas. Sólo entonces se debe asumir la correlación de determinado símbolo en ese contexto sin que por ello deje de expresar la esencia de su significado.

Atendiendo a que una de las síntesis más populares del llora lluvia en la región de Guacanayabo es la aplicación del arco simple o doble y las tiras sinusoidales, hemos asumido que la cerámica de Jagua —sur de las provincia de Cienfuegos y Sancti Spíritus— está íntimamente relacionada con dicha expresión plástica.

Entre Guacanayabo y Jagua no existen concentraciones de sitios agroalfareros, sino sitios aislados o puntos de una posible micromigración —Palo Alto, Toma de Agua y Tayabacoa— que podemos seguir en su desplazamiento, de aceptarse que la cerámica de estos sitios conserve rasgos de Guacanayabo y otros que anuncian lo que será el estilo de la región centro-sur de Cuba. Como se sabe, las decoraciones del estilo Jagua se caracterizan

en lo fundamental por el pobre modelado de las asas en tanto predomina el trabajo en los paneles de las vasijas. Se observan diseños curvilíneos y rectilíneos en tiras aplicadas y decoraciones incisas, sean de líneas rectas o curvas que en lo esencial repiten el diseño de las aplicaciones.

En tal sentido puede fundamentarse una declaración hipotética que explique lo peculiar de la variación local de la cerámica aruaca en Jagua. A partir de la segmentación tribal o de un proceso de división étnica, los emigrantes de Guacanayabo al colonizar el centro sur retoman uno de los temas más importantes de aquella región y lo hacen "suyo" como símbolo preferente de identificación tribal en el territorio ocupado. Sin embargo, aquí se transforman los patrones originales. El arco o doble arco y sus variantes sinusoidales de Guacanayabo se multiplican aquí en torno al panel de la vasija, a través de los cintillos, tiras rectas aplicadas y sus similares diseños incisos curvilíneos y rectilíneos.

La Fig. 9 muestra la semejanza de las formas artísticas entre los diseños fundamentales de las dos regiones, que en esencia estimamos como el llora lluvia antropomorfo en la versión más esquemática de Guacanayabo, y el llora lluvia transfigurado de Jagua en una versión aún más esquemática que la anterior.

EL LLORA-LLUVIA EN ASAS MODELADAS

Las formas más simples de su representación responden al modelado elemental y bastante burdo de los rasgos antropomorfos de una cabeza. Los dos ejemplares del sitio Loma del Indio (10A-B) apenas se diferencian por la forma de las pequeñas aplicaciones que sugieren los ojos. El caso es curioso, porque en este sitio tal como se observó en páginas anteriores, se aislaron más de 30 variantes formales del llora lluvia aplicado en paneles y aún quedaron cientos de piezas que ostentaban ese tipo de decoración y que fue imposible reconstruir por su grado de fragmentación. Evidentemente, aquí no hubo un interés especial en recrear la imagen en asas modeladas.

Otros ejemplares con caracteres antropomorfos bien presentan nuevos detalles, sea en el modo de representar las lágrimas (10C, sitio La Victoria, provincia de Ciego de Avila) o por unas protuberancias que se incorporan en los extremos de la cabeza (10D, sitio Saimí I). Otra pieza del sitio Ojo de Agua, de la provincia de Cienfuegos (10E-F) y reproducida en el texto de Domínguez (1991) presenta los ojos a modo de dos puntos gruesos profun-

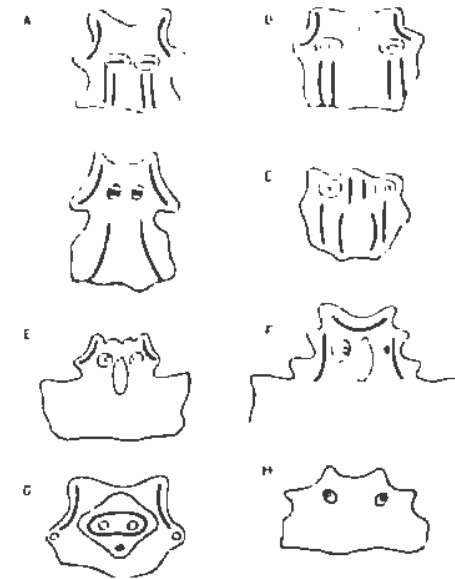


Fig. 13. Asas modeladas del llora-lluvia con rasgos figurativos y extremidades de la tortuga. Sitio Ventas de Casanova.

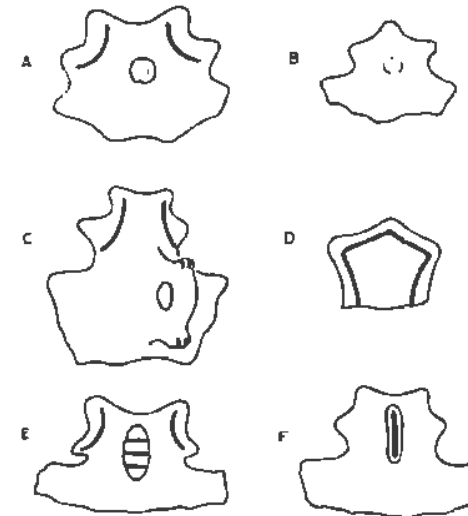


Fig. 14. Asas modeladas del llora-lluvia/tortuga con otros elementos decorativos. Sitio Ventas de Casanova.

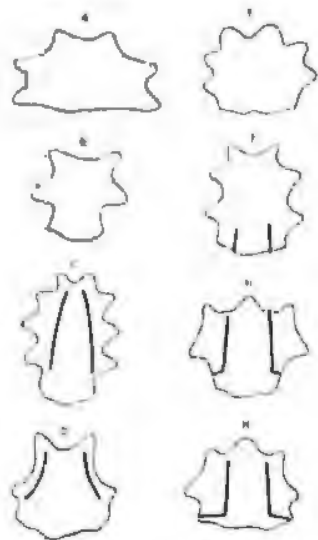


Fig. 1. siones más esquemáticas del llora-lluvia/ uga. Sitio Ventas de Casanova.

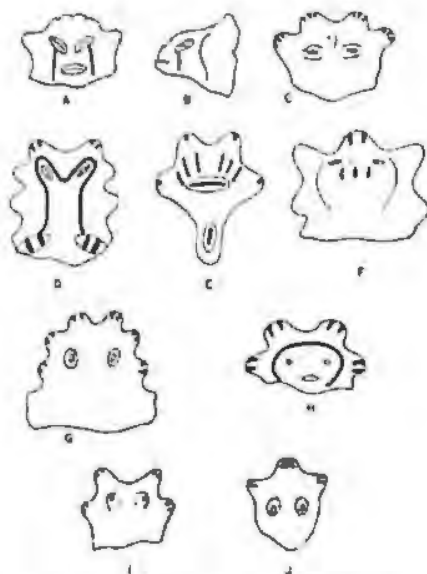


Fig. 16. Asas modeladas del llora-lluvia con rasgos figurativos y la protuberancia de la tortuga. Sitio Ventas de Casanova.

damente marcados y las lágrimas son un par de incisiones paralelas bajo cada uno de ellos. La nariz y la boca apenas quedaron esbozados. El mayor interés recae en los pequeños volúmenes esbozados. En el dorso, sobre la cabeza también marcados por incisiones. En el dorso, una secuencia de líneas paralelas oblicuas coincide con una proyección en el centro de la espalda que se prolonga hasta la parte superior de la cabeza, quizás para sugerir el detalle anatómico de la parte dorsal del esqueleto.

En otro conjunto de asas (Fig. 13, 14 y 15) se incorporan elementos al diseño con una clara tendencia a la complejización del personaje, ahora asociado con entes zoomorfos. La Fig. 11 ilustra asas con imágenes de la tortuga mítica pertenecientes a otros sitios, que muestran la síntesis de lo figurativo a lo esquemático en ese tema (Godo 1985). Dos elementos claves ofrecen la señal inequívoca del animal, que se observará incorporado en las piezas del llora-lluvia. De una parte, una banda o porción arqueada, proyectante en los extremos con una o dos incisiones longitudinales –puede terminar en punto grueso– o sin ellas, y que en el ejemplar (11A) acusa objetivamente que se trata de las extremidades de la tortuga. De forma aislada, sea simple o doble, con o sin incisión, es este el tipo de asa que en la literatura arqueológica se denomina cornamusa (11J-N), supuestamente atendiendo a sus atributos formales, pero que en realidad es una de las expresiones de la síntesis extrema de la tortuga.

El otro elemento es una pequeña protuberancia curva con incisiones transversales, ubicada sobre la cabeza del animal, algo similar a lo ya visto en la pieza del sitio Ojo de Agua (10E-F). Dicho elemento simple o doble (11C-D) y menos popular que el anterior, también puede asumirse como una señal de la tortuga mítica siempre que no se tome aislado sino en el análisis contextual de la colección de un sitio y donde el tema sea susceptible de observarse en el proceso de síntesis.

La transfiguración que sufre el llora-lluvia al incorporar elementos plásticos atribuibles a la tortuga conduce a la aparición de un tipo de asa modelada que encontramos en Ventas de Casanova y en menor medida en Loma del Indio. Esta asa asume dos expresiones formales; en la Fig. 12C y F se aprecian las formas más esquemáticas.

Sin que esto se interprete como una dirección de la síntesis artística, primero se observan las extremidades aisladas –asa del tipo llamado cornamusa– en los bordes o en las paredes de la

vasija (12A), después más unida, conservando su condición de asa aplicada (12B) y por último se proyecta por encima del borde y accede a la categoría de asa modelada (12C). Como resultado, es evidente la asociación entre los ejemplares A, B y C. Lo mismo ocurre en D y E con respecto a F, que exhiben la misma morfología del asa cornamusa, sólo que se hace más voluminosa en las cúspides e incorpora la protuberancia típica de la imagen figurativa de la tortuga, con distinto número de incisiones transversales.

Vale anotar que en la colección del sitio Ventas de Casanova predomina el tema llora-lluvia en su versión antropomorfa, y en lo formal en asas aplicadas, con pocos casos figurativos. Las expresiones más esquemáticas en arcos y tiras sinusoidales llegan a más de 100 piezas. En cambio, las asas modeladas, si bien en menor número, ofrecen otra perspectiva para conocer los atributos formales y conceptuales del personaje. Al observar los rostros en dichas asas es evidente que asistimos a la transformación antropozoomorfa del llora-lluvia.

La primera expresión, asociada con la figura 12C, presenta al llora-lluvia con rasgos figurativos y con el elemento de las extremidades de la tortuga en los laterales y a veces en la parte superior del asa. La serie es bastante completa (40 ejemplares). Incluye piezas con lágrimas y con todas las partes del rostro o sólo con algunas, preferentemente los ojos (13A-D). En otros casos sin lágrimas, pero manteniendo el diseño genérico del asa y las claras señales de la tortuga (13E-H). A veces –ya sin el rostro– se introduce algún detalle, elemento decorativo o símbolo de difícil interpretación (Fig. 14). Entre estos pueden presentarse en el centro y como una pequeña aplicación en forma de boca o quizás una nariz (14A-B), un arco aplicado en lazo –¿extremidades?– (14C), una línea incisa en todo el contorno de la pieza (14D), una aplicación tabular con incisiones transversales (14E) y la repetición, también en el centro, de la morfología del asa de cornamusa (14F). Por último, en las versiones más esquemáticas se declara simplemente la silueta del asa con variado número de proyecciones y en algún caso con líneas incisas que promueven la elucubración de si estas representan las lágrimas (Fig. 15).

La segunda expresión presenta un proceso de esquematización artística similar a la primera, esta vez asociada con la Fig. 12F. Aquí se mantiene la morfología del asa modelada al pre-

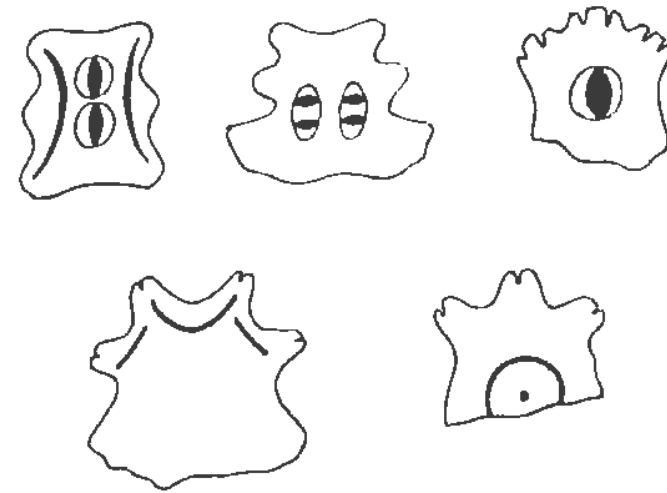


Fig. 17. Asas modeladas del llora-lluvia/tortuga con otros elementos decorativos. Sitio Venta de Casanova.

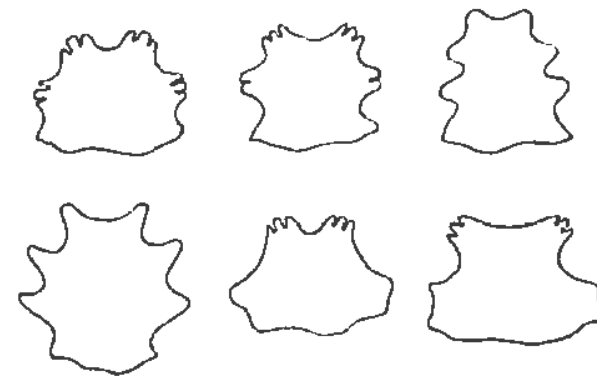


Fig. 18. Expresiones más esquemáticas del llora-lluvia/tortuga. Sitio Ventas de Casanova.

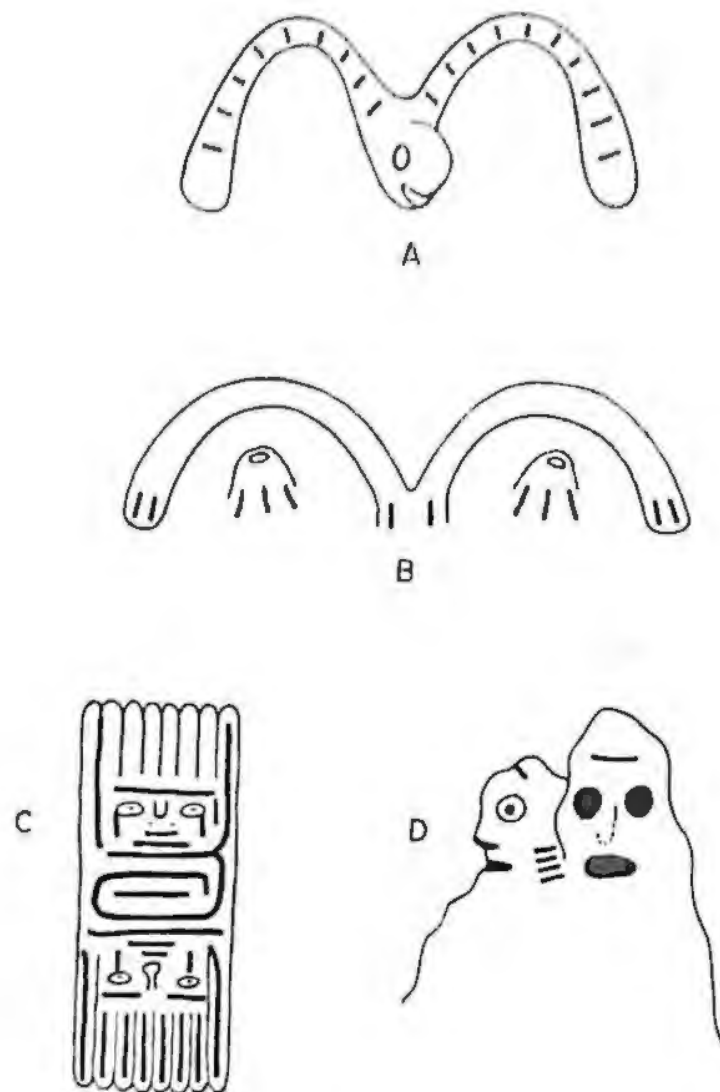


Fig. 19. Decoraciones del llora-lluvia (A) y de la tortuga (B) utilizando aplicaciones de cintas de barro a modo de extremidades. Sitio Ventas de Casanova. C Artefacto de concha de Puerto Rico, dibujo a partir de la publicación de Blasini (1985). D Petroglifo bicéfalo de Cabo Cruz, Cuba, dibujo a partir de la publicación de Guarch (1984).

tender repetir la forma de las extremidades de la tortuga en su extrema síntesis –asa de cornamusa–, sólo que tal como anotamos, las cúspides son más voluminosas y reproducen las protuberancias con distinto número de incisiones, es decir, el segundo elemento que delata la presencia de la tortuga.

Junto a dos asas del sitio Saimí I (16A y B), la serie compuesta en lo fundamental por piezas de Ventas de Casanova (20 ejemplares) contempla rostros lacrimosos (16A y E); algunos antropomorfos y otros rostros con elementos zoomorfos; con lágrimas pero sin los ojos (16E); sin lágrimas (16F-J); con otros elementos asociados (Fig. 17) y expresiones esquemáticas que sólo reproducen la forma del asa (Fig. 18).

Lo cierto es que estamos enfrentando una voluntad de fusionar temas, que no parece limitarse al ámbito de las recreaciones de las formas artísticas. Entre las asas aplicadas de Ventas de Casanova se encuentra un ejemplar que representa una tortuga (19A), sin embargo, incluye el doble arco con incisiones, propio de la versión antropomorfa del llora-lluvia, una de las expresiones más populares de ese sitio (19B).

Otra compleja representación del isomorfismo hombre-animal se observa en dos asas procedentes del sitio Palmas Altas, también localizado en la región de Guacanayabo. En este sitio, al igual que en Loma del Indio, el llora-lluvia es muy popular en su expresión de cintillos aplicados, y en la extensa colección ubicada en los fondos del Departamento de Arqueología (Centro de Antropología) no encontramos asas modeladas del tema en su versión antropomorfa.

Los ejemplares mencionados –a pesar de sus lágrimas– son de apariencia antropozoomorfa (20A-B) si nos atenemos sobre todo a la forma curvada de la nariz, que nos recuerda por su similitud el pico de una lechuza.

Otros ejemplares (20C-D) pertenecientes al sitio Saimí I (Calvera y Funes 1991), si bien presentan en general caracteres antropomorfos, ofrecen una tipología de asas semejante a las representaciones de lechuzas. Para la fundamentación será de utilidad observar una muestra comparativa de piezas procedentes de los sitios Loma del Indio y Ventas de Casanova (20E-H).

Estas son asas que en la literatura arqueológica se clasifican como tabulares con relieve. En los casos que tratamos se reproduce la cabeza de un búho o lechuza (20E); se resaltan los ojos a partir de grandes orificios u oquedades, y también el pico. El

modelado del asa consiste en una gruesa tira de barro que se eleva sobre el borde de la vasija y que presenta sucesivas proyecciones puntuadas. Las piezas más esquemáticas (20F-H) también reproducen dichas proyecciones en la parte de la nariz del ente representado.

Sin dificultad se puede apreciar la semejanza entre estas imágenes de lechuza y los llora-lluvia (20B y C), en un caso antropozoomorfo (20B) y en otro antropomorfo (20C), pero con la misma tipología de asas propia de los ejemplares de lechuzas.

La otra pieza del sitio Saimí I (20D) reproduce el cintillo o arco que ya fue objeto de análisis en la colección del sitio Loma del Indio y que corresponde a una de las imprevistas variantes de los diseños de miembros en el llora-lluvia antropomorfo. Sin embargo, junto al rostro con lágrimas hay dos grandes orificios, uno a cada lado. Si hacemos una abstracción y omitimos el rostro no tendríamos dificultades en reconocer la forma genérica de las asas esquemáticas del tema lechuza. La adición de la protuberancia con incisiones introduce la señal de la tortuga y de algún modo refuerza el contenido zoomorfo del ente representado, ahora en un sincretismo mítico-artístico más complejo.

Respecto al sitio Saimí I vale anotar que Calvera y Funes (1991) al tratar el tema del llora-lluvia sólo lo sustentan en asas modeladas (5 en total, las 3 restantes ya vistas en la Fig. 10D, 16A y B) y no aplicadas en panel. Al parecer, el tema no se difundió profusamente por la costa norte hacia el centro-occidente de la Isla según hemos observado en las colecciones de los sitios más importantes (Playa Caribó, Júcaro II y El Morrillo).

Establecer analogías entre datos etnológicos y arqueológicos es algo bastante complicado. Como bien se sabe, Arrom (1975) pudo identificar a algunos de los cemíes reportados por Pané en piezas arqueológicas. En particular, parece estar en lo cierto cuando se refiere a la correspondencia entre Boinayel y Márohu y los objetos que representan gemelos, pero es difícil certificar los casos de aquellos que muestran lágrimas como expresión del primero, si bien esta posibilidad no debe desestimarse. Dicho con otras palabras, el hecho de que el Boinayel etnológico fue el cemí benefactor de la lluvia no autoriza a identificar al Boinayel arqueológico en las imágenes lacrimosas, aunque repetimos, si bien existe tal posibilidad, resulta en cambio muy poco probable.

Si partimos del criterio de reconocer dicha relación, sucede entonces que las decoraciones en la cerámica parecen desbor-

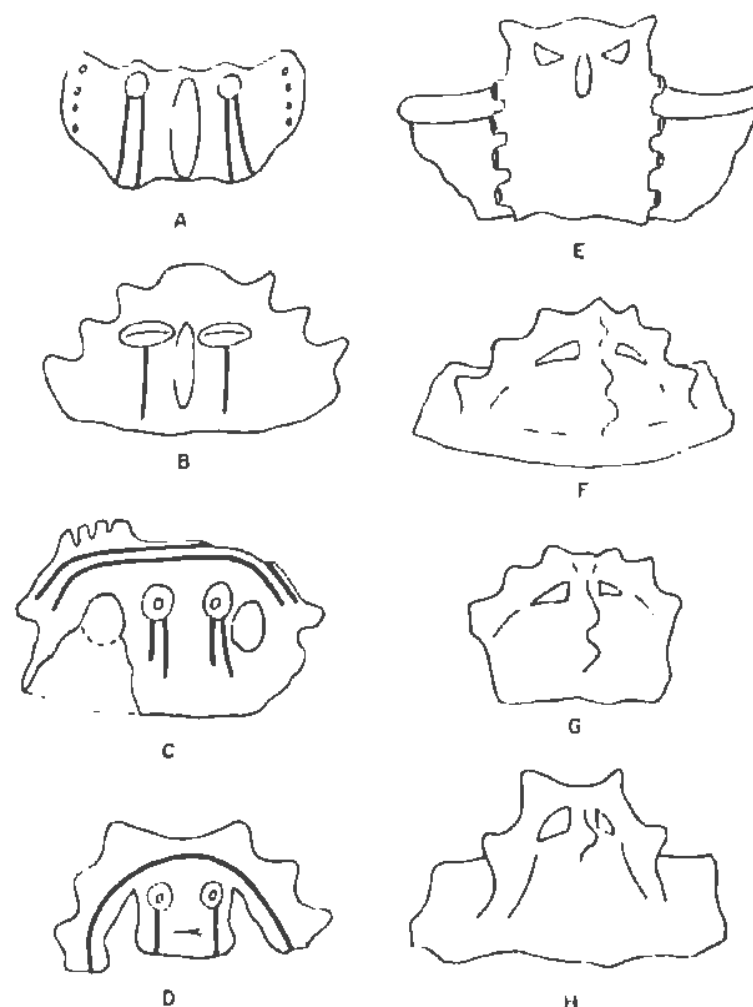


Fig. 20. Posibles representaciones antropozoomorfas (¿llora-lluvia/lechuza?). A y B del sitio Palmas Altas. C y D del sitio Saimí I (dibujo sobre la base de la ilustración publicada por Calvera y Funes 1991). E-asa zoomorfa (lechuza) del sitio Loma del Indio.

dar el significado original del Boinayel etnológico descrito por Pané. A veces encontramos un rostro que llora, mientras que en otros casos aparece con todos sus caracteres figurativos, pero sin lágrimas. En algunas ocasiones se presenta sólo con rasgos antropomorfos; en otras, el isomorfismo hombre-animal no parece directamente asociable con el personaje mítico.

De esta suerte, el problema nos coloca ante una disyuntiva; o Boinayel cumplía funciones más amplias en el sincretismo de las comunidades aruacas, dígame aspectos no recogidos por Pané, o no todas las representaciones simbólicas que se le atribuyen le pertenecen. En el texto de Blasini (1985: 145), por ejemplo, encontramos una "pieza taina" de gemelos con lágrimas (19C). Es decir, aquí son dos los que lloran, y de asociarlos mecánicamente a Boinayel y Márohu, entonces habría una contradicción con la etimología asignada al último (sin nubes, tiempo despejado, según Arrom 1975).

No obstante, al aceptar datos claves de la crónica de Pané —los cemíes vivían en una cueva llamada Iguanoiba y los aborígenes iban a visitarlos cuando no llovía— podemos relacionarlos con el registro arqueológico de una cueva de Cabo Cruz, en la región de Guacanayabo. Según los datos de Guarch (1996: 14) en la denominada cueva No. 2 de El Guafe se descubrieron varios petroglifos o más bien ídolos de caracteres humanos tallados en las formaciones naturales. El único lugar de acceso desde la dolina al interior era una estrecha entrada entre dos columnas estalagmíticas donde había dos ídolos, uno a cada lado "como guardianes", uno de ellos bicéfalo, con una cara mirando hacia el exterior de la cueva y la otra hacia el lado opuesto de la entrada, donde se hallaba el segundo que también miraba hacia el exterior.

En este caso (19D) es evidente que no hubo una voluntad de reproducir ejemplares semejantes. Una cabeza es mayor que la otra, y aunque no impresiona por una talla esmerada se observan diferencias en los detalles del rostro. Sin embargo, y en vías de forzar alguna relación con el mito de referencia, puede decirse que se trata de "siameses" de un solo cuerpo unidos en la misma formación natural. También debe destacarse la ubicación de este ídolo en un lugar privilegiado de la cueva y que parece dominar el mensaje del conjunto del cual forma parte. Pero ante todo, el hallazgo de este ente bicéfalo en una cueva y justamente en la entrada, promueve la conjetura de su relación

con Boinayel y Márohu, si tenemos en cuenta los comentarios de Guarch acerca de que esas cuevas de Cabo Cruz eran la única fuente de agua potable para los sitios arqueológicos de la región.

Oliver (1997), al analizar un petroglifo del centro ceremonial de Caguana, en Puerto Rico, y que representa un personaje lacrimoso, no descarta una posible relación con los citados cemíes y —en fin— con el tema del agua. No obstante, él observa que el acto de llorar, como agua humanizada, establece el contraste entre el agua del océano primigenio, esta como resultado de la cosmogonía, y aquella —la del ser humano— de los ríos y las lluvias como elementos de la fecundidad terrenal y del mundo ordinario. Por último, también asume una posible referencia a los rituales de purificación —baños— vinculados con la ceremonia del areíto y de la cohoba.

Al retomar ese principio de asociar los entes lacrimosos con la lluvia y por consiguiente con la significación vital, nosotros también podemos extender el campo de la interpretación del enigmático personaje si se tiene en cuenta lo observado en las decoraciones cerámicas. Digamos que se enriquece por las antítesis que exhibe —vale anotar, siguiendo el pensamiento de Oliver— más bien en el hábito terrenal y no en la esfera de lo remoto, lo sagrado o lo divino, sino en el universo ordinario del hombre y su cosmovisión acerca de la vida y de la muerte.

El acto de llorar o no, como hemos visto en nuestras colecciones, sólo puede relacionarse con las vivencias y los avatares de la cotidianidad. La necesidad de la lluvia es fundamental para un pueblo que en esencia obtiene el mayor volumen de sus alimentos de la agricultura. Las sequías pueden ocasionar hambrunas, éxodos, muerte; en fin, la inestabilidad de la organización tribal.

Boinayel —u otro cemí benefactor que queramos aceptar— no anuncia la lluvia, más bien evoca la lluvia o la implora con el acto de llorar, esto es, cuando es solicitado su poder como cemí, ante la espera, incertidumbre o ausencia del líquido vital. De ahí quizás que la variedad formal del personaje, al menos en los casos figurativos, responde al factor temporal: dígame sin lágrimas cuando aún no es necesaria la lluvia y con lágrimas (una, dos o tres incisiones bajo los ojos) si urge simplemente o si se ha llegado a un estado crítico. Claro está que lo dicho no deja de ser una especulación, pero, sin duda, algún misterio

inexplicable para nosotros determina la unidad y la diversidad de sus representaciones que no solo debe remitirse al ámbito de las formas artísticas.

Otro orden de la diversidad concierne a sus expresiones antroponomorfas, curiosamente asociadas con zootemas que también evocan la antítesis vida-muerte. Con cierta objetividad se ha comprobado la significación sexual de la tortuga mítica que nace en la espalda de Deminán Caracaracol (Arrom 1975; Stevens-Arroyo 1988), y del murciélago y la lechuza asociados con las opías y en general con la muerte (Arrom y García Arévalo 1988).

En este punto podríamos detenernos a considerar que las urnas funerarias de la cultura chaco-santiagoense, en un lugar tan distante como Santiago del Estero, en Argentina, ostentan decoraciones que asombran por su semejanza con nuestros llora-lluvias, incluso algunas son prácticamente idénticas, según se muestra en la documentada obra de Wagner y Wagner (1934). Los citados autores estiman que dichas decoraciones cerámicas corresponden a una "deidad antroponito-ofídica", es decir, también a un isomorfismo hombre-animal que en ese lugar al parecer presenta un contenido distinto al de las nuestras, pero con las mismas expresiones plásticas.

En Cuba, si bien los registros funerarios de las comunidades agroalfareras no han sido extensamente documentados, al menos existen algunos reportes de vasijas con esas características que se utilizaron como ofrendas. De la fragmentaria información que ofrece García Castañeda (1938) sobre sus excavaciones en El Yayal, puede decirse con claridad que en uno de sus montículos se exhumaron cuatro esqueletos, uno de ellos en el centro y en posición acucillada y los restantes a uno y otro lado del anterior y extendidos. Alrededor y sobre el individuo del centro se encontraron vasijas de barro, algunas con los rostros del llora-lluvia, pero sin lágrimas, según se observa en las ilustraciones del citado autor.

Por otra parte, de acuerdo con la información de Guarch (1984, 1996), en la ya mencionada cueva No. 2 de El Guafé se ejecutaron ritos mortuorios consistentes en el depósito de los cadáveres en el piso de la cueva y en criptas tapiadas. En una estrecha galería se hallaron dos grandes vasijas de cerámica con rostros de llora-lluvia y diseños de miembros. En una de sus publicaciones, Guarch (1984) señala que una vasija contenía huesos per-

tenecientes a un perro, una jutía, un majá, y restos de crustáceos y de moluscos marinos. Con anterioridad, Almaguer (1965) también reportó en Cabo Cruz vasijas del llora-lluvia en cuevas con evidencias de entierros.

Como puede apreciarse, son muchas y muy variadas las formas en que suele presentarse en la plástica aborigen la misteriosa imagen así como los contextos de referencia. Lo cierto es que la riqueza formal de las representaciones demuestra que, o bien no siempre el ente reflejado es el mítico personaje, o los significados y funciones de este rebasan ampliamente el marco elemental del espíritu benefactor, ancestral, propiciador de las lluvias.

BIBLIOGRAFÍA

- Almaguer, E. (1965) "Exploraciones arqueológicas en Cabo Cruz" en Archivo del Departamento de Arqueología. Centro de Antropología, Cuba.
- Arrom, J. J. (1975): *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas* México, Siglo XXI, S. A.
- Arrom, J. J. y M. A. García Arévalo (1988): *El murciélago y la lechuza en la cultura taína*. Santo Domingo, Fundación García Arévalo Inc.
- Blasini, A. (1985): *El águila y el jaguar*. Puerto Rico, Publigraph, Impresora de Libros de Puerto Rico.
- Calvera, J. y R. Funes (1991): "Método para asignar pictografías a un grupo cultural" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- Castellanos, N. (1991): "La cerámica aborigen del sitio Ventas de Casanova" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- Cassá, R. (1974): *Los taínos de La Española*. República Dominicana, Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Celaya, M. y P. P. Godo (1998): "Guacanayabo, Jagua y Yucayo: la variación local de la cerámica aborigen de Cuba". Primer Taller Nacional de Arqueología, Villa Clara.
- Dominguez, L. (1984): *Arqueología colonial cubana. Dos estudios*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- _____. (1991): *Arqueología del centro-sur de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- Fariñas, D. (1995): *Religión en las Antillas. Paralelismo y transculturación*. La Habana, Editorial Academia.
- Fewkes, J. W. (1922): *A prehistoric island culture area of America*. Washington DC., Smithsonian Institution.

- García Castañeda, J. A. (1938): "Asiento Yayal" en *Revista de Arqueología*. La Habana, Año I, agosto.
- Godo, P. P. (1985): "Complejo sincrético cultural de El Morrillo". Primer evento científico de las BTJ. *Instituto de Ciencias Históricas*. Academia de Ciencias de Cuba.
- Guarch, J. M. (1984): Carta Informativa No. 51. La Habana. Academia de Ciencias de Cuba.
- (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Holguín, Ediciones Holguín.
- (1996): "La muerte en las Antillas" en *El Caribe Arqueológico*. Santiago de Cuba, Casa del Caribe. No. 1.
- Guarch, J. M. y A. Querejola (1992): *Mitología aborígen de Cuba. Deidades y personajes*. La Habana, Publicigraf.
- (1993): *Los cemíes olvidados*. La Habana, Publicigraf.
- Gutiérrez, V. (1996): "Acerca de la fundación de la Villa de San Salvador" en *El Caribe Arqueológico*. Santiago de Cuba, Casa del Caribe. No. 1.
- Oliver, J. R. (1997): *El centro ceremonial de Caguana. Puerto Rico. Simbolismo iconográfico, cosmovisión y el poderío caciquil taíno de Borinquen*. Fundación Arqueológica, Antropológica e Histórica de Puerto Rico, *British Archaeological Report*. Oxford.
- Ortiz, F. (1947): *El Huracán. Su mitología y sus símbolos*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Pané, R. (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*; nueva versión con notas, mapas y apéndices de José Juan Arrom. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- Rodríguez Arce, C. (Inédito): "Estudio de la variante cultural Bayamo". Archivo del Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, Cuba.
- Stevens-Arroyo, A. (1988): *Cave of the Jagua. The mythological World of the Taínos*. Albuquerque, University of New Mexico Press.
- Wagner, E. R. y D. L. Wagner (1934): *La civilización chaco-santiagueña y sus correlaciones con el Nuevo y el Viejo Mundo*. Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina S. A. Tomo 1.





LAS PLANTAS ALUCINÓGENAS Y LAS COMUNIDADES INDÍGENAS AMERICANAS. RITOS Y COSTUMBRES

**LOURDES PÉREZ IGLESIAS
ELENA GUARCH RODRÍGUEZ**



El hombre desde que se alejó de su animalidad y adquirió conciencia, ha recurrido a lo sobrenatural para satisfacer muchas de sus necesidades. Allí encontró apoyo para entender los grandes fenómenos del mundo que lo rodeaba, adquirió explicaciones e incluso soluciones, para enfrentar una realidad desfavorable. Fue este también el espacio generador de las cargas emocionales necesarias para las grandes empresas y los momentos de dolor.

El acceso a lo sobrenatural se ha conseguido a través de diferentes vías; uno de los caminos mas recorridos es el que se asocia con la obtención de estados emocionales especiales. La consecución de estos estados se ha logrado a través de acciones sociales o individuales que agudizaban al máximo los sentidos. Las danzas y cantos, el agotamiento físico, los esfuerzos dolorosos, ayunos y meditaciones, así como el consumo de alucinógenos, fueron caminos para llegar a esos estados especiales.

Este último medio fue usado de manera muy frecuente en el mundo indígena americano. Se conoce que tanto pueblos indígenas del presente como del pasado prehispánico, se identifican con la ingestión de psicoactivos provenientes de plantas y animales para alcanzar estos estados de propiciamiento espiritual. Han diferenciado en las distintas regiones en que han habitado, muchas especies de plantas que poseen sustancias capaces de hacerlos percibir el mundo de forma diferente a lo habitual. Se conoce que llegaron a emplear o aún emplean, alrededor de 130 especies de plantas alucinógenas, de las 150 que se reportan a nivel mundial para estos fines.

Muchos aspectos de la cultura de estos hombres están relacionados con la ingestión de tales sustancias. Múltiples artefactos e imágenes, patrones de conducta, relatos míticos y actos ceremoniales, son muestras de ello. Los alucinógenos fueron un componente básico de su mundo espiritual y material, por lo que en alguna medida, su uso está integrado a la propia identidad de estos pueblos.



Fig. 1. Rama de *Banisteriopsis caapi* (Spruce ex Griseb.) Tomado de Evans (1986).



Fig. 2 Vasija y figura antropomorfa que exhibe el culto fálico relacionada con la ingestión de Ayahuasca. Tomado de Naranjo (1986).

El presente trabajo recoge varias de las principales plantas alucinógenas utilizadas por las comunidades indígenas de Suramérica, Centroamérica y las Antillas así como elementos de su inserción en el campo de la medicina tradicional y en los ritos, ceremonias y costumbres de estos grupos humanos.

Dentro de las especies alucinógenas correspondientes a América, una buena parte de ellas son originarias de la región suramericana del Amazonas, la cual ha sido un importante centro de diversificación de la flora. Esto, unido a la diversidad de tribus indígenas que allí habitan, ha contribuido al conocimiento y uso de estas plantas. Por otra parte, este fue un importante núcleo irradiador de grupos aborígenes hacia las Antillas; se considera que el poblamiento de agricultores de estas islas proviene de ese centro, y junto con ellos también vinieron sus plantas y sus costumbres, entre ellas sus ritos religiosos aparejados con la ingestión de sustancias provenientes de plantas alucinógenas.

ALUCINÓGENOS USADOS EN SURAMÉRICA Y LAS ANTILLAS

Ayahuasca es el alucinógeno más complejo tanto botánica, química como etnográficamente utilizado por los aborígenes del

alto Amazonas, cuyo componente fundamental es la planta *Banisteriopsis caapi* Grisebach (1858 ver Fig. 1). Su uso ceremonial se remonta probablemente a 2000 años antes de Cristo según Naranjo (1986). Es una liana de la familia *Malpigiaceae*, que crece en una extensa área correspondiente a los sistemas hidrográficos del Orinoco y el Amazonas, donde se incluyen los territorios de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Brasil, es afín a zonas boscosas muy húmedas, donde el régimen precipitacional sea alto.

La bebida se prepara hirviendo en agua porciones del tallo de esta planta durante varias horas; el resultado es un líquido espeso y amargo que se ingiere en pequeñas dosis. Otra forma de consumirlo es completamente desecado (pulverizado), al que se le adiciona agua fría y se toma en dosis mayores. Ocasionalmente, a esta decocción se le agregan otras plantas, que intensifican su efecto alu-

cinógeno (Evans 1986 y Wilson 1999).

Browman y Rand (1984) plantean que *Banisteriopsis caapi* contiene harmalina y otros alcaloides relacionados con ella. En experimentos hechos con animales de labor les ha provocado inquietud, temblores, conducta trastornada y convulsiones, mientras que en experiencias con humanos les ha generado euforia, alucinaciones auditivas, vértigos, náuseas y trastornos en la percepción. Mackenna *et al.* (1986) y Bronwen (1986), plantean, haciendo referencia a Rivier y Lindgren (1972) que además de los alcaloides mencionados anteriormente, cuando este brebaje contiene además de *Banisteriopsis* sp, plantas como la *Psicotria viridis* y *P. cartaginensis*, se intensifica su acción alucinante, pues estas plantas contienen N,N dimetiltriptamina (DMT), compuestos que producen fuertes efectos psicodélicos.

La ingestión de ayahuasca es practicada por muchos grupos aborígenes, lo que establece toda una cultura relacionada con la medicina tradicional. Su función más generalizada es poner en estados de trance al chaman o adivino, para que este, al tener comunicación con los espíritus, sea capaz de adivinar el origen de una enfermedad o situación determinada y le enseñe la vía de

ponerle fin a este mal. Para otros indios, como los mai huna, habitantes de la Amazonia peruana, la ingestión del ayahuasca o yajé, como ellos le llaman, está relacionada con fiestas rituales, en las cuales les invita al canto mediante el cual la comunidad expresa sus preocupaciones, agravios y alegrías (Bellier 1986). También el uso de este brebaje forma parte del entrenamiento del aprendiz chamánico, el cual debe ingerir la bebida con frecuencia, por un período mínimo de 6 meses (Mackenna y Tower 1986). Otros, como los ingas y kamsá, que habitan en el valle del Sibundoy en el alto del río Putumayo (que divide a Colombia y Ecuador) tienen la *Banisteriopsis* sp como una planta sagrada, la siembran cerca de la casa ceremonial en una parcela que sólo puede ser manipulada por el chaman y le otorgan un nivel especial dentro de la mitología tribal (Ramírez de Jara Pinzón 1986); en lengua quechua la palabra ayahuasca significa liana de las almas o de los espíritus.

Arqueológicamente también ha quedado demostrado el antiguo uso de este brebaje. En Ecuador se han encontrado piezas muy ornamentadas y figuras alusivas al culto fálico, que están relacionadas con la ingestión del ayahuasca (Naranjo 1986) (Fig. 2).

Erythroxylum coca es otra planta alrededor de la cual se entreteje una cultura milenaria. Perteneciente a la familia *Erythroxylaceae* y es un género que posee numerosas especies; son arbustos de 2 a 3 metros de altura y de hojas ovaladas. Se encuentra diseminada por toda la América tropical, sobre todo en áreas selváticas de Perú, de donde es originaria. Su consumo es parte de la cultura de numerosos pueblos andinos, entre los cuales se mastica la hoja de la coca junto con una sustancia que se prepara a partir de cal (CaCO_3), cuya función es liberar más rápidamente los alcaloides estimulantes. La forma de obtener este componente alcalino varía según la región. En Ecuador a esta sustancia la denominan *llipta* (palabra quechua que se usa en comunidades que fueron influidas por el imperio inca) y está constituida por una torta confeccionada con cenizas de quinua (*Chenopodium quinoa*) o con cenizas de la mazorca de maíz desgranada, cal, etc. En la región andina del norte queman la *llipta* con conchitas de bivalvos marinos. En la región interandina de Perú y Bolivia hay una gran variedad de sustancias que forman la *llipta*: unos usan ceniza de tallos de quinua, mazorcas de maíz, frutas de algarrobo, papas hervidas o harina de maíz, etc. La cantidad de cal también varía de comunidad en comunidad. Otra forma de consumir la coca es mediante la aspiración (Ledergerber 1992)

La cocaína proviene de las hojas de *Erythroxylum coca*; esta sustancia es analgésico local y también excitante; este último efecto, se debe a la estimulación adrenérgica en el sistema nervioso central, como consecuencia del bloqueo de la recaptación neuronal de la noradrenalina (Bowman y Rand 1984)

Existen numerosas evidencias arqueológicas que demuestran el uso milenario de la coca; se ha hallado en residuarios de la costa peruana desde 4000 AP y en el Ecuador las pruebas iniciales de su uso se remontan al período formativo (2700–500 AC). En un estudio del sitio San Lorenzo del Mate, Ecuador, el cual data de entre 500 AC y 500 DC, fue hallado, en asociación con enterramientos, todo un ajuar relacionado con la ingestión de la coca, consistente en máscaras, vasijas, figuras, espátulas y hasta inhaladores (Fig. 3)

A lo largo de los siglos la coca ha sido empleada de diferentes formas. En primer lugar, ocupó un lugar significativo dentro de la comunidad indígena, por su uso ceremonial, ya que formaba parte de los ritos religiosos; también era ofrecida como tributo en los entierros. Ha sido además empleada como medicina debido a sus propiedades como anestésico local; se usa tradicionalmente en los tratamientos de dolores de muelas, masajes musculares y en infusiones para tratamientos gastrointestinales.

En tiempos modernos continúa su consumo de forma natural. En los países andinos, las hojas de coca son masticadas durante la jornada laboral agrícola. Según los campesinos, la ingestión de la coca les confiere valor, fuerza, resistencia y deseos de trabajar, lo cual es debido a que sus alcaloides le alivian la fatiga y el hambre. Bastien (1987) (citado por Wilson 1999) plantea que las hojas de coca son altamente nutritivas, pues 100g de ellas contienen suficiente cantidad de carbohidratos, proteínas, hierro y calcio para satisfacer las necesidades de un ser humano en un día; usualmente los consumidores de las hojas de coca no utilizan más de 450 g a la semana, por lo que su función es básicamente estimulante. Además de estas funciones, los habitantes de los Andes atribuyen a la coca propiedades mágicas, ya que muchos trabajadores están convencidos de que llevando unas hojas de coca en la frente, están protegidos contra el peligro, accidentes, dolores, preocupaciones etcétera (UNESCO 1982).

Las Casas (Tabío 1989) dice que era usada por los indios cubanos, en sus ceremonias y que sacerdotes españoles que habían estado en Perú, la vieron en Cuba y la identificaron como la



Fig. 3 Objetos utilizados en la ingestión de la coca, asociados a enterramientos extraídos del sitio San Pedro del Mate, Ecuador. Tomado de Ledergerber (1992).

misma coca que tan preciosa es en ese país suramericano; sin embargo no existe ninguna evidencia arqueológica que demuestre que los aborígenes cubanos hicieran uso de esta planta, así como tampoco se encuentra de forma silvestre en el territorio cubano.

Al nombre de yopo responden varias plantas; en Colombia, los indios preparan una bebida llamada yopo, a partir de la corteza de *Ilex yopo*, la cual es un estimulante ligero. Existe otra planta también denominada por este nombre, *Anadenanthera* sp., dos de cuyas especies se usan para fabricar polvos alucinógenos; una de ellas, la *Anadenanthera peregrina*, en el Orinoco y norte del Amazonas y la otra, *Anadenanthera colubrina*, al norte de Argentina y sur del Amazonas. Wilson (1999) indica que probablemente el yopo se utilizara en tiempos prehispánicos, en rituales y prácticas religiosas indígenas en el norte de los Andes de Colombia. Hoy día aún son usados los polvos de yopo, los cuales se preparan a partir de la semilla de la planta y son consumidos diariamente por el chamán, para inducir éxtasis y visiones que le permitan desarrollar sus tareas mágico-religiosas.

El consumo de yopo produce una serie de efectos secunda-

rios, desde visiones alucinantes, pérdida de la conciencia, así como sensación de ausencia de los miembros. Wilson (1999) hace referencia de un reporte hecho por Gumilla en 1791, donde señala que los hombres que lo consumían entraban en un estado de frenesí sobre la base del cual eran capaces de autoagredirse e invadir a los enemigos con gran furia. Otros relatos provenientes del área del Orinoco acerca del yopo indican inhalación directa por los orificios nasales de polvos de la semilla de *Anadenanthera*, utilizando huesos de aves colocados en forma de Y.

Según Alain (1985), *Piptadenia peregrina* y *Anadenanthera peregrina*, son sinónimos y es la especie que Safford, en 1916, determinó como el principal componente de los polvos

utilizados en el rito de la cohoba, después de los primeros trabajos realizados por Reynoso en 1881 (Tabío 1989), ya que existían muchas dudas acerca de si los polvos usados provenían de tabaco mezclado con otras plantas como la *Datura*, que pertenece a la familia *Mimosaceae* y es originaria de América del Sur donde también es conocida como *Niopa peregrina* y al alucinógeno le llaman niopo. Desde allí es muy probable que fuera introducida en las Antillas, hace unos 2000 años (Vega 1996). Para Bowman y Rand (1984) el poder alucinante de esta planta está relacionado con su contenido en bufotenina y alcaloides indólicos los cuales, una vez inhalados producen éxtasis, intrepidez e insensibilidad al dolor.

La cohoba constituye la más importante manifestación ceremonial de las tribus agroalfareras de las Antillas. Era realizada por el behíque (equivalente al chamán de las culturas suramericanas) y otros señores de importancia de la comunidad, con el objetivo de consultar a los espíritus las causas de enfermedades, su cura, así como la solución de algún problema que aquejara a la comunidad o a uno de sus miembros. Otros componentes de estos polvos eran la *Datura* (como ya se mencionó anteriormente) y el tabaco. Acerca de la cohoba en Las Antillas, Las Casas dice:

[...] tenían ciertos polvos de ciertas hierbas muy secas y bien molidas de color canela o de alheña molida, en fin, eran de color leonada. Estos ponían en un plato redondo, no llano sino un poco algo combado o hondo, hecho de madera, tan hermoso, liso y lindo que no fuera muy mas hermoso de oro o de plata; era cuasi negro i lucio cini azabache [...]

La forma en que eran inhalado es descrita por Las Casas:

[...] Tenían instrumento de la misma madera y materia y con la misma polidez y hermosura; la hechura de aquel instrumento era del tamaño de una pequeña flauta, todo hueco como lo es la flauta de los dos tercios de la cual en adelante se habría por dos canutos huecos, de la manera que abrimos los dos dedos del medio, sacando el pulgar, cuando extendemos la mano. Aquellos dos canutos puestos en ambos a dos ventanas de las narices y el principio de la flauta, digamos, en los polvos estaban en el plato sorbían con el huelgo hacia adentro, y sorbiendo recibían por las narices la cantidad de polvo que tomar determinaban, los cuales recibidos salían luego de seso cuasi como si bebieran vino fuerte, de donde quedaban borrachos o cuasi borrachos [...] (Deive 1978).

Existen muchas evidencias arqueológicas respecto a esta manifestación religiosa. En República Dominicana se han encontrado cemies, duhos, espátulas vómicas, e inhaladores asociados con la ceremonia e incluso pictografías donde representan un grupo de hombres realizando este rito (Fig. 4 y 5). En Cuba existen algunas piezas, como asientos, que muy posible estén relacionados con esta práctica. Los relatos de los cronistas, así como algunas leyendas que perduran, son los elementos que más permiten afirmar la presencia de este ritual entre los aborígenes agricultores cubanos, aunque no hay certeza de que fuera empleada en ella la *Piptadenia peregrina*, pues en la actualidad no se encuentra entre los componentes de su flora, lo que si ocurre en La Española y otras Antillas Mayores (Alain 1985).

Ebene, epená, nyakwana, son los nombres vulgares por los que son conocidas la planta *Virota* sp. Esta es otra especie ampliamente empleada en América del Sur. Su uso se extiende desde el este del Amazonas, por los bosques tropicales hasta la mayor parte de la cuenca del Orinoco. Se usa un polvo elaborado a partir de su corteza, el cual se prepara poniendo en agua durante unas horas fragmentos de esta parte; pasado un tiempo, el agua se torna

pardusca, la misma se hierva hasta tomar consistencia de un sirope espeso, el cual se pone a secar y finalmente se pulveriza. La utilización de este polvo varía de una región a otra, por ejemplo en el este de Colombia lo ligán con cenizas de cacao, otros, como los waika, lo mezclan con cenizas de la corteza de una leguminosa junto con otra planta alucinógena cultivada para este fin. Los maku ingieren la corteza directamente sin ningún tipo de preparación. En los casos que son utilizados en forma de polvos, estos son inhalados por las fosas nasales utilizando varios instrumentos de forma tubular. Estas inhalaciones profundas provocan varios efectos en los intoxicados, como son que el habla se le torna confusa, los ojos se mueven desordenadamente, comienza luego un periodo hiperactivo que es donde ellos hacen contacto con el hekura (espíritu) (Wilson 1999). Su consumo lo relacionan con la contactación con seres míticos, para curar alguna enfermedad o para enfrentar alguna venganza contra los enemigos.

Otra planta de gran uso por los suramericanos es el cactus san Pedro (cuyo nombre autóctono no conocemos), que corresponde a la especie *Trichocereus* sp., diseminado por las zonas desérticas de la costa y la montaña del oeste de este continente (oeste del Amazonas). Esta planta es ingerida en forma de un líquido espeso que se prepara a partir de rodajas finas del tallo hervidas durante varias horas. La ingestión de este líquido, produce sensaciones de somnolencia y desvanecimiento, seguidas de sensaciones de tranquilidad y aislamiento del mundo físico. Durante este estado, el chamán se siente capaz de volar libremente y contactar con los espíritus (Wilson 1999).

Actualmente se encuentra muy diseminado en los mercados tradicionales del Perú y es usado por los curanderos para tratar varias enfermedades; para aumentar la efectividad del tratamiento, adicionan huesos humanos pulverizados, extraídos de cementerios, para lo cual existe todo un ritual.

Su uso ancestral ha sido demostrado arqueológicamente en estratos muy tempranos del Perú (comienza a principios del 900 AC). Esto se evidencia en varios objetos de alfarería, piedra y textiles del arte chavín, lo que indica que representó un importante papel en las actividades religiosas de esta cultura (Wilson 1999).

Brugmansia y *Datura* son dos géneros muy emparentados que pertenecen a la familia *Solanaceae*. Las especies de estos géneros poseen poderosas propiedades alucinógenas; su empleo fue y sigue siendo muy común entre los indígenas de América del Sur y



Fig. 6. Planta de *Brugmansia* sp., potente alucinógeno utilizado ampliamente por numerosas tribus indígenas de América. Fotografía tomada de Cornejo (1994).

las Antillas. Sus flores, muy vistosas, poseen forma de grandes campanas, de ahí que en Cuba, entre los varios nombres que tiene además de clarín y chamico esté el de campana (Fig. 6). La *Brugmansia* es ingerida de varias formas. Indios de los Andes colombianos adicionan sus semillas a cerveza de maíz, o chicha, como ellos la llaman. Otros suramericanos preparan una decocción a partir de flores y hojas maceradas. En cualquiera de los casos su ingestión trae aparejado efectos como estupor, trances violentos y finalmente una fase de sueño profundo. Cuando despiertan, cuentan de su encuentro con seres ancestrales. Con poste-

rioridad se producen otros efectos desagradables que incluyen náuseas, violencia y locura temporal (Wilson 1999).

Este autor también plantea que entre los indios jíbaros, una especie de *Brugmansia* es añadida al maíz tostado y se le suministra a los niños recalcitrantes, los cuales, en el período de intoxicación son adoctrinados en nombre de los espíritus de cómo deben comportarse correctamente.

La *Datura stramonium* es conocida en Cuba y en el resto de las Antillas por sus efectos alucinantes, se considera que esta planta era uno de los componentes vegetales usados en el rito de la cohoba. Existe una leyenda en la región oriental de Cuba (Guarch 1988) llamada la leyenda de Taguabo y Maicabó, en uno de cuyos pasajes, el behíque, convocado por el consejo de la tribu para consultar un asunto familiar, realiza este rito y menciona entre las plantas que provocan el éxtasis de este personaje, el chamico, que no es más que la *Datura* sp. La *Datura innoxia* es otra especie utilizada, en ocasiones, por los indios cahuillas (tribu del centro y sur de California) en las ceremonias

de iniciación a la adultez de los jóvenes varones (Lowel y Bourgeault 1989).

Nicotiana tabacum (tabaco), perteneciente a la familia *Solanaceae* y originaria de América del Sur, no constituye un psicoactivo como tal sino que actúa como un estimulante ligero; sin embargo, se encuentra relacionada etnológicamente con las ceremonias y rituales de los aborígenes, en compañía de otras especies, como ya se ha mencionado con anterioridad. Los indios americanos también han utilizado ampliamente el tabaco como medicina, en unturas, como antiparasitario y purgante, y como estimulante; le atribuían al humo el poder de ahuyentar a los espíritus. Se consideraba como una potencia sobrenatural misteriosa potente y fecundante (Ortiz 1983).

Existe otro producto vegetal, con propiedades alucinógenas, en el continente sudamericano y que ha sido descrito a través de los hallazgos arqueológicos en tumbas de un pueblo precolumbino denominado por los arqueólogos como cultura San Pedro, el cual tuvo su esplendor hace más de 1100 años (200-900 DC) en los oasis del desierto de Atacama, al norte de Chile. La planta se denomina vilca (no poseemos el nombre científico) y es un árbol cuyas semillas son ricas en alcaloides —dimetiltripramina, 5—metoxidimetiltripramina y 5—hidroxidimetiltripramina (bufotenina)—, todos psicoactivos de rápido efecto. Se desconoce la forma de obtener y preparar el polvo y en la actualidad se considera dicho árbol como de reciente introducción, lo cual es muy sorprendente.

Cornejo (1994), plantea que para este grupo humano tuvo una especial significación. Se calcula que la cuarta parte de los hombres la cosumían, dada la cantidad de artefactos encontrados como ajuar (han sido localizados en 612 de las más de 5000 tumbas investigadas); esto unido al hecho de las grandes huellas de uso que presentan los artefactos, permite inferir que la ingestión de esta sustancia debió ser algo habitual entre los miembros de estas culturas. Ellos consideraban las visiones obtenidas a través de la droga como una continuidad de la vida cotidiana.

Gran variedad de objetos han sido descritos, provenientes de entierros humanos en San Pedro de Atacama. Entre el rico ajuar que caracteriza a estos entierros se destaca los asociados al consumo de sustancias psicodélicas como lo son un tubo de madera, y una cucharilla de hueso o madera, pequeñas bolsas de cuero que contienen la sustancia, un pequeño mortero

de madera, espinas de cactus que eran usadas para limpiar el interior del tubo y un recipiente en forma de una pequeña bandeja de madera con mango conocida como tableta (Fig. 7). Cornejo estima, según analogías con pueblos coetáneos, que poseen ajuares similares, que el alucinógeno en forma de polvo grueso se extraía de la bolsa y se molía en un pequeño mortero hasta obtener una textura fina; luego con la espátula se depositaba la dosis adecuada en la tableta y se procedía a inhalarlo con el tubo por una de las ventanas nasales. La riqueza y variedad en los diseños con que eran decorados estos artefactos, sugiere el hecho de que hayan sido de confección y uso personal. La iconografía cargada de detalles parece recrear las visiones que tenían los individuos cuando se encontraban en estado de intoxicación.

Existen además otra serie de bebidas utilizadas como estimulantes menores, de larga tradición entre las comunidades primitivas americanas. Una de ellas es la producida a través de la planta *Paullinia cupana*; se pulveriza la semilla de la planta, se une con almidón para elaborar una pasta que se enrolla en forma de cilindro y se seca. Este preparado se denomina guaraná; también se prepara una bebida al mezclar esta pasta con agua. En el Brasil moderno aún goza de popularidad.

En la zona sur de Brasil, en Argentina y Paraguay existe una bebida muy popular que se prepara de forma tradicional, el mate. Es una infusión que se realiza a partir de la planta *Ilex paraguayensis* y se conoce que es consumida en esta región desde antes de la colonización española.

La base de la acción estimulante de estas bebidas lo constituye la cafeína que contiene, la cual es una xantina estimulante de todo el sistema nervioso central. En las dosis usuales la cafeína actúa principalmente sobre la corteza cerebral, aumentando el estado de alerta y disminuyendo la sensación de fatiga.



Fig. 5. Inhalador, espátula vómica y dujo utilizados en el rito de la cohoba. Fotografías tomadas de Caro (1977).

ALUCINÓGENOS DE LA REGIÓN CENTROAMERICANA

La región mexicana es otro centro de importancia en cuanto al uso de alucinógenos de procedencia vegetal por parte de las comunidades indígenas. Entre ellos uno de los más potentes es el proveniente del cactus *Lophophora williamsi*, de origen azteca, conocido vulgarmente como peyote. Este cactus es de tamaño pequeño y carece de espinas, crece silvestre en lugares secos, sobre riscos y pendientes de las rocas de la altiplanicie mexicana y la región sur occidental de Estados Unidos. El peyote se utilizaba y veneraba como panacea, como amuleto y como alucinógeno en las regiones montañosas del norte de México. Su consumo estuvo muy difundido entre los indios huicholes, que lo usaban con fines medicinales, para provocar visiones, para recibir mensajes proféticos y, colectivamente, el deseado estado de trance en los ritos.

La mezcalina es el principio activo del peyote y es la más vieja de las drogas con acción alucinógena primaria que se conoce, a la cual se le atribuye gran potencia alucinatoria, aproximadamente 0,02% de la que posee la lisérgida (LSD). En estudios realizados después de su aislamiento se plantea que los efectos que produce son comparables con los de un "paraíso artificial" y sobre todo una "orgía visual" (Bowman y Rand 1984).



Fig. 5 Pictografía de la Cueva de Borbón (Rep. Dominicana). Representa un grupo de aborígenes realizando el rito de la cohoba. Fotografía tomada de Caro (1977).

En México también es muy común en prácticas rituales indígenas el uso de hongos alucinógenos. Uno de los más importantes es el *Psilocybe mexicana*, llamado entre ellos teonanacalt (carne de dioses). Los principios activos de este hongo se denominan psilocibina y psilocina, los cuales son derivados de la lisérgida (LSD) y produce los mismos efectos que esta, por lo que constituye un potente alucinógeno.

Otra especie utilizada con los mismos fines que el teonanacalt por los aztecas fue el oliliuqui, el cual alternaban con el hongo en las épocas en que las condiciones ambientales no favorecían su crecimiento. El oliliuqui se extrae de la convulvúcea *Rive corymbosa* o de la *Ipomoea violacea*. El oliliuqui y otras semillas de otras convulvúceas contienen una mezcla de derivados y precursores del ácido lisérgico, del ácido isolisérgico y de la monoetilamina, que contiene un 5% de la potencia del LSD. Se plantea que el oliliuqui en pequeñas dosis provoca brillantez en la percepción visual, somnolencia y sueños sin efectos ulteriores (Bowman y Rand 1984).

El chocolate fue otra bebida que, aunque es un estimulante ligero, los mexicanos consideraban como sagrada. Proviene de la planta *Theobroma cacao* de la familia *Esterculiaceae* y es ori-



Fig. 7. Tableta rescatada de entierros en el pueblo San Pedro de Atacama (Chile), utilizada en prácticas psicodélicas. Fotografía tomada de Cornejo (1994)

ginaria de México central. Era una bebida que sólo era consumida por personajes de alta jerarquía; alimento asociado con la felicidad, que embriagaba a los protegidos por Quetzatcoatl y Xiuhtecuhtli y a los señores destinados a gobernar. Su poder era visionario; corazón, sangre, vida derramada para multiplicar lo vivo, volvía delirante al corazón, producía locura y era un estimulante de la pasión (Vilches 1994).

Como se ha visto, el uso de alucinógenos ha sido una costumbre muy antigua y muy difundida en las comunidades indígenas de América. Flores, ramas, cortezas de árboles, semillas, cactus y lianas han sido usadas en gran variedad de manifestaciones de estos pueblos; la medicina tradicional, ritos, ceremonias, fiestas y costumbres están llenas de ejemplos de su utilización. Esto ha venido a formar parte de su cultura, enriquecida además con la creación de innumerables artefactos de exquisita hechura, utilizados para fines ceremoniales y utilitarios relacionados con estos fines. Muchas de estas costumbres aún perduran y otras sólo se conocen a través de los registros arqueológicos, por lo que estas prácticas han venido a formar parte del folklore de estos pueblos.

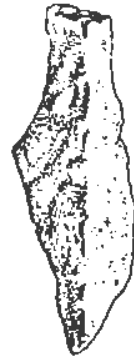
BIBLIOGRAFÍA

- Alain, Liongier (1985): *La Flora de la Española*. República Dominicana, Universidad Central del Este, San Pedro de Macoris.
- Bowman, W. C. y M. J. Rand (1984): *Farmacología, bases bioquímicas y patológicas, aplicaciones clínicas*. La Habana, Edición Revolucionaria, 2ª Edición.
- Bronwen, G. (1986): "La taxonomía de las malpigiáceas utilizadas en el brebaje del ayahuasca" en *América indígena*. México, Vol. XLVI, No. 1; enero-marzo.
- Caro, J. A. (1977): *La Cohoba*. Barcelona, Artes Gráficas Manuel Pareja.
- Cornejo, L. E. (1994): "San Pedro de Atacama. Demasiado mundo terrenal (DMT)" en *Mundo Precolombino*; Revista del Museo Chileno de Arte Precolombino, No. 1.
- Deive, C. E. (1978): "El chamanismo taíno" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. Santo Domingo, Num. 9, Antropología Sociocultural.
- División de estupefacientes de las Naciones Unidas (1982): "El ABC de las drogas" en *El Correo*, UNESCO, enero.
- Evans, R. (1986): "El desarrollo histórico de la identificación de las malpigiáceas utilizadas como alucinógenos" en *América indígena*. México, Inst. Indigenista Americano, Vol. XLVI.
- Guarch, J. M. (1988): "Leyenda de Taguabo y Maicabó" en *Diéresis*, Holguín, Año II, No. 1.
- Ledergerber, P. (1992): "El uso de la coca durante el periodo de desarrollo regional en el Ecuador" en *Prehistoria Sudamericana. Nuevas perspectivas*. Chile, Editado por Betty Meggers, Univ. Catol. del Norte.
- Lowell J. and L. Bourgeault (1989): *The Cahuilla*. New York, Philadelphia, General Editor Frank Poster III, Chelsea House Publisher.
- Makenna, D. et al. (1986): "Ingredientes biodinámicos en las plantas que se mezclan al ayahuasca. Una farmacopea tradicional no investigada", en *América Indígena*. México, Vol. XLVI, No. 1, enero-marzo.
- Naranjo P. (1986): "El ayahuasca en la arqueología ecuatoriana" en *América Indígena*. México, Vol. XLVI, No. 1, enero-marzo.
- Ortiz, F. (1983): *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Tabio, E. (1989): *Arqueología, agricultura aborigen antillana*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Vega, B. (1996): "Frutas en la dieta precolombina de la Isla Española" en *Ponencias del Primer Seminario de Arqueología del Caribe*. República Dominicana, Editado por Marcio Veloz y Angel Caba.
- Vilches, F. (1994): "Chocolate corazón" en *Mundo Precolombino*, Revista del Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Wilson, D. J. (1999): *Indigenous South Americans of the past and present: An Ecological Perspective*. United States of America, Westview Press.



APUNTES SOBRE LA FIGURA DEL MURCIÉLAGO EN LA ICONOGRAFÍA PREHISPÁNICA DE CUBA

CÉSAR A. RODRÍGUEZ ARCE

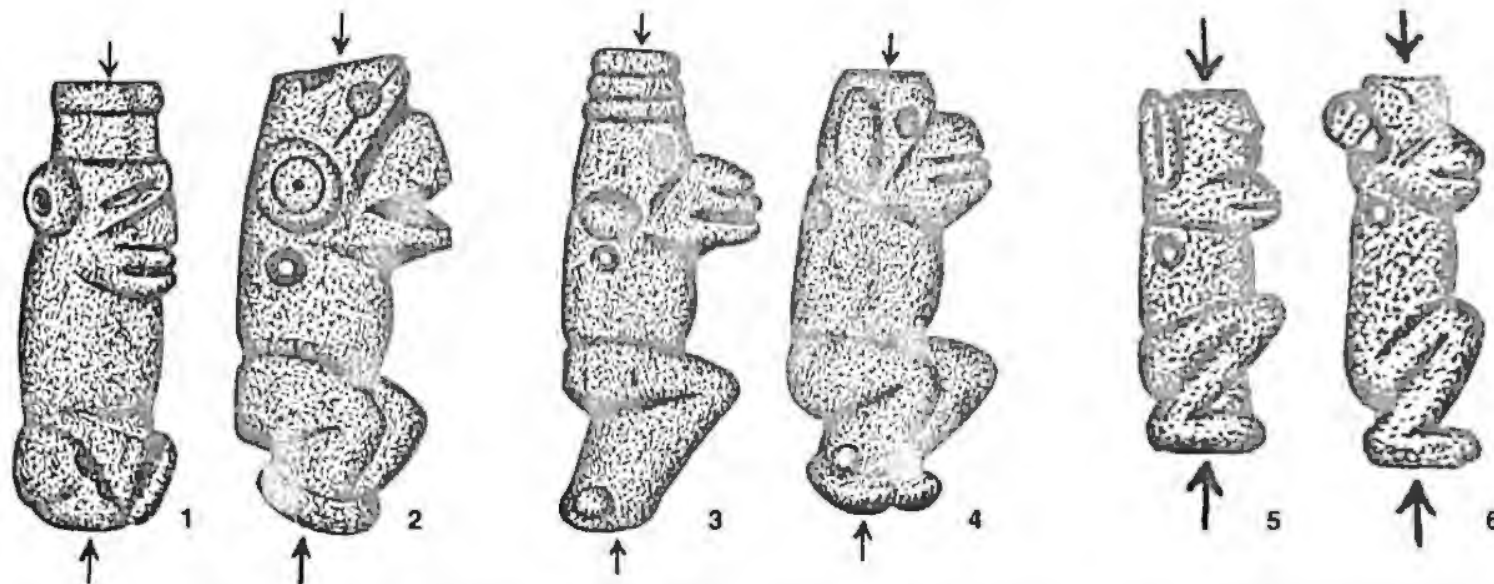


INTRODUCCIÓN

El mito se embriona y concreta en la imaginación humana, da salida a creencias, temores, sueños y supersticiones; otra raíz se encuentra en la naturaleza creada de seres de formas "raras" al ojo del hombre (Feijoo 1986: 9). Un largo proceso interpretativo origina la creación de nuevas formas, en las que se pueden perfilar figuras compuestas con partes humanas y de distintas especies de animales. Las mitologías del Viejo Mundo se ven expresadas en una amplia variedad de imágenes: los bueyes colosales con rostro humano de los asirios, la esfinge egipcia con cabeza humana y cuerpo de león y el centauro griego que representa un hombre caballo; una inagotable gama de extraños seres en la que caben el dios-vampiro de los zapotecas y la figura del diablo o Sata-nás que según la tradición medieval tiene alas de murciélago.

La figura del murciélago en representación realista abunda en las hechuras de los aborígenes de la etapa productiva de Cuba. Se encuentra en asas y aplicaciones decorativas de los paneles en variados recipientes de barro, en grabados sobre figuras planas y también en petroglifos y pictografías (Fritot 1950). Sin embargo este trabajo no se propone analizar esas piezas, las cuales han sido tratadas en diversos estudios arqueológicos, deseamos prestar atención a otras figuras no menos conocidas, hasta el momento no relacionadas con los quirópteros, que es posible sumar a los fetiches mitad hombre y mitad animal del panteón antillano.

Entre las expresiones de isomorfismo de irrefutable valor demostrativo hay un ídolo de Santo Domingo en el que el artista combinó extremidades y tronco de perro con una cabeza humana, ejemplar asociado por Arrom a Opiyelguobiran, ya que se ajusta a la descripción que Pané hizo de ese cemí (Pané 1990: 46). En Cuba apareció una pieza elaborada con similar maestría, en la que se integran extremidades y cuerpo de batracio con una cabeza humana; desafortunadamente, a esta joya artística, conocida como ídolo de Bayamo aún no se le ha encontrado un significado simbólico (Dacal y Navarro 1972).



Se trata de creaciones originales, completamente vinculadas con la fauna autóctona de nuestro continente americano, que al ser analizadas en conjunto refuerzan el criterio de que estos aborígenes no sólo trataron de copiar la realidad, sino expresar sus ideas de ella y sus creencias religiosas.

MATERIA PRIMA

Al revisar las 19 piezas que constituyen el objeto de este trabajo se vio que todas estaban elaboradas en cuarcita, lo cual es revelador del preciado sentido que pudieron tener para los indígenas, pues el relato de Las Casas en su *Apologética Historia de las Indias* dice: "Ciba llamaban a todas las piedras y cibas las cuentas por excelencia, como cosa que tenían por muy preciosa y de gran estima". Y también el de Angleria en *Décadas del Nuevo Mundo*: "De ella obtuvo unas piedrecitas de mármol a las que llamaban cibas. Estos collares los tienen por sagrados los reyes hasta el día de hoy".

Considerando ambos postulados se distingue claramente que la cuarcita tenía un valor mágico-religioso, lo cual se pudiera entrañar al hacer un paralelismo con los aztecas, quienes "algunas piedras las tenían por emanaciones de los dioses, impregnadas de virtudes que daban y alargaban la vida (MacKenzie 1924).

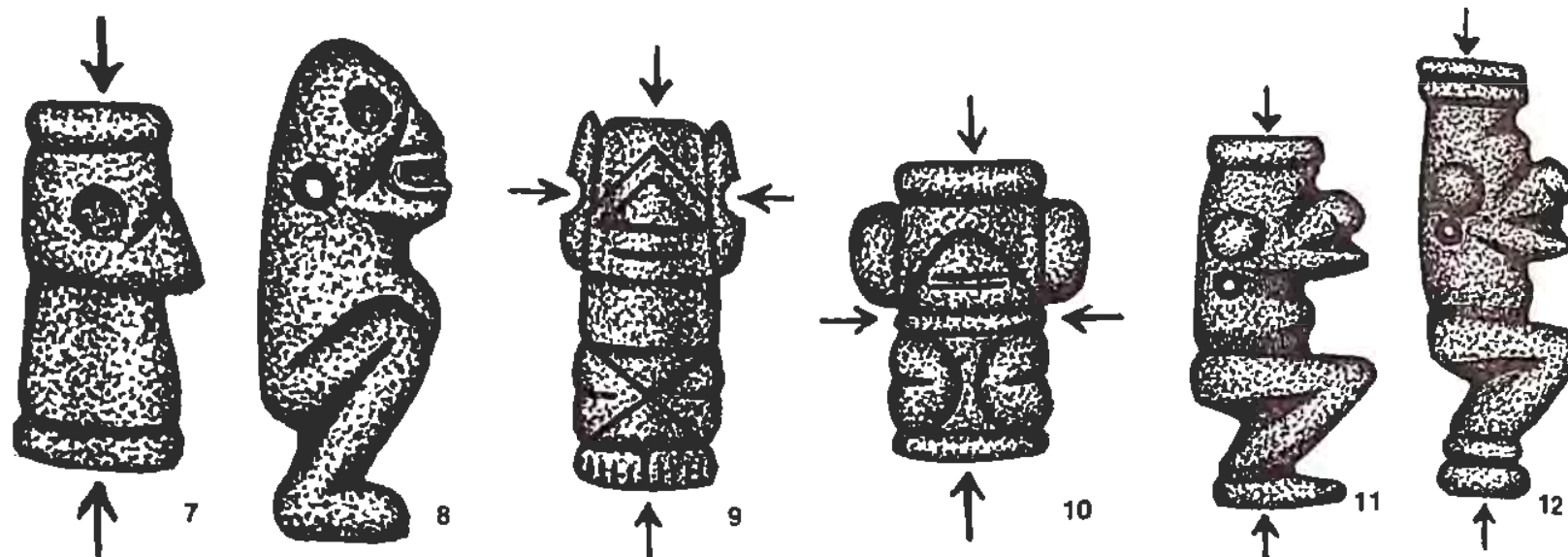
Se puede presumir que los objetos realizados en este material, de difícil manejo, pero con una potencial perdurabilidad, no debieron tener sólo una función suntuaria sino más bien protectora.

Todas las piezas halladas en Cuba presentan una coloración blanca con sólo ligeras variantes en su tonalidad, ya que las excepciones, dos especímenes, uno negruzco y otro rojizo, al ser examinados con detenimiento, revelaron que el primero fue afectado intensamente por el fuego y el segundo al parecer estuvo un largo tiempo depositado en un terreno altamente ferruginoso.

LOCALIZACIÓN

Estos amuletos aparecen con frecuencia en las Antillas y en las Bahamas, son tan numerosos que sólo en el museo del Indio Americano, de Nueva York, se exhibe una serie de ocho piezas (Arrom 1975: 66).

En nuestro país hemos podido observar 19 ejemplares, seis de los cuales pertenecen a la provincia de Guantánamo, 12 a la de Holguín, específicamente al municipio Banes, y uno a Pinar del Río. De lo anterior se destaca la inobjetable profusión que tuvieron estas piezas en el territorio banense y de forma general en la parte oriental de la isla; el singular reporte pinareño representa un hallazgo de enigmática procedencia, dados los límites de dispersión de los grupos de economía productiva en nuestro país.



Es muy significativo que todas estas imágenes, hasta las halladas más distantes unas de otras, las de República Dominicana, las aparecidas al occidente de Cuba y las de North Caicos, en las Bahamas, poseen un asombroso parecido.

DIMENSIONES

Por lo general las figuras alcanzan un tamaño comprendido entre los 10 mm y 60 mm, y son más frecuentes las que oscilan entre 20 y 40 mm.

En lo formal, hay que resaltar la combinación de elementos realistas e imaginativos que se observan en estos idolillos acucillados, denominación que se le ha dado comúnmente en los estudios arqueológicos, lo cual denota una estrecha correspondencia con el medio y la forma de vida de los aruacos. Por ello, mostraremos algunos caracteres de su composición general que nunca serán deformados y que al parecer eran el resultado de arraigadas tradiciones étnicas.

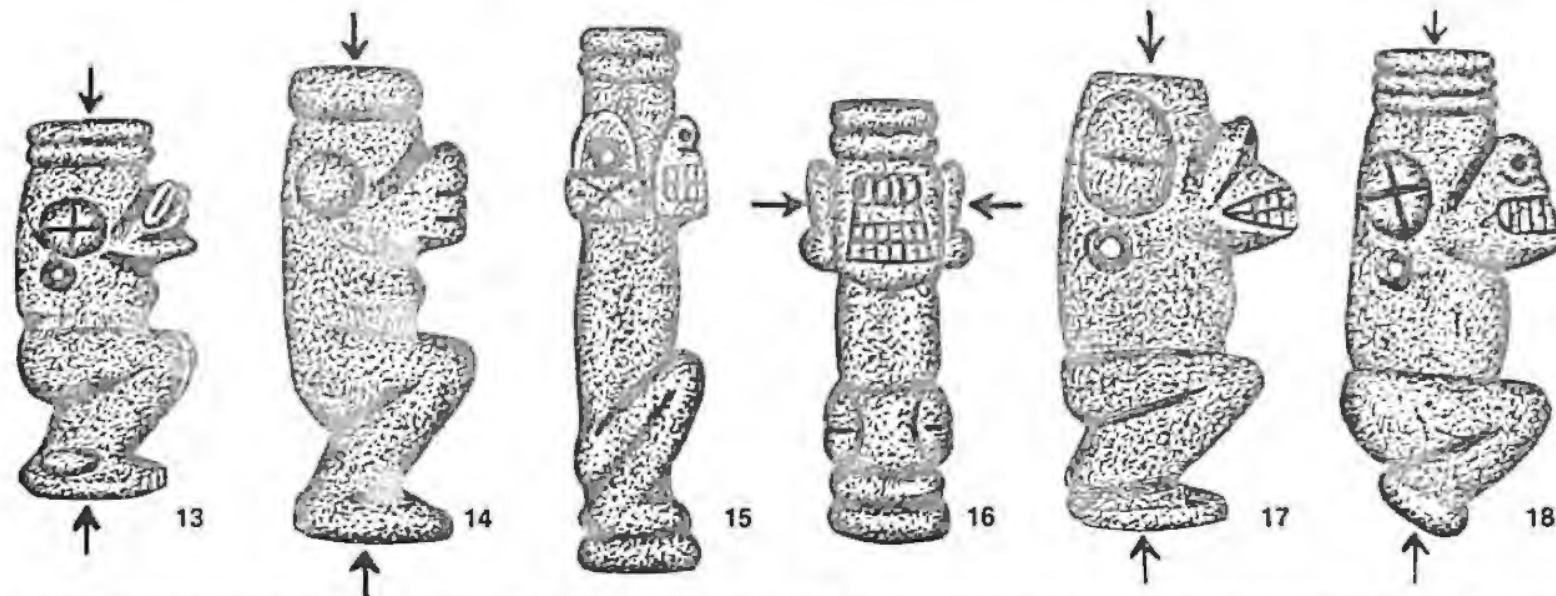
- La posición acucillada del ídolo se corresponde con las costumbres de los aruacos de tomar esa postura en las actividades sociales.
- La desnudez también responde a las costumbres de los aruacos, entre los cuales, las vestimentas eran apenas usadas.

Los rasgos de murciélagos son perfectamente asociables con la fauna del medio en que vivieron estos individuos desde los territorios continentales; se considera que una gran parte de los murciélagos insulares partió del continente, a través de la misma vía que los aruacos.

El isomorfismo entre el hombre y el murciélago se refleja en estos ídolos de original diseño, al integrarse en una sola pieza un cuerpo antropomorfo y un rostro de quiróptero. Esta imagen vista de este modo, confirma cierto politeísmo presente en los aruacos, así como la ausencia de dioses representados en forma totalmente animal; tanto en los mitos como en las evidencias arqueológicas se revela el lugar central que había ganado el hombre en la mitología de estos grupos étnicos, pues las figuras de animales adquirieron un carácter antropomorfo.

El turbante o adorno tubular que ostentan algunas piezas (1, 3, 7, 10, 11-16, 18 y 19) parecen tener función decorativa, principio de ornamentación que también se manifiesta en otros iconos, casi siempre en la parte superior de la cabeza, lo que evidencia el uso de adornos en esta cultura.

A continuación describiremos los detalles que nos han permitido relacionar estas imágenes con el murciélago, a partir de la parte superior de la figura.



La ausencia de ojos en 13 de los ejemplares permite hacer una formulación tentativa. Esto puede ser consecuencia de la observación insuficiente de los aborígenes, ya que en numerosas especies de murciélagos las estructuras oculares son apenas perceptibles; en contraste con esto, aparecen 5 ejemplares cuyos ojos se representan por pequeños orificios redondos (2, 3, 4, 7 y 8), los cuales al parecer constituyen representaciones más realistas y completas de la morfología del murciélago. En la pieza No. 1 se observan dos incisiones que se inclinan en su parte superior hacia la región rinocular, lo que ha sido interpretado universalmente como una representación de los ojos cerrados.

La región del hocico quizás sea la que refleje con mayor fuerza el parecido intencionalmente naturalista con el murciélago, pues en ella destacan los nostrilos (piezas 13, 15, 16 y 18), carácter que es inherente a este orden biológico, y dos surcos que corren como continuación de los labios y se insertan en la porción de los nostrilos, otra característica hasta ahora solamente observada en algunas especies de quirópteros.

Otro rasgo anatómico distintivo es la hojuela nasal que ostentan determinados murciélagos, la cual se ha podido ver representada en algunas piezas cubanas (piezas 11 y 12) aunque a decir verdad la pieza de Bahamas es la que mejor lo refleja. La proyec-

ción hacia la parte superior del hocico de algunos murciélagos es otro indicio que realfirma las analogías.

Por último, la representación de grandes orejas en algunas especímenes que en ocasiones llegan hasta el borde superior de la testa coincide totalmente con el rasgo morfológico de algunas especies de murciélagos, los cuales por ese detalle han sido denominados orejudos (piezas 4, 5, 6, 9, 10, 15, 16 y 17).

Entre los pormenores de carácter funcional de estos cemíes está la perforación que los cruza de pies a cabeza, ya que la misma solamente aparece en estos ejemplares. Se puede considerar, al menos para los 19 que aquí presentamos, como un detalle invariable que sumaremos a los caracteres arquetípicos.

De la perforación se han extraído diversas hipótesis para explicar su uso: Primero, que haya sido realizada para emplear este numen como objeto inhalador, por la forma tubular del turbante que en algunas piezas aparece y cuyo tamaño se ajusta a las ventanillas nasales. En nuestro caso, la interpretación es refutable, pues la mayoría de los artefactos de nuestra colección no servirían para este uso, tanto por el diámetro de su testa como por la longitud del cuerpo. Segundo, alternativa quizás más ingeniosa, utensilios para la inserción de plumas, también descartable, ya que las pequeñas dimensiones no lo permitirían; por otro lado, la so-



lemnidad de la imagen haría poco probable el acompañamiento del referido plumaje.

En cuanto al turbante mencionado en párrafos anteriores quisiéramos indicar que la presencia de ese motivo en otros númenes se ha interpretado como un elemento asociado con la jerarquía y solemnidad del icono.

Otro aspecto de carácter enigmático que se reitera en el prototipo es la ausencia de brazos. Al respecto, Arrom conjetura que la "ausencia de extremidades superiores pudiera explicarse como el último paso en el proceso que progresivamente reduce los brazos desde la estilización extrema hasta la total extinción".

Como es conocido, los gemelos Boynayel y Márohu se encuentran indistintamente con brazos y manos a pesar de que en algunas piezas solamente aparecen insinuados. Por otra parte, las manos ciertamente por la posición que ostentan parecen estar atadas, símbolo de la alternada función de los gemelos, que respondería a desatar a Boynayel para que lloviera y a Márohu para que ofreciera un tiempo despejado. En nuestro caso, los idolillos nunca aparecen con brazos, lo cual, dado el carácter simbólico de estas extremidades, hace pensar que no eran esbozados para impedir que este dios jamás ejerciera su función, tal vez porque siempre fuera dañina.

CATEGORÍA MORFOLÓGICA DE LOS QUIRÓPTEROS QUE SE DISTINGUEN EN LOS IDOLILLOS COLGANTES ACUCILLADOS

Especies con hojuela nasal	Categoría trófica
<i>Artibeus jamaicensis parvipes</i> , Rehn, 1902	Frugívora
<i>Phyllops falcatum</i> , Gray, 1839	Frugívora
<i>Macrotus waterhousei minor</i> , Gounlach in Peter, 1865	Frugívora
Con surcos supranasales	
<i>Artibeus jamaicensis</i>	
<i>Phyllops falcatum</i>	
<i>Noctilius leporinus mastivus</i> , Vahl, 1797	
Características cefálicas comunes de los murciélagos que se observan en los idolillos	
Orejas grandes y alargadas	
Ojos poco perceptibles	
Presencia de nostrilos	
Nariz gruesa y proyectada hacia arriba	

INDAGACIONES PARA ESCLARECER SU SIGNIFICADO SIMBÓLICO

A pesar de que algunos pasajes mitológicos recogidos por Pané explican la participación de animales en importantes sucesos cosmogónicos y antropogónicos —tal vez por omisión del propio Pané, quien confiesa haber tenido imprecisiones en su labor de recopilación—, algunos animales no aparecen en su valiosa relación. Sin embargo al estar el murciélago ampliamente reproducido en las ornamentaciones que presentan tanto los objetos rituales como los utilitarios, es de suponerse que los mismos constituían para estos aborígenes elementos importantes dentro de sus creencias mágico-religiosas.

El murciélago, por sus hábitos nocturnos y ser habitantes de las cavernas, ha sido identificado por los arqueólogos (Herrera Frítot 1950; Suro 1966; Vega 1976 y García Arévalo 1977) como posi-

bles representaciones míticas de los opías o espíritus de los muertos (Arévalo 1983).

A pesar de que no consideramos desacertada la identificación realizada por los investigadores anteriormente citados, deseamos sugerir que su representación, tanto realista como estilizada quizás responda a otros motivos. Por ello deseamos reflexionar en lo que plantea Paul Wethen cuando expresa: "El mundo prehispánico recurre con preferencia al animal para traducir de forma sensible y palpable su concepto de la deidad".

Aunque estos ídolos han sido estudiados con anterioridad por diversos autores, llama la atención que no crearan un efecto compulsivo dada la irrefutable fealdad de su composición. El cura de los Palacios (Bernández 1959: 266) describe algunas de las cosas que trajo Colón: "[...] Trujo entonces el almirante muchas cosas de allá de las del uso de los indios, coronas, carátulas, cintos, collares y otras muchas cosas entretejidas de algodón y en todas figurando el diablo en figura de gato o de cara de lechuza, u otras peores figuras."

En el contexto del relato es evidente que se trata de piezas en las cuales habían representado imógenes al parecer horrendas, con ligeras semejanzas con determinados animales, sin que se atisbara en aquellos rostros la figura humana, la cual de haberse reflejado debió ser de forma distorsionada.

La expresividad de las figuras habla que considerarla de acuerdo con la función que desempeñaban. Este era el caso de la expresión demoníaca de los ídolos; representaciones de deidades sumamente temidas a las que había que aplacar (Cassá 1974).

Al detenernos en un exhaustivo examen de las figuras que producen una honda impresión relacionada con la muerte, tanto en las de expresión iracunda como en las que simplemente combinan características del murciélago, observamos que la gran mayoría constituyen objetos de uso personal, probablemente amuletos (así lo confirman las perforaciones transversales). La posesión de estos objetos se debe relacionar con el dominio de la magia y la religión; se puede interpretar que mediante la representación del espíritu o la divinidad, vinculada con quien la porta, le transmitiría a este individuo facultades que le permitirían dominarlas.

Tratar de darle a este numen su pleno sentido sería una labor demasiado osada; no obstante, a la luz de las anteriores indagaciones pudiéramos conjeturar que quizás represente algún espíri-

tu maléfico, que por razones desconocidas, desafortunadamente, los cronistas no recogieron en sus relatos.

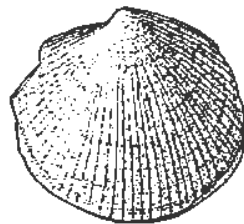
Todos estos elementos demasiado elocuentes para ser ignorados, evidencian que la controvertida figura del murciélago y estas nuevas piezas con ellos relacionadas requieren de profundos y más amplios estudios que permitan recuperar el sentido oscuro a determinadas creaciones artísticas de los pueblos que alcanzaron mayor esplendor en las Antillas.

BIBLIOGRAFÍA

- Angloria, M. (1944): *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires, Editorial Bajel, T. I.
- Arévalo, M. (1983): *La cultura taíno*. España, Sociedad Estatal de Ejecución.
- Arrom, J. J. (1975): *Mitología y artes prehispánicas de Las Antillas*. México, Siglo XXI.
- Bernández, A. (1959): *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*. Madrid, Aguilar.
- Cassá, R. (1974): *El taíno de La Española*. Universidad Autónoma de Santo Domingo, Vol. CLXV.
- Dacal, R. y E. Navarro (1972): *El ídolo de Bayamo*. Universidad de La Habana.
- Feljo, S. (1986): *Mitología cubana*. La Habana, Edit. Letras Cubanas.
- Frlot, R. (1950): "Arquetipos zoomorfos en las Antillas Mayores". La Habana, en *Boletín de Historia Natural de la Sociedad Felipe Poey*. La Habana, Vol. I, No. 3.
- Las Casas, B. (1909): *Apologética historia de las Indias*. Madrid, Nueva Biblioteca de Autores Españoles.
- MacKenzie (1924) en *Mitología y artes prehispánicas de Las Antillas*. México, Siglo XXI.
- Pané, R. (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- Silva, G. (1979): *Los murciélagos de Cuba*. La Habana, Edit. Academia.

EL ABORIGEN, LA HISTORIOGRAFÍA Y LA NACIONALIDAD CUBANAS

MARÍA NELSA TRINCADO



Los largos procesos históricos que concluyen en la formación de la conciencia nacional de un pueblo atraviesan por diversos momentos que implican, en mayor o menor medida, el reconocimiento de sus raíces constitutivas y, por tanto, de sus componentes culturales. Pero la autoconciencia de la existencia como pueblo con personalidad propia no puede enmarcarse sólo en el examen formal de sus partes, a la manera de simple ejercicio intelectual, sino que estos deben ser concebidos en la conciencia social como origen digno, susceptibles de ser asumidos en toda su magnitud con la majestad implícita en la validez de su propia existencia.

El reconocimiento de la nacionalidad no es, pues, una simple vuelta a las raíces; es la búsqueda de las raíces para su necesaria reafirmación como pueblo, con expresión igual en el concierto de las naciones. Concebidas en estos términos, no es casual que las guerras de liberación nacional en nuestra América fueran precisamente el punto culminante de un movimiento ascendente de autoestima, que se manifestó en la exaltación de valores éticos como la dignidad, capacidad de sacrificio, desarrollo intelectual similar, superior o igual validez de las tradiciones culturales que lo tipificaban y que se explicitan en los enfrentamientos militares, muchas veces victoriosos, frente a los poderes tenidos hasta entonces por indestructibles. Es en las luchas de liberación nacional donde nuestros pueblos reconocen en sí mismos su pertinencia para la existencia soberana. Ahora bien, la exaltación de estos valores requiere de una indagación que va más atrás en el tiempo; búsqueda que, en el concepto de orígenes, requiere del rescate de una existencia anterior y diferente a la de los colonizadores.

Tradicionalmente el origen de nuestra nacionalidad está referido a los inicios de la consolidación de una burguesía que comienza a expresarse, con mayor o menor fortuna, entre finales del siglo XVIII y principio del siglo XIX. Es entonces que va tomando corporeidad el patriciado criollo en ascenso, al calor de la creciente diferenciación entre sus intereses y los de la opresora metrópoli. Pero este criollaje, insertado en el contexto colonial es aún débil;

esa debilidad se evidencia en el reiterado afán de identificación con la ascendencia europea, negadora de otras referencias culturales y étnicas consideradas por ella como inferiores; rechazo que se fundamenta en su doble condición de clase explotadora de esclavos y aborígenes y descendientes de los conquistadores que despojaron a estos de sus tierras.

Su creciente desarrollo económico, consolidado al calor del poder colonial, se fundamentaba de una u otra forma, en la exaltación de las tradiciones culturales de la metrópoli y la ostentación de su ascendencia europea. Así pues, la afirmación de la burguesía cubana en el contexto cultural del Viejo Mundo es expresión de su debilidad, porque presupone la negación de las raíces consideradas por ella carentes de la validez necesaria para servirle de sustento a su proyecto de ascenso político y social. A esto hay que agregar que la condición de propietario le viene del brutal despojo de los amerindios y de su descendencia europea que propician la sujeción al mismo poder que pretende sustituir.

En el otro polo de la sociedad, el aborígen y el negro se hermanaron tempranamente, víctimas por igual del poder que resquebrajó en América el inmenso conjunto de pueblos que en ella florecían, de la perfidia de las encomiendas y de los horrores del tráfico negrero y la esclavitud.

Dueño de un medio geográfico desconocido para el esclavo recién llegado de la metrópoli o de África, el aborígen le enseñó al negro el camino hacia el palenque, le transfirió su conocimiento milenario del nuevo mundo vegetal y, junto a ello, un código de referencias en que se fundamentaba el reconocimiento de este mundo material. En cuanto al negro, obligado a abandonar su mundo físico, geográfico y cultural, se apropia con rapidez de los nuevos sistemas referenciales que le transfería el amerindio al que le debió, además, en el nuevo ámbito isleño, las formas de defensa contra la intemperie, los principios que rigen en la región para la navegación costera, sus conocimientos medicinales a partir de las propiedades curativas de la flora autóctona y su conocimiento del ámbito caribeño; entorno que será retomado siglos más tarde por el independentismo cubano, obligado a largo peregrinar después de El Zanjón que contribuyó a consolidar los vínculos entre los revolucionarios en búsqueda de un nuevo esfuerzo por la independencia.

El legado del aborígen, evidenciado en la aprehensión de un mundo diferente que los nuevos pobladores se vieron obligados a asumir como propio, contribuyó al fortalecimiento de las relaciones

del criollo (blanco o negro) con su exterioridad y, con ello, contribuyó al desarrollo de estrechos vínculos con la tierra en que nacieron y que traspasaban los límites del país mismo para insertarse en el ámbito caribeño; concebido este como una extensión de la isla, como lugar de estar, casi como continuación de la patria. Esos fuertes nexos con el Caribe, peculiares de casi todo el largo período colonial, se aflojaron, en lo que a Cuba respecta, durante los primeros cincuenta años de República; aquí, amenazada la nacionalidad por otra entidad opresora, y sumida en una nueva situación colonial, la burguesía se evadió de su medio, es decir, de sus raíces, para dirigir la mirada en otra dirección, esta vez hacia el Norte y, con ello, debilitó los asideros con su propia tierra.

En este contexto, el legado aborígen participa, de una u otra manera, en el necesario rediseño cultural que blancos y negros se vieron obligados a realizar cuando se insertaron definitivamente en su contexto. Directa o indirectamente, el aborígen penetró en las raíces mismas de nuestra nacionalidad al participar de los largos siglos de esclavitud, los movimientos de rebeldía desencadenados contra los amos, la persistencia de los palenques, las guerras independentistas de la pasada centuria; en fin, en todo nuestro quehacer histórico. Enraizado en nuestra forma de ser y de pensar, en nuestra naturaleza como país, la negación del acervo cultural del aborígen y del negro corren parejos con la negación de la cubanidad. Cuando la débil e incipiente burguesía criolla negaba la pertinencia histórica de ambos factores, validaba la dominación que la aherrojaba, al ser incapaz de asumirse en toda la dimensión nacional que supone la existencia histórica propia.

El siglo XVIII aparece, generalmente, en nuestra historiografía tradicional, como expresión de un débil reconocimiento de la cubanía que se explicitaba, junto a otros factores de diversa índole, en el surgimiento de una historia y literatura vernáculas cuyo punto más alto lo fue la obra de Martín Félix de Arrate (1701-1765): *La llave del Nuevo Mundo, antemural de las Indias Occidentales*. Obra de obligada referencia donde se exaltan los valores del criollaje en ascenso que, en ocasiones, alcanza los tonos de verdadera apología; pero, lo que generalmente se olvida, es que sus frases encomiásticas lo son sólo sobre aquellas virtudes susceptibles de parangonarse con los patrones europeos, lo que equivale a negar los componentes nacionales no españoles que son, en definitiva, los que la matizan y dotan de una personalidad distinta a la del poder opresor.

Esta oligarquía criolla, de la que Arrate es una de sus expresiones más relevantes, se sustentaba política y económicamente en el despojo de que fue víctima la población aborígen durante la conquista. Entonces, validar social y culturalmente al indígena implicaría, en primera instancia, negar los derechos adquiridos por el acto de la conquista y aceptar, por esta clase social emergente, la existencia de un primer y mejor derecho.

No es, pues, de extrañar, que para Arrate la población aborígen fuera: "pusilánime o demasiada inclinada al ocio, buscando por remedio contra la indispensable necesidad del trabajo la última desesperación de ahorcarse" (Arrate 1964: 19) aunque, desde luego, estos eran preferibles a los negros que estaban: "expuestos constantemente a ser engañosos y nocivos a los amos, por la rudeza y barbarie casi común a todos, y a la mala condición y viciosas costumbres de muchos de ellos" (Arrate 1964: 40).

Más lejos fue Francisco de Arango y Parreño (1765-1837) que en su famoso "Discurso sobre la Agricultura en La Habana y medios de fomentarla" (1791) negaba pertinencia histórica al período anterior a la ocupación británica de La Habana en 1762, al tiempo que incentivaba la entrada masiva de esclavos para asegurar la abundancia de la mano de obra necesaria para el salto azucarero que se aproximaba (Arango 1952). Con estas aseveraciones, Arango casi borró de un plumazo todo el período histórico transcurrido entre 1492 y 1762 (nada menos que casi tres siglos). A partir de entonces, el aborígen no fue más que una curiosidad histórica, sin expresión real en nuestro acontecer sociocultural. En cuanto al negro, pasó a la simple categoría de vehículo para la producción de mercancías que le garantizaba el poder económico a esta clase, autoconsiderada como la única y suprema representación de los cubanos que nacía. Estas exclusiones iniciales eran demostrativas de su congénita debilidad, al utilizar, como único elemento referencial de afirmación, los cánones culturales de ascendencia europea.

Esta visión empobrecida en los procesos de emergencia de la cubanidad, que se fueron consolidando con el tiempo, provocaron la desestimación de los estudios arqueológicos en nuestro país durante la pasada centuria. Mientras que en Europa surgía y se desarrollaba la arqueología como una aproximación a las raíces de los pueblos que pretendían exaltar, en América en general y en Cuba en particular, esta languidecía a la manera de curiosidad, tal como se evidencia en los trabajos de Miguel Rodríguez Ferrer.

Hacia 1830, el movimiento reformista en Cuba inició un intenso rescate de nuestra historia que, necesariamente, condujo a una acuciosa búsqueda en los archivos, la edición de varias obras hasta entonces inéditas, la intensificación de la labor literaria, etc., las más de las veces auspiciada por la Sociedad Económica de Amigos del País. Pero, en lo que se refiere a los orígenes no europeos, fue la literatura la que inició la avanzada con el "ciboneyismo".

El "ciboneyismo", criticado por muchos, y no sin razón, por su perenne sustracción de la realidad circundante, validó su pertinencia al exaltar un sistema referencial diferente al europeo; aunque la imagen idílica que proyectaba del aborígen poco o nada tenía que ver con la realidad histórica.

Ejemplo particular lo fue José Fornaris (1822-1890), de exclusiva connotación romántica sin intención historizante alguna. En su contraposición entre la debilidad del aborígen, desposeído por la fuerza y ascendiente del criollo, y este, en lucha contra el opresivo poder colonial —además de que poco o nada tenía que ver con el conocimiento de las culturas de nuestros primeros pobladores— dejó una incongruente comparación bipolar entre dos mundos que, en lo que al aborígen respecta, sólo movía a la conmisericordia e idealización.

Si bien fustigaba a España por los bárbaros métodos de conquista que condujeron a la desaparición de esta raza, nos da una imagen doliente y frustrada del aborígen, que poco podía servir como elemento de cohesión para la confrontación con el poderío colonial que se avecinaba.

Digno de mención en este período lo es Domingo Delmonte (1804-1853), del que ha dicho José Antonio Portuondo, al referirse a los moldes clásicos por él utilizados, que resultaba un "Empeño literario que puede ser expresión de aquel otro afán político de los patricios de encerrar en moldes españoles, bajo su custodia, la realidad distinta del país" (Portuondo 1960: 27).

La conflagración, iniciada el 10 de octubre de 1868 en La Demajagua, consolidó el creciente proceso de autoestima del pueblo cubano y, aunque no culminó con la independencia, durante los largos años de contienda se produjo un creciente hermanamiento de blancos y negros que vivieron y sufrieron en la misma trinchera. Los sufrimientos de la guerra y la búsqueda común, fortalecieron las fuerzas centrípetas de la sociedad, y condujeron a las clases populares a los más altos peldaños del Ejército Libertador.

Caso insólito hasta entonces en nuestro panorama insular, fue la Protesta de Baraguá contra lo pactado por la burguesía en El Zanjón y que dejaba inconclusa la obra de la independencia. Contra estos acuerdos se irguió Antonio Maceo que, al oponerse a los acuerdos de esta paz vergonzante, con viril gesto, consolidó las posiciones y el respeto hacia los sectores más discriminados de la sociedad, y le dio al negro, en el que de alguna manera se diluyó la cultura amerindia, carta de ciudadanía.

Las luchas por la independencia nacional de la pasada centuria no sólo se expresaron en la participación del negro en la contienda, en paridad con el blanco, que hasta entonces monopolizaba la representación del país, sino que, al mismo tiempo, se iniciaban las luchas por el rescate de los valores nacionales en su sentido más amplio. En los años posteriores al Pacto de El Zanjón se desarrolló una tenaz lucha de los distintos sectores y clases de la sociedad en busca de justicia, que se polarizó en las más diversas esferas entre los polos progreso-reacción. Particular interés tuvo en este sentido la confrontación virulenta en la entonces recién fundada Sociedad de Antropología. En 1892, durante las celebraciones por el cuarto centenario de la conquista de América, las pasiones llegaron al clímax cuando se discutía la pertinencia del rescate de nuestro acervo aborigen.

No por casualidad Martí encarnó, al mismo tiempo, la posición política más radical de América, a la par que la comprensión más integradora de nuestra culturas. En una de sus obras más maduras, "Nuestra América", reconocía el carácter mestizo de los países "al sur del río Bravo", así como la existencia de diversos factores formativos. Con reveladora lucidez sintetizó el significado de los diversos componentes socioculturales de nuestra América y las urgencias del rescate y redimensionamiento de nuestros elementos constitutivos: "Con los pies en el rosario, la cabeza blanca, y el cuerpo pinto de aborigen y de criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones [...]" (Martí 1963: 18).

La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de la soberbia de las capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importancia masiva de las ideas y fórmulas ajenas, *del desdén impolítico e inicuo de la raza aborigen* —por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república en lucha contra la colonia (Martí 1963: 19).

Este escudriñar en la pertinencia del pasado indígena, que iba más allá del simple reconocimiento de la justicia en abstracto, se

interesaban en el complejo proceso de las urgencias políticas de su época —y de todas las épocas— cuya solución se evidenciaba como imprescindible para la supervivencia latinoamericana.

La validez de la América indígena no era para Martí una simple disquisición intelectual; era, sobre todo, una necesidad política frente al inminente peligro de absorción que la amenazaba. Era necesario el reconocimiento de la propia historia para que sirviera de basamento a repúblicas fuertes y equilibradas, enraizadas en sus elementos constitutivos más sólidos.

En el propio artículo "Nuestra América", se refería a la importancia del rescate de los avatares de nuestra historia en los siguientes términos:

La historia de América, de los incas acá ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria [...] Insértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas (Martí 1963:18).

Inspirador y artífice de la segunda contienda libertadora iniciada el 24 de febrero de 1895, cuyo programa presuponía la instauración de una república radical y democrática asentada en el reconocimiento de las peculiaridades de nuestro pueblo, la temprana muerte de Martí fue factor trascendental en la frustración de la independencia nacional.

Buena parte de la burguesía cubana, privada del sostén que representaba el poder colonial y temerosa de las fuerzas populares que habían tomado conciencia de su propio valer durante las tres contiendas independentistas de la pasada centuria, auspició la injerencia extranjera para sostener su mundo en precario. Al tiempo que sustituía su esquema cultural y político europeo por el más seguro de los descendientes de los anglosajones, se deshacía del compromiso histórico, contraído durante las guerras de liberación, con negros y mestizos, y del pasado indígena.

Fue la actitud de estos sectores de la burguesía una acción desnacionalizadora cuya expresión historiográfica más alta fue *Cuba y su evolución colonial* (1907), del anexionista Francisco Figueras, publicada en plena segunda intervención norteamericana cuando, al parecer, la nación naufragaba definitivamente.

Del examen de las condiciones morales y físicas (refiriéndose a la población aborigen de Cuba y las Antillas) puede desde luego deducirse:

[...] que los ciboneyes eran un pueblo o muy cerca o ya dentro de la esfera de la degeneración, que con la fuerza irresistible del remolino, arrastra a su total extinción a las especies o a las razas condenadas a desaparecer por la ley inexorable del progreso [...] El conquistador español se encargó de la ejecución de esa tendencia (Figueras 1907: 148-149).

En lo que a la población negra o mulata respecta, aumentada por la indiscriminada trata, provocaba que:

[...] además de ennegrecemos la población de Cuba en su conjunto, se ennegrecía cada vez más la población blanca en particular. El fruto del cruzamiento de las dos razas, en cuanto lograba quebrar un tanto el color, estirar un poco el pelo, ovalar algo la cara y afinar hasta cierto punto las facciones, pretendía plaza en las filas de los blancos, plaza que nadie, por otra parte, se atrevía a negarle, porque un secreto instinto a todos advertía que la conquista, la colonización y la esclavitud los había unido y contaminado a todos en el mismo pecado original (Figueras 1907: 173).

A diferencia del patriciado criollo primero, y cubano después, de los siglos XVIII y XIX, que otorgaba plena vigencia a los patrones étnicos y culturales hispanos y de cuya descendencia se enorgullecía, para Figueras: "El español actual no dista mucho de aquel otro español del siglo XV que —según Camoens— se creía el mejor y sólo era el más rudo, bravío y fanático de los pueblos" (Figueras 1907: 14) y agregaba, páginas después:

[...] pusieron a los españoles de entonces a la zaga de un loco visionario, tan fanático y tan aventurero como ellos, el cual, dando pábulo a las flaquezas de su carácter, los metió en la obra de colonizar y gobernar pueblos, empresa enteramente prematura para quienes habían sólo comenzado a desenvolver sus medios y recursos, y completamente ajena a la índole de un pueblo que, a despecho del tiempo transcurrido desde entonces, no ha aprendido a armonizar todavía en su gobierno el orden con la libertad (Figueras 1907: 154).

Así, la crisis nacional que durante el gobierno interventor de Magoon provocó el nuevo auge anexionistas de los sectores más reaccionarios del país, condujo no sólo a la negación de los elementos constitutivos no europeos, sino de la propia hispanidad, hasta entonces único asidero teórico para consolidar su hegem-

nía, pero que ahora resultaba molesta para sus propósitos de entrega incondicional a las nuevas metrópolis.

Sin embargo, a pesar de la existencia de estas fuerzas centrifugas que tendían a la desintegración, se cohesionaron otras tendencias que apuntaban a la conservación de la cubanía, fenómeno que se explicitaba en el reconocimiento de los valores de "lo cubano" como expresión de las raíces más profundas de nuestra historia.

A inicios de los años 20 se recrudeció la crisis internacional como secuela de la conclusión de la Primera Guerra Mundial, fenómeno que repercutió en la vida económica y social de Cuba. Al calor de estos procesos se produjo un fuerte movimiento intelectual que se proyectaba por nuevos rumbos. Al tiempo que crecía la crítica que cuestionaba la situación política de entonces, a la que se enfrentaron en larga y desigual contienda, fueron al rescate de los valores fundamentales de la cubanía.

Estas búsquedas necesariamente debían iniciarse, como lo fueron, con el acercamiento a los principios martianos. Paralelamente, este rescate requería de un acercamiento a las raíces de nuestro pueblo. Este movimiento, que en el plano científico e intelectual, fue encabezado por Don Fernando Ortiz, logró demostrar en su laboriosa y enciclopédica obra la existencia de hilos conductores que permitían el reconocimiento del papel desempeñado por aborígenes y negros como elementos forjados de la nacionalidad cubana y, con ello, negaba los arcaizantes y reaccionarios criterios sobre la existencia de sociedades y hombres superiores e inferiores al reconocerles pareja dignidad a la del conquistador europeo. Lo cubano, formado por elementos culturales y étnicos indígenas, africanos y europeos no es, en su resultante histórica, ninguno de ellos en particular, sino que se fragua en la conjunción de todos para dar lugar a una nueva expresión nacional.

Así, a pesar de las agudas crisis sociales, la nacionalidad cubana se reafirmaba en estos años en que, conjuntamente, se iba preparando el camino que más tarde desembocaría en la revolución por nuestra segunda independencia.

Fue precisamente en estos años de reconocimiento integral, que se desarrolló un creciente interés por la arqueología aborigen y en que esta surgía en nuestro país como ciencia. A pesar de las limitaciones propias de todo comienzo, la arqueología era una búsqueda en nuestra raíces que se integraba a las demás búsquedas en lo político, lo social y lo cultural.

Si bien es cierto que en estos años iniciales la arqueología estuvo preñada de los defectos inherentes al positivismo, cuyo punto culminante fue el establecimiento y aceptación general de los patrones tipológicos del arqueólogo Irving Rouse, también lo es que en ese período creció el interés por los estudios de las culturas de nuestros primeros pobladores y comenzó el desarrollo de la investigación científica, que coadyuvó, de manera fehaciente, a demostrar la profunda inserción de los componentes indígenas y africanos en las raíces de nuestra cultura.

Entre las décadas que transcurrieron entre 1920 y 1950 proliferaron los esquemas teóricos sobre las diferencias y particularidades de nuestras comunidades primarias; al tiempo que proliferaban los descubrimientos, descripciones y hallazgos de la más diversa índole. Al calor del desarrollo de las investigaciones arqueológicas y al interés creciente sobre estas temáticas, vio la luz la Junta Nacional de Arqueología que, bajo la égida de don Fernando Ortiz, proyectaba y estimulaba estos estudios.

Los problemas de las culturas aborígenes, consideradas hasta entonces casi como una curiosidad, pasaban al primer plano científico, fenómenos que se explicitaba no sólo en el creciente número de publicaciones, sino, de manera señalada, con su inclusión en las temáticas de los Congresos Nacionales de Historia promovidos y auspiciados por Emilio Roig de Leuchsering.

El advenimiento de la nefasta dictadura de Batista en 1952 pareció cortar de cuajo el impetuoso movimiento ascendente de las investigaciones históricas y culturales. Al sumirse Cuba en un nuevo y más poderoso movimiento revolucionario que rebasó los estrechos límites del derrocamiento de la tiranía, necesariamente el país se enfrascó, de consuno, en el rescate de los más sanos valores nacionales y, con ello, inició un proceso transformador de toda nuestra sociedad.

El triunfo revolucionario de 1959 y el inicio de profundas transformaciones sociales en la Isla, permitieron acometer con mayores bríos el rescate de nuestras raíces históricas como expresión más acabada de la consolidación de nuestra nacionalidad.

La fuerza emergente del proceso revolucionario, a pesar de las luchas internas y externas, ha permitido el estímulo creciente de la investigación en las ciencias sociales al canalizar energías hasta entonces desconocidas, en virtud de la incorporación masiva de todos los componentes de la sociedad hasta entonces excluidas. Al calor de este proceso, se reiniciaron rápidamente los tra-

bajos de campo y laboratorio en arqueología por parte de las Universidades de Oriente y La Habana, a las que se unió, en 1962, la Academia de Ciencias de Cuba que, desde su fundación, incluyó la investigación arqueológica, presidida por el ilustre científico cubano Ernesto Tablo Palma. Este poderoso movimiento permitió, en breve tiempo, iniciar las labores de rescate de los valores de nuestro acervo aborígen.

Durante estos años, el desarrollo de los estudios arqueológicos en Cuba permitieron profundizar en el conocimiento de nuestros aborígenes, no sólo como parte integrante de la cultura cubana sino como primora expresión de lucha contra las fuerzas extrañas y disolventes desencadenadas por la conquista. Partícipe del proceso integrador, primero junto al europeo y el negro, la investigación de las peculiaridades culturales e históricas de los primeros pobladores, adquiere nueva importancia a la luz de una más amplia y coherente visión de la cubanidad.

Marzo de 1988

BIBLIOGRAFÍA

- Arango y Parreño, Francisco de (1952): *Obras*. La Habana, Publicaciones de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación.
- Arrate, Martín Félix de (1964): *Llave del Nuevo Mundo, antinatural de las Indias Occidentales*. La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.
- Figueroa, Francisco (1907): *Cuba y su evolución colonial*. La Habana, Editorial Isla, S. A.
- Martí, José (1963): *Obras Completas*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, T. 6.
- Portuondo, José Antonio (1960): *Bosquejo histórico de las letras cubanas*. La Habana, Ministerio de Educación, Dirección General de Cultura.

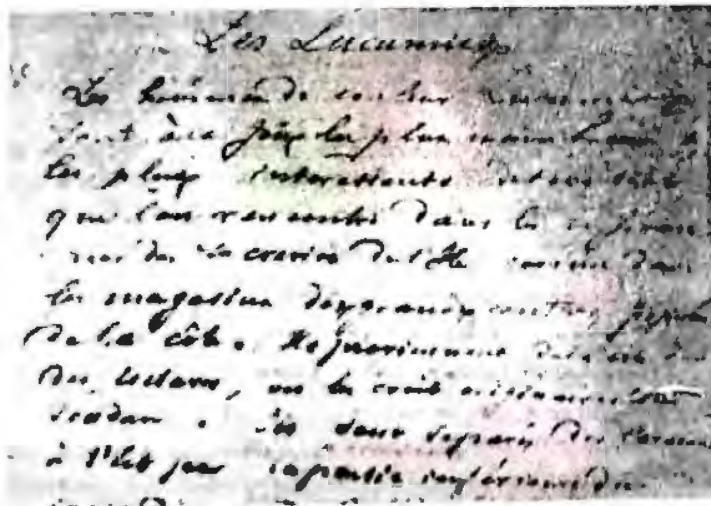


Pioneros de la antropología caribeña

HENRI J. DUMONT PRECURSOR DE LOS ESTUDIOS ANTROPOLÓGICOS EN CUBA

MANUEL RIVERO DE LA CALLE

Fotos: originales de la colección del Dr. Dumont



Fragmento de un manuscrito de Dumont

El francés Henri J. Dumont fue una de las figuras más interesantes de la antropología cubana del siglo pasado y precursor, sin lugar a dudas, de esta ciencia, tanto en nuestro ámbito como en el Caribe. Sin embargo, este hombre que tanto hizo por la antropología y la medicina, es desconocido y sus publicaciones e investigaciones no han sido valoradas en todo su alcance.

Henri Joseph Dumont nació en París el día 23 de septiembre de 1824, en el barrio de Saint-Honoré, hijo de un comerciante de telas, razón por la cual posiblemente la familia debió de haber disfrutado de cierta holgura económica, que con posterioridad facilitaría los estudios del joven parisién. Desconocemos dónde hizo sus estudios de primaria y secundaria, pero es presumible que los realizara en la propia ciudad de París, en cuya universidad, y presionado posiblemente por intereses familiares, se graduó de licenciado en leyes en 1845, cuando contaba 21 años de edad. Sin embargo, a pesar de que ingresa en la Cámara de Abogados de París y se hace además notario, su verdadera vocación, como veremos más adelante, sería la medicina, ciencia en la que se destacaría años después. Del ejercicio de su profesión como abogado no volveremos a encontrar noticias a todo lo largo de su vida.

En agosto de 1859, Dumont se gradúa de doctor en medicina en la Universidad de París, y durante los años 1860 y 1861 trabaja junto al célebre profesor Juan Bautista Boullaud, quien tanto influiría en su formación dentro de esta ciencia.

En 1862, Dumont se traslada a Estrasburgo, famosa por su catedral gótica, en cuya universidad, en el mes de agosto, obtiene el grado de doctor en cirugía, con la tesis "Des amputations primitives ou retardées a la suite de coups de feu". En la propia universidad, y 5 meses después, aspira como profesor agregado a la cátedra de medicina propiamente dicha y a la de medicina legal, con la tesis "Des maladies virulentes et miasmatiques en général", que al igual que la anterior se publica en Estrasburgo en 1862.

Por esta publicación sabemos que es en este año cuando el gobierno francés lo comisiona para el estudio de la fiebre amarilla



en México, a donde habían llegado las tropas francesas de ocupación desde 1861. Pero antes de partir hacia ese país, Dumont deja tres trabajos más que son publicados igualmente en 1862.

Creemos que así como en su trabajo sobre las enfermedades virulentas y miasmáticas, está el origen de su vocación por los estudios epidemiológicos, en su obra sobre cuestiones de medicina legal, debe de estar, sin lugar a dudas, el germen de su vocación por los estudios antropológicos. Vemos en estos dos trabajos como ya Dumont, antes de partir para el continente americano, está en posesión de amplios conocimientos médicos,

y tiene publicaciones dentro de las especialidades que posteriormente van a constituir su campo principal de trabajo, tanto en México como en el Caribe.

En 1863 llega el doctor Henri Dumont a México, y trabaja fundamentalmente en la zona de Veracruz, donde atiende a los soldados franceses allí acantonados. En esta cálida ciudad mexicana es donde adquiere la fiebre amarilla al mes de encontrarse trabajando, la cual evolucionaría finalmente hacia el cólera. Su estado es de tal gravedad que siete médicos lo dictaminan como mortal. Felizmente, Dumont rebasa la crisis y meses más tarde lo vemos ya recuperado y enviando algunos reportes de sus investigaciones a la Academia de Ciencias de París.

Después de 14 meses en México, Dumont embarca hacia Cuba donde ha de permanecer aproximadamente tres años; comienza sus actividades como médico, posiblemente después del mes de septiembre, ya que fue en dicha fecha cuando el Gobernador Civil de la colonia hubo de solicitar a la Universidad de La Habana se le autorizara ejercer su profesión en atención a que "[...] Dicho profesor viene comisionado por el gobierno francés y elegido por la Fa-

cultad de Medicina de París como profesor aventajado para estudiar la fiebre amarilla en estas regiones [...]". Se le eximió del examen de suficiencia para ejercer la profesión y del pago de todo derecho. Este permiso le fue prorrogado por el propio Gobernador, y a instancias de la Universidad, en diciembre de 1866.

En La Habana, el doctor Dumont hace contacto con los médicos cubanos más prominentes de la época, especialmente con el doctor Nicolás José Gutiérrez, de cuyos méritos científicos y actividades como fundador y presidente de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, nos hizo un interesante recuento el doctor Gregorio Delgado García.

Es tal la admiración que el científico cubano despierta en el médico francés, que después de referirse a este, en carta que envía a Cuba desde Puerto Rico, le llama "mi querido maestro". Otros médicos con los cuales establece relaciones de amistad y trabajo son: Juan Oxamendi y Desprez, Marcos de J. Melero y Rodríguez, Ignacio Plasencia y Lizaso, José Beato y Dolz, Manuel Vargas Machuca y González, José A. Reynés y Alart, Luis M. Cowley y Valdés Machado, e inicia también relaciones científicas con Felipe Poey y Aloy, esa figura tan prestigiosa de las ciencias naturales cubanas.

En el mismo año de su llegada a Cuba, Dumont es nombrado corresponsal de la Academia de Ciencias, de lo cual nos han dejado constancia en los anales de la institución los doctores Mestre y Muñoz.

Todo parece indicar, de acuerdo con los datos que tenemos, que los trabajos médicos de mayor importancia los realizó en la provincia de Matanzas, en los ingenios azucareros La Granja y Conteo, de Cárdenas; Los Atrevidos, de la jurisdicción de Colón;



La Rudée, cerca de Coliseo; y La Paz, de la jurisdicción de Matanzas. Conocemos también que en el ingenio La Granja permaneció del 15 de agosto al 10 de septiembre de 1865. De su estancia en dicho lugar proviene su primer trabajo publicado en Cuba: "Investigaciones generales sobre las enfermedades de las razas que no padecen de fiebre amarilla y estudio preliminar sobre la enfermedad de los ingenios de azúcar, o hinchazón de los negros y chinos", realizado en colaboración con el doctor Miguel Bravo Senties, publicado en Cárdenas en 1865, que lamentablemente se ha perdido. Este texto fue presentado por el doctor Dumont a la Academia de Ciencias en abril de 1866, posteriormente apareció en el Tomo II de los anales de la institución.

Es en 1866 cuando Dumont redacta su obra "Antropología y patología comparadas de los negros esclavos", que enviaría años más tarde desde Puerto Rico a La Habana, para presentarla en 1876 en un concurso de la Academia de Ciencias. El trabajo original, con una extensión de 276 páginas, fue presentado con el título "Hombres de color de origen africano que viven en la isla de Cuba: Antropología y patología comparadas". El mismo iba acompañado

de un mapa, fotografías y dibujos que conformaban un total de 30 ilustraciones.

Por la importancia que tiene esta obra y por el hecho de constituir el primer trabajo antropológico realizado en Cuba, vamos a analizar algunos aspectos de la misma.

En el primer capítulo, "Revisita histórica sobre la colonización de Cuba", ofrece una serie de datos referentes a las distintas razas que han habitado nuestro país; se detiene en un breve examen de los descendientes de nuestros aborígenes, sentenciando, muy acertadamente, que donde más abundaban era en el departamento oriental del territorio cubano, hecho que más tarde hemos

tenido oportunidad de corroborar, sobre todo entre un grupo numeroso que vive en el municipio de Yateras, al nordeste de Guantánamo, Oriente.

Dumont pasa en el capítulo siguiente a relacionar los diferentes grupos de la raza negra llegados a nuestro país de distintas regiones de África, y más adelante, siguiendo el mismo orden, ofrece sus observaciones antropológicas y médicas. Los grupos que él enumera, de acuerdo con un mapa confeccionado por el geógrafo cubano Esteban T. Pichardo, y que nunca llegó a publicarse, son los siguientes: mandinga, gangá, lucumí, mina, carabalí, congo y macuá.

El trabajo antropológico propiamente dicho se inicia en el libro con una descripción de los mandingas. Como ejemplo de la forma en la que él trabajó esta parte de su obra, veamos la descripción de algunas de las características de este grupo:

Son de gran talla, fuerza muscular y mirada inteligente y simpática a la vez [...] Su frente no es abultada, ni estrecha, ni fugitiva; es más bien ancha. Sus pómulos son salientes, pero la nariz es poco aplanada, los labios poco prominentes, no están caídos en la forma característica que se ve tan a menudo en la fisonomía de los lucumís. Sus dientes no están tallados como en los congos [...]

Aquí el profesor se refiere a características que presentaban no solamente estos grupos, sino, en especial, los carabalíes que practicaban la mutilación de los incisivos centrales superiores, como una costumbre bastante extendida. A la misma se refirió el doctor Fernando Ortiz en el año 1927, cuando habló de los afrocubanos dientimellados, que en 1973 nosotros estudiamos en detalle en un cráneo procedente de la región de Guane, en Pinar del





Río, y en un grupo de esqueletos del cementerio de negros esclavos del antiguo central Taoro, al oeste de la ciudad de La Habana.

A continuación, Dumont ofrece el estudio antropométrico de una joven mandinga de 22 años denominada María, y cuyo nombre africano era Aicheta. Nos brinda su estatura, 13 parámetros craneo-faciales y 12 postcraneales, y las principales medidas de los segmentos de las extremidades superiores e inferiores. Siguiendo esta misma norma realizaría un estudio de un negro gangá, llamado Fernando, pero en este caso agrega otros diámetros que no había inclui-

do en el caso anterior, como son las circunferencias del tórax y de la cintura, la anchura de la cadera, la longitud del muslo, y las circunferencias del puño y del tobillo. Con una metodología similar nos ofrece mediciones de una negra lucumí, llamada Genoveva, a la que le aplica 27 parámetros; de Juana, una negra macuá de 25 años, nos brinda 15; de Eugenio, un negro mina de 50 años, nos da 22; de Gumersindo, un negro congo cabinda, nos da 23 parámetros; y de Lorenzo, un negro, también macuá, de 40 años, solamente 17. Dumont estudia en total 7 individuos, de los cuales 4 son masculinos y 3 femeninos. No explica cuál es la técnica que utiliza al realizar las mediciones, y algunas medidas son de difícil interpretación, especialmente las de la cabeza. Las de la cara, tórax y extremidades son equivalentes a las que actualmente se emplean en los trabajos comunes de somatometría. No debemos, sin embargo, olvidar que estos estudios los realizó en 1866, es decir 40 años antes que la Convención Internacional de Mónaco realizara la primera unificación de las medidas craneométricas y cefalométricas.

Llama la atención que Dumont, a pesar de haber trabajado en

total con 50 parámetros, nunca llegó a utilizar en una persona más de 27, que es el caso de Genoveva. Esto dificulta cualquier estudio comparativo por sencillo que quiera hacerse, ya que la única medida que le fue tomada a todos los sujetos fue la longitud de la mano y la altura de la nariz. Debemos destacar, sin embargo, el gran mérito de Dumont de haber traído a Cuba estas técnicas en una época tan temprana del desarrollo de nuestras ciencias biológicas, y que tuvieron que pasar 34 años para volver a tener nosotros algunos datos antropométricos de nuestra población adulta, mediciones que no fueron realizadas en Cuba, sino en el gimnasio de la Universidad de Harvard, en Estados Unidos, cuando en el verano de 1900, un grupo de 973 maestros cubanos fueron llevados a dicha institución con fines de formación profesional.

En 1932 se efectúa la primera investigación somatométrica en Cuba, en una gran muestra de adultos, cuyos resultados aparecen en el trabajo aún inédito del doctor Frederick Hulse "Comparative Anthropometry of Cubans and Andalusians", y en el cual se incluyó a 22 individuos de la raza negra.

Otro estudio antropológico realizado por Dumont, fue el del ángulo sacro-vertebral, que nos define una curvatura muy típica de esta raza, especialmente en el sexo femenino, de la cual creemos que no se haya realizado un estudio reciente con datos comparativos somatométricos.

Los tatuajes fueron igualmente estudiados por Dumont. De estos nos dejó descripciones y en algunos casos dibujos que aparecen en el manuscrito original, y aunque nuestro biografiado decía carecer de aptitudes para el dibujo, lo cierto es que en algunas de esas ilustraciones que se han conservado se aprecia el esmero con que están realizadas.



El doctor Dumont igualmente estudió la dentición, presencia de caries dentarias, el cabello, señalando su color y longitud, y efectuó el examen estetoscópico de sus casos, en especial los pulmones y el corazón. En este trabajo encontramos también datos sobre la textura de la piel y otras anomalías que él, como médico y antropólogo, observó. Estudió también características psíquicas y de la conducta social de la población negra por él investigada, en las que, a veces, sus criterios se ven prejuiciados por las ideas sociales y médicas de la época.

Es importante destacar que el médico francés estudió también desde el punto de vista antropológico el cráneo de una persona de origen negro, muerta por tuberculosis, al cual le aplicó un total de 27 parámetros, 21 correspondientes a la parte cráneo-facial y 6 al maxilar inferior. Este cráneo lo utilizó además para realizar un estudio comparativo con un europeo y otro aborigen, aplicándoles el peso y la capacidad craneana. De ellos, el congo y la europeo aparecen ilustrados en la edición que se hizo de esta obra en la *Revista Bimestre Cubana* (1915-16), no así el aborigen, el cual, al parecer, Dumont nunca llegó a retratar o dibujar, lo cual es muy

lamentable pues hubiera servido para identificar el espécimen, que por otra parte, por toda una serie de datos que nosotros tenemos, pensamos que fue uno de los que recolectó en 1847, en las cuevas de Maisí, Oriente, el geógrafo español Miguel Rodríguez Ferrer.

Este estudio comparativo ha permanecido inédito, pues Dumont, al realizar la segunda copia del original, suprimió la parte correspondiente al estudio métrico, y sólo copia lo referente a la morfología de los cráneos negro y europeo que se conoció con la publicación de la *Revista Bimestre Cubana*, en traducción que realizara el doctor Israel Castellanos.

Luis Montané y Dardé, que

durante su estancia en París fue un colaborador destacado del doctor P. P. Broca, uno de los fundadores de la escuela francesa de antropología, al evaluar la obra de Dumont, junto a sus colegas y compañeros miembros de la Academia de Ciencias de La Habana, doctores Miguel Riva y Antonio Mestre, nos dice entre otras cosas:

De cualquier modo nuestro distinguido corresponsal tendrá siempre el mérito de haber inaugurado los estudios antropológicos en Cuba, y por este único título, si otras muchas cualidades de su trabajo no lo hubiesen recomendado a nuestra ilustre distinción, la comisión os pide, señores, el premio para la memoria de Mr. Dumont.

La primera parte termina con una clasificación de los negros según su religión, algunas costumbres y hábitos de estos en su continente nativo, observaciones sobre la navegación, el comercio, la industria y lenguas, y concluye el aspecto antropológico del libro con un cuestionario médico en lengua lucumí, donde se recogen 53 expresiones.

En la segunda parte de la obra, "Patología comparada", el doctor Dumont, nos presenta el estudio de los queloides traumáticos, el de las lombrices de la tierra, la elefantiasis, describe la autopsia de un fallecido por causa de esta enfermedad y presenta dos casos más. Su estudio incluye, además, datos sobre las deformaciones de las extremidades inferiores, su diagnóstico, pronóstico y el tratamiento ortopédico de un caso de desviación articular, para el cual diseñó un aparato, que mejoró al paciente extraordinariamente.

Incluye a continuación un cuadro de la población negra de Cuba, según el censo de 1861-62, una comparación racial de





la longevidad relativa, datos sobre la natalidad y mortalidad de las razas negra y blanca, proporción de enfermos en cuanto a la sordomudez, la ceguera, la demencia y la lepra. El libro termina con una estadística criminal comparada de los distintos delitos acaecidos en el año 1862, en la que aparecen los chinos con la proporción más alta que es de 1,36% en relación con los europoides que es de 0,26 y en los esclavos de 0,04.

Un aspecto que merece realce es su preocupación por dejar representados en su obra los distintos tipos físicos por él estudiados. Gracias a este desvelo disponemos hoy de un grupo de fotografías que consti-

tuyen documentos valiosísimos, ya que, a pesar de haber sido tomados hacia 1865, conservan aún gran cantidad de detalles. Estas fotografías, según creemos, son las únicas que se conservan de la población original africana llegada a Cuba en el siglo pasado.

Las personas que fueron retratadas son las siguientes: un negro lucumí de 50 años; una mina de igual edad; una negra gangá de 26 años; un grupo de lucumíes; un mandinga; una lucumí y su esposo mandinga; una gangá de 55 años y otro de 40; un caraball de 43; dos muchachas congas, una de 22 y otra de 30; un grupo de 7 negros congos, trabajadores del antiguo canal de Vento, y que correspondían a distintas regiones del Congo; un congo muzumbo; un congo momboma, de 15 años de edad; un angoleño de 16 años; otro congo, trabajador de un depósito azucarero de Cárdenas, provincia de Matanzas; un grupo de mujeres congas; otra foto de una mujer conga con su pequeña hija; una negra macuá de 25 años, trabajadora del central Toledo; un negro macuá de 40 años, empleado del mismo ingenio y, finalmente, una paciente con queloides y un caso de elefantiasis, así como dos fotos de la prótesis que le fue aplicada a un negro congo de 16 años.

Debemos de considerar que todos estos retratos ocasionarían al médico francés un gasto importante de dinero, pues según nos deja constancia Francisco Mota en su historia de la fotografía en Cuba, en la ciudad de La Habana eran escasos los establecimientos fotográficos, y por constituir una moda de la época, así como un entretenimiento de la burguesía criolla, resultaban muy caras.

Esta obra de Dumont ha tenido muy poca difusión, y prácticamente sólo se conoce en medios especializados. La edición de 1922, al parecer fue muy limitada, y en la actualidad este libro en nuestras bibliotecas está considerado como raro. Creemos que sería una buena contribución al estudio de la cultura de origen africano en Cuba y el Caribe la publicación de una nueva edición de la misma, que incluiría, como lo hizo la *Revista Bimestre Cubana*, las fotos ya mencionadas, mas algunas pocas que aún permanecen inéditas, y que hemos podido encontrar en los manuscritos originales de la misma que poseo el Departamento de Antropología de la Universidad de La Habana.

Esta obra de Dumont fue conocida por los miembros de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba, ya que hay referencias a la misma en las actas de la sesión efectuada el día 12 de enero de 1879.

El doctor Henri Dumont, después de permanecer más de dos años en Cuba, se trasladó a la isla de St. Thomas, posiblemente a finales de 1866, para estudiar la epidemia de cólera desatada allí. Luego, y con iguales propósitos científicos, pasó a Guadalupe donde permaneció en cuarentena 21 días, por proceder de una zona infectada. De sus trabajos en estas islas envía informes a París. Después visitaría la ciudad de Georgetown, en Guyana, capital que en aquella época se denominaba Demerara, por el río que la



atravesada; este fue su único contacto con un país del continente sudamericano. En 1867, cuando contaba 43 años de edad, pasa a Puerto Rico, donde su labor como médico alcanzaría el mayor realce; más que un médico fue un verdadero mecenas. Así vemos que transforma su casa de Yauco en hospital. Su labor como galeano fue muy amplia, abarcó una extensa área del territorio de la isla. Funda un segundo hospital en Yauco, y cuando un incendio destruye esta instalación, la reemplaza por otro en Guayama. En Coamo, donde vive después, convierte su residencia en sitio de asilo de enfermos incurables.

Dumont, en Puerto Rico practicó todas las especialidades médicas, especialmente la cirugía. Nunca perdió el contacto con Cuba, y los amigos y colegas médicos que aquí dejó fueron receptivos a sus consultas e informes. Si revisamos los *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, encontraremos 23 publicaciones y notas de su autoría, acerca de temas tales como fiebre amarilla, sífilis, hemiplejias, tumores, tuberculosis, etc. Todos estos trabajos y las experiencias que adquiere de sus curaciones en la isla fueron reunidos en su libro

Ensayo para una historia médico-quirúrgica de la isla de Puerto Rico, que fuera publicado en La Habana, en 1875, en dos volúmenes. Por esta obra, que fue presentada a la Academia de Ciencias, Dumont recibe en ese mismo año el premio Goyri, que había sido establecido por don Francisco de Goyri, en 1874, para premiar memorias destacadas sobre las enfermedades de los países cálidos.

En este texto, muy elogiado por Antonio Mestre y otros médicos cubanos, hay frecuentes menciones a sus investigaciones en Cuba, así como a las autopsias que practicó en Cárdenas y en La Habana. Por cierto, muchas de estas autopsias sirvieron, en más de una oca-

sión, para confirmar los diagnósticos realizados por el médico cubano Félix Giralt y Figarola, profesor de clínica médica de la Universidad de La Habana, por quien Dumont sentía gran admiración.

Dumont en su libro de Puerto Rico, habla también de algunos arácnidos cubanos que producen dolorosas picaduras, como el guabá y el alacrán, del cual dice que era muy abundante en los campos. Esta obra del médico francés es igualmente muy rara, y en nuestro país, al parecer, sólo existen dos ejemplares: uno en la Biblioteca Nacional José Martí y otro en la biblioteca del museo Carlos J. Finlay de la Academia de Ciencias.

Hay un momento en su trabajo de Puerto Rico en el cual Dumont aparece ligado en cierta forma al doctor Carlos J. Finlay, por el deseo del médico francés de conseguir en La Habana una prótesis ocular que no hallaba en Puerto Rico, y que nuestro sabio logra localizar en La Habana. De esto hay constancia en una nota que Antonio Mestre pone al final de una carta que le enviara Dumont y que está fechada en el hospital de Caridad de Guayama el 11 de mayo de 1872.

En reconocimiento por la notable labor de Dumont en Puerto Rico el gobierno francés le nombra Caballero de la Legión de Honor, condecoración que le fue enviada en 1876, dos años antes de su muerte, acaecida el 3 de octubre de 1878, a los 64 años.

Dumont se interesó en Puerto Rico por los estudios arqueológicos, cosa que no hizo en Cuba, quizás porque en nuestro país trabajó en regiones que en aquella época eran muy pobres en hallazgos de esta índole; para entonces, sólo se conocían las zonas de Maisí y Morón, y algunos otros sitios explorados por Miguel Rodríguez Ferrer, como el de Vertientes, en el sur de Camagüey, donde se encontró la célebre mandíbula de Puerto Príncipe.

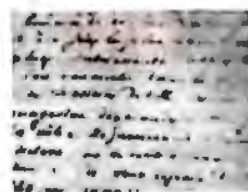


A partir de sus investigaciones arqueológicas, Dumont publica una pequeña monografía de 32 páginas titulada *Investigaciones acerca de las antigüedades de la isla de Puerto Rico (Borinquen). Piedras encontradas en las excavaciones; y costumbres de los antiguos indios, primeros habitantes de dicha Isla*. El trabajo está dedicado a la memoria de Jorge Latimer y firmado en Arroyo, el 24 de marzo de 1875; por cierto que, para respetar un deseo expreso de Latimer que poseía la colección que sirvió de base al trabajo, tuvo que esperar hasta la muerte de este. Sabemos, por una carta dirigida al doctor Antonio Mestre con fecha 3 de marzo de 1873, que el médico francés realizó los dibujos de las piezas más significativas, pero los mismos se han extraviado y, al menos, en la edición hecha en La Habana en 1876, que creemos fue la única, no aparece ninguna ilustración.

La publicación consta de cinco partes. La primera se titula "Mesa de Piedra del Indio" y, según Dumont la describe, se trata de una piedra, al parecer de origen indio, que estaba colocada en el lecho de un río, y al ser golpeada producía una resonancia semejante al sonido vibrante y metálico de los cañones de grueso calibre. La piedra, con numerosos dibujos borrados, parece haber sido un petroglifo. La segunda parte se denomina "De la religión y prácti-

cas religiosas de los antiguos indios indígenas de Puerto Rico". Aquí Dumont describe algunos de los cemíes de piedra por él encontrados y se queja del silencio que acerca de los mismos tuvo el escritor fray Íñigo Abbad, quien escribiera una importante obra de historia sobre Puerto Rico. La tercera parte es llamada "Rasgos distintivos, carácter, usos y costumbres de los aborígenes de Puerto Rico". En esta sección Dumont recoge las características físicas de los indios, sus principales hábitos y costumbres. En la parte cuarta, "De las enfermedades señaladas por los antiguos historia-dores de la isla de Borinquen", nos ofrece datos sobre las enfermedades que padecieron los indios de aquella isla. Termina con el epígrafe "Fuentes de este trabajo", donde ofrece la pequeña bibliografía consultada y un dato de interés, cuando dice: "[...] También debemos no pocos dibujos a la colección del doctor Leopoldo Krug, comerciante avecindado en Mayagüez [...]"

Hasta aquí las actividades científicas de este gran médico francés, que han quedado plasmadas para la posteridad en dos obras y unas 30 monografías o artículos, algunos de los cuales, a más de un siglo de haber sido escritos, como es el caso de "Antropología y patología comparadas de los negros esclavos", es de lectura obligada para los interesados en estas ramas del saber.



NOTICIAS DE LA ARQUEOLOGÍA CUBANA EN 1999



La creciente reactivación de las labores de campo, el desarrollo de nuevos temas de investigación y el incremento de la cooperación entre diversas instituciones nacionales y entre centros cubanos y extranjeros parecen ser los aspectos básicos del trabajo arqueológico durante 1999. La información de esta primera entrega de la sección Arqueología de Cuba recoge sólo parte de la intensa actividad del año pues no se han tenido en tiempo las informaciones de todas las instituciones vinculadas con la investigación arqueológica en el país. Aun así, consideramos valioso dar a conocer el presente resumen en tanto ilustra trabajos y resultados de gran importancia.

Las comunidades protoagrícolas en la provincia de Holguín, Cuba. Proyecto ejecutado por el Departamento Centro-Oriental de Arqueología de la delegación del CITMA en Holguín.

Realizó excavaciones en los yacimientos Abra del Cacoyogüín I y Abra del Cacoyogüín II, en el municipio Gibara; La Herradura, en el Municipio Mayarí y Corinthia III, en el municipio Frank País. El estudio de los dos primeros residuarios y de los sitios Abra del Cacoyogüín IV y Abra del Cacoyogüín III permitió la caracterización arqueológica de la zona del abra del río Cacoyogüín. La notable similitud en los comportamientos artefactuales, subsistenciales y habitacionales de estos asentamientos define una ocupación de grupos pescadores recolectores que se remonta al 1770 ANE y que reporta, en torno al 740 DNE, cerámica relativamente abundante. El análisis de esta situación contribuirá a establecer, según los trabajos en marcha, la génesis de una formulación particular de los llamados "contextos protoagrícolas".

El residuario Corinthia III, descubierto por el personal del mismo Departamento durante trabajos del proyecto multidisciplinario "Visión ambiental" ejecutado por el CITMA en la provincia, constituye el primer asentamiento costero de filiación protoagrícola reportado en Holguín. Los estudios hasta ahora realizados identi-

Departamento Centro-Oriental de Arqueología. Ministerio de Ciencias Tecnología y Medio Ambiente. Calle 18 entre Maceo y 1^a. Reparto El Llano, Holguín.
Teléfono: 53 24 468304. email arqueol@holguin.inf.cu

Casa del Caribe. Calle 13 # 154. Esq. a 8, Reparto Vista Alegre, Santiago de Cuba. Apdo. Postal 4042 CP 90400.
Teléfono 53 226 42285. Fax 53 226 42387.
email caribe@cultstgo.cult.cu

Exposición de Arqueología Precolombina Universidad de Oriente. Facultad de Ciencias Sociales y Humanísticas. Avenida Patricio Lumumba S/N. Santiago de Cuba.
e mail sergiof@csu.uo.edu.cu

Museo de Arqueología Guamuhaya. Plaza Mayor, Trinidad Sancti Spiritus. Teléfono: 53 419 3420

Centro de Antropología. Ministerio de Ciencias Tecnología y Medio Ambiente. Calzada de Buenos Aires # 111 entre Diana y Agua Dulce. Cerro. Ciudad de la Habana.
Teléfono: 53 7 782341

Gabinete de Arqueología. Oficina Historiador de la Ciudad de la Habana. Tacón # 12 entre Empedrado y O'Reilly. Habana Vieja CP 10100.
email divulgacion@cultural.ohch.cu

con un grupo humano especializado en la explotación marina y poseedor de una amplia artefactería de concha, que habitó el lugar en torno al 350 ANE. Esta nueva referencia cronológica viene a ser la más temprana existente para estos contextos en el oriente de Cuba.

Muestras de las cerámicas colectadas durante las investigaciones efectuadas en este proyecto se estudian por métodos arqueométricos en los laboratorios la Universidad de Santiago de Compostela en España. En el desarrollo de este proyecto ha colaborado la Casa del Caribe y, a través de ella, National Geographic, sobre todo para la realización de los análisis de Carbono 14 entre otros aspectos de la investigación.

Estudio del contacto indohispánico en la provincia de Holguín, Cuba. Ejecutado por el Departamento Centro-Oriental de Arqueología de la delegación del CITMA en Holguín.

Efectuó exploraciones en el residuario El Yayal, Municipio Holguín, y en diferentes zonas del Municipio Banes. Localizó y excavó áreas no alteradas del asentamiento Potrero de El Mango, también en Banes. Este último trabajo no aportó evidencias europeas pero sí referencias controladas, hasta ahora no disponibles, sobre un sitio de gran valor para comprender la dinámica cultural de esa área. Estudia diversos contextos aborígenes de esa provincia con presencia de material europeo o asociados con zonas donde se producen contactos indohispánicos.

Como parte de las actividades de este departamento también fue discutido por uno de sus investigadores el trabajo "Banes precolombino. La ocupación agricultora", en defensa del título de máster en Estudios Cubanos y del Caribe. Además se realizó una segunda excavación en extenso del yacimiento Bariay, primer asentamiento aborigen avistado por el almirante Cristóbal Colón en Cuba, cuyos materiales se encuentran actualmente en estudio. En este caso también se asesoró y realizó la construcción de una exposición arqueohistórica permanente en el lugar.

Investigaciones arqueológicas cubano-canadienses en el área de Los Buchillones, municipio Chambas, provincia Ciego de Avila. Proyecto ejecutado por personal de las delegaciones del CITMA en Ciego de Avila, Camagüey y el Departamento Centro-Oriental de Arqueología en colaboración con el Museo Real de Ontario, Toronto, Canadá.

Prosigue las excavaciones de esta importante área, ampliadas ahora hacia puntos interiores de la laguna ubicada en el lugar. Con el uso de técnicas de aislamiento y desecación se excavaron varios cortes que develan nuevamente, probables estructuras constructivas aborígenes y en menor medida restos de habitación; se colectaron *in situ* varios artefactos de madera. Se continúa el estudio de los materiales obtenidos durante estas y otras excavaciones, así como el levantamiento topográfico de la extensa zona arqueológica.

A la denominación del proyecto se ha agregado el nombre del fallecido investigador y vice coordinador por la parte canadiense, André Bekerman.

Las comunidades apropiadoras ceramistas en el suroriente de Cuba. Se lleva adelante por el equipo de investigaciones arqueológicas Casa del Caribe-Universidad de Oriente.

Como parte del completamiento de la visión regional de los llamados contextos protoagrícolas se excavó y actualmente se estudia el residuario conocido como Los Chivos, en Songo-La Maya, provincia Santiago de Cuba. Este residuario ha develado un contexto apropiador con cerámica, asociado con un pequeño valle intramontano, cuyo patrón es muy similar al de otros asentamientos relativamente cercanos estudiados por este equipo de trabajo. En Los Chivos se halló un enterramiento humano de los grupos apropiadores ceramistas (protaagrícolas); en este caso se trata de los restos de un adulto masculino.

Como parte de este proyecto también se realizan análisis arqueométricos a la alfarería con la colaboración de la Universidad de Santiago de Compostela, y están en proceso nuevos análisis de C14, con el apoyo de National Geographic, los que deberán de arrojar importantes datos cronológicos sobre estas comunidades en la región.

Como parte de los resultados parciales del proyecto fueron discutidas dos tesis en aspiración al título de máster relacionadas con la alimentación y la alfarería de estas comunidades.

Estudio del sitio arqueológico aborígen de filiación protoagrícola Birama, municipio Trinidad, provincia Sancti Spiritus. En ejecución por personal de investigación del Museo Arqueológico Guamuhaya de la ciudad de Trinidad y la colaboración de otras instituciones de esa provincia.

Continúa el estudio del material de este importante yacimiento que reporta una de las colecciones cerámicas más amplias para sitios de esa filiación así como valiosas evidencias vegetales asociadas con probables procesos de agricultura incipiente. El museo arqueológico Guamuhaya inició también los trabajos preliminares de una investigación arqueohistórica en el ingenio San Isidro de los Destiladeros, incluido dentro de la lista mundial de UNESCO de sitios en peligro de destrucción.

Arqueología de la región central de Cuba. Ejecutado por el Departamento de Arqueología del Centro de Antropología del CITMA. Ciudad de la Habana.

Como parte de este proyecto se han desarrollado varios temas, entre los cuales se encuentran las investigaciones sobre la llamada cultura Seboruco y sus tradiciones líticas y tecnotipológicas en la provincia Villa Clara. Unido a esto se estudia la aparición de fauna pleistocénica y material de piedra tallada presente en algunas oquedades cársicas de este territorio.

Se excavó —en colaboración con el personal del museo arqueológico Guamuhaya de la ciudad de Trinidad— el yacimiento protoagrícola Birama además de que actualmente se encuentra en estudio el material zooarqueológico de la Cueva del Muerto, yacimiento ubicado en la localidad de Cifuentes, que ha sido extensamente excavado y presumiblemente sea de superposición cultural.

En relación con el estudio de las comunidades agroceramistas de esta región, fueron identificadas variaciones locales de la cerámica y actualmente se trabajan desde una perspectiva semiótica los temas mítico-artísticos representados en las decoraciones. Por otro lado, en colaboración con el Centro de Estudios Aplicados al Desarrollo de la Energía Nuclear (CEADEN) se trabaja en la aplicación de técnicas de irradiación nuclear a la cerámica arqueológica.

Arqueología de rescate en cafetales franceses. Es desarrollado por el Departamento de Arqueología del Centro de Antropología del CITMA.

Inició las investigaciones en el cafetal Angerona, provincia de La Habana, donde se realizaron exploraciones arqueológicas, así como un levantamiento topográfico del sitio. Estos trabajos son complementados con una búsqueda de información documental en archivos y libros parroquiales de la Iglesia de Artemisa y el obispado de la Habana. En la próxima etapa de la investigación se

acometerán los estudios sobre la natalidad, matrimonios y defunciones de la dotación de esclavos de esta hacienda cafetalera.

Relaciones tecnotipológicas de la alfarería de Cuba y de otras áreas del Caribe. A cargo del Departamento de Arqueología del Centro de Antropología del CITMA.

A partir de análisis mineralógicos y petrográficos se han dado pasos en la investigación del origen y desarrollo de la cerámica temprana en la región central de Cuba y de la cerámica meillacoides (subtaína) y taína de Cuba. También se investigan los residuos de alimentos presentes en fragmentos de cerámica y de burenes.

El Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana también ha de desarrollado una intensa labor durante 1999.

Entre las principales tareas ejecutadas por sus investigadores se cuentan el informe final sobre las excavaciones arqueológicas en la casa de la calle Habana No. 958 y el segundo informe parcial sobre excavaciones arqueológicas en la casa del marqués de Prado Ameno, O'Reilly No. 253.

En otro sentido se realizó la datación y reconstrucción de un lote de cerámica exhumado en una letrina colonial de la Habana Vieja ubicada en la calle Mercaderes No. 13 y la Investigación histórico-arqueológica de un aljibe en el palacio de O'Farril con sede en Cuba No. 102 esquina a Chacón.

Se acometió una investigación histórica sobre la explanada o plazoleta del castillo de la Fuerza y se encuentra listo el informe final de la restauración de la pintura mural en la fachada de la casa de Obrapia No. 55, hoy Hostal El Comendador.

El personal trabajó en el tercer claustro del convento de Santa Clara de Asís y en la investigación zooarqueológica de los restos óseos contenidos de la letrina de Habana No. 958 y de los restos dietarios recuperados en Obrapia No. 55.

Por último también se encuentra listo un Informe sobre la primera etapa de excavaciones arqueológicas en el cafetal El Padre, ubicado en Madruga, provincia Habana. Este es un resultado obtenido dentro de los trabajos del proyecto "La etnia afrocubana", ejecutado de manera conjunta con Smithsonian Institution. Este gabinete también ha iniciado trabajos relacionados con aplicaciones de técnicas nucleares en estudios arqueométricos.



EL PIE DE ORO DE EL PARAÍSO



En 1983, Ramón Navarrete descubrió el yacimiento arqueológico conocido como El Paraíso, ubicado en un tramo de la costa oeste de la provincia de Santiago de Cuba, próximo al poblado de Ase-radero, en el municipio Guama.

Los primeros sondeos en esta parcela arqueológica los hizo su propio descubridor, en un limitado trabajo de excavación descrito en la carta arqueológica número 25 (Navarrete 1986).

A comienzos de 1988 los investigadores de la entonces Academia de Ciencias de Cuba emprendieron una labor de investigación más intensa, que arrojó resultados importantes con énfasis en el estudio de la alfarería (Sampedro 1989) y los instrumentos de concha (Izquierdo 1989), además de un fechado radiocarbónico obtenido de una muestra tomada en la cala No. 1 del nivel 0,20 - 0,30 m que remonta la cronología del yacimiento a 1130 ± 150 AP, es decir 820 DNE (Pino 1995).

En el mes de marzo del propio año, los miembros del equipo de investigaciones arqueológicas "Fernando Boytel", adscrito a la Casa del Caribe, junto con estudiantes de la Universidad de Oriente, hicieron una visita de carácter docente al residuario. En esta oportunidad, al observar cuidadosamente el fondo de uno de los cortes estratigráficos realizados por los investigadores de la Academia de Ciencias, se recuperó una laminilla colgante, al parecer confeccionada en oro nativo la cual reproducimos en la cubierta de esta edición de *El Caribe Arqueológico*.

La pieza presenta las siguientes medidas: altura, 14 mm; ancho, 7 mm; espesor, 0,25 mm.

En uno de los extremos de su eje mayor presenta una perforación pequeña destinada al paso de un delgado cordel mientras en el otro exhibe incisiones verticales y horizontales, a manera de decoración, que parecen haber sido ejecutadas mediante percusión sobre ambas caras.

La silueta del colgante apunta hacia la representación de un pie, en el cual las ondulaciones en el metal, producidas por las incisiones ya referidas, recuerdan la forma de sus dedos. Por su

aspecto exterior la pieza parece haber sido realizada en oro nativo.

Es necesario enfatizar en el hecho de que las comunidades agroceramistas antillanas desconocían las técnicas de fundición y aleación, por lo que las pocas de sus piezas de metal que han llegado hasta nuestros días son representativas de su limitada industria en este sentido. A este respecto también es importante apuntar la predilección por el trabajo en el llamado oro bajo, de un alto contenido de cobre.

Según Las Casas.

Estas platas de oro no eran fundidas ni hechas de muchos granos porque los Indios desta isla no tenían industria de fundir, sino los granos de oro que hallaban, majabanlos entre dos piedras y así lo ensanchaban por manera que siendo grande las platas, eran extendidas y ensanchadas de grandes granos o piezas que en los ríos hallaban (Vega 1979).

Las descripciones del cronista de Indias, Antonio de Herrera, en sus *Décadas del Nuevo Mundo* también nos ilustran del trabajo de metalurgia entre los indios de las Antillas. Herrera, al narrar el encuentro de Colón con Guacanagari, uno de los principales caciques de la Isla Española, refiere cómo los integrantes de su séquito obsequiaron al almirante con planchas de oro martillado.

Dos de aquellos caciques acompañaron al almirante hasta el embarcadero y cada uno le dio una gran plancha de oro, y estas no eran hundidas sino hechas de muchos granos, porque los indios de esta isla no tenían el arte de fundir, sino que los granos de oro que hallaban, majaban entre dos piedras, y así los ensanchaban (Herrera s/f: 294).

Las descripciones sobre la metalurgia precolombina plantean que después de obtener una lámina de metal esta podía ser recorlada por medio de un instrumento cortante de piedra u otro material hasta lograr una forma inicial aproximada. Los bordes podían ser mejorados por medio del golpeo o la frotación con un guijarro hasta hacer desaparecer las irregularidades.

Estas láminas podían ser grabadas con un buril u otro objeto que ejerciera esta función. Si las láminas eran lo suficientemente delgadas se podían crear decoraciones presionando su reverso sobre un molde o figura que se deseara transferir. En este caso, vista en anverso, la decoración quedaría en relieve, mientras que si se empleaba el grabado el motivo representado podía quedar

dibujado a través de líneas de poca profundidad.

Por otro lado, es importante señalar que el cronista Antonio de Herrera, al referirse a las primeras impresiones del almirante Cristóbal Colón sobre el Nuevo Mundo, en especial en las islas Bahamas, plantea que

[...] hallóse un indio que traía un pedacito de oro en las narices, con ciertas señales que parecían letras y quisiera el almirante que se lo tomaran porque entendió que era moneda, pero después se averiguó que nunca la hubo en las Indias [...] (Herrera s/f: 287).

El martillado, por ser una técnica menos compleja, se empleó antes que la fundición. Por martillado se podían convertir las pepitas de oro o cobre en láminas. El oro en este caso tiene la característica que no se necesitan fundir varias pepitas juntas para fabricar una lámina grande, sino que al martillarlas juntas estas pueden soldarse. Esta quizás sea una de las razones por las cuales este metal fue uno de los primeros trabajados por el hombre.

Para obtener las láminas el martillado podía realizarse una vez calentado el metal, por medio de golpes hasta que se enfriara nuevamente y repetir el proceso sucesivamente. También se podía comenzar a martillar en frío pero para evitar fisuras, sobre todo en los bordes de la lámina, se podía calentar un poco el metal y continuar martillando hasta su total o parcial endurecimiento donde era necesario volver a recalentarlo. A este último método se le reconoce como recocido intermedio (Grinberg 1990).

Por otro lado, los trabajos en metal venían en muchos casos a completar los detalles de imágenes confeccionadas en otros materiales como la madera o la piedra. En ese caso resultan llamativas las incrustaciones de láminas de oro bajo para resaltar los ojos, dentaduras y otros atributos, en ídolos y máscaras o para complementar los atuendos de personajes con cierto rango dentro de las comunidades, tal como parecen ilustrarlo algunos de los enterramientos exhumados en el importante cementerio del Chorro de Maíta en Holguín (Guarch 1996).

Las crónicas en este sentido también son ilustrativas. El cronista Fernández de Oviedo, al referir la presencia de este tipo de piezas en el entierro de un jefe principal dice: "[...] e llevaba en los pechos un guanín o pieza de oro de los que suelen los indios principales colgarse al cuello" (Alegría 1980). También es conocido que entre los obsequios de Guacanagari para el Almirante había

"[...] un cinto que traía en lugar de bolsa, una máscara con orejas, lengua y nariz de oro de martillo (Herrera s/f: 294).

Las características de algunas de las piezas confeccionadas en oro también han reforzado las observaciones de algunos estudiosos sobre los posibles vínculos de nuestros aborígenes con áreas suramericanas o centroamericanas con un mayor desarrollo socioeconómico.

En Cuba en particular, la arqueología sólo ha recuperado unas pocas láminas colgantes en oro y hasta donde conocemos la recuperada en el yacimiento El Paraíso de Santiago de Cuba constituye hasta el momento el único ejemplar de su tipo recuperado en la costa suroriental.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegría, Ricardo (1980): *Cristóbal Colón y el tesoro de los indios taínos de La Española*. Santo Domingo, Fundación García Arevalo.
- Guarch, José M. (1996): "La Muerte en Las Antillas: Cuba" en *El Caribe Arqueológico*. Santiago de Cuba, Casa del Caribe, No. 1.

Grinberg, Dora M. K. (1990): *Los señores del metal. Minería y metalurgia en Mesoamérica*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Herrera, Antonio de (s/f): *Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas i Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid, Editorial Complutense, T. I

Izquierdo, Gerardo (1989): "La industria de la concha del sitio arqueológico El Paraíso, Santiago de Cuba".

Navarrete, Ramón (1986): "Informe preliminar sobre el sitio El Paraíso, Guamá, Santiago de Cuba" en *Carta Arqueológica* 25. Santiago de Cuba.

____ (s/f): "Hallazgo de un singular colgante de oro en el sitio arqueológico El Paraíso, Guamá, Santiago de Cuba". Manuscrito ilustrado.

Pino, Milton (1995): *Actualización de fechados radiocarbónicos en sitios arqueológicos de Cuba hasta Diciembre de 1993*. La Habana, Editorial Academia.

Sampedro, Ricardo (1991). "Estudio preliminar de la cerámica del sitio arqueológico El Paraíso, Santiago de Cuba" en *Estudios arqueológicos 1989*. La Habana, Editorial Academia.

El Caribe Arqueológico recibe colaboraciones, siempre que tengan una extensión máxima de 15 cuartillas –30 líneas y 60 caracteres por línea–, incluidos anexos y bibliografía. Deben ser presentados –preferentemente– en disquetes, compatibles IBM, en español, inglés o francés. La aceptación de los textos será comunicada a los autores antes de su publicación. No se devolverán los originales no publicados.

Reverso de la contracubierta: *Ciclo, espacio; yo*, óleo sobre lienzo, 100 x 100 cm (fragmento).

Oscar Llno Iralda Oro (Holguín, 1966) experimenta con las posibilidades formales que aportan al universo abstracto de las pictografías y otros elementos de la decoración aborígen. La noción de ciclo e infinitud del círculo, tan usual en el arte aborígen, es un motivo recurrente.



En la cubierta se reproduce un pendiente hallado en el yacimiento arqueológico El Paraíso, en la costa oeste de Santiago de Cuba.

Las dimensiones de la pieza son las siguientes: altura, 14 mm; ancho, 7 mm; espesor, 0,25 mm.

Forma parte de los fondos del Museo de Arqueología de la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba.